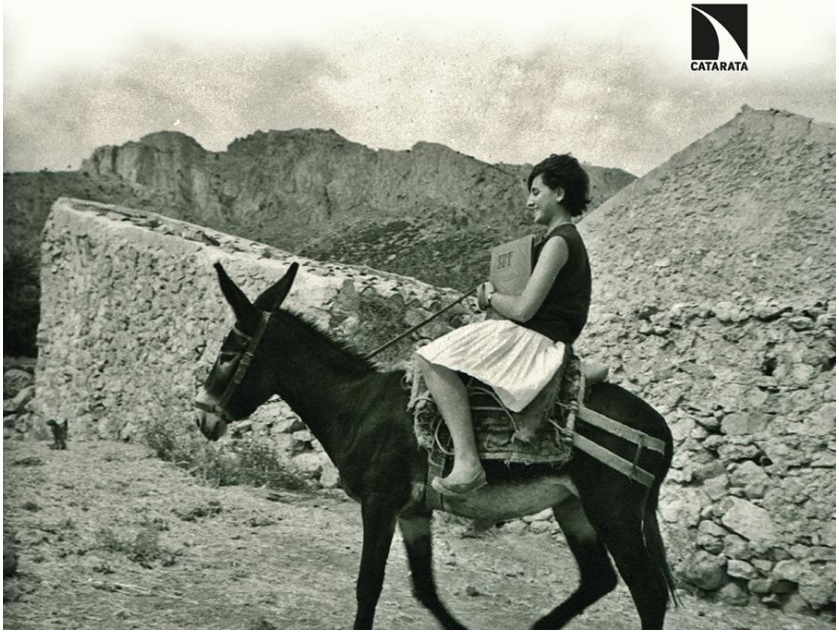
UNA JUVENTUD EN TIEMPO DE DICTADURA

El Servicio Universitario del Trabajo (SUT)

1950-1969

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir.)
Javier Muñoz Soro
Nicolás Sesma Landrin
Emilio Criado Herrero
Álvaro González de Aguilar
Antonio Ruiz Va

CATARATA



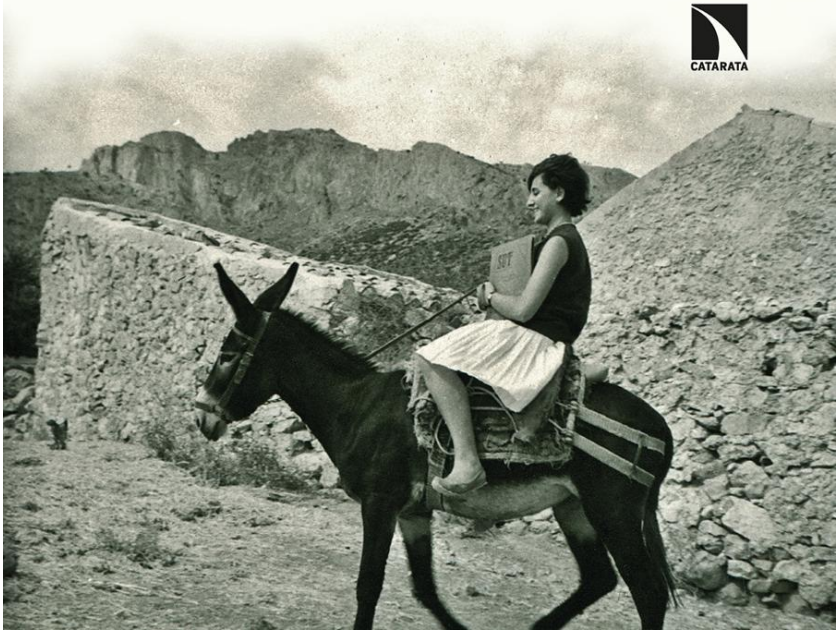
UNA JUVENTUD EN TIEMPO DE DICTADURA

El Servicio Universitario del Trabajo (SUT)

1950-1969

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir.)
Javier Muñoz Soro
Nicolás Sesma Landrin
Emilio Criado Herrero
Álvaro González de Aguilar
Antonio Ruiz Va

CATARATA



UNA JUVENTUD EN TIEMPO DE DICTADURA

El Servicio Universitario del Trabajo (SUT)

1950-1969

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir.)
Javier Muñoz Soro
Nicolás Sesma Landrin
Emilio Criado Herrero
Álvaro González de Aguilar
Antonio Ruiz Va

CATARATA

Una juventud en tiempo de dictadura

El Servicio Universitario del Trabajo (SUT) (1950-1969)

Prólogo de Manuela Carmena

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir.)

Javier Muñoz Soro

Nicolás Sesma Landrin

Emilio Criado Herrero

Álvaro González de Aguilar

Antonio Ruiz Va

Este libro ha sido posible gracias a la financiación del proyecto del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades HAR2017-85967-P, "El Servicio Universitario del Trabajo (SUT) en la España de Franco. Una perspectiva europea comparada (1950 1970)" y se enmarca también dentro de las actuaciones del Grupo de Investigación del Gobierno de Aragón H24_20R. "Historia de Europa en el siglo XX: Sociedad, Política y Cultura" de la Universidad de Zaragoza.

La fotografía de portada y el resto de imágenes de esta obra son cortesía del Archivo de la Asociación de Amigos del SUT (AASUT)

© Miguel Ángel Ruiz Carnicer (dir.), Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma Landri, Emilio Criado Herrero,

Álvaro González de Aguilar y Antonio Ruiz Va , 2021

© Los libros de la Catarata, 2021

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Una juventud en tiempo de dictadura.

El Servicio Universitario del Trabajo (SUT) (1950-1969)

impreso en artes gráficas coyve

isbne: 978-84-1352-252-4

ISBN: 978-84-1352-230-2

DEPÓSITO LEGAL: M-11.800-2021

thema: 3MPQ-ES-A/KNXU

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

[…] ya en la década de los años sesenta, hacia la época en que yo escribí mi ensayo, pudo notarse un cambio muy marcado en la actitud de los españoles que llegaban a Norteamérica, sea para estudiar, sea por razón de negocio. ¿Qué estaría ocurriendo en España? En lugar de la acostumbrada expresión asertiva, y soberbia, estos jóvenes de ahora preguntaban, escuchaban; querían informarse; en lugar de afirmar con admirable aplomo ante quien quisiera oírlos la indiscutible superioridad de todo lo español, recogían datos y reservaban opiniones. ¿Qué estaba ocurriendo en España para dar lugar a mutación semejante?

Francisco Ayala, “España, a la fecha (1977)”, en Transformaciones. Escritos sobre política y sociedad, 1961-1991, Granada, Fundación Francisco Ayala/Universidad de Granada, 2018, p. 145.

Prólogo

Estaba en segundo de la carrera de Derecho cuando tuve la enorme oportunidad de irme a un campo de trabajo internacional. El sindicato falangista de aquellos años, el SEU, además del Servicio Universitario de Trabajo (SUT) en España tenía campos de trabajo en el extranjero.

Veo con emoción las fotos, con el atuendo de trabajo, cansadas, de mi amiga Mayte y yo a la puerta del hangar en el que dormíamos. ¡Fue tan formativo, divertido y extraordinario el trabajo que realizamos! Primero en un campo de fresas en la localidad de Tiptree, cerca de Londres, y después en la propia fábrica de mermeladas, que también tenía la empresa propietaria de los campos de cultivo.

Acudí aquel verano a Inglaterra a recolectar fresas y a trabajar después en la fábrica. Tuve una de las experiencias más importantes de mi vida. No, recolectar fresas y colocar los botes de vidrio en una maquina insaciable no era algo relajado y bucólico, como quizás había idealizado desde los pupitres de mi aula de Madrid.

Trabajábamos a destajo. Aprendí ciertamente lo que quiere decir esa palabra. El trabajo a destajo obliga a que todo tu cerebro, toda tu habilidad esté al servicio de una única idea: “correr, correr”. No puedes pensar. Más tarde, cuando leí a la gran filósofa Simone Weil, la entendí bien, ella quiso ir a una fábrica de coches, a conocer lo que era el trabajo físico.

Teníamos que pagar nuestra manutención y alojamiento con el importe de lo que recogiéramos en la cosecha. La jornada de trabajo empezaba muy pronto. Desayuno con té y un gran tazón de porridge. Unos camiones nos llevaban al campo con dos sándwiches para la comida. Cuando entregábamos las cestas de fruta el capataz rechazaba las que tenían hojitas verdes, que entonces no pagaba. En la fábrica había que alimentar las máquinas de fregar los tarros de

cristal y no te podías distraer ni un minuto. La distracción podía provocar un atasco o la rotura de uno o más frascos y que la máquina se parase…, una catástrofe que había ante todo que evitar.

Ahora, pasados tantos años, cada vez que leo noticias sobre quienes vienen a recoger nuestra fruta, pienso en ellos y ellas, y me indigna que no tengan las condiciones de trabajo que les deberíamos garantizar. Yo conocí algo de eso en 1962, pero ¡es que ahora estamos en el año 2021! ¿Qué nos pasa, que podemos seguir despreciando y humillando a nuestros temporeros?

El que en los años 60, en plena dictadura, los estudiantes universitarios tomáramos conciencia del mundo del trabajo tal como se cuenta en este libro, fue una paradójica pero interesantísima aventura. Explicar cómo fue posible que un selecto grupo de universitarios, muchos "niños bien", trabajaran en minas, en fábricas o en los campos de España resultó tan insólito como necesario. Es lo que cuenta este libro, que agradezco a sus autores. Era un libro que hacía falta.

El libro también aborda el otro flanco de trabajo del SUT, tan apasionante o más que el del trabajo físico: el de las campañas de alfabetización. Refleja el analfabetismo que había, todavía en aquellos años, en muchos pueblos de España. Los estudiantes contribuyeron a alfabetizar a campesinos y campesinas, como se diría ahora, pero, sobre todo, aprendieron lo que era la dura realidad del campo. Trataron de ayudar a los hombres a leer un periódico o hacer algunas cuentas e intentaron introducir al alfabeto a las mujeres, cuyo desconocimiento era casi total, y con más éxito a las mozas, aunque su recelo era grande cuando el estudiante era hombre. Había que intentar salvarlas de la trayectoria de sus madres, motivándolas al aprendizaje. También daban clase a los niños, con algo más de avidez por aprender y más atraídos por la novedad del ocasional maestro.

Los estudiantes convivían con los campesinos, dormían en precarios lugares, improvisados para la ocasión, e intentaban durante esa convivencia transmitir algún conocimiento e introducir algún incentivo para el aprendizaje. Eran periodos cortos, en verano, y los estudiantes apenas tenían capacitación para la alfabetización, tarea nada banal ni que pueda hacer cualquiera. En esos periodos de

intensa convivencia y aprendizaje quienes de verdad aprendieron, y mucho, fueron los universitarios. Aprendieron a conocer España y a valorar cuánto había que hacer para transformarla, para modernizarla.

Yo no estuve allí, me enteré demasiado tarde. Quien sí estuvo fue Eduardo Leira, que luego sería, y sigue siendo, mi marido. Me cuenta sus vivencias y su enganche con el mundo que había conocido, con aquel entorno con el cual acababa de confrontarse y que, con más voluntarismo que conocimiento y capacidad, una vez terminada la campaña y junto a otros "maestros universitarios" intentaron contribuir a mejorar. Las mujeres trabajaban en sus casas, bordando velos y mantillas en tul, una antigua tradición que seguía estando muy valorada. Las empresas les llevaban el tul y los diseños, les pagaban a tanto la pieza y ese tanto era mínimo, cuando ellas aportaban lo esencial, el bordado. Intentaron entonces montar una cooperativa de mujeres bordadoras, con diseños propios y adquiriendo las piezas de tul, que entonces había que importar, para lograr mucho mayor rendimiento en su trabajo. Apenas lograron el arranque de la cooperativa, pero con su intento al menos las mujeres consiguieron que se les retribuyera mejor su especializado y valioso trabajo. Fue, por así decirlo, otro "trabajo SUT", en el que eran los universitarios quienes más aprendían.

Tuvimos la ocasión de conocer una realidad social que desde la universidad no se veía, comprobar la dureza del trabajo manual y la insuficiente formación. Fue ahí donde aprendimos a valorar y a respetar el trabajo, y fue ahí también donde pudimos ampliar nuestra visión, más completa y poliédrica, tanto de lo que nos rodeaba como de nosotros mismos.

Por eso me llamó la atención que, siendo yo alcaldesa de Madrid y con ocasión de comentar estas experiencias y anhelar que se repitieran, propuse que los universitarios contribuyeran a la limpieza de Madrid, al menos a limpiar lo que ellos, en sus botellones, ensuciaban. Para mi sorpresa, y mostrando quizás cierto involucionismo, me criticaron ferozmente. Los universitarios se seguían considerando (¿o volvían a considerarse?) una élite que no se iba a "rebajar" a hacer trabajo físico. Otros habría que tendrían que hacerlo para ellos.

En la mayor parte de las universidades del mundo existen programas de trabajo social para las ciudades en donde se encuentran ubicadas. Según mi criterio, criticar ese compromiso colectivo entre universidad y ciudad era no entender bien ni la ciudad ni la universidad.

Afortunadamente conseguí contactar con todas las universidades de Madrid y comenzar una programación de lo que hoy día se llama "Aprendizaje Servicio". Se puede decir que hereda algunos de los beneficios de aquel pionero SUT. En el presupuesto del Ayuntamiento de Madrid de 2019 quedó ya establecida la financiación de la oficina del Aprendizaje Servicio en las Universidades y Escuelas Técnicas de Madrid. Espero que no se haya eliminado.

Ojalá ayude este libro a conocer un poco más aspectos peculiares, pero deslumbrantes, de nuestro pasado no tan remoto. Vendrá bien para el futuro que todos, pero muy especialmente los jóvenes, construyan día a día la responsabilidad individual de cada uno de nosotros con nuestro entorno social y nuestra capacidad para mejorarlo. Os aseguro que ya solo el intento de mejora proporciona felicidad.

Manuela Carmena

Abril de 2021

INTRODUCCIÓN

PONER ROSTRO AL CAMBIO SOCIAL

Los historiadores escribimos los libros de historia buscando transmitir las experiencias del pasado —ese territorio tan extraño y ajeno del que hablaba David Lowenthal— a quienes habitan el presente para proveer enseñanzas y que ese pasado sirva de guía ciudadana para comprender mejor nuestra vida y saber planificar el futuro colectivo de manera más sabia. Así al menos nos lo han inculcado nuestros maestros.

Vivimos rodeados de grandes visiones, de amplios y complejos modelos historiográficos y de una historia profesional que desde el siglo XIX, formalizada por las estructuras académicas y estatales, convirtió en funcionarios a buena parte de sus practicantes, al menos los que se dedican profesionalmente a enseñar, escribir y reflexionar sobre la historia. La difusión se produce a través de congresos especializados, de proyección en los medios de comunicación —los pocos que logran atravesar las invisibles barreras del interés limitado del prime time por esa mirada hacia el pasado— y por supuesto mediante la publicación de monografías y artículos científicos especializados, de corta difusión entre la población pero de amplia rentabilidad académica.

Uno en todo caso, va hilando esa dedicación profesional con sus propios intereses —con sus temas— y ve crecer en su cercanía nuevas generaciones de historiadores que buscan a su vez la consolidación profesional pero que son movidos por la pasión por la historia, más reciente o más lejana según especialidades y sensibilidades. En definitiva, como una vía de propiciar, desde la reconstrucción de las vivencias del pasado, la posibilidad de un impulso transformador del presente y la forja del compromiso con un futuro más alentador que deje atrás lo peor de ese pasado y su herencia —no olvidándolo, sino haciéndolo presente como enseñanza— y que busque un futuro mejor, construido sobre la mejor parte de ese pasado.

Hace ya cien años que la historia social fue avanzando terreno como compromiso con esa sociedad de masas que iba creciendo,

que iba marcando la ruptura de la vieja sociedad estamental y que tenía en la democracia (pero también en las revoluciones y los populismos) su expresión más ajustada. La historia social en sus muchas acepciones, momentos y sensibilidades de una u otra forma ha sido la que ha adquirido un protagonismo en el quehacer histórico que ha ido siempre a la búsqueda de la historia del pueblo, de la gente, yendo más allá de la historia decimonónica que hacía de los gobernantes y los grandes hombres los actores inapelables. Convertido el hombre de la calle en protagonista por los autores de Annales, por los historiadores marxistas británicos, por la microhistoria, en los años noventa del siglo XX llegaron las lecturas culturalistas y la relevancia de la construcción de imágenes y de narrativas culturales, producto también del giro lingüístico y la deconstrucción que en los años ochenta se había extendido.

Si hablamos de fuentes históricas, la historización de todas las dimensiones vitales hizo que las fuentes se convirtieran en un repertorio inacabable encarnado sobre todo en la historia oral, sobre la que se empezó a teorizar hace más de cincuenta años y a escribir sobre esta, sus usos y peculiaridades (como los primeros textos de Paul Thompson o la práctica historiográfica de Raphael Samuel) y que pusieron en un primer plano —yendo de la mano también de ciencias sociales como la sociología, la antropología o la politología— la relevancia de la voz de los protagonistas, la textura de las experiencias, la densidad de unas descripciones que convertían las anécdotas en categorías que orientan sobre la interpretación histórica.

Esa es la base de la que partimos quienes aquí escribimos, aunque en este caso, como ocurre a veces, la historia nos salió al paso, aunque antes le hubiéramos puesto algún cebo más o menos adecuado. Este libro es el resultado de un proyecto de investigación inicial que en su planteamiento buscaba añadir evidencias sobre el proceso de cambio social y político en la España del segundo franquismo, el que se generó tras la llegada del nuevo Gobierno nombrado por el general Franco en 1957 —el llamado Gobierno monocolor, como si en los anteriores hubiera habido algún tipo de pluralidad real— y con el despliegue del desarrollismo. Quienes formábamos parte de ese proyecto queríamos profundizar en el proceso de cambio social del segundo franquismo a través del

seguimiento de las revistas falangistas oficiales, los organismos ligados al Movimiento y al propio estado en el que se canalizaban los sentimientos de jóvenes y de sectores sociales dinámicos… Una parte de esa investigación tenía en cuenta la evolución de los universitarios y el surgimiento creciente de posturas de alienación respecto al franquismo.

Es en ese momento cuando las fuentes se convirtieron en motor de algo que iba más allá de lo proyectado. Y un grupo de antiguos universitarios que vivieron la experiencia del Servicio Universitario del Trabajo (SUT), Álvaro González de Aguilar, Emilio Criado y Antonio Ruiz Va, se dirigieron a quienes estábamos en ese proyecto (fundamentalmente Javier Muñoz Soro, Nicolás Sesma y Miguel Ángel Ruiz Carnicer) para que les apoyáramos en la recuperación de esa memoria del SUT, esa iniciativa del SEU que yo había estudiado en su momento y que era una de las manifestaciones más interesantes de las iniciativas de raíz falangista en la dictadura: la incorporación de los estudiantes al mundo obrero mediante campos de trabajo durante los veranos, pero con una creciente complejidad en esa relación y la creación de otras iniciativas como el trabajo de apoyo en los barrios obreros los fines de semana o las campañas de alfabetización de los años 60, que supondrán todo un revulsivo para una buena parte de estudiantes inquietos de la época. Nos dimos cuenta de que un buen número de biografías de personalidades relevantes en el mundo de la política, de la cultura, de la sociedad de los años sesenta y setenta, de la transición a la democracia, habían pasado por el SUT y para una buena parte de ellos había supuesto todo un mazazo en su conciencia y un momento clave de reflexión en las cerradas aguas de las sacristías y los campamentos azules que vivían los niños y jóvenes españoles de esos años.

No se trataba además de una acción de recuperación nostálgica lo que se nos proponía sino una reconstrucción de una experiencia singular, que merecía la pena ser contada. Sobre todo, se ponía en nuestras manos, a través de los contactos que tenían estos veteranos sutistas, la forma de conseguir unos potenciales testimonios que nos ayudarían a hacer un retrato de esa España en pleno proceso de cambio soterrado, por debajo del discurso altisonante de la España oficial. De ahí que pusiéramos en marcha un nuevo proyecto, ligado a los presupuestos del anterior, pero centrándonos en la experiencia

del SUT como concreción de ese proceso más amplio de cambio social. El proyecto contó con el apoyo y financiación del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, quien también ha hecho posible esta publicación.

El SUT puede verse como una pequeña nota a pie de página del franquismo —y seguramente lo es— pero a nosotros nos atrajo el gran potencial de una experiencia que afectaba a más de 13.000 jóvenes universitarios en una sociedad tan provinciana y desconectada de las grandes corrientes intelectuales y políticas europeas que era la España de Franco. Esto le otorgaba otra dimensión, ya que era una atalaya privilegiada para asistir a la eclosión de las nuevas fuerzas que tras la muerte del dictador serán protagonistas del cambio político, social y cultural. El objetivo era conseguir de primera mano y a través del cuestionario que elaboramos (ver anexo 1) no tanto una relación de experiencias personales atomizadas, sino obtener una información cualificada sobre cómo una representación de los jóvenes universitarios más inquietos social y políticamente (al menos en muchos casos) vivió esa experiencia, en qué consistió esta y qué efectos tuvo en su evolución personal. Así se podría intentar objetivar y hacer comparable la huella de esa experiencia, saber a qué tipo de planteamientos dio lugar en los jóvenes de ambos sexos que la vivieron y cómo eso cambió su relación con el marco del régimen franquista en el que vivían y que en el medio universitario empezó a ser cuestionado desde 1956 de manera minoritaria y durante los sesenta, de una manera amplia y evidente. Ese es uno de los aspectos que claramente nos motivó a embarcarnos en una tarea que conectaba nuestro pasado investigador con los temas que nos preocupaban y preocupan, es decir, el proceso de cambio social en el seno de una dictadura tan marcada por el pasado y la represión como la franquista.

Y ello hecho desde abajo hacia arriba. La historia del franquismo ha estado muy marcada por las moquetas —historias de las élites políticas, económicas, militares— o por las fosas —la historia de la represión, de los asesinados y sus verdugos—, aunque ya hace años que la atención al comportamiento de la población ha sido objetivo de muchos e importantes trabajos. Pero aún hay mucho camino por hacer, especialmente cuando nos intentamos alejar de los terrenos

de los partidos o las instituciones e internarnos en el más amorfo territorio de una sociedad a la que el régimen prefería deshuesada, con la masa muscular mínima para sobrevivir, pero sin vigor moral ni social para reconstruirse desde la soberanía y la dignidad. La minoría de edad social que supone el franquismo dificulta encontrar el esqueleto de esa sociedad y comprender los mecanismos también de la reconstrucción de su razón democrática[1]. Obviamente, no son las mismas dificultades del propósito de los fantásticos trabajos de George Rudé o E. P. Thompson que buscaban el rostro de la multitud o las caras de la revolución a finales del siglo XVIII, pero no es diferente nuestro objetivo a la hora de reconstruir una sociedad que, tras la guerra, entierra en la grisura del momento toda utopía social y política, la posibilidad de una ilusión cívica común. Describir cómo de ese sometimiento sale el impulso de rebelión, de cambio y de reconciliación de los españoles es el objetivo fundamental.

No caeremos tampoco en la trampa de hacer de nuestro objeto de estudio la clave para descubrir la raíz de la transición —otros muchos han hablado certeramente del tema[2]— o su base última, sino partir de una experiencia determinada, contar cómo se forja, proporcionar la información más completa posible sobre ella, reflejar la naturaleza del proceso de maduración de una parte de la juventud universitaria y, a partir de ahí, mostrar algunos factores culturales, literarios, sociales que incidieron en el origen de una dinámica de ruptura con el orden establecido. Un orden que era inicialmente natural para una porción mayoritaria de estos jóvenes que, sin embargo, se van a hacer crecientemente críticos con la dictadura no por un adoctrinamiento externo y la temible conspiración extranjera, como denunciaban machaconamente los medios oficiales del régimen, sino por una ruptura personal y en muchos casos confusa, dolorosa y contradictoria. Ellos contemplaron con sus propios ojos el profundo atraso del país, especialmente en sus núcleos rurales, vieron las grandes barriadas de chabolismo del extrarradio de la mayoría de ciudades españolas y constataron el dolor de la guerra con sus heridas abiertas aún, sin que existiera plan alguno de recomposición económica y social para mitigar el atraso y dolor de ese pueblo. En la medida en que se refleja ese proceso de concienciación se ponen las bases de una deslegitimación moral del régimen, prepolítica, que luego abrió la

puerta a evoluciones personales de todo tipo, incluida la militancia en los partidos de la oposición como el PCE o en el llamado Frente de Liberación Popular —una de las aventuras políticas más curiosas de finales de los cincuenta y principio de los sesenta— o la admiración por los jóvenes barbudos de Sierra Maestra luego protagonistas de la revolución cubana.

Este despertar político, o de concienciación cívica si se prefiere, no se extiende ni siquiera a todos los que asistieron a campos, campañas o actividades. Algunos universitarios habían pasado por el SUT como la luz pasa por el cristal, sin dejar huella: para ellos eran unas vacaciones diferentes o una oportunidad de conocer gente o de ganar un dinero. Los intentos de los jefes de campo o actividad por promover la reflexión sobre la problemática social y analizar sus vivencias les parecería una insoportable murga que no llevaba a ningún sitio. Otros en cambio sí tuvieron una compleja evolución política y personal, de tal forma que el SUT fue un modestísimo punto de inicio (pero nos interesaba precisamente ese punto por ser el de inicio), el que convertía ese mes de verano que alguien pasó entre albañiles, pescadores o trabajadoras de las conserveras en el episodio más apasionante de su vida… muchos de ellos desde opciones ideológicas o de militancia marcadas; otros sin esta; todos universitarios.

Aunque estemos hablando de situaciones, medios y momentos muy diferentes, algo de inspiración nos ha bridado a la hora de encarar este estudio —volviendo a los referentes historiográficos del inicio de esta introducción— la experiencia de los History Workshops que el historiador Raphael Samuel puso en marcha en el Ruskin College de Oxford en 1976 y en los años ochenta dando lugar a un influyente movimiento y a una publicación, History Workshop Journal que supuso un desafío historiográfico a la práctica más tradicional de la historia de su tiempo. De esa iniciativa nos queda la preocupación, asumida por las diversas oleadas de historia social, por lo que Samuel definió como “the belief that history is or ought to be a collaborative enterprise, one in which the researcher, the archivist, the curator and the teacher, the ‘do-it-yourself’ enthusiast and the local historian, the family history societies and the individual archaeologist, should all be regarded as equally engaged”[3]. El poder contar con quienes vivieron la historia como

agentes activos creadores de su propio relato, integrándolos como parte del esfuerzo de reflexión apunta en esa dirección. Eso no significa que se ponga en un segundo plano el rigor o la profesionalidad, pero sí que se valore el papel activo de la sociedad civil en la construcción del relato histórico. Una de las posibles maneras de reconstruir las complejidades del pasado por parte de los historiadores es trabajar en común con personas que tuvieron protagonismo en una experiencia histórica y por formación y transcurrido el tiempo lanzan una mirada hacia ella y reelaboran esa experiencia y su relevancia en su propia evolución personal, sin que eso signifique asumir apriorismos o negar el carácter abierto siempre de la interpretación histórica.

Samuel creó talleres en donde intentaba reconstruir la experiencia de la clase obrera y de los sectores más desfavorecidos a través de la historia oral y la recopilación de información alternativa (octavillas, panfletos, carteles caseros, cartas particulares…) a la hora de explicar la historia en un plano muy diferente a la de la alta política, los Gobiernos, las grandes decisiones políticas y económicas, privilegiando el recoger la experiencia del paro, la marginación, la vida cotidiana, las condiciones de fábrica. En nuestro caso, lo significativo es la idea de trabajar con las propias fuentes, no como un sujeto pasivo, sino activo, que contaminan —claro está— el relato histórico pero a la vez le dan una densidad y una verdad que funciona no tanto para probar unos datos sino para proporcionar unas sensaciones que sirvan al lector para reconstruir una etapa histórica —en este caso el franquismo— que ya no es fácil transmitir a nuevas generaciones cada vez más distanciadas en el tiempo de una realidad que ya se ha ido y solo queda su huella en los recuerdos de quienes la vivieron. Hoy día tenemos unas esplendidas reconstrucciones históricas del franquismo hechas desde la profesionalidad y la seriedad historiográfica, pero sigue siendo complicado trasladar a los alumnos y a la población más joven en general, y más todavía a quienes se dejan llevar por los prejuicios ideológicos, cualquier aproximación que intente comprender —no justificar— el comportamiento de los actores sociales.

Esta historia desde abajo no habla, sin embargo, de un colectivo marginado en la España franquista desde el punto de vista social. Al

contrario, para el régimen los universitarios siempre fueron de los "suyos" hasta que la crisis de febrero de 1956 y sobre todo la evolución de los años siguientes empiece a mostrar lo contrario. Los estudiantes universitarios habían "ganado la guerra" y nadie dudaba en la posguerra que formaban parte del régimen. Si acaso se había temido en los círculos monárquicos o moderados del régimen su radicalismo pronazi o profascista, como sucedió en el primer año de la inmediata posguerra. Eso explica esa "permisividad" posterior del régimen con iniciativas como el SUT, que más que laxitud era coherencia con unos postulados que venían del fascismo más puro, que exigían convergencia entre obreros, estudiantes y campesinos. Eso predicaba el iluminado Enrique Sotomayor desde su cargo de secretario general del SEU en los primeros meses del régimen, buscando crear un Frente de Juventudes que hiciera posible esa utopía de convergencia social de las juventudes que condicionara y llevara adelante una política radical muy deudora de la Alemania hitleriana. A pesar de que el Frente de Juventudes que efectivamente echa a andar en diciembre de 1940 estaba alejado de esa radicalidad misional, el peso de esa tradición en el seno de Falange y del régimen explica la asunción de una experiencia como esta, en donde la juventud universitaria convergía con obreros y los hombres del campo. Esta también fue posible desde la sensibilidad del nacionalcatolicismo y su retórica misional encarnada en la pasión evangélica del padre José María de Llanos y la Compañía de Jesús, artífices de su nacimiento.

Este SUT nace impulsado por una Falange y un SEU que buscan margen de crecimiento político en un franquismo que está saliendo de sus horas más oscuras tras el bloqueo internacional y que ve cómo los sectores católicos propagandistas, el crecientemente influyente Opus Dei desde el CSIC y el Ministerio de Educación ejercen su influencia, mientras que los falangistas tienen un margen mucho más estrecho. La recuperación de la Secretaría General del Movimiento en 1949 y de la categoría ministerial con el cambio de Gobierno de 1951 supone un apoyo a cuantas iniciativas pudieran darle más presencia e influencia. Y el ámbito universitario era el más mimado en este sentido, pues era donde aún había esperanza de una renovación de las élites en un sentido falangista. De ahí que las actividades iniciales del SUT sean vistas como una oportunidad de oro para lograr ese ideal de estudiante consciente, que a la vez

haga llegar al obrero español el ideal de hermandad y de justicia social que la propaganda falangista repetía y que tenía su mejor voceador en José Antonio Girón de Velasco desde el Ministerio de Trabajo.

Pero los viejos odres, las viejas ideas del fascismo y del fanatismo nacionalcatólico hallaron un vino nuevo en los jóvenes que en los años cincuenta se incorporaban a la universidad. Paradójicamente ignorantes de los detalles y las responsabilidades familiares en la tragedia omnipresente de la Guerra Civil, esos hijos de la clase alta y media educados mayoritariamente en la visión de los vencedores que estaban en la universidad, encontraron en unos mecanismos producto de la historia y el mesianismo del régimen un instrumento de encuentro con una realidad que expuso ante sus ansiosos ojos de veinte años la miseria y las injusticias que soportaban en el día a día amplísimas capas de la población. Eran en teoría los beneficiarios de la "paz de Franco", de la erradicación de la lucha de clases que había traído la guerra y del nuevo amanecer que la victoria del 18 de julio había proclamado en España. Comprobaron el oscuro peso de la guerra en tanta gente, en estos "santos inocentes" que tan bien dibujó Delibes, y vieron que desde el poder público no solo no se hacía nada (salvo excepciones testimoniales) por aliviar o cambiar esa situación, sino que el régimen la perpetuaba.

Por ello, no es de extrañar que este choque de realidad fuera el inicio del desencanto y luego de la rebeldía para muchos. Primero de una forma callada, prepolítica y ética, casi silenciosa. Luego vinieron quienes ya aportaban lecturas desordenadas del marxismo y un sentido creciente de rechazo al régimen mucho más organizado hasta llegar a convertir al SUT en un curioso experimento de convivencia política entre jóvenes crecientemente antifranquistas que actuaban en el seno del más antiguo organismo falangista, el SEU, y utilizaban los medios y las finanzas del estado como vector de difusión de la semilla de desafección política y social a lo establecido. Esa universidad irá estando progresivamente abierta a las capas medias y de forma testimonial, aunque creciente, a sectores humildes y de orígenes obreros desde principios de la década de los sesenta, impulsado este cambio por la aparición al fin de una política de becas más dotada económicamente, aunque aún

limitada[4]. Estos jóvenes sedientos de probar la realidad ajena del mundo obrero encuentran en el SUT el cobijo ideal para proyectar sus legítimas ansias de conocer, de llegar a la verdad y su oportunidad generacional de cambiar el mundo. Pero veinte años es mucho tiempo: poco tienen que ver los primeros sutistas en torno a Eduardo Zorita, ungidos de respeto religioso y de ánimo de emulación y de cierto falangismo joseantoniano con los sutistas de los años sesenta que en una buena parte iban ya predispuestos, algunos ligados al Frente de Liberación Popular (¡los Felipes!), inmersos en lecturas de marxismo, o llevados por otros compañeros como parte de una aventura de politización.

No es el SUT la única iniciativa que brinda una puerta abierta a otras realidades: ahí estaba el Teatro Español Universitario (TEU), que también colaboró con el SUT en las campañas de alfabetización y en donde a principios de los sesenta se representaban obras de García Lorca o se hacían lecturas teatrales de Bertold Brecht en los colegios mayores. También en entornos tan falangistas como los seminarios provinciales de las Falanges Juveniles de Franco se podían encontrar charlas en donde se alababa la incipiente revolución cubana. Todo ello presidido por bustos de José Antonio y por proclamas sobre lo imperecedero de la revolución nacionalsindicalista. Esta mezcla de iniciativas rupturistas con la doctrina oficial, difícilmente comprensible hoy día, suponía a su vez la convivencia entre estrictos fieles al régimen, jóvenes activamente críticos con ese mundo pero sin fortaleza ideológica alguna, católicos reformistas bienintencionados y posiciones intermedias y un tanto cínicas de quienes intentaban hacer carrera política en medio de ese totum revolutum posible aún en un mundo pequeño como era el universitario, en donde el factor personal seguía contando mucho y en el que podemos encontrar amistades entrecruzadas y relaciones peculiares.

Pero no tratamos de rastrear las personales vías de evolución de tantos jóvenes, tan condicionadas por educación, familia, procedencia social, valores religiosos y morales del entorno, sino mostrar cómo era el país, como era percibido por los —en el papel — más preparados habitantes de este y cómo esa percepción de la realidad, que contradecía a buena parte de los lemas y doctrinas que se les inculcó desde la infancia —y que formaban parte del

ambiente social de la gente de orden— fraguó en algo que supuso la progresiva deslegitimación, primero moral y social y luego política del régimen. Este no supo o no pudo atraerse a los jóvenes, se quedó anclado en la experiencia de la guerra y acabó frustrando sus expectativas por los resultados de la Segunda Guerra Mundial y las dificultades para definir un proyecto político común que fuera más allá de la supervivencia y de la reafirmación de la rebelión antirrepublicana del 18 de julio. El franquismo nunca fue capaz de poner encima de la mesa un proyecto de reconciliación, de superación del pasado y por ello se quedó sin proyecto político y sin base social activa y movilizada. El recuerdo de la victoria en la guerra bastó para seguir adelante.

Ese recuerdo se traducía en el apego sentimental y vital que muchos sentían por la figura de Franco y la identificación con los vencedores, lo que seguramente también escondía el dolor por los muertos a manos del bando republicano y la identificación con los valores religiosos del catolicismo, aunque eso no diera lugar necesariamente a una defensa activa del régimen ni a una identificación ni con Falange u otros actores del régimen, sino a una conformidad pasiva que se fue difuminando con los años. Ese recuerdo de la guerra era para otros el sabor metálico de una feroz represión, que había acabado con las vidas y la fama y hacienda de tantos vencidos, lo que llevaba al desánimo y al silencio a los supervivientes y sus familias, bastantes de cuyos hijos incluso ignoraban su condición de perdedores de la guerra o sus circunstancias concretas. Los padres no hablaban con sus hijos de la guerra. La salida de la terrible miseria material de la posguerra y el enorme salto que supuso para muchos sectores sociales la mejora evidente en el nivel de vida que trajo el desarrollismo —su duro precio para los sectores trabajadores y populares no se evidenciaba de la misma manera— en un contexto de enorme crecimiento mundial termina de explicar esa larga duración de una dictadura que solo tardíamente se institucionalizó y que, en todo caso, siempre unió su suerte al carácter excepcional de un dirigente presentado siempre por la propaganda como elegido por la providencia para guiar al país.

Toda esta evolución explica también la distancia sideral que en 1975 —y antes— había entre la avejentada clase política del

régimen y una sociedad con una muy deficiente cultura política pero dinámica y crítica en sus estratos más juveniles e ilustrados. El consentimiento que pudiera haber hacia el régimen por una parte significativa de la población, si no las ilusiones primeras de no pocos sobre el régimen, fue muriendo hasta descansar la continuidad de este en el carácter totémico de la figura de Franco y el miedo al cambio y a volver a "otro 1936" que el régimen había sembrado durante décadas.

El principal cometido de este libro es hablar de este mundo, partiendo de una experiencia muy concreta, de una aventura bizarra que marcó y condicionó en muchos casos la actitud de quienes luego tuvieron puestos e influencia política, empresarial, social, universitaria y de tantos otros que en su perfil profesional y su vida personal tuvieron muy presente que tras la propaganda del régimen había una realidad muy distinta aunque eso no supusiera una militancia activa contra este. Pero sí una distancia, un desapego, un sentirse ajenos al discurso del sistema establecido.

Los sutistas veteranos nos proporcionaron una atalaya privilegiada para observar este proceso de cambio social que ayuda a explicar cómo se pasa de una inmóvil y sofocante dictadura de origen fascista, infiltrada hasta el tuétano por el nacional catolicismo, a encontrarnos con una sociedad que en los años sesenta albergaba una juventud que era punta de lanza de la crítica contra el régimen y abanderada de la reconciliación. Los estudiantes universitarios, junto con el joven movimiento obrero, y mucho más tarde, el movimiento vecinal, fueron los pilares en la lucha contra la dictadura.

Sin embargo, es cierto que los universitarios son una parte muy pequeña de la población española del momento. Y que si sumamos esas 13.000 personas aproximadas que pasaron por las actividades del SEU, es un porcentaje ínfimo de esa sociedad tan sometida a los mecanismos del poder. Pero de ese número salen los principales profesionales y altos funcionarios y también los dirigentes políticos que desde la oposición a la dictadura protagonizaron buena parte de la lucha antifranquista. De entre todas las personas que pasaron por el SUT nos encontramos con nombres como los de Ramón Tamames, Cristina Almeida, José Luis Leal, Xabier Arzallus, Javier

Pradera, Manuela Carmena, Nicolás Sartorius, Rafael Chirbes, Carlos París, Manuel Vázquez Montalbán… En sus biografías y entrevistas o reflexiones vitales todos reconocen que la experiencia del SUT fue clave como parte de la concienciación. De ahí que cuando nos acercamos al tema viéramos que estábamos ante uno de esos raros puntos de anclaje para poder comprender la complejidad del cambio social como no se puede hacer desde una visión más general, siempre difícil de discernir el detalle.

Este trabajo no habría sido posible sin las fuentes escritas proporcionadas por los veteranos del SUT, reunidos desde 2017 en la Asociación de Amigos del SUT (AASUT), plataforma legal desde la que crearon a partir de la página de nuestro proyecto de investigación inicial, la página web www.sut.org.es, desde la que se recopiló información documental sobre el SUT, que incluye fotografías, dibujos y objetos a lo que se fue añadiendo nuevo material conforme se consolidó la iniciativa investigadora. En segundo lugar, la realización de cuestionarios a partir del modelo elaborado por los miembros del proyecto (reproducido en anexo 1) hizo posible recoger las impresiones expresadas por escrito, con lo que suponía de reflexión en el tiempo. Además, para los historiadores ha sido impagable el contacto directo con los viejos sutistas, las muchas horas de conversaciones y de compartir el análisis de documentos y experiencias, grabar entrevistas con ellos y cohonestar nuestras visiones elaboradas a posteriori con las de ellos, en muchos caso aún frescas y vívidas. En tercer lugar, asistir a reuniones en casas de algunos de ellos y en distintos lugares donde se celebraron reuniones multitudinarias, gozando también de la amistad y la camaradería reencontrada de los otrora estudiantes y de ver cómo estaban encantados de que estos “jóvenes” que éramos nosotros nos interesáramos por su juventud sutista. Otra iniciativa más que nació en el marco de la Asociación fue el rodaje de un documental de la mano de Diagrama Producciones y del conocido director Miguel Ángel Nieto, que plasmó también la experiencia sutista recopilando nuevos testimonios, revisitando paisajes y parajes, contando con nuestro aporte y sugerencias. Su título, La transición silenciada (Diagrama Producciones, 2017) intentaba sugerir la relevancia de esta experiencia a la hora de entender el proceso de cambio político y social de la España de los años setenta y ochenta. El documental se ha difundido a través de las

televisiones autonómicas, la asociación y se editó un libro-DVD con nuestra colaboración activa, que dio lugar a una presentación con los protagonistas en la Residencia de Estudiantes en la ya lejana fecha de octubre de 2016. Desde entonces ha sido también exhibido en diversos territorios en los que el SUT tuvo una actividad relevante como Madrid, Andalucía, Galicia o Asturias de la mano de la Asociación de Amigos del SUT. A director y productora le expresamos nuestro agradecimiento por brindarnos la oportunidad de colaborar activamente en la elaboración del documental y darnos acceso a los textos completos transcritos de los entrevistados.

Los miembros del proyecto, no solo los más veteranos que firmamos este volumen, sino también docentes e investigadores como Pilar Mera, Carlos Domper, Guillermo Sáez, Federico Bellido, Fátima Martínez Pazos o Daniel Canales han sido un apoyo en los últimos años para profundizar en esta cuestión y darle una dimensión académica en publicaciones aún en proceso de elaboración. Ha sido igualmente muy importante contar en el proyecto con excepcionales especialistas como el profesor de la Università degli Studi di Perugia, Luca La Rovere, profesor especializado en el análisis de los jóvenes universitarios fascistas del GUF y también en la herencia fascista de posguerra para estos sectores juveniles. A sus publicaciones y aportaciones debemos también mucho en la reflexión conjunta. Este trabajo es producto de una implicación, larga implicación, con este proyecto que dio lugar a la petición de un nuevo proyecto de investigación al Ministerio de Ciencia e Innovación, a la realización de una tesis doctoral y a encadenar esta cuestión con las relaciones entre juventud y clase obrera en la posguerra desde un enfoque comparativo europeo y transnacional, tema sobre el que realizaremos nuevas incursiones futuras.

Este por lo tanto no es un libro estrictamente académico, aunque tenga todo el rigor de un trabajo profesional de investigación. Aquí se juntan varias manos: las de tres historiadores profesionales, pero también otras tres de profesionales de distinta trayectoria (un investigador del CSIC, un economista, un experto en management y liderazgo personal), estos últimos ya jubilados. La fórmula, que no solo los historiadores sino las fuentes y a la vez promotores escriban a la vez es un intento de no interpretar en exceso, sino de llevar la

voz directa de los protagonistas, pero que a la vez haya suficiente distancia como para trasladar la experiencia contextualizada por la amplia trayectoria de la parte académica en estas cuestiones. La pluralidad de voces y enfoques y el protagonismo de los testimonios tratan de mostrar cómo la historia se construye también socialmente y es una disciplina que debe establecer un diálogo con la sociedad, sin que ello suponga menoscabo del rigor y la solidez académica. Seguimos pensando que nuestra principal misión como historiadores es recuperar el pasado pero al hacerlo promover también el debate social, mejorar el conocimiento sobre la textura del pasado y por lo tanto mostrar como la comprensión histórica tiene mucho de empatía, de querer comprender, de entender al otro en ese lejano territorio que es el pasado.

Este libro tiene mucho de otros libros, algunos de ellos auténticos pilares de la comprensión del proceso evolutivo tras el fascismo. Es el caso de los clásicos trabajos de Ruggiero Zangrandi o de Juan Francisco Marsal. Y también tiene su deuda con Alfonso Lazo[5]. El libro de Zangrandi, Il lungo viaggio atraverso el fascismo[6] supuso la mejor exposición en los años de posguerra del proceso de tránsito de un joven fascista italiano que despertó a la vida y a las inquietudes políticas en el seno del fascismo y cómo a través de las propias experiencias que se forjan en su seno, los littoriali de la cultura y del arte, los campamentos, las ansias revolucionarias que vivieron, la libre discusión sobre temas de cine de cultura, de experimentación, abrió su mente a una realidad que le acabó llevando a la deserción de quienes fueron sus referentes, hasta acabar en las filas del antifascismo. Ese proceso de mutación era un buen recordatorio de que es muy difícil establecer con éxito una estructura totalitaria por brutal y represivo que sea el régimen y que las costuras de cualquier régimen tienen márgenes y fisuras que permiten múltiples lecturas. Juan Francisco Marsal publicó una obra que realmente ha tenido menos proyección pública (sí en cambio académica) de la que merecía: Pensar bajo el franquismo. Allí se daba una visión de cómo iban mutando las mentes de los jóvenes falangistas inquietos hasta salir también los críticos al franquismo, los arrebatados por la rabia de las injusticias que contemplaban, los buscadores incansables de rendijas de aire y de luz en la oscuridad nacionalcatólica. Jordi Gracia en sus obras ha sido también otro referente en esta aproximación de leer entre las

líneas sumegidas aún en la mediocridad reaccionaria del franquismo, atisbos de rebeldía y de coraje en esta juventud universitaria[7]. Por supuesto que después ha habido muchos acercamientos a ras de tierra al franquismo. En los últimos años, los trabajos de Claudio Hernández Burgos, Carlos Fuertes o Antonio Cazorla[8] buscan trasladarnos las franjas grises de la realidad, la presencia del miedo, las contradicciones también a pie de calle.

Nosotros queremos modestamente mostrar una experiencia clave en la vida de muchos jóvenes universitarios a través de la cual seamos capaces de conocer mejor al franquismo y las razones de su pronto fracaso como propuesta política a ojos de estos. Se trata de contemplar cómo universitarios que inicialmente creyeron en el régimen se alejaron para siempre por el predominio de los personajes más arribistas y carentes de imaginación. Cómo la complejidad del discurso de Falange, con su obrerismo y su denuncia social, pusieron también las bases para que quien lo deseara encontrara medios para cuestionarse esa realidad y para intentar transformarla. Cómo el carácter proteico del cristianismo hizo posible que sacerdotes nacionalcatólicos "de libro" como el padre Llanos fueran desarrollando un sentimiento de alejamiento de las élites —esas élites a quienes siempre tuvo cerca, o a sus hijos, por otro lado— hasta acabar morando con los más pobres de los pobres, en el Pozo del Tío Raimundo y militante en lo más opuesto a sus orígenes, el Partido Comunista de España (PCE) y el sindicato Comisiones Obreras (CC. OO.).

Y es que España no habría podido transformarse en una democracia si sus ciudadanos no hubieran roto amarras con un régimen nacido de un levantamiento contra el poder legítimo, si no se superaban las terribles divisiones entre las dos Españas y si no se asumía que el futuro debía ser diferente. Pero ese alejamiento, esa ruptura con el franquismo no nace por arte de magia o por un mero acercamiento a los sectores críticos de la izquierda exiliada, sino por propia convicción, por autocrítica hacia las propias posturas vividas desde la niñez. Es decir, fabricando un nuevo edificio, una nueva percepción a partir de lo que había, es decir, con los viejos materiales, con las viejas ideas, que sirven de puente hacia otros territorios, hacia otras concepciones políticas[9].

De ahí que este volumen tenga a gala esa efectiva convivencia entre historiadores profesionales y protagonistas de los hechos o de la época; entre una exposición de hechos, documentos y análisis, que bebe del trabajo que se ha hecho en los últimos treinta años sobre el tema y la visión impresionista del recuerdo de quienes vivieron esa experiencia; que se combine narrativa con imágenes y con reproducción de documentos, que intentan dar una mayor cercanía y constatación de lo que fue el experimento social y político del SUT. Un volumen en definitiva que intenta precisamente en una historia tan compleja de transmitir como la del franquismo unir la reconstrucción fiel y detallada de esta aventura sutista, el retrato del tejido social y político de la época y el análisis riguroso de lo que supuso la experiencia.

El libro se abre con la historia del Servicio Universitario del Trabajo, que proporciona los datos que sirven de orientación al lector en cuanto a su nacimiento, evolución, dirigentes y referencias para comprenderlo. Es el punto de partida para poder entender su funcionamiento, condicionantes políticos y cómo evolucionó su actividad a lo largo del tiempo. Por allí desfilan también los dirigentes del SEU, de Falange y del Estado implicados en distintas escalas en esta acción. Su autor es Miguel Ángel Ruiz Carnicer. Los tres capítulos siguientes suponen la descripción detallada, trufada de testimonios de cuáles fueron las principales actividades del SUT: Los campos de trabajo, la original y de más peso icónico; el Trabajo Dominical o Ayuda Dominical (su denominación variaba según distritos) y finalmente, desde 1962 (aunque hubo iniciativas previas en años anteriores) las Campañas de Alfabetización (o de Educación Fundamental, como se denominaron), una de las experiencias que más hondo impacto tuvo en un número relevante de estudiantes por el gran número de personas implicadas y el trabajo que se hizo en zonas especialmente deprimidas de España. La redacción de estas partes ha corrido a cargo de Emilio Criado (Campos de trabajo), Álvaro González de Aguilar (Campañas de Alfabetización) y Antonio Ruiz Va (Trabajo Dominical).

A continuación, se encuentran los trabajos que hacen un análisis de los aspectos intelectuales y culturales del fenómeno SUT, de la calidad de quienes escribían en sus periódicos o de la influencia enriquecedora de esas experiencias en sus obras. Javier Muñoz

Soro, profesor de la Universidad Complutense y especialista en historia intelectual del franquismo, es el autor[10]. Nicolás Sesma, profesor en la Université Grenoble-Alpes analiza los aspectos sociológicos de la experiencia, entroncando con la tradición de Marsal, analizando los testimonios y abordando una categorización de las distintas generaciones y cómo quedaron marcadas por la experiencia. En el encarte encontramos fotografías, y algunos documentos y que buscan proporcionar al lector una mejor contextualización.

La redacción de cada capítulo ha tenido un responsable y redactor fundamental, que es el indicado, pero ha sido revisado por todos y se han modificado algunas partes con el acuerdo de todos, aunque es el editor del volumen el que asume los errores y la responsabilidad del resultado. Las obras corales tienen dificultades añadidas, pero su riqueza y pluralidad es la compensación a ello. Este libro no es ningún final del camino. Es un mojón relevante y uno de los compromisos adquiridos por el proyecto. Pero queda la Asociación de Amigos del SUT, queda un gran volumen de documentación importante a disposición de los investigadores y de todos aquellos interesados en aquella experiencia y en ese tiempo. La idea es que la Asociación acabe transfiriendo los originales de esos fondos ya digitalizados a algún archivo estatal o fundación que se pueda hacer cargo de ellos para garantizar su protección y su utilización en el futuro por los historiadores.

Sinceramente, nuestra impresión es que pocos volúmenes consiguen a un lector transmitir mejor qué fue el régimen de Franco, su naturaleza profunda, la realidad en la que opera que este, no tanto por méritos de los autores (sobre todo de los académicos) sino por haber procurado dar voz a quienes vivieron en primera persona todo un proceso de cambio social, de maduración política, de descubrimiento personal. A esos jóvenes veinteañeros —cada uno de su padre y de su madre, hijos de vencedores y de vencidos— que les tocó vivir su juventud en el corazón del franquismo les dedicamos este libro.

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

CAPÍTULO 1

ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL SUT

UNOS JÓVENES A LA BÚSQUEDA DEL OTRO

El Padre José María de Llanos fue un líder para una parte importante de la juventud de su tiempo. Primero entre sus compañeros de colegio, cuando rivalizaba con José Antonio Primo de Rivera en mandar en el patio; luego, con todos de los que se rodeaba: seminaristas, jóvenes soldados, voluntarios de la División Azul, jóvenes del Madrid de posguerra y así hasta casi el final de sus días cuando eran los jóvenes con ansia social, comunistas o socialistas o cristianos de base, los que se acercaban a él esperando la palabra de ánimo y el impulso para obrar.

Según sus muchos seguidores, el secreto de esta influencia estaba en que Llanos era un hombre de acción en su pleno sentido, a la par que tenía una fortísima y penetrante espiritualidad que lograba irradiar alrededor. Y esa energía la puso al servicio de muchas causas, algunas más nobles que otras según se vería con el paso de los años, pero siempre guiado por la pasión y la entrega. Del falangismo primero —tamizado por su vocación religiosa y luego por su sacerdocio— hasta la militancia comunista y sindical de sus últimos días. Entre medio, fue un absoluto creyente en que el final de la Guerra Civil suponía una oportunidad para un tiempo nuevo que superara la tragedia que para él supusieron los años de la República y de la guerra. Por eso fue uno de los jóvenes seminaristas que creyeron que el levantamiento militar contra la II República era justo y necesario[11]. A partir de ahí se podría construir una sociedad mejor basada en los valores cristianos. Más tarde, fue un apasionado defensor de la intervención armada contra Rusia en el momento de la formación de la División Azul en el convencimiento de que el comunismo era un mal a erradicar; también un temprano defensor de la hispanidad que iba más allá de lo retórico, buscando mantener una especial vía de encuentro espiritual con los pueblos de América; fue también un defensor de la milicia como arteria principal de la nación como se comprueba en su iniciativa Forja, de tanta influencia en ciertos ámbitos de los cuarteles; y nunca dejó de ser un radical de la lectura del evangelio como la necesidad de estar entre y con los pobres, con los sectores

más desfavorecidos… Estos rasgos muestran los multifacéticos aspectos de una larga vida en donde se mezclaba la ternura con la obcecación; la militancia exigente rayana en el fanatismo con la compasión hacia el otro y por encima de cualquier otro rasgo la atención a las generaciones que desde la inmediata posguerra fueron influidas por sus iniciativas y su ejemplo, fueran en los campamentos del Frente de Juventudes o del SEU o en la militancia comunista de sus últimos años desde El Pozo[12].

Cuando tras la guerra Llanos se instaló en Madrid, aprovechó su enorme influencia entre los sectores establecidos en el poder para capitanear un buen número de iniciativas que contaron con el apoyo de la Compañía de Jesús. Una de las más notables, la realización de tandas de ejercicios siguiendo el modelo ignaciano, le procuró un notable ascendente entre lo más selecto de los jóvenes bachilleres y universitarios madrileños, además de entre la clase política y militar de ese temprano franquismo. No se trataba solo de ideas. Eran las personas. Sabía los pequeños y grandes pecados de los jóvenes destacados de su tiempo, sus inseguridades, la angustia interior que latía bajo la fachada arrogante del falangista de correajes, del joven teniente de aviación con bigote recortado de posguerra o del mando político que se arrodillaba de cuerpo y alma ante la sagrada forma tras las inspiradas y tonantes palabras del dinámico páter. Y ese conocimiento íntimo le procuraba influencia y respeto por doquier.

El Padre Llanos es pues una figura clave para entender la mentalidad de la juventud universitaria de la época. Si seguimos algunos de sus esquemas para homilías o charlas o ejercicios[13] vemos cómo se busca trasmitir la ilusión, la confianza en uno mismo, que debía estar basada en una profunda fe en Dios y a la vez, se intenta vehicular en cada joven esas ideas de defensa de Cristo de forma práctica y efectiva. Para Llanos, se trataba de construir personas en conexión con la divinidad pero en absoluto contemplativas, sino instrumentos de esta.

En el contexto del agudo nacionalcatolicismo de la posguerra, Llanos distaba de ser una figura convencional aunque estuviera tan bien conectado con las élites del régimen y en 1943 hubiera dirigido unos ejercicios espirituales a Franco. Su forma de vivir el

catolicismo no era formal ni acomodaticia y despreciaba el predominio formal del rito sobre la creencia; de hecho, ya en la segunda mitad de la década de los cuarenta trasluce el malestar por la falta de autenticidad de la fe que en la España nacionalcatólica se dice vivir. Para Llanos, a finales de la década de los cuarenta la nota dominante era la escasa ambición y una extendida mediocridad; si cuando era un joven refugiado identificado con el 18 de julio pensó que el nuevo sistema que saliera de la victoria iba a construir un "hombre nuevo" a imagen y semejanza de Cristo y de los totalitarismos entonces vigentes, poco quedaba de ello, más allá de un triste y resignado remedo de este. Esta vena crítica la encontramos en los artículos que publica a finales de los cuarenta y primeros cincuenta en la Revista Internacional de Sociología[14] y en la revista juvenil Alférez[15], cuyo tono tanto le debe al espíritu austero y exigente de Llanos. Muchas de las iniciativas antes comentadas no eran sino escapatorias a esa falta de tensión espiritual que encontraba en su tiempo y que se le hacía insoportable viniendo de los años de purificación por el dolor y el martirio que había vivido España.

Este espíritu inquieto está retratando una personalidad excepcional en su contexto pero también pone de manifiesto las insuficiencias de ese nacionalcatolicismo de breviario de misa, de procesión y de recato, de rancia servidumbre al poder por muy identificado que se estuviese con este, que dejaba a muchos de los más combativos y sinceros (y por ello minoritarios) católicos de la época insatisfechos. Una insatisfacción que es la que busca y explota el activista Llanos, especialmente entre los jóvenes más cultos, universitarios, que lucharon en la guerra o que crecieron en su final y que creyeron sinceramente en una reconstrucción del hombre a la sombra de la cruz y en la tarea de un Nuevo Estado justiciero pero integrador.

Este deseo de sinceridad, de superar la superficialidad de las demostraciones religiosas iba de la mano del deseo de establecer un puente con todas las personas, también con los vencidos especialmente con los que se hacinaban en los barrios más degradados de capitales como Madrid y Barcelona, viviendo al margen no solo de la doctrina católica sino de unos mínimos niveles de salubridad, alimentación y vivienda. La búsqueda del otro, del excluido, del "obrero", de los vencidos en la tragedia civil, pero no

en lo político, sino en lo personal, va ser el objetivo de algunos jóvenes universitarios que van a mostrar una sensibilidad social y religiosa muy diferente al discurso omnipresente del régimen o a la soberbia que derrochan en la calle los vencedores.

Este fenómeno no era exclusivo de España y lo podemos encontrar en otros sitios de la Europa destrozada tras la Segunda Guerra Mundial[16]. La brutalidad de la guerra, la ignorancia de las nuevas generaciones —los que eran niños durante el conflicto—, la separación entre clases dieron lugar a que los más inquietos de las generaciones de posguerra quisieran saber "cómo vivía la otra mitad"; cómo era esa sociedad ajena a la clase media o a los sectores más o menos establecidos e identificados con los vencedores, para ellos la normalidad que siempre habían conocido. Y las iniciativas van a proliferar desde los primeros curas obreros en la Europa francófona y católica a las elaboraciones teológicas que acabarían encarnándose en Maritain[17]. El catolicismo social europeo va a experimentar también, aunque en un contexto muy diferente al del franquismo, una búsqueda "del otro" que prefigurará el catolicismo de izquierdas europeo, el obrerismo en el seno de la Iglesia, el cristianismo de base, lo que se empezará a visualizar en el Congreso Vaticano II convocado por el aperturista Juan XXIII[18].

En el caso español, la victoria del bando sublevado supuso el que la utopía obrera y la búsqueda del cambio social que venía latiendo en España desde el último tercio del siglo XIX y en el primero del XX fuera barrida con toda la violencia posible, quedando en la memoria y las retinas de los adultos de la época el horror sufrido. El materialismo y pragmatismo más brutal ocupaba su lugar. Esa centralidad de las necesidades materiales más primarias (la comida, la vivienda, el vestido) hará que el medro y el oportunismo dejen muy poco espacio a la dignidad. Unos porque no tenían acceso a ellas y otros porque las valoraban de una manera extraordinaria haciendo de ellas botín de guerra.

Y en ese hostil y estepario contexto, unos jóvenes que habían tenido oportunidades de formarse en su mayoría en los colegios religiosos de bachillerato y en las universidades jerarquizadas de posguerra, buscaban desde los últimos años cuarenta algo que fuera más allá de ese asfixiante ambiente. Buscaban al otro. Al obrero, al

trabajador manual, al distinto. Y lo buscaban para llevarlo al evangelio o para hablarles de los valores que a ellos les habían repetido en los fuegos de campamento del Frente de Juventudes y del Sindicato Español Universitario o en los ejercicios espirituales de las pequeñas parroquias o en las vigilias de los colegios del extrarradio, en donde se invocaba a Jesús camino de Emaús cuando caía la tarde.

En ese ambiente, y de la mano de los jesuitas, Llanos puso en marcha otra iniciativa más que buscaba ese acercamiento al desconocido cercano; algo que perseguía mejorar la calidad moral de los jóvenes, al hacerles valorar el trabajo manual y la autenticidad recia de los trabajadores de las minas o las fábricas, rompiendo su aislamiento acomodado y burgués.

La iniciativa era religiosa y vehiculada a través de los jesuitas, pero viniendo de la mano de Llanos y que pasó en menos de dos años, con la creación del SUT, a manos del falangista Sindicato Español Universitario (SEU), no puede dejar de transparentarse el peso también de la cultura política del fascismo histórico a la hora de explicar su nacimiento. El SEU era el sindicato, único desde 1939 y obligatorio desde 1943, que agrupaba a los estudiantes universitarios españoles y que había sido el provocador y violento organismo juvenil y estudiantil de FE y de las JONS desde los años de la República, que se presentaba a sí mismo como el depositario del impulso inicial falangista y protagonista del martirio y la victoria en la Guerra Civil[19]. El SEU ya había tenido iniciativas de carácter obrerista en las propuestas presentadas al IV Consejo Nacional del SEU celebrado en 1940[20], haciendo honor a una idea central en el discurso fascista de la época como era la unidad entre estudiantes, obreros y campesinos, en el mejor estilo de la retórica nacionalsocialista. Esta idea integradora y obrerista había estado muy presente en la idea del primer Frente de Juventudes de Enrique Sotomayor, el primer secretario nacional del SEU. No podemos olvidar que tanto en el fascismo originario como en el nazismo, el elemento retórico obrero era central. Pero no solo la retórica. El partido Nazi, el NSDAP, tiene su origen en algunos grupos obreristas desclasados y desvirtuados por la primera guerra mundial agrupados en torno a los hermanos Strasser[21].El sindicalismo revolucionario en Francia o en Italia son también una fuente de ese

futuro fascismo que pone en el centro de su discurso al obrero. Y la inicial militancia socialista de Mussolini explica la centralidad del trabajador en la retórica del fascismo primero[22].

Fue habitual en los años centrales del nazismo y en los años de la guerra mundial movilizar a los estudiantes universitarios para participar en las campañas de recolección en el campo. Y ello no solo por razones económicas sino de disciplina social y de asunción de la centralidad de la idea del trabajador como piedra angular del régimen[23], algo que comparten con las organizaciones obreras europeas.

Aunque nunca se llegó a poner nada parecido en marcha en el franquismo, en la mente de los falangistas y de los más jóvenes socializados en la pureza de los ideales fascistas luego derrotados en las trincheras europeas, esa idea de unión y liderazgo juvenil frentista se mantuvo y acabó convergiendo con ese catolicismo que pugnaba por encontrar también la autenticidad frente a la sofocante hipocresía nacionalcatólica. Y es en este momento, hacia 1950, cuando se abre camino este impulso y se materializa en la modesta actividad del primer campamento de lo que con el paso del tiempo se llamaría Servicio Universitario del Trabajo y que consistió en tres (¡tres!) universitarios que compartieron veinte días en las minas de oro de Rodalquilar, en la provincia de Almería. La experiencia fue intensa y esclarecedora. Uno de los muchachos que participaron, Eduardo Zorita, estudiante de veterinaria al que conoció Llanos en un albergue de verano del SEU, acabó siendo el primer jefe nacional del SUT e impulsor de la idea dentro del SEU con el apoyo y la confianza directa del sacerdote. De la figura de Zorita hablaremos con detalle más adelante.

Ese año y el siguiente, también en Rodalquilar pero ya con treinta personas, es cuando cuaja el proyecto de Llanos y este —siempre inmerso en ideas y proyectos sociales que demandaban su atención —, decide dejarlo en manos de su querido SEU, una vez que Llanos encontró en Zorita la persona de confianza para que se hiciera cargo del SUT dada su inquietud, inteligencia y fuerte personalidad. Con ello, el inquieto jesuita garantizaba la continuidad de la iniciativa porque el sindicato estudiantil oficial contaba con los medios y la capacidad para hacerlo extensible a toda España. Y era coherente

también con la vieja relación que el sacerdote madrileño había mantenido con los jefes nacionales anteriores, especialmente con Carlos María Rodríguez de Valcárcel, jefe del SEU entre 1943 y 1946[24]. El SEU para Llanos no era un organismo del Movimiento más sino un grupo de personas con nombres y apellidos a los que se sentía ligado afectivamente y que garantizaba la conexión con el mundo juvenil y universitario.

Hacer un Servicio de las características del SUT era una idea rompedora en el contexto de un país en el que las diferencias sociales eran abismales y donde era raro que el ingeniero o el propietario de la empresa se mezclara, hablara y confraternizara en lo más mínimo con el productor. La guerra y la rígida jerarquización de la sociedad (por clases, por sentimientos religiosos, por procedencia social, por méritos de guerra) hacía que fuera muy difícil traspasar ciertas fronteras. Eso se veía todos los días en las ciudades, en el interior de las empresas y los negocios e incluso en la domesticidad de las casas, entre un servicio que consistía en una o dos criadas, mandaderas o cocineras en una buena parte de hogares de las propias clases medias y los señores, por muy limitada que fuera la holgura económica de estos. Un régimen que decía haber nacido para erradicar la lucha de clases había logrado crear un abismo no solo entre vencedores y vencidos sino entre pobres y ricos, ciudad y campo, elegidos y clase de tropa.

Desde el punto de vista de Llanos, el SUT era una forma de dinamizar a la juventud universitaria que aún podían hacer “una España mejor”, intentando no desaprovechar —se llevaba camino de ello, según reiteraba en sus escritos— la ocasión histórica del 18 de julio y del renacer nacional y religioso que, para él y en ese momento de su biografía, aún suponía la fecha.

Una vez efectuado el “traspaso” del SUT al SEU, Llanos mantuvo su compromiso de apoyo en forma de charlas, asesoría, visitas de inspección o intervenciones puntuales en algunos momentos, pero cortó cualquier relación orgánica con su viejo proyecto, dedicándose a otras iniciativas, tras las que otras se sucederían y así hasta el fin de sus días[25]. Eso sí, siempre disponible y concernido, pero también irascible y obcecado en ocasiones, protagonizando en más de una ocasión choques personales o reacciones despechadas o

excesivas[26].

INQUIETUD SOCIAL, RELIGIOSIDAD Y ACCIÓN:

EL SUT DENTRO DEL SEU

La tradición retórica obrerista del SEU, a la que antes hacíamos referencia, encajaba perfectamente con una iniciativa de este tipo. Sus raíces fascistas, expuestas en el discurso frentista inicial justificaban esta unión de la juventud universitaria con la campesina y obrera; se adecuaba con el deseo redentor del SEU de la inmediata posguerra de convertirse en guía moral, estético y cultural de la España renacida[27], y el objetivo de mantener en el seno del régimen la pujanza del proyecto político falangista y su sensibilidad social, de la que —según su punto de vista— carecían otros sectores. A ello se añadía su matizado élan anticlerical de procedencia fascista que le hacía ver con buenos ojos una iniciativa de acercamiento social diferenciada de la caridad religiosa y gestionado al margen de la Iglesia, a pesar del inicial impulso del jesuita Llanos. Para los falangistas una oportunidad como esta servía para acercar los logros del régimen al obrero, trasladar los principios joseantonianos a quienes pudieran estar alejados de ellos y ayudar a forjar esa unidad de "las tierras y las clases de España" a través del ideario falangista. Para los universitarios, debía de servir también para conocer mejor y valorar plenamente el país que iban a regir como "minoría dirigente" del futuro.

El inmediato impacto de la iniciativa, con un número sorprendente de peticiones en todos los distritos universitarios, reforzó la apuesta y se convirtió en uno de los éxitos del SEU en unos momentos como son los primeros años cincuenta en que el sindicato falangista —como el partido único del que formaba parte— buscaba reforzarse, modernizarse y mostrar que tenía una capacidad de iniciativa política que la digestión de la derrota de sus ideas en la guerra mundial no había sido capaz de anular del todo. Los falangistas salían de la travesía del desierto de los segundos años cuarenta tras la derrota del Eje y Franco dejó que recuperaran cierto

protagonismo al recuperar para el gabinete ministerial formado en 1951 el Ministerio-Secretaría General del Movimiento.

De ahí que la iniciativa de Llanos se asumiera y apoyara con entusiasmo por el sindicato estudiantil falangista mediante propaganda en las revistas del SEU y en los medios del Movimiento y desde luego en la publicidad en los distintos distritos. Pero los resultados espectaculares no fueron solo el fruto de la propaganda. Y es que esta iniciativa —y ahí no le fallaba el fino oído social a Llanos— venía en el momento adecuado. Un momento de honda maduración que se estaba produciendo en los jóvenes que habían vivido la Guerra Civil siendo muy niños —sin conciencia de ella, aunque estuviera omnipresente en el ambiente— y que ahora se estaban incorporando a la vida española como trabajadores o estudiantes universitarios. Estos estudiantes, procedentes en su mayoría de entornos burgueses de clase media y alta[28], traían no solo necesidad de aprender, sino sed de saber, de situarse en el mundo y en la vida española del momento. Y ello les llevaba a tener una conciencia crítica difusa, prepolítica, tan urgente como justiciera, como reacción ante la pobreza, la desigualdad, el atraso económico y social que veían por doquier en esa España triste y gris, marcada por un pasado comprendido a medias por esas nuevas mentes, sobre las que pesaba la tragedia y la división social. No acababan de entender muy bien por qué esa retórica brillante que les había hablado desde pequeños de lumbre y de pan para todos los españoles, de paz sonora y de revolución nacional que acababa con las supuestas iniquidades ignoradas de un pasado cercano, no era ya una tangible realidad.

Personalidades como el rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín, o el sociólogo José Luis Pinillos supieron captar esta inquietud y sensibilidad de la juventud y en sus estudios o informes de esos años encontramos que se retrata esta nueva exigencia generacional de saber y entender compatible con una desarmante ingenuidad y una gran ignorancia histórica. Se trataba de entender al otro y a sí mismos. Y creyendo que para entenderse a sí mismos han de entender al otro.[29]

Los jóvenes sutistas de esas primeras hornadas de los iniciales cincuenta no iban a los campos porque tuvieran una conciencia

política hecha o una temprana militancia izquierdista. Iban porque querían saber del mundo y desentrañar esas contradicciones que les agobiaban. Algunos tenían la sensibilidad social aportada por un catolicismo sincero o bien la creencia en unos valores del nacionalsindicalismo "auténtico" que las circunstancias de la inmediata posguerra no habrían dejado desarrollar. Pero la mayoría se sentían como habitantes de una morada que no han construido, a los que se halaga como actores del futuro y depositarios de la herencia de unas circunstancias terribles, y como tales tienen preguntas y sed de probar lo que les rodea.

En ese sentido, el SUT es una excelente muestra de cómo las circunstancias pueden propiciar un encuentro entre una sensibilidad naciente entre los jóvenes por un lado y unos discursos religiosos o políticos por otro que, aunque ligados al régimen cultivan o han cultivado la inquietud por las insuficiencias del marco en el que operan. Ese encuentro desencadena una transformación de los medios en donde convergen.

Es precisamente en el SUT en sus casi veinte años de vida, dieciocho dentro de la disciplina del SEU, donde mejor se va a percibir que era necesario ir hacia otra dirección social y política en España. Pero ello no será así inicialmente, sino consecuencia del impacto progresivo del contacto con los obreros o campesinos inmersos en una realidad muy alejada del confortable mundo de los universitarios. Este panorama irá cambiando conforme avance la década de los cincuenta hasta que en los sesenta la universidad española sea un terreno progresivamente ajeno al régimen, con un SEU que lucha agónicamente por sobrevivir.

Desde ese punto de vista, el SUT no fue una escuela de izquierdismo o de disentimiento per se, sino que fue un medio en el que unas minorías de jóvenes —falangistas o no— buscaban suscitar la actitud crítica de los estudiantes hacia su entorno haciendo posible su concienciación. Pero más adelante, en la segunda mitad de los cincuenta, el SUT fue crecientemente utilizado por estudiantes progresivamente ajenos al régimen como un instrumento de politización y de agitación haciendo que el paso por el Servicio formara parte de la agenda social de los estudiantes militantes.

No podemos olvidar, sin embargo, que para otros muchos

universitarios fue solo una forma de salir del tedio y mediocridad de la vida rutinaria, de ver el mar por primera vez o de conseguir una experiencia profesional. Y es que no siempre, como veremos, la dinámica sutista llevaba a una toma inicial de conciencia ante las formas de vida de obreros y campesinos. De ahí que los estudiantes de las distintas cohortes del SUT vivan de manera diferente este contacto con el mundo obrero, vayan con ideas previas diferentes y tenga en ellos un impacto variable. Porque el contexto estudiantil del periodo 1952-70, esos tres lustros largos tan intensos, va a cambiar con mucha rapidez, como va a cambiar también España, el régimen y sobre todo los sectores más dinámicos de la sociedad.

De ahí que sea necesario aproximarnos a la historia del SUT por periodos diferenciados, buscando no solo los datos o los cambios organizativos o de personas responsables sino el espíritu de la época, sin el cual difícilmente sirve reconstruir, como se hace en otros lugares del libro, los campos de trabajo, las Campañas de Alfabetización o la Ayuda Dominical. Se trata de reconstruir desde todos los ángulos las peculiaridades de la aventura personal, política y social que viven más de trece mil universitarios a lo largo de este tiempo que acabó cambiando el país o sembrando las semillas de dicho cambio.

ROJOS, AZULES Y GENTE DEL APARATO:

EL SUT DENTRO DEL MOVIMIENTO

No era casual que el Servicio Universitario del Trabajo se hubiera consolidado dentro del SEU. Ya hemos visto las razones personales y organizativas que tenía Llanos para dar ese paso y lo coherente de esta decisión.

Pero buena parte de los dirigentes del SUT insisten en sus testimonios en lo independientes que siempre fueron del SEU. Las imprecaciones hacia los dirigentes de la madrileña glorieta de Quevedo —durante muchos años sede del SEU— o la resistencia a ir a dar cuenta de las actividades del Servicio a Alcalá, 44, la sede central del Movimiento, van a ser comunes en el relato de muchos dirigentes entrevistados. Y esa autonomía es un hecho, especialmente en el periodo 1956-1962, en donde una parte significativa de los dirigentes están comprometidos con posiciones de la izquierda clandestina o se sitúan en un cristianismo social. "No teníamos nada que ver", dice Alfredo Muñoz Giner[30], como repetirán otros dirigentes de una u otra forma. Pero es indudable la dependencia orgánica del SUT respecto al SEU: los nombramientos de los jefes del SUT eran hechos por el jefe nacional del SEU, los dirigentes sutistas formaban parte del equipo del jefe nacional de turno y sus actividades tenían que ser apoyadas por estos. El SUT siempre estuvo ligado al SEU orgánica y funcionalmente hasta el final.

El SUT formó parte de manera muy relevante del organigrama del SEU y los jefes del sindicato se sintieron implicados en esta actividad a través de sus discursos, su presencia en algunos campos cuando se iniciaba la temporada veraniega y su utilización del éxito de la fórmula. Sin duda, el SUT dio lugar a problemas, roces y conflictos con las autoridades locales, a veces fue incómodo y se convirtió en una fuente de problemas en esos años finales. Pero de

su grado de integración en el régimen da cuenta que el propio general Franco, al finalizar el verano, recibiera siempre a los jefes del SEU y del SUT, que ofrendaban una detallada memoria de sus actividades ese año y luego departían con el Caudillo[31]. No hay duda pues de que desde el principio el SEU falangista de los años cincuenta se identifica con la idea y misión del SUT, como el jefe Jorge Jordana pone de manifiesto. En definitiva, el SUT no es un elemento externo y ajeno al SEU que hace una política "izquierdista" dentro de un aparato falangista, sino que es un organismo netamente producto del universo religioso y político de la época y del propio régimen pero en el que se materializará la transformación progresiva de los estudiantes universitarios respecto a cómo veían el marco político, social y cultural que los envolvía, el del franquismo de los años cincuenta.

Los boletines internos que se distribuían en los campos combinan la doctrina oficial de lo que es o se quiere que sea el SUT con las impresiones concretas y reales de los muchachos que protagonizan la experiencia y en donde se comprueba la huella profunda que les produce el experimentar hasta qué punto el Estado había dejado de lado durante tantos años las necesidades básicas de una parte relevante de sus ciudadanos. La experiencia de Las Hurdes de los años treinta, del conocido film de Luis Buñuel Las Hurdes, tierra sin pan, se rememora por muchos sutistas como referente comparativo para entender esta dejación de los poderes públicos con desolación primero y luego desde una postura de rechazo frente a esa situación[32].

Esa indignación podía ser más sorda o más sonora. Igualmente podía dar lugar a la reivindicación falangista de la "revolución pendiente" y a una renovada militancia joseantoniana ansiosa de acción o bien podía concretarse en que alguno de estos jóvenes muchachos trabajaran en las parroquias de los barrios durante unos cuanto años de sus vidas, esforzándose por poner algo de su parte en una transformación necesaria… o que fueran crecientemente permeables al lenguaje del limitado marxismo que le transmitían los compañeros más atrevidos y abiertos a lecturas subversivas. En casi todos los casos era una forma de madurar, de ser conscientes de que el mundo no era de color de rosa y que tras la idealización de los discursos estaba la realidad social[33]. Indiscutiblemente, era una

reacción prepolítica más que política. Con los años, este proceso fue separándose de lo prepolítico —condición que proclamaba inicialmente con orgullo el SUT[34]— y convirtiéndose en una parte del proceso de conversión política y de escuela de militancia, que algunos jefes del SUT conocían y dosificaban. Sobre el debate sobre el SUT como prepolítico y preapostólico hay muchas referencias en las publicaciones del SUT de finales de los 50. Para los sutistas, el carácter prepolítico suponía el distanciamiento del encuadramiento en la Falange y el preapostólico desligarse de las actitudes nacionalcatólicas de la Iglesia militante y alineada con el régimen.

Desde ese punto de vista, esta politización progresiva tuvo su impacto en la dinámica de la relación SEU-SUT, de tal forma que con el paso del tiempo, y singularmente desde 1963, cuando se inicie la movilización de muchos estudiantes a través de las Cámaras de Facultad y haya una fuerte hostilidad de los delegados críticos hacia el sindicato único, el SUT se convierte en un elemento autónomo y crecientemente al margen de una dirección sindical que busca su subsistencia política. De hecho, el SUT sobrevive al propio SEU, tras su disolución al final del curso 1964-1965 al amparo de la Delegación-Comisaría que sucede al sindicato.

Obviamente, a lo largo de los años sesenta, en esos últimos años del SEU, la visión que los jefes tuvieron del SUT fue cambiando porque sabían que se iba convirtiendo cada vez más en un semillero de opositores y no en un mecanismo de contacto con el mundo de los obreros o como una mera actividad veraniega de los estudiantes. Las quejas de algunos gobernadores civiles, empresarios o alcaldes mostró el creciente carácter problemático para el orden público de esta actividad en determinados momentos. De hecho, existen informes policiales que demuestran que las autoridades sabían que el SUT era un foco de subversión política como se señala en capítulos siguientes de este libro. La reacción de los dirigentes del SEU ante estas denuncias normalmente fue apoyar a los sutistas, intentar calmar las aguas y tomar las medidas para cambiar jefes de campo o evitar que se repitieran acontecimientos de ese tipo, especialmente entre 1957 y 1962, la época del mandato de Jesús Aparicio Bernal. Una muestra de esta situación, ya en las postrimerías del SUT son los sucesos de León en 1968, que mostraron cómo la agitación estudiantil era ya difícil de controlar

en todos los ámbitos.

Pero no podemos olvidar que para el despliegue del SUT en sus primeros años fue clave aparecer como una actividad emanada de una organización del Movimiento. Ello le permitió poder gozar de la confianza y muchas veces del apoyo de las autoridades locales. Sin la tarjeta de presentación que suponía para el SUT el formar parte de la estructura política del Estado, difícilmente se hubieran conseguido plazas en un buen número de empresas relevantes, grandes y pequeñas, públicas y privadas, dispuestas a dejar a los estudiantes unos puestos de trabajo para los que no estaban capacitados y con igual sueldo que los trabajadores habituales. La lista de las empresas que colaboraron es muy grande, con nombres de referencia en los grandes sectores industriales de la época y ello fue posible por el nombre del SEU y por la colaboración activa especialmente de los jefes provinciales del Movimiento.

Una vez más, el carácter complejo y contradictorio de los planteamientos originarios del fascismo en donde se aúnan vocación social, movilización política y renacimiento nacional, daba lugar a que una iniciativa nacida de un régimen reaccionario como el franquista diera lugar a que las jóvenes generaciones de universitarios encontraran ahí su espacio para el descubrimiento de los sectores obreros, para constatar la pobreza y degradación en que vivía una parte de la población —especialmente la rural y los emigrantes que rodeaban las grandes ciudades— y para que se convirtiera en un medio de concienciación y de activismo inicialmente social y luego político, que acabó volviéndose contra una dictadura que a pesar de la vieja retórica social en los labios de muchos de sus dirigentes[35] no solo hacía posible esa injusticia social sino que la perpetuaba. El camino de todo este proceso fue largo y complejo y vale la pena detenerse en él.

LAS ETAPAS DEL SUT

Para establecer una diferenciación por etapas de la historia de casi veinte años del Servicio Universitario del Trabajo, nos basamos en tres cuestiones relevantes, teniendo en cuenta las características de la iniciativa: en primer lugar, la actitud de los estudiantes, que va variando en el tiempo y que de la expectación y sorpresa inicial va cambiando hacia un espíritu de compromiso y de creciente militancia política. Son los universitarios los que generan una demanda creciente que hace posible el formidable éxito del Servicio. En segundo lugar, en el propio marco político-legal que supone formar parte del SEU: en este sentido, la personalidad de los jefes nacionales y de los propios jefes del SUT, que marcan iniciativas y tiempos y sufren también la influencia del contexto político en el que están. Los cambios legales y políticos del propio régimen y su desgaste son el tercer elemento, de menor peso en este sentido para calibrar las etapas, pero dotan de coherencia a algunos de los mojones de un camino peculiar.

Asimismo, debemos diferenciar también el primerísimo SUT del Padre Llanos, esos dos campamentos en Rodalquilar, con 3 y 30 universitarios respectivamente, que no están dentro de la disciplina del SEU. Es un momento inicial de nacimiento y como tal importante, pero la organización solo adquiere su dimensión y proyección entre los estudiantes de toda España desde su inclusión en la organización estudiantil falangista. Con todo, hemos optado por incluir esos dos primeros años junto a los tutelados ya por el SEU caracterizándolos como la primera etapa, porque hay más elementos personales comunes y es compartida la naturaleza y planteamientos de estos primeros campamentos.

A LA BÚSQUEDA DEL OBRERO: EL PRIMER SUT (1950-1956)

Si algo define este primer periodo y le da coherencia, por encima de cualquier otro factor, es el enorme interés de la generación de los "hermanos menores"[36] por saber cómo vive un obrero, cómo es, cuáles son sus preocupaciones íntimas. Se trata de un obrero, un productor en el lenguaje del régimen, mitificado, convertido en ese hombre honesto que se levanta con el alba, trabaja sin descanso para la familia y tiene una relación de mutua ignorancia con el régimen. Su mundo, su vida, es normalmente algo ajeno al universitario, si atendemos a la procedencia social de la inmensa mayoría de estudiantes del momento. De ahí que para la retórica sutista de la primera época, ese obrero abstracto se convierte en el corazón a conquistar; en la realidad que aprehender, en la autenticidad ausente en la huera vida burguesa. El catolicismo del apostolado social hace del obrero sencillo la oveja a redimir en un mundo de lobos. De entre los trabajadores, los manuales son los más mitificados, sean los de fábrica, los pescadores o los hombres del campo. Ahí están las raíces de España, la plasmación del precepto bíblico de "ganar el pan con el sudor de la frente" y por lo tanto los mejores conocedores de la vida real. Pero también los más olvidados. Ese es el clima también de la época, que se puede rastrear en la novela social, en el neorrealismo cinematográfico y otras manifestaciones culturales del momento y que elevan al trabajador a arquetipo social.

Como decía la propaganda con bastante fortuna, pues se convirtió en letanía de calle y en lugar común de las conversaciones sin dueño, "Nadie ha hecho tanto por el obrero como Franco. ¿Cuándo han vivido así?". Esa era la idea de la que partían los universitarios, acostumbrados a leer en los carteles de su infancia en los fuegos de campamento lo de "ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan"[37] y solo matizada por algunos contactos personales o familiares o por cercanía geográfica a la realidad de los suburbios de tantas ciudades, Madrid sin ir más lejos. Pero ese presunto productor, beneficiario de la paz de Franco, de la justicia social de la Falange o de la aplicación de la caridad cristiana hacia el desfavorecido —según como se enfocara— no parecía encabezar el entusiasmo hacia el régimen precisamente y llevaba una vida al margen de los vibrantes discursos de los adalides falangistas de la justicia social.

Junto a esa lejanía, social y vital, pero se intuía que también política, aparecía de una manera oscura, no declarada ni mencionada, la Guerra Civil, la suerte de los perdedores y la miseria social y política que conllevó. Solo habían pasado diez o doce años desde el fin de la guerra. Un tiempo muy escaso para quienes vivieron la guerra en primera persona, pero un territorio lejano y parcialmente ajeno para quienes la habían vivido en la cuna o estudiando las primeras letras aunque sufrieran sus consecuencias.

Todo ello se reforzaba por el discurso nacionalcatólico que hacía de la caridad cristiana otra de las pautas de vida del perfecto jovencito. Junto a ese catolicismo de victoria, lleno de soberbia y reafirmación de los vencedores que tan bien representaban esas vírgenes entronizadas y ese enseñoreamiento de la calle y de la vida privada por parte de la simbología católica en fechas señaladas como la Semana Santa, las Navidades y algunos santos señalados a nivel local o regional, había sacerdotes, parroquias y grupos que insistían en la necesidad de evangelizar y señalaban que España era tierra de promisión. La guerra pasada aún había hecho más necesario un esfuerzo de misericordia y de buscar la unión. Uno de los partidarios de cristianizar activamente era el padre Llanos, como hemos visto más arriba. Para él, se trataba de aprovechar la victoria para hacer un país plena y limpiamente católico y no solo para justificar un discurso legitimador del poder. Este clima es el que explica que al obrero lo busquen también los que siendo fieles a los preceptos evangélicos eran conscientes de la gran falta de caridad, de la miseria espiritual y de la exclusión que se vivía en la España de la posguerra.

Sin este ingrediente, difícilmente se puede entender el activo papel de la Compañía de Jesús y del mismo Llanos a la hora de fraguar esta iniciativa y de que fuera plenamente aceptada por las autoridades religiosas. Cuando los jóvenes universitarios se acercaban a los obreros no solo había una catequización política por el ejemplo en el sentido falangista, sino también una justificación religiosa muy marcada: había que llevar a Jesús a la fábrica, al barco de pesca, a la mina y que las blasfemias y los juramentos dieran paso al rezo callado, a la religiosidad severa y auténtica. Es decir, que Cristo fuera ganando terreno, dicho al estilo de Llanos.

Desde luego el punto de partida de las dos primeras promociones del SUT, las que lleva directamente Llanos, pone el acento en el aspecto religioso. Esa religiosidad interior que se encarna en algunos de los libros que los estudiantes manejan y que leen y comentan antes de dormir, cuando se confiesan mutuamente los sentimientos, las creencias y las dudas tras el duro día de trabajo en la mina o en la fábrica. Libros como Dios hablará esta noche o Los santos van al infierno servían para aproximarse a una religiosidad más austera, más exigente, en donde se unía la introspección con la llamada a la acción social y la solidaridad humana[38].

Este factor religioso no es solo el producto de la influencia del Padre Llanos y de la compañía de Jesús, sino que forma parte del espíritu de la época, del sincero catolicismo de tantos universitarios —que además de ello podían ser joseantonianos o no, más identificados con el régimen o menos— que no se conformaba con el folklorismo de un nacionalcatolicismo al uso. Este espíritu impregna este primer SUT.

Junto a ese inicial impulso religioso, el primer objetivo con el que nace el SUT una vez integrado dentro de la estructura del SEU es la búsqueda de réditos políticos por parte de la organización falangista. El entonces jefe del SEU Jorge Jordana se planteaba reconstruir la influencia del SEU en la universidad y el Servicio podía coadyuvar a volver a hacer visible al partido, a Falange, cuya influencia se había visto gravemente menoscabada durante los oscuros años que siguieron a la derrota nazifascista de 1945 y que llevaron al descabezamiento de la organización, drástica reducción de sus presupuestos y perfil político bajo. La ONU había condenado pública y solemnemente a España como “país fascista” y mantenía como apestado al régimen a consecuencia de su alineamiento con el Eje en la guerra mundial. Una vez superados los momentos más graves y con una guerra fría abiertamente declarada con la constitución de la OTAN en abril de 1949, Falange vislumbraba la posibilidad de ganar presencia y recuperar peso político. En ese sentido, estos primeros cincuenta son una época de fuerte movilización política de Falange, con Raimundo Fernández Cuesta instalado en el Ministerio Secretaría General del Movimiento a tiempo completo[39]. Consecuentemente, el SEU, que tiene como jefe nacional a Jorge Jordana desde julio de 1951, había puesto en

marcha la llamada Primera Línea, integrada por camaradas seleccionados que debían luchar por recuperar la iniciativa para Falange en cualquier aspecto de la vida universitaria. También hay una mayor financiación del Sindicato y la posibilidad de hacer más actividades como consecuencia del aumento del presupuesto de Falange tras las penalidades de los años anteriores. La buena sintonía inicial entre el flamante ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz-Giménez y el SEU hará que florezcan revistas de gran calidad y diseño como Alcalá, Haz o Laye además de distintas publicaciones en los distritos universitarios. Hay también un estallido en estos primeros años de la década de actividades culturales, fundamentalmente teatro leído, organización de exposiciones, cine-clubes, revistas orales, etc. También las actividades deportivas viven un nuevo impulso: se empiezan a celebrar los llamados Juegos Universitarios Nacionales (JUN). El Sindicato falangista conoció su mayor proyección en este momento con la convocatoria y celebración de un Primer Congreso Nacional de Estudiantes en 1953 que fue clausurado por el propio Caudillo con un discurso de exaltación de la juventud. Esta reunión participaba del objetivo de expresar el apoyo de la universidad y los estudiantes al jefe del Estado, pero tuvo un aire mucho más moderno y abierto que los rancios y militarizados congresos del SEU de la inmediata posguerra. El largo proceso de elaboración de propuestas en los distritos, lectura de ponencias, discusiones y debates (otro signo de mayor horizontalidad y modernidad) evidenció la relevancia de la faceta social del sindicato, enfocada hacia el compromiso con su entorno. El SUT tiene presencia mediante tres ponencias, lo que es signo de su relevancia ante los estudiantes en ese momento[40].

Se puede decir que esta primera mitad de los años cincuenta, singularmente el periodo que va entre 1951 y 1954, es la época dorada del SEU, que aparece de la mano de Jorge Jordana con un ropaje mucho más moderno y alejado de la ruda organización de posguerra aún con olor a pólvora entre las manos. El Sindicato aún no había experimentado el descrédito que desde 1954 sufrió toda la organización. Desde la crisis de febrero de 1956, la organización estudiantil intentó recuperar un terreno que ni los cambios en los dirigentes, ni la orientación más técnica y apolítica lograron recuperar.

Pero, antes de todo eso, esos primeros años cincuenta propiciaron un gran despliegue del Sindicato, en su proyección, en el número y calidad de iniciativas culturales y sociales y en el vigor político, indisociable de una renacida Falange que fue capaz de tejer una cierta presencia entre los jóvenes en la vida pública e incluso terciar políticamente en los debates por el poder frente a otros sectores del régimen que entonces aparecen como la llamada "Tercera Fuerza". Esta, pilotada por un joven profesor, Rafael Calvo Serer, adscrito al Opus Dei, había logrado una gran influencia en el Ateneo madrileño y en los debates intelectuales del momento y contaba con la complicidad de los círculos monárquicos juanistas[41]. Es significativo que sean falangistas quienes copen algunos de los rectorados más importantes: Pedro Laín en Madrid, Torcuato Fernández-Miranda en Oviedo y Antonio Tovar en Salamanca.

Ese es el contexto del que hay que partir a la hora de entender la pujanza del SUT y el apoyo que se le da desde las universidades, el SEU, el Partido y el Estado. No especial ni excepcionalmente, pero sí como parte de un despliegue de acciones y de iniciativas que buscan recoger y canalizar la inquietud juvenil, con el objetivo de que el partido y sus secciones sirvan de cauce a ese fermento social que se sabe que está creciendo y que debería servir para el renacimiento de las organizaciones falangistas. En las universidades los rectores apoyaron, unos más que otros, esta nueva hiperactividad del SEU y sus estudiantes.

Los primeros pasos del SUT en esta primera fase están muy ligados a la visión que sobre el tema tiene Eduardo Zorita, el flamante primer jefe del SUT, propuesto por Llanos y que gozaba de la confianza de Jordana. Zorita era un estudiante de familia campesina burgalesa, que había ido a estudiar veterinaria a Madrid[42]; tras conocer al padre Llanos en un albergue de verano del SEU en Arbucias (Gerona) en el verano de 1949, se traslada al Colegio Cor Iesu —otra iniciativa de Llanos— y luego vivió en el Colegio Mayor César Carlos, uno de los mayores viveros de politización de los universitarios, pues ahí residían una buena parte de jóvenes que preparaban cátedras u oposiciones de distinto tipo y estaban en contacto con gran parte de la clase política del franquismo y singularmente del entramado falangista. La realidad era que acabó predominando entre muchos de los residentes —en teoría uno de

los centros de formación de mandos de futuro de la dictadura— un cínico distanciamiento del régimen, al ser conscientes en primer término de muchas de sus carencias y defectos[43].

Zorita contaba con la confianza de Llanos, lo que era mucho porque era el padre de la idea, y por ello mismo con el apoyo de Jordana, ansioso de restaurar el deteriorado estatus del SEU que heredó de José María del Moral, anterior jefe en los años duros del aislamiento internacional y del oscurecimiento del partido.

Zorita y su equipo en esos momentos iniciales, Francisco Sobrino, compañero de carrera y del primer campamento de Rodalquilar (y cercano luego al PCE por su orígenes familiares), Pedro Bermejo y Bartolomé Fiol, secretario del SUT, asumieron la tarea de extender los campos por toda la geografía española, conseguir el apoyo de las empresas que debían alojar a los muchachos y atraer a estos a la experiencia. Esta última tarea fue la más fácil, por la comentada expectación y atracción de estos jóvenes de clase media y alta, urbanos y bastante ignorantes de la realidad del mitificado mundo obrero y campesino. Con una importante componente personal a base de llamadas, contactos y tesón y los apoyos de las autoridades provinciales de la Organización Sindical y Delegaciones de Trabajo, se logró en el verano de 1952 ofrecer diez campos con 30 plazas cada uno. Se intentó ofrecer variedad en los tipos de trabajos: repoblación forestal de pinos (Lovio, Orense); pesca marítima (Cariño, La Coruña); minería (Andorra, Teruel), construcción de presas, saltos y pantanos (Ribadelago, Moncabril, Cenajo) o minería aurífera en el ya veterano Rodalquilar (Almería). A estos primeros campamentos fueron algunos universitarios que luego tuvieron proyección académica o intelectual como Javier Pradera o Javier Herrero.

El verano del 53 vio cómo de los diez campos se pasaba a 28, extendiéndolos por toda la geografía nacional. Los estudiantes afluían a la sede de Falange, en Alcalá, 44, a apuntarse; se tuvieron que improvisar cursos de formación para los jefes de campo y Zorita se convirtió en un orador cada vez más requerido para dar charlas explicativas sobre la relación entre obreros y universitarios. Zorita se había convertido en un referente en el seno del SEU y entre los universitarios, con la protección de Jordana y los buenos ojos del

ministro Fernández Cuesta.

Zorita, Sobrino y un pequeño grupo de colaboradores, auxiliados por una secretaria puesta por el Movimiento, se dedicaron a pedir financiación, hablar con autoridades —incluidos ministros— y haciendo ellos prácticamente todo. Así fueron esos dos años intensos de Zorita al frente del SUT, 1952 y 1953. Pero él iba constatando las incongruencias y limitaciones del régimen conforme más veía con sus propios ojos sus engranajes. Percibía además el impacto y consideración de su trabajo en los círculos del Movimiento. En ese sentido, le llegaron rumores a través de Ignacio García López, entonces Secretario General del SEU y antiguo compañero de bachillerato, que consideraba proponerlo para algún cargo (Jefatura Nacional del SEU, un gobierno civil…) y Zorita creyó llegado el momento de tomar distancia del régimen, dejar su responsabilidad en el SUT y centrarse en su tarea profesional como colaborador del CSIC y aprovechar los medios de este para irse a Alemania junto con su novia, también investigadora. Zorita inició una aventura intelectual y personal que luego siguieron otros de sus compañeros —de ahí el interés de su peripecia particular— y que muestra hasta qué punto el franquismo fracasó a la hora de conservar a su mejor gente, la más exigente política y éticamente, que por razones biográficas se sentían parte del 18 de julio y de las esperanzas que para ellos pudo encarnar el régimen en un momento determinado, pero que comprobaron la dificultad de sacar adelante un país ahogado por los viejos vicios, ahora agrandados y sin redención posible por una clase política llena de arrogancia y desdén hacia lo que ignoraban.

Zorita es uno de los mejores ejemplos de los jóvenes que por circunstancias personales y contexto vital estuvieron dentro del régimen e intentaron abrir de buena fe y desde dentro un camino de exigencia y renovación colectiva y a la par progresar y avanzar en su profesión. El falangismo difuso de Zorita se encontró con la realidad de un régimen que no tenía ninguna perspectiva de grandeza, ni visión de totalidad; él y sus camaradas de Colegio Mayor enseguida percibieron el predominio del compadreo político, la mediocridad, la búsqueda del puesto fácil y la falta de la más mínima sensibilidad social en los puestos clave del Estado[44]. Zorita rompió con el franquismo no porque él fuera entonces un

demócrata avant la lettre, que luego lo fue cabalmente cuando tuvo elementos de comparación, sino por ser consciente de lo lastrado que estaba el régimen por el cruce de intereses, pereza mental y falta de liderazgo y de proyecto político efectivo que fuera más allá de la supervivencia. Como él, muchos otros que estaban en el César Carlos o habían tenido becas del SEU o del Movimiento tuvieron parecida evolución. El régimen, que había ido creando los semilleros de sus futuros mandos, los desaprovechó entre la falta de convicción propia, la escasa cantera de dirigentes, la pujanza del nacionalcatolicismo más descarnado y desnudo intelectualmente y la agresividad del naciente Opus Dei, que iba copando las cátedras universitarias, privilegiando en muchos casos la obediencia política y la comunión de valores y no la valía profesional[45]. Este ambiente hizo que una parte de estos jóvenes —seguramente los más lúcidos de entre ellos—, que eran el futuro recambio del personal político y garantía de continuidad del régimen del 18 de julio, muchos de ellos aún embebidos en la fe joseantoniana, fueran alejándose de ese mundo, bien hacia nuevas oportunidades profesionales como fue el caso de Zorita o bien aprobando una oposición que les garantizó una trayectoria independiente del mundo de la política del franquismo, quedando refugiados en su vida familiar y personal. En ese sentido, la mayoría de colegiales del César Carlos —todos nominalmente falangistas— siempre se vieron distintos de mandos del SEU que, como Jorge Jordana o Francisco Eguiagaray, visitaban periódicamente el colegio, así como una plétora de conferenciantes y cargos de la dictadura a los que se consideraba por los irreverentes internos del Colegio como paniaguados del régimen.

Zorita marchó a Alemania y allí se interesó por la República Democrática Alemana (RDA), ya que participaba de la fascinación por el comunismo (compatible con el rechazo militante) de muchos de los que procedían de credos falangistas; hizo lecturas, comparó los medios científicos de ambas Alemanias y finalmente el aplastamiento de la revuelta húngara de 1956 le alejó de esa inicial fascinación, pero desde luego de cualquier modelo totalitario, incluido el SEU, la Iglesia y el régimen español. Antes de eso, su abandono del SUT y del SEU cosechó las recriminaciones del jefe Jordana, en cuya casa le expresó su voluntad de dimitir y una bronca del padre Llanos[46], preocupado por la pérdida para el proyecto de alguien de su valía.

La evolución ulterior de Zorita le llevó a trabajar en el extranjero y a convertirse en científico, luego colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y profesor de universidad hasta llegar a ser catedrático de veterinaria en la Universidad de León. Fue también mucho después, en 1977, director general de Política Científica en el primer gobierno de Adolfo Suárez e impulsor del primer reglamento democrático del CSIC. Es decir, alguien con una sólida evolución profesional y científica y comprometido con su tiempo.

El abandono de Zorita coincide en el tiempo casi con el episodio de Gibraltar[47] en enero de 1954. El SEU, por indicación de Falange, había hecho un llamamiento a los estudiantes para que se manifestaran contra la presencia británica en la Roca con motivo de la visita a la colonia británica de la nueva reina Isabel II. Cuando los estudiantes hostigaban la embajada británica, los mandos policiales decidieron cargar contra los estudiantes con violencia, dejando un buen número de heridos y contusionados. El resultado fue un claro rechazo de los estudiantes a la actuación del SEU y del Estado que había convocado y reprimido a los manifestantes a la vez. Octavillas contra Jordana y contra el director general de Seguridad fueron repartidas y tuvo que emplearse a fondo el rector madrileño Pedro Laín para calmar a los estudiantes. Desde entonces, ya nunca fue la misma la relación entre los estudiantes y el SEU de Madrid. El episodio supuso un fuerte desgaste para la imagen de Jordana e inició un progresivo desgaste del Sindicato, especialmente en Madrid que culminó en febrero de 1956. En el SUT, la marcha de Zorita dio paso a una serie de dirigentes que habían asistido a los primeros campamentos sutistas y debían ser capaces de mantener la idea. Es el caso de Rogelio de la Torre, que solo estuvo unos meses al frente del Servicio y ni siquiera tuvo nombramiento, pero que es el responsable de una decisión que pone de manifiesto la búsqueda de autonomía del SUT: dejar su oficina en Alcalá, 44, sede del Movimiento, y trasladarse a un piso en la cercana calle Víctor Hugo,8; más tarde habrá una mudanza a otro local en la calle Islas Filipinas, pero lo significativo era el hecho de buscar otro espacio diferenciado del aparato central falangista. El sucesor formal de Zorita es José Antonio Massip, falangista y responsable del SUT en Barcelona, que se hace cargo del Servicio en julio de 1955 y sigue hasta febrero de 1956, en que pasa a

desempeñar la secretaría general del SEU. A su vez le sustituye José Ignacio Urenda, que se hace cargo unos meses entre la salida de Massip y su propio abandono a finales de septiembre de 1956, ambos bajo la dirección del nuevo jefe del SEU, José Antonio Serrano Montalvo, tras la dimisión efectiva de Jordana en septiembre de 1955 aunque anunciada ya antes del verano[48]. Urenda, entonces ya inmerso en el proceso de constitución del FLP fue cesado por Serrano por considerarlo "rojo" y ajeno a la política de control que pretendía.

El clima político en la universidad estaba cambiando aunque las razones de los estudiantes para ir a los campos siguieran siendo las mismas: exigencia espiritual y social; inquietud prepolítica y apertura a los excluidos; y un afán de indagación y desconocimiento de un entorno ajeno a la mayoría de los universitarios. Lo diferente es la efervescencia social que cada vez adquiere un tono más político, como lo demostraron los citados sucesos con el tema de Gibraltar, la inquietud y movilización en el momento de la muerte de Ortega y Gasset en 1955 o las iniciativas de carácter literario y cultural que buscaban ir más allá del universo habitual del régimen, todo ello entre 1954 y 1956.

Es en estos dos años cuando cristalizan unas minorías políticas que buscan la agitación política, como es el caso de los primeros dirigentes del clandestino PCE —estamos hablando de Enrique Múgica, todo bajo la batuta de Javier Pradera y Jorge Semprún[49]— que empezaron enseguida a valorar estas iniciativas —la mayoría de ellas ajenas a la acción de estos militantes— como punto de encuentro de universitarios con preocupaciones sociales y políticas, y por lo tanto caldo de cultivo de acciones críticas con la dictadura. Iniciativas como el SUT encajaban perfectamente dentro de estas inquietudes que esta temprana oposición buscaba encauzar. Destacados militantes del PCE en el futuro, como Ramón Tamames, Jesús López Pacheco, Enrique Múgica —que frecuentaba las oficinas del Servicio en la Secretaría General del Movimiento— o el propio Pradera, estuvieron en el SUT.

En lo cultural, el SEU fue también un vehículo de estas inquietudes. Ya en 1953, Alfonso Sastre, el joven dramaturgo que se movía en estos ambientes de la cultura teñida de falangismo joseantoniano,

publicó junto a José M.ª de Quinto el manifiesto del Teatro de Agitación Social[50]. Era la adaptación en el terreno teatral de esos tiempos de convulsión que se empezaban a vivir en estos frentes universitarios. Pronto, una de sus obras, Escuadra hacia la muerte, iba a impactar en las conciencias de los espectadores cuando lo represente el Teatro Español Universitario (TEU) por primera vez en Madrid. A la par, revistas como Alcalá o Haz transmitían inquietud y mostraban que llegaba una nueva generación que se sentía incómoda con las verdades heredadas, atrapada entre una socialización en el culto a los símbolos y la impotencia ante un presente gris y sin alicientes[51].

Esta es la efervescencia que habían olisqueado los eternos testigos de la maduración de una juventud —en realidad la primera promoción vital y políticamente formada dentro del régimen franquista— que se decía desencantada y sin maestros. Algunos, como Laín, avizoraban que estas nuevas remesas de universitarios eran diferentes a los entregados jóvenes de la posguerra que habían sido obedientes al mando y conscientes del manto de luto y dolor social que dificultaba cualquier cuestionamiento activo de lo existente[52].

Es en esta etapa convulsa cuando el SEU sufre su gran tormenta, iniciada con los citados sucesos de Gibraltar de 1954, el cese de Jordana en 1955, la llegada de Serrano Montalvo desde Zaragoza —escaso conocedor de la dinámica de la política interna madrileña y de los entresijos de Alcalá, 44— y que solo está unos meses en el puesto hasta que cae tras los sucesos de febrero de 1956. Estos, básicamente, consisten en el estallido entre los estudiantes de este nuevo clima crítico que se había detectado en las revistas del SEU y esta transformación sociológica que se estaba gestando. Sucede a principios de febrero de ese año, cuando los estudiantes de derecho de la Universidad de Madrid deciden hacer unas elecciones al margen de las reglas establecidas por el SEU y con sus propios candidatos. Ante el desafío, un grupo de asalto del que formaban parte sectores falangistas de Madrid alentados por los sectores más críticos y antiintelectuales del partido frente a la deriva de cierto aperturismo del Ministro Ruiz Giménez y de su equipo (en el que había falangistas y católicos) entraron el 8 de febrero en la Facultad de Derecho madrileña agrediendo a estudiantes y profesores y

destrozando parte del mobiliario. La respuesta al día siguiente, día 9 de febrero, Día del Estudiante Caído, dio lugar a una manifestación de protesta de los estudiantes que acabó en un choque en el que hubo enfrentamientos físicos culminados con un disparo —al parecer procedente de las propias filas de los falangistas concentrados— que hirió a un joven perteneciente a una centuria del Frente de Juventudes, Miguel Álvarez. Esa noche, con el joven cercano a la muerte y flotando aires de venganza de los falangistas alentados por el vicesecretario general del Movimiento, José Luna (pues el entonces ministro del Movimiento Fernández Cuesta se hallaba de viaje oficial en Brasil), se dispararon los rumores de acciones e hizo que, ante el asombro y paralización de Franco, fuera el capitán general de Madrid, el general Rodrigo, el que decidiera poner los medios para controlar los sectores alterados. Se puso de manifiesto todo el odio acumulado de un sector duro de Falange hacia el ministro de Educación Ruiz Giménez y se acusó a Fernández Cuesta y a los mandos del SEU de haber tolerado e incluso alentado ese ambiente de disidencia hacia el régimen. De ahí, la caída en los días siguientes de los dos ministros afectados y la evidencia de que los estudiantes no podían ser reducidos a la estampa sepia de la posguerra[53]. Fue la primera gran crisis del régimen y la demostración palpable de que el aparente consenso hacia el régimen empezaba a mostrar fisuras y estas procedían de la juventud.

Estos sucesos llevan pues al cese a los ministros Fernández Cuesta (ministro secretario general del Movimiento) y Ruiz Giménez (Educación Nacional) junto con sus equipos. A partir de ahí, tendremos ya un SEU diferente, convertido en un sindicato de servicios, más técnico y menos político y también un SUT más desconectado políticamente pero más eficazmente organizado.

Antes de esa crisis, el SUT intentó seguir esa dinámica inicial diseñada por Llanos y Zorita. Las figuras de Massip y Urenda son de transición por estar solo unos meses en el cargo —entre los dos algo más de un curso académico completo, el 1955-1956— y por el relevo entre la jefatura de Jordana y el fugaz paso de Serrano Montalvo. A Urenda le sustituirá José Morales, que había sido jefe de campo en Asturias y que fue la apuesta del nuevo y también fugaz jefe del SEU, Miguel Ángel García. Morales estuvo ese curso

de 1956-1957 y a la altura de julio de 1957 ya figuraba el secretario del SUT, Antonio del Olmo como jefe accidental; este será ratificado como jefe en noviembre de 1957 iniciándose una etapa de estabilidad que se mantiene hasta enero de 1960 bajo el mandato de Aparicio Bernal como jefe del SEU y que más adelante abordaremos. Todos estos responsables del SUT —De la Torre, Massip, Urenda, Morales, Del Olmo— fueron ejemplo del voluntarismo de unos jóvenes que con la experiencia adquirida en la jefatura de alguno de los campos y la convicción de la importancia de la iniciativa, asumieron la organización y mantenimiento de los campos en un contexto difícil, especialmente a partir de febrero de 1956, cuando el SEU fue puesto en entredicho por los universitarios. Massip tiene una clara procedencia falangista, del SEU catalán y luego irá asumiendo cargos en el organigrama del SEU, al acceder a la secretaría general del Sindicato y disponer de despacho en la sede del Movimiento, Alcalá, 44. Morales, con menor perfil político, antes o después se limita a gestionar ese año y Urenda aparece como el más politizado de todos estos dirigentes, pues procedía del grupo inicial "Thomás Moro" formado por el diplomático Julio Cerón, el fundador del Frente de Liberación Popular (FLP, popularmente conocido como Felipe), y tenía contactos con jóvenes que mantenían relaciones con partidos clandestinos como el PCE. El propio Urenda afirmó que se buscaba la autonomía respecto al SEU y el rechazo a lo que representaba la línea política de Serrano Montalvo con el que tuvo un enfrentamiento que le llevó al cese[54]. Esto se confirma por su trayectoria posterior en lo político, con detenciones y condenas que le llevarán a penas de cárcel y su implicación en el Front Obrer de Catalunya, rama catalana del Frente de Liberación Popular y luego, ya en democracia, por su militancia en el Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC-PSOE)[55]. Urenda es citado por Manuel Vázquez Montalbán dentro del grupo de primeros militantes del Felipe y dice que fue utilizado un campamento del SUT en el entorno de Madrid "para crear las bases de una organización nacional", estableciéndose por primera vez una conexión entre los grupos opositores a la dictadura que actuaban en el medio universitario y las actividades del Servicio. Por aislada que pudiera ser esta iniciativa, era una señal evidente de que los tiempos estaban cambiando[56].

EL SUT, CANAL DE LA AGITACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA.

ENTRE EL TESTIMONIO Y EL COMPROMISO (1957-1962)

La crisis universitaria de 1956 puso de manifiesto que la universidad era el epicentro del nuevo malestar y que el régimen ya no podía contabilizar como propia a esa masa de estudiantes crecientemente desligada del artificioso halago que este había lanzado a una juventud universitaria que bullía ansiosamente, confusamente, primitivamente, por romper unas costuras percibidas de pronto como una severa limitación de su libertad, de la libertad.

Que el estallido surgiera en la Facultad de Derecho, una parte de cuyos alumnos reivindicaban unas elecciones a delegados "libres", al margen del Sindicato y sus imposiciones, es una muestra de hasta qué punto habían cambiado las cosas.

La relevancia del 56 va mucho más allá de una crisis política puntual como producto de unas escaramuzas universitarias. Aparentemente, sin embargo, eso es lo que va a parecer. El régimen seguirá muchos años más tras los cambios en el Gobierno efectuados por un Franco, que había sido advertido hacía ya meses por Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid, de la evolución de los estudiantes y el nuevo ambiente universitario sin aparentes consecuencias. Pero no hay duda de que el 56 puso al descubierto la inexistencia de un proyecto propio y el desgaste del tejido moral y vital de los vencedores, acostumbrados ya, tras quince años, a ejercer el poder en todos los ámbitos sin cortapisa alguna.

La reacción del Gobierno va a ser intentar cortar una posible escalada en la inquietud universitaria. Ese fue el encargo que recibió el ministro Rubio García-Mina, falangista que se había curtido en la posguerra a la vera del ministro Ibáñez Martín como subsecretario y que intentó que no hubiera nuevos problemas de orden público en el ámbito universitario durante su mandato. Desde luego, se cortó todo el margen de confianza y autonomía que el ministro Ruiz Giménez había dado al SEU y a estudiantes ajenos al

mismo a la hora de organizar actividades. Ahora se pretendía desmovilizar. Y esa desmovilización tenía muchas caras, entre otras el convertir el SEU en un instrumento más institucional, más despolitizado, más gestor, más "sindical", en definitiva, frente a la movilización de la primera mitad de la década que tan funestas consecuencias para el régimen había traído. Una vez constatado que la juventud era un sector crecientemente ajeno al régimen y sus postulados, se trataba de someterla a sordina y normalizar su comportamiento. El ministro Rubio logró que las universidades no aparecieran a lo largo de su mandato como escenario de lucha política, aunque en realidad la politización progresivamente se adueñara de estas, pero sin estallidos como el del 56 ni llegar aún a lo que sería frontal y progresivo rechazo a la dictadura y al SEU desde 1962.

Es el SEU de la jefatura de Miguel Ángel García quien da los primeros pasos en ese sentido "despolitizador", pero está solo un año al frente del sindicato. El periodo que mejor encarna esa nueva política es la larga jefatura de Jesús Aparicio Bernal. Pero la universidad monocorde y disciplinada queda atrás: se pasó de la ausencia de movimientos de oposición, salvo un pionero Partido Comunista de España (PCE) estrictamente clandestino, a la aparición de grupos políticos cada vez más visibles para los estudiantes como el propio PCE, el Frente de Liberación Popular (FLP) y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU), abriendo el camino para plataformas alternativas al SEU como la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), que solo se consolida en el curso 1962-1963.

Una parte significativa de sutistas, tanto dirigentes como jefes de campo y asistentes, serán atraídos por estas nuevas agrupaciones, siendo difícil poder establecer de forma general si estos se implicaban en las nuevas y precarias organizaciones como consecuencia de la sensibilidad social y la experiencia en los campos o bien eran los estudiantes de estos perfiles políticos los que se acercaban al SUT como mejor forma de extender sus inquietudes políticas y sembrar la defección entre los estudiantes. Hay casos personales para todos los gustos en un sentido u otro, pero algunas de sus propias reflexiones biográficas muestran cómo el proceso es más complejo y mixto, más como parte de una maduración política

y personal que una consecuencia de estrategias políticas nítidas.

El nuevo jefe del SEU Miguel Ángel García, recién aprobada una oposición a judicaturas, estuvo solo un curso académico, el 1956-1957 aunque empezó a poner en marcha esta política de "sindicalización" pergeñada por el antiguo delegado del SEU de derecho en Madrid, Alberto Gutiérrez Reñón, que fue jefe de la Sección de Formación Política del Sindicato e ideólogo de este proceso de trasformación. Hubo continuidad además con el sucesor de García, Jesús Aparicio Bernal, que representaba muy bien el proyecto de consolidación institucional del sindicato falangista en detrimento de su faceta más política o militante. Esta nunca desapareció del todo, especialmente entre determinado círculo de fieles, como la llamada Centuria 20, pero el SEU de 1957 hasta principio de los sesenta es denunciado por estos sectores más ideologizados por haberse convertido en una estructura burocrática, impuesta al estudiante, en vez de ser un agente activo de "falangización" del universitario. La apuesta sin embargo del nuevo modelo era ganar terreno por la eficacia y por los servicios ofrecidos al estudiante universitario: comedores, cooperativas, un gran abanico de iniciativas culturales, como el cine, los grupos de teatro, las exposiciones, los viajes a precios subvencionados, los deportes y por supuesto, el mantenimiento de la oferta de compromiso social en los veranos con los campos de trabajo y en los fines de semana con el Trabajo Dominical, en donde los universitarios ayudaban a tareas de mejora de viviendas o servicios en los barrios marginales. El reforzamiento económico del SEU de estos años —que formaba parte de su institucionalización y burocratización— permitió que crecieran dichas actividades y aumentara su proyección. El SUT, por lo tanto, ya no es en este momento una vía excepcional producto de una coyuntura político-religiosa y del empuje personal de personas singulares como en el momento de su nacimiento, sino parte de una oferta mucho más amplia al universitario para su realización en los ámbitos que más le puedan interesar. Y se incluye su responsable dentro del organigrama organizativo del sindicato como un miembro más del equipo del jefe nacional del SEU.

Esta normalización y "despolitización" de actividades del sindicalismo oficial va paralela a la vez con un proceso de

politización de los estudiantes pero en clave opuesta a la dictadura a través de las plataformas y organizaciones ya citadas que en estos últimos años cincuenta y primeros sesenta iban a aparecer en la universidad, de forma clandestina pero crecientemente operativa, y que hicieron posible que cambiara el panorama universitario con cierta rapidez. Eran grupos abiertamente críticos con la dictadura que aprovechaban la existencia de estas actividades e iniciativas —bajo el manto protector del Movimiento— para conseguir influir en los estudiantes, ganar posiciones y conseguir un cierto desgaste del régimen y sus instituciones en la medida que pudieran. En las cámaras de Facultad, en las delegaciones de alumnos, en las actividades culturales cotidianas, a lo largo de estos años cada vez hubo más estudiantes ligados al siempre clandestino PCE, pero también a los ya citados Frente de Liberación Popular, el Felipe, con sus variantes vascas, Euzkadiko Sozialisten Batasuna (ESBA) y catalana, Nova Esquerra Universitaria (NEU) o ligados a plataformas como la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), que se van a poner en marcha ya hacia el final del periodo aquí abordado[57].

Ello influye en el SUT, pues para estos grupos cuyo arsenal intelectual no podía sino partir del marxismo y por lo tanto de la centralidad de la clase obrera en un futuro cambio político, aparecía como una auténtica oportunidad de oro el tener un marco para establecer contacto con esa realidad obrera mitificada y a la par aprovechar para hacer proselitismo entre unos universitarios crecientemente hostiles a la dictadura, pero con las ideas aún confusas y una escasa tradición de movilización. El contacto con esa dura realidad de la vida obrera y el depauperado ámbito rural y también la constatación de las enormes insuficiencias materiales y morales a las que se enfrentaba la población menos favorecida eran combustible de primera calidad para ese agudo sentido ético de buena parte de los jóvenes en sus veinte años.

Por esa razón, una buena parte de quienes se movían en el SUT en esos años va a estar ligada al Felipe. De hecho el SUT es un elemento clave en la estrategia del FLP que ve en el Servicio un instrumento para ampliar su estructura a nivel estatal y sobre todo aumentar su base obrera. César Alonso de los Ríos (Valladolid), Juan Wulf (Santiago y Barcelona), Nicolás Sartorius (Madrid), Juan

Anllo (Santiago y Madrid) o Ricardo Gómez Muñoz (Madrid), son algunos de sus militantes clave que a la vez participan en el SUT. El PCE no participa en esa misma estrategia pues tiene una mayor base obrera, dispone de organización cuya clandestinidad quiere preservar y no deja de verlo en parte como aventurerismo pequeño burgués de los estudiantes. Puede parecer sorprendente esta compatibilidad entre actividades del SUT —y por lo tanto SEU a efectos formales— y activismo del FLP pero en la práctica, como señalan los testimonios, se conocía esa especie de doble militancia y se admitía tácitamente mientras no se pasara de ciertos límites. En eso, Aparicio Bernal mostraba un gran pragmatismo, pues sabía que su fuerza estaba en el éxito de sus actividades y en la demostración ante sus superiores de que se había logrado la conversión del viejo politizado SEU en un moderno sindicato de servicios que concitaba el apoyo de los estudiantes. Y un SUT que funcionaba y conseguía interesar a los estudiantes era una prueba del éxito del nuevo modelo.

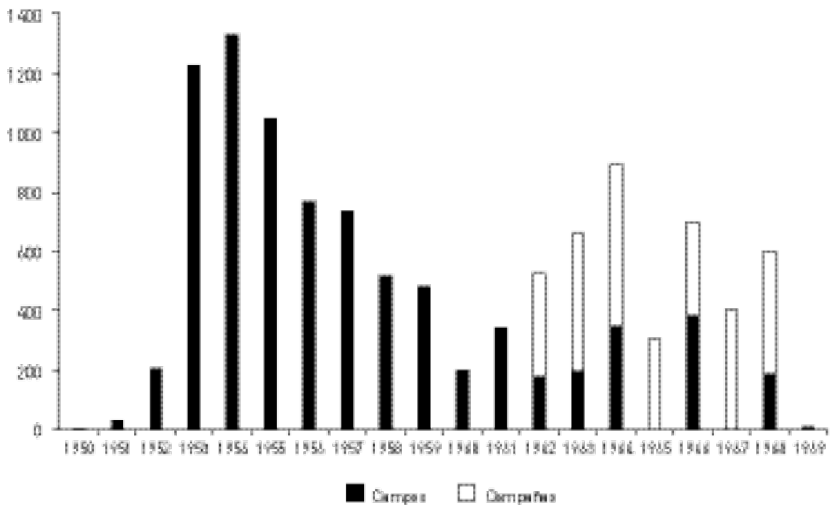
Hay que poner de manifiesto en todo caso que esta ideologización progresiva de los universitarios y de politización de las actividades del SUT va a coincidir con un periodo de descenso en el número de universitarios implicados en los campos de trabajo. Según se indica con detalle en el capítulo siguiente, los datos comprendidos entre 1958 y 1961 muestran una clara depresión de participación de toda la serie histórica, siendo 1960 el punto más bajo.

Es muy difícil evaluar con precisión a qué se debió ese descenso, que es compatible con un fuerte impulso organizativo y de publicaciones, como si se apostara por la calidad de los asistentes y no por la cantidad. Esa era la línea que Llanos había señalado en distintas conferencias o intervenciones a finales de los cincuenta en el sentido de procurar hacer del SUT una empresa de exigencia, de minorías, evitando al alumno que buscara unas vacaciones exóticas o no estuviera dispuesto a integrarse en la dinámica social que se propugnaba[58]. Sea como fuere, la expectación político-social en torno al SUT no ceja y sus actividades se mantienen, aunque seguramente necesitaban un replanteamiento como el que acaba sucediendo en 1962, con la aparición de las Campañas de Alfabetización que acaban sustituyendo a los campos de trabajo como oferta principal del SUT. De hecho, estos últimos acaban

siendo cada vez más testimoniales en cuanto número de estudiantes en la década de los sesenta, como se aprecia en el gráfico 1.

GRÁFICO 1

EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE PARTICIPANTES EN CAMPAÑAS Y CAMPOS



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la documentación depositada en la AASUT.

El SUT volvió a tener sus oficinas junto con las del SEU (el edificio de Quevedo, 8, la entonces sede del SEU) y allí compartieron espacio físico y sindical falangistas más o menos ortodoxos e ideologizados, como el equipo que rodeaba a Aparicio (Eduardo Navarro, Francisco Eguiagaray y Diego Márquez); militantes del clandestino FLP; o falangistas a la izquierda ilusionados por la revolución cubana (como era el caso de Ángel Sánchez Gijón, consejero nacional del SEU, nombrado en febrero de 1961 y jefe del SUT en el curso 1960-1961). Todos ellos presididos por un Aparicio Bernal que aparece en todos los testimonios como un hombre de

talante conciliador, partidario de dejar hacer y de proteger a su gente siempre y cuando ello redundara en el mantenimiento y continuidad del SEU. De alguna manera, en estos años se puede decir que funciona un pacto no escrito por el que las bases politizadas y militantes del SUT disponen de una amplia autonomía de actuación y libertad de iniciativa bajo la permisividad de la dirección del SEU.

No es fácil saber si los dirigentes del Sindicato falangista eran conscientes de que el SUT era crecientemente usado como un espacio de socialización en el rechazo a la dictadura y en la captación de estudiantes de izquierdas, aunque sí se fueron percatando conforme pasaban los cursos que había una politización antifranquista subterránea en la universidad que inundaba todos los ámbitos, incluido el de las actividades amparadas por el SEU. La policía era consciente de esta realidad y de que los campos de trabajo tenían un potencial de peligrosidad política reconocido[59], pero los dirigentes del SEU buscaban prolongar la vida del sindicato —y por lo tanto sus puestos y posiciones en él— y que no fuera cuestionado desde arriba. Es decir, les interesaba mantener un statu quo que implicaba aceptar la presencia de universitarios con posiciones ideológicas de izquierdas, mantenidas individualmente o en grupos, mientras se les intentaba controlar a través de los mandos correspondientes y el sindicato oficial se beneficiaba de su dinamismo.

Como parte de este despliegue del influjo del SUT y sus actividades en esta segunda mitad de los cincuenta e inicios de los sesenta, hay que citar la existencia desde 1955 del Patronato del SUT, creado para asegurar la financiación y asesorar a los responsables estudiantiles de los aspectos jurídicos y técnicos del proceso[60]. Aunque no disponemos de evidencias sobre su funcionamiento efectivo y la relevancia de su tarea, su existencia denota una formalización y consolidación de la iniciativa. Se afianzan también otras actividades colaterales que el SUT empezó a acoger de manera informal como el Servicio de Intercambio con el Extranjero y la Oficina de Viajes del SEU, más adelante bautizada como TIVE-VIAJESEU. De hecho, en octubre de 1958 es cuando se concede al SUT la categoría de Departamento Nacional del SEU. Este es el momento de máxima institucionalización del Servicio dentro del

organigrama del SEU, lo que nunca hubieran imaginado Llanos o el propio Zorita. Esta consolidación administrativa del fenómeno SUT lo reforzó organizativamente, pero también supuso su asimilación al resto de servicios del sindicato, perdiendo algo de la apuesta personal e íntima de los momentos iniciales. La preocupación por este proceso de institucionalización ya se aborda en el temprano Curso de Jefes de Campo de Aldeadávila, en 1957, en el que se revisa toda la estrategia y objetivos del SUT por parte de unos estudiantes crecientemente implicados en la iniciativa y que buscan no perder la autenticidad y el compromiso social inherente a la empresa[61].

Antonio del Olmo es el responsable más significativo de estos años. Veterano del campo de trabajo de 1951 en Rodalquilar, tenía un perfil mucho menos politizado que los que le van a rodear, en la línea del SEU de servicios que buscaba Aparicio. Este periodo es quizá el más relevante en cuanto a extensión del número de actividades y medios al lograr una consolidación organizativa de la iniciativa tras los inicios en el periodo anterior. Esta consolidación es compatible sin embargo, como hemos comentado, con el hecho de que los campos de trabajo empiezan a perder estudiantes, pasando de los 1.332 del verano de 1954 a los 481 de 1959, última campaña de la que fue responsable Del Olmo, en un descenso progresivo y sostenido. De hecho, aunque haya aumentos y descensos posteriormente, ya nunca se volverá a la asistencia inicial. Y ello ocurre porque otras actividades van a ir ganando terreno, como algunas iniciativas de alfabetización[62], que se inician ya en este periodo como parte fundamental de la experiencia de los campos y objetivo de la Extensión Universitaria, como denominaron a las actividades que se realizaban fuera del marco habitual vacacional de los campos. Esto demuestra que las conocidas como campañas de Educación Fundamental (luego Popular) que se inician en el verano de 1962 tienen un precedente en los años anteriores que se va a ir imponiendo progresivamente. Pero también hay un impulso a la llamada Ayuda Dominical, a pesar de las dificultades para su contabilización efectiva, que suponía un contacto continuo de los universitarios en las barriadas de aluvión y más pobres de los suburbios de las ciudades.

En este periodo se incidió mucho en la necesidad de proyectar el

SUT y su espíritu en la vida de las facultades mediante la realización de charlas que presentaran la problemática social a los universitarios, de lo que es buena muestra el muy influyente ciclo de charlas que el SUT organizó entre enero y marzo de 1958 en la Universidad de Madrid, el primero de una serie que tuvo un gran impacto. En él participaron personalidades destacadas de la época no solo alineadas con el régimen, sino también de tono crítico, a la par que logró concitar el apoyo del propio decano de la facultad de Derecho, en donde se celebraban. Las charlas contaron con muy buena respuesta estudiantil lo que testimonia lo candente de la temática y el hambre de reflexión y debate en la universidad española. Así, hablaron el padre Llanos sobre "Mundo universitario y mundo obrero"; Ignacio Fernández de Castro sobre "Propiedad y hambre"; el sacerdote Tomás Malagón —consiliario nacional de la HOAC y cofundador junto a Guillermo Rovirosa de la editorial ZYX, cerrada por el Gobierno en 1969— con el título "Hacia una concepción teológica de lo social"; el filósofo Julián Marías sobre "Sociedad y clases sociales"; el diplomático Antonio Luna sobre el "Condicionamiento social de la política internacional"; el profesor y jurista Manuel Jiménez de Parga sobre "Estado español y sociedad española"; los sacerdotes Jiménez Marañón y José María Díez Alegría —principal renovador de la teología española durante la década siguiente— sobre "La universidad y la cultura obrera"; Pedro Laín Entralgo sobre "El encuentro con el prójimo" y Aranguren sobre "Ética de la alteridad"[63]. Todas las conferencias se resumían en tres palabras: lo social, el obrero y el otro. Hubo más conferencias en los años siguientes. Todas siguieron dando vueltas alrededor de esos tres temas, pero el lenguaje se fue haciendo cada vez más político, e introducía términos como rebelión o revolución, así como el léxico fundamental del marxismo. Por ejemplo, en 1960, en Barcelona, Enrique Ruiz García habló sobre "La rebelión de los pueblos mudos", José Aumente hizo una "Crítica de la actividad reaccionaria" e Ignacio Fernández de Castro sobre las "Clases en lucha". En febrero 1961 el ciclo de conferencias programado por el SUT repetía muchos de esos nombres, entre ellos José Aumente con "El hombre y las estructuras", Enrique Ruiz García con "Iberoamérica: colonialismo y subdesarrollo" o el también latinoamericanista y politólogo José Luis Rubio Cordón con "Los países subdesarrollados ante la libre empresa y la planificación". El exministro Joaquín Ruiz Giménez habló sobre

“Hombre y comunidad”, el filósofo Carlos París, sutista el verano anterior y futuro miembro de comité central del PCE, sobre la “Crisis del pensamiento burgués”, Manuel Sacristán sobre “Siglo XX: técnica y humanismo”, y el historiador José María Jover sobre la “Formación de la conciencia obrera y de la conciencia burguesa en la España contemporánea”. Además, el falangista Demetrio Castro Villacañas, exdivisionario y redactor de Arriba, lo hizo sobre “El intelectual y el compromiso social”, el también falangista zaragozano y procurador José Navarro Latorre sobre “Reforma social de la educación” y el cura vasco Ricardo Alberdi, promotor de las Escuelas Sociales Sacerdotales en el seno de las Juventudes Obreras Católicas (JOC), sobre “El universitario ante el problema social”[64].

Contemporáneamente, en Barcelona se celebró un seminario sobre la historia del movimiento obrero en España, tema en el que el sutista Josep Termes llegaría a ser un reconocido especialista[65]. Él sería uno de los muchos jóvenes conferenciantes o asistentes a esas conferencias que estaban dando ya o estaban a punto de dar el paso a la militancia en alguna de las organizaciones clandestinas de la izquierda antifranquista como el Frente de Liberación Popular (FLP), la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) o el Partido Comunista de España (PCE).

Las notas que nos han llegado sobre esas conferencias o los textos proporcionados a los organizadores por los invitados muestran la centralidad del hecho social visto desde distintas perspectivas y en donde se responsabiliza a la juventud de las tareas sociales, políticas, religiosas, necesarias para integrar a la masa social obrera, hasta ese momento excluida. En ese sentido, había que seguir sembrando la inquietud social entre los universitarios no solo en el verano. De hecho, ocho años después de la fundación inicial del SUT, su mentor, el padre Llanos, en su charla de 1958 señalaba que estaba aún “todo por hacer”, que muchos “no comprenden ni entienden” al SUT y que son los universitarios quienes deben salvar la distancia entre el mundo burgués al que pertenecen y la auténtica realidad obrera[66]. Por encima de todo ello, sin embargo, lo que tenemos como resultado de esta serie de conferencias es una clara interacción entre estas iniciativas del SUT y la propia maduración de la sensibilidad social y política de los estudiantes.

Esta ofensiva sutista y parecidos efectos se comprueban también en los boletines que aparecen en los distritos de forma mensual, cada vez mejor elaborados pasando de las hojas ciclostiladas como eran los diarios de los campos veraniegos a unas publicaciones de periodicidad estable, mensuales en bastantes casos, que suponían una continuidad en el tiempo, una forma de lanzar y renovar mensajes de concienciación y un vínculo entre los sutistas de los distritos a lo largo del curso. Es el caso de Noticia, o de la Gaceta del SUT que aparece en distintos distritos o de los Boletines del SUT de los D.U., que de una forma intermitente y variable según distritos se mantendrán en algunos casos hasta final de los años sesenta, teniendo constancia de su edición en los distritos de Madrid, Valencia, Barcelona, Santiago, Salamanca, Valladolid y Granada. Cabe señalar la relevancia de algunos de los colaboradores como es el caso de Manuel Vázquez Montalbán, que durante el curso 1960-1961 dirigió en Madrid el Boletín del SUT tras su expulsión de Barcelona o el propio Ignacio Fernández de Castro.

Otras iniciativas que solo parcialmente se llevaron a efecto pero que son muestra del deseo de convertir al SUT en un agente de cambio social todo el año fueron los llamados Clubes sociales SUT, que debían de contar con una biblioteca de temas sociales y propiciar la celebración de seminarios y reuniones, siendo un foco de atracción en cada universidad. A ello se añade la idea de realizar “campos-célula”, más exigentes y austeros, con personal seleccionado y con una conciencia más militante. De hecho, se llega a barajar como plan de futuro la creación de un Servicio Social Universitario que hiciera extenderse la iniciativa del contacto obrero a todos los universitarios[67].

En definitiva, a final de la década, se considera que los tradicionales campos de trabajo eran un formato en crisis y parcialmente superado[68], en donde ya no era fácil proyectar toda la inquietud existente dada la presencia de estudiantes poco motivados. Las respuestas barajadas ante esta situación, como la puesta en marcha de campos en una sola provincia como forma de mantener bajo control la actividad o los citados campos-célula no llegaron a ponerse en práctica de una forma significativa.

Todo este ambiente de generalizada preocupación social que

trasciende a los propios eventos de los campos o de la ayuda en los barrios del extrarradio, apoyados por esta mejor infraestructura administrativa del SUT, y con el apoyo económico del SEU, se une al aumento de la politización que dio lugar a un proceso por el que el tan reiterado carácter prepolítico y preapostólico de la organización quedó a un lado, haciendo posible a nivel local y de distrito esa mayor autonomía de funcionamiento descrito al margen de los dirigentes del sindicato falangista.

Cada vez más sutistas, como ya había sido el caso de Urenda, se implicaron enseguida en políticas críticas hacia el régimen y vieron en el SUT una plataforma para hacer madurar política y socialmente a los estudiantes. Del Olmo se plegó personalmente mucho más a la dirección de Aparicio Bernal que su antecesor, aunque ello fuera compatible con una creciente autonomía del SUT a niveles más bajos y con la progresiva politización de los sutistas. Mientras el SEU, y como parte de él el SUT, aparecía crecientemente como un sindicato de servicios y evitaba cultivar la inquietud que les había traído tantos problemas en el episodio de febrero, los textos que observamos que circulan en los campamentos, los discursos del padre Llanos —que sigue al pie del cañón con su presencia en campamentos y conferencias— o los contenidos de los ciclos de conferencias, transmiten un aire de exigencia social y de desafío al status existente. Todo ello delata una clara conexión entre esa agitación social y política que se había visto en el 56 y los años del cambio de década. De esta manera, en el SUT converge el discurso de un falangismo juvenil joseantoniano cada más irredento y crítico con la realidad y la movilización en clave antifranquista de aquellos que ya han hecho el tránsito de alejamiento de la dictadura y se apoyan en el marxismo y en los grupos clandestinos que se van conformando. Todo ello con la exigencia de autenticidad que el padre Llanos seguía proclamando y que tantos andaban buscando en la aproximación a la realidad obrera. Audiencia con preocupación social como la que rodeaba al SUT no podía encontrarse en ningún otro sitio y ello es relevante en ese contexto crecientemente efervescente de los universitarios de final de los cincuenta y principio de los sesenta.

El gran debate que se evidencia en el seno del SUT es entre una visión más tradicional que insistía en el testimonio y en el carácter

experiencial del contacto con el mundo obrero, necesario para tener una conciencia más completa y cabal de la realidad pero quedándose ahí y los que se veían urgidos por esa situación palmaria de injusticia a actuar, a ponerse en marcha. El padre Llanos, en las conferencias que daba, consciente de esta dicotomía, optaba por la primera, por la valía de la experiencia testimonial y porque sabía de los riesgos de una movilización política con escaso margen de acción. Pero si revisamos los textos de las Gacetas del SUT nos encontramos con numerosos reportajes, textos extraídos de libros, poemas y testimonios todos en la línea de descripción de las injusticias, de llamamientos a la acción y de denuncia genérica del estado de cosas no solo en España sino bajo la influencia del modelo liberal capitalista occidental. Para cualquier joven lector de fines de los cincuenta o primeros sesenta, falangista o no, politizado o no, estos contenidos eran una continua llamada a la acción, a la denuncia abierta y a la necesidad de dar una respuesta real a un mundo que clamaba una respuesta de esos jóvenes universitarios de procedencia burguesa[69]. Vale la pena destacar el peso del SUT catalán muy activo en los aspectos ideológicos en estos años finales de los cincuenta, pero cuya relevancia irá desapareciendo a lo largo de los primeros de los sesenta, lo que se traduce en la inexistencia de campos de trabajo en Cataluña y también en el País Vasco. Es quizá el reflejo de un proceso más intenso de politización en esos dos territorios, incluidos aspectos nacionalistas y de su situación en la Guerra Civil, que hace que la ruptura con el régimen sea más rápida una vez que esta se inicia, en contraste con otras zonas[70].

Esta evolución era inevitable ya que no podía pretenderse que estas experiencias, reforzadas por los mensajes obtenidos a través de lecturas, conversaciones, conferencias y debates no tuvieran un efecto político y se quedaran en la esfera de la discusión en un seminario o en las encendidas peticiones de las misas de campaña. El resultado va a ser la existencia de un mayoritario grupo de sutistas que, a pesar de la autonomía y del amplio margen de libertad que tenían dentro del SEU, no pudieron soportar la estrechez de los canales que el SEU y el régimen en definitiva les ofertaba[71].

Este ambiente es el que explica la ruptura que se produce en el verano de 1960 y que tiene como protagonista a Carlos Ballesteros,

sucesor de Del Olmo en la Jefatura Nacional del SUT desde enero de 1960. Ballesteros tenía amplia experiencia en el Servicio tras participar en sucesivos campos desde 1954 y haber sido inspector nacional de campos de trabajo desde 1959. En la campaña del verano de 1960, entre muchos dirigentes de los campos y de responsables de los SUT de los distritos se va a revelar la dificultad de mantener el control sobre lo que estos jóvenes inquietos y movilizados querían hacer de él: una plataforma para la acción, para la lucha contra la injusticia que era cada vez más vista como producto no solo del atraso secular sino del clasismo, intereses y estrechez de miras del régimen. Tras las fuertes tensiones que surgieron en el curso-campo de Matapozuelos (Valladolid, Semana Santa de1960) entre sutistas tan politizados como Vázquez Montalbán y destacados dirigentes del SEU de Aparicio como Francisco Eguiagaray y Eduardo Navarro, Ballesteros remite, tras un nuevo tenso curso en Pueyo de Jaca en agosto, una carta a los responsables del SUT de los distritos buscando separarse de la estructura del SEU, e incluso recibir la protección de otras estructuras como Pax Christi[72], acercándose a los sectores religiosos del exterior como una forma de sobrevivir. La razón era que "El Jefe Nacional del SEU quiere cambiar el SUT. Quiere utilizarlo. Dice que no soy falangista, dice que el SUT no es falangista (¡que ingenuidad!) y conviene que lo sea. Que sea un Departamento que oriente en este sentido a todos los que asisten a experiencias sociales" y denuncia que el jerarca del SEU ya había previsto el nombramiento de un nuevo jefe del SUT[73].

Aunque Ballesteros estaba lejos de ser un líder crítico, sino más bien un hombre de la estructura que procuró guardar los equilibrios, su movimiento de denuncia y su cese final fueron la constatación de las tensiones del momento entre la urgencia sociopolítica de las bases del SUT y unos dirigentes del SEU preocupados por la militancia marxista y crítica de tantos sutistas. En todo caso, el intento de "sacar" al SUT de la disciplina del SEU y del Movimiento y bajo la cobertura que fuera oportuna, transformarlo en una organización sin ataduras que pudiera actuar como revulsivo político-social fracasa en este momento.

Llanos intentó mediar ante Aparicio Bernal defendiendo a Ballesteros, pero sin resultado[74], ya que finalmente fue cesado y fue

otro joven procedente de Primera Línea de Falange en Valencia, Ángel Sánchez-Gijón, quien se hizo cargo de la dirección por unos meses, desde octubre de 1960 y hasta abril de 1961 cuando también sale este. La causa de esta última salida traumática tiene que ver con la intervención norteamericana en Bahía de Cochinos (Cuba) en ese abril de 1961, pues Sánchez-Gijón escribe un panfleto en contra de esta invasión y como consecuencia de la persecución de la policía marcha al exilio[75]. Su caso es una nueva muestra de la existencia de esta efervescencia política en el seno de los sutistas, aumentado con el triunfo de la guerrilla castrista, que enfervorizó a muchos falangistas críticos que vieron un modelo en el nuevo régimen caribeño[76]. Alfredo Muñoz Giner le sucede como nuevo jefe del SUT, apoyado por Ricardo Gómez Muñoz como secretario general. Muñoz Giner, subjefe con Sánchez Gijón, venía también de dirigir el SUT de Valencia en una época en que había mantenido desde sus posiciones enfrentamientos con los falangistas dirigidos por Sanchez-Gijón; disponía de una importante experiencia y también era sensible a los problemas de autonomía del SUT, aunque este acepte seguir en la estructura del SEU. De hecho, su nombramiento como subdirector del SUT con Sanchez-Gijón fue una imposición de las bases del SUT. Gómez Muñoz era militante del FLP al igual que muchos de los compañeros más movilizados como Juan Anllo. Pero aceptaron el mantenimiento del viejo statu quo y el SUT siguió funcionando como en años anteriores. Ello no quiere decir que desapareciera la pretensión de los sutistas por actuar de forma independiente intentando limitar la influencia del sindicato en un contexto en el que los estudiantes empezaban a movilizarse cada vez de manera más abierta contra la propia existencia de la estructura obligatoria del SEU, pero el peso de la inercia establecida era aún muy fuerte.

Este inicio de la década de los sesenta contempla un auge del movimiento estudiantil, que planteaba que las elecciones fueran representativas en las universidades alcanzando al propio jefe de Distrito, algo que nunca había aceptado el sindicato. Pero los dirigentes del SEU, conscientes del contexto en el que se mueven, irán accediendo a asumir una buena parte de reivindicaciones de carácter representativo, que fueron finalmente aceptadas y aprobadas en el III Consejo Representativo Nacional del SEU que tuvo lugar en 1961. Estas, sin embargo, chocaron con la oposición

de Luis Carrero Blanco desde la Subsecretaría de Presidencia y la desconfianza de la Secretaría General del Movimiento y del propio Ministerio de Educación Nacional. En septiembre de ese año se reformaba el SEU colocándose en una posición defensiva respecto a la realidad universitaria del momento. A la altura del otoño de 1961, el SEU estaba desbordado, con las cámaras sindicales, las juntas de Facultad y los Consejos de Curso convertidos en escenarios de las reivindicaciones estudiantiles que reclamaban una democratización efectiva de la vida universitaria y también de la vida nacional. Y esa presión se mantendrá, con intensidad variable, hasta la disolución del SEU en 1965.

El nombramiento de Rodolfo Martín Villa en febrero de 1962 sustituyendo al burócrata Aparicio Bernal, al que consideraban demasiado tolerante en un entorno crecientemente hostil, abría una nueva etapa de resistencia del Sindicato, también de renovación de su mensaje y de intento de recuperar cierta capacidad de iniciativa. Ello tendrá también una proyección en la evolución institucional del SUT.

EL SUT EN MEDIO DE LA AGITACIÓN ESTUDIANTIL Y DE LA CRISIS DEL SEU: COMPROMISO SOCIAL, REAFIRMACIÓN FALANGISTA Y OPOSICIÓN

A LA DICTADURA (1962-1965)

Rodolfo Martín Villa era ya, pese a su juventud, un veterano dirigente del SEU, curtido en las delegaciones de alumnos, en la Jefatura de Madrid y decidido a hacer carrera política. Era un estudiante que se lo debía todo al Movimiento, que le había becado desde su pueblo natal en la provincia de León y a la par, aunque falangista, estaba lejos de ser alguien ideologizado, sino más bien un pragmático. Fue a lo largo de su carrera un apparatchik del Movimiento, ocupando cargos en el aparato sindical, en la Administración provincial y en el Gobierno en segundos niveles hasta la muerte del dictador. Su buen conocimiento de los

engranajes del régimen le permitieron ser imprescindible en el proceso de transición a la democracia desde posiciones azules, ocupando cargos relevantes en los Gobiernos de Unión de Centro Democrático (como el Ministerio de la Gobernación en los momentos más duros de la transición) y su influencia en amplios ámbitos de la vida española se mantendrá durante muchos años después.

Él fue quien decidió volver a retomar el control directo sobre un SUT que se había ido de las manos, como había quedado de manifiesto en los últimos años. Se trataba de aprovechar su fuerza y atractivo para los estudiantes, pero poniéndolo al servicio de un SEU que necesitaba recuperar imagen y credibilidad. Se mantenían las mismas vías de acceso al conocimiento de la sociedad del mundo rural y obrero que buscaba el estudiante, pero intentando que ello reforzara su apego al régimen, en vez de alejarlo de este. Que fuera un complemento a su formación como persona, no una iniciación en el radicalismo político. Como se dirá en uno de los completos informes elaborados en esos años:

[…] este choque, este cambio —si se quiere brutal— de la vida muelle de la Universidad a la realidad dura de nuestra sociedad, no les ha llevado —como quizá se haya pensado— a posiciones ideológicas extremas, sino que simplemente ha completado la formación docente de aquellos que quisieron tener también a la vida como maestro. Estos hombres nuevos, ponderados y definitivos, saben que la tierra que pisan está llena de problemas y la conciencia de que ellos son los llamados a resolverlos […][77].

Sin duda, la forma de cambiar la línea de la organización pasaba por acabar con la presencia de sectores izquierdistas y anti-SEU dentro del SUT pero también de católicos críticos, encarnado en personas como Francisco José Santomé, responsable de la organización administrativa del SUT, en cuyo aparato venía trabajando como funcionario desde 1956, además de militantes del Felipe como Ricardo Gómez Muñoz, al que conocía bien el nuevo jefe nacional, por haber sido compañeros de estudios —y

adversarios políticos— en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Madrid. Alfredo Giner deja también el SUT, dejando a la parte más joven de su equipo que intentó una especie de SUT paralelo al margen del SEU[78] .

Finalmente, el encargado de hacer esta política que combinara fidelidad a los orígenes pero acabara con los dirigentes críticos y limitara por tanto el riesgo de radicalización política fue Enrique Calonge Revuelto, responsable del SUT mientras Martín Villa fue jefe nacional, hasta septiembre de 1964. Con Calonge, que provenía del SEU de Sevilla, tenemos un hombre incondicional hacia Martín Villa y los intereses del SEU pero también un dirigente activo que destacó por la gestión seria, la responsabilidad de los planteamientos y el rigor y la transparencia a la hora de organizar las actividades, de lo que son exponentes los informes anuales que se publican bajo su mandato, los más completos de la historia del SUT[79]. Junto a él, como secretario general del SUT, Juan Tovar, que provenía del carlismo progresista identificado con Carlos Hugo de Borbón-Parma.

Este periodo destaca por hacer realidad una de las iniciativas que más marcará la memoria de tantos universitarios: las Campañas de Alfabetización. Estas constituyeron una de las grandes novedades que lograron renovar la atención de los estudiantes al SUT y acabaron desplazando a los campos como actividad principal del Servicio. Como hemos dicho, la idea no era nueva, pues hubo algunas actividades puntuales de afabetización entre 1959 y 1962 ligadas a algunos campos de trabajo, pero es en este momento cuando se diseña todo un programa de acción intensa en partes de una misma o varias provincias (Granada será la primera en 1962). Desde entonces se eligieron las zonas más retrasadas de España y especialmente las más castigadas por la alta tasa de analfabetismo existente. En esta primera ocasión, recién entrado el nuevo equipo de Martín Villa y Calonge, en marzo de 1963 se realiza un “Plan de alfabetización de la provincia de Jaén” que se envía al Ministerio de Educación, lo que muestra que no hay improvisación y que se va a contar con pleno respaldo oficial en estas campañas[80].

Los nombres de la iniciativa fueron cambiando al igual que las zonas; en 1962 la campaña de Granada se llamó “Campaña de

Alfabetización"; la del verano de 1963 se volvió a desarrollar en Granada pero también en Huelva y se denominó "Campaña de Educación Fundamental"; y quedará finalmente el nombre de "Campaña de Educación Popular" desde que en el verano de 1964 se hizo en Orense y Pontevedra; la campaña del verano de 1965 se realiza en la provincias de Cuenca y Teruel. La mecánica es siempre la misma: dentro de la provincia se escoge una comarca o comarcas y se despliegan los estudiantes por los pueblos utilizando las instalaciones municipales, comunes o particulares cuando es necesario.

La concentración de la acción en una comarca relativamente pequeña hizo posible la presencia de un amplio número de universitarios que aunque desempeñaban su tarea alfabetizadora de forma diseminada y muchas veces individual, se reunían a lo largo de su estancia en determinados pueblos cabeceras de comarca u otros núcleos, lo que permitió crear una masa crítica de estudiantes frente a la atomización de los pequeños campos de trabajo de antaño distribuidos por toda España. Ello permitió un mayor contacto entre un número significativo de universitarios y la realización de actividades teatrales o culturales de mayor ambición y para una más amplia audiencia más allá de la propia labor de alfabetización. Junto a ello, se dio un contacto más directo con las familias, al ser los estudiantes alojados en la mayor parte de los casos en las propias viviendas de los pueblos en donde se realizaba la acción; la menor dureza del trabajo físico permitió la incorporación de muchas más mujeres que en el pasado, siendo el momento de mayor incorporación femenina a las actividades sutistas. Es en este momento cuando se crean lazos fructíferos con la población autóctona por el tipo de relación establecida en el proceso alfabetizador. De ahí la honda impresión que dejó esta iniciativa en tantos universitarios en el periodo 1962-1969.

El hecho de trabajar en zonas profundamente deprimidas azuzó la conciencia social al comprobarse, en una fecha ya bastante alejada del final de la guerra, cómo subsistían serias deficiencias en esa España que llevaba más de veinte años de "victoria". De ahí que el proceso de radicalización política no se detenga, ni el progresivo proceso de defección de los estudiantes respecto a la dictadura. Sin embargo, también se intentó que estas actividades, este despliegue

juvenil, fuera una especie de tarjeta de presentación del régimen en esas zonas deprimidas, con esos atentos jóvenes que representaban para sus habitantes al régimen y les hablaban también del Fuero de los Españoles o de las vías legales para resolver sus problemas.

El éxito de la iniciativa fue indiscutible. En el verano del 64, en plena madurez de la iniciativa se habla de 547 personas implicadas en la campaña, que fue el número más alto alcanzado; en las anteriores se habían dado 350 (1962) y 466 (1963) y en las posteriores el número volverá a estas cifras, en todo caso muy significativas de la capacidad de atracción de la actividad. Por supuesto los campos de trabajo se siguen celebrando y las cifras de asistentes siguen siendo significativas, pero quedan por debajo de las Campañas de Alfabetización. Cabe señalar una novedad en este periodo respecto a los campos y es la organización de campos de trabajo en el extranjero, en colaboración con organismos de los países de acogida. El objetivo era proyectar y dar a conocer las actividades del SUT pero, sobre todo, estar presente cerca de los emigrantes españoles. Se celebró un campo en Alemania en 1963 y el año siguiente en Holanda y quedará para el futuro un interés en la forma en que otros países abordaban el tema del contacto de los jóvenes universitarios con la población y sus necesidades. Las memorias reflejan también los problemas del régimen para asegurar su imagen entre los emigrantes así como el peso del PCE en las entidades sociales de la emigración y las grandes diferencias salariales y de libertad sindical respecto a España. Era por lo tanto un intento de extender una influencia del régimen en entornos ajenos a este.

El pronto éxito y arraigo de estas actividades novedosas no frenó el proceso de ruptura de los estudiantes con el SEU que se convirtió en imparable tras la no aplicación de las normas de democratización aprobadas en el IV Consejo Representativo Nacional celebrado en Cuenca en diciembre de 1962 bajo el impulso de Martín Villa y el significado seuista Ortí Bordás[81] que lo presidía, lo que evidenció que el SEU había perdido la credibilidad ante el propio régimen.

Pero en medio de este retroceso político del SEU y desgaste ante los estudiantes, con huelgas y movilizaciones cada vez más extendidas, siguieron en marcha iniciativas culturales de primer orden (revistas

muy avanzadas como Acento, el Teatro Español Universitario en una etapa especialmente brillante por sus atrevidos montajes de autores como Lorca o Brecht), económicas (La Bolsa Universitaria de Trabajo del SEU, las cooperativas, los comedores universitarios) y también sociales como el propio SUT, y todas con un éxito reseñable. Estas actividades asistenciales, culturales y sociales dirigidas a los estudiantes y la amplia participación de estos en esas iniciativas intentaban compensar el rechazo político creciente al viejo sindicato falangista. El tono crítico de medios como la Gaceta del SUT se mantiene aunque es significativo que las menciones a José Antonio Primo de Rivera sigan apareciendo y que se combine la reivindicación social con determinados elementos característicos de la tradición falangista. Era el resultado por un lado de una ambigüedad calculada que intentaba evitar la censura y por otro era el producto de una formación aún trufada de los viejos sentimentalismos ideológicos de los primeros albergues y campamentos.

El SUT de estos dos años, como recogen puntualmente los espléndidos resúmenes informativos organizados por Calonge[82], hace de las campañas el centro de las actividades, aunque se mantengan los campos de trabajo —en algunos años centrados en una región o zona[83], siguiendo el ejemplo de las campañas— y el Trabajo Dominical, además de seguir apoyando la publicación de boletines y otras manifestaciones de la actividad social sutista. Muchas de estas eran las que se plantearon poner en marcha en la reunión de Pueyo de Jaca del verano del 60, lo que quiere decir que, a pesar de la toma de control del SUT por gente de confianza del jefe nacional, hay una continuidad clara entre las actividades de los años anteriores de politización. La breve pero intensa etapa de Calonge en ese sentido no se aparta de la línea del SUT, aunque con una estrecha dependencia de la Jefatura Nacional del SEU y con una cúpula dirigente mucho más refractaria a la politización de años anteriores, hecho compatible con la existencia de una base igualmente comprometida y crecientemente antifranquista.

El último curso del SEU antes de su disolución, el 1964-1965, el SUT tiene como responsable a Raimundo Balet, antiguo colaborador de Calonge, quien mantiene las pautas de funcionamiento de un SUT cuyas actividades sobreviven al visible hundimiento del SEU

con la sucesión en ese curso de dos jefes nacionales, el brevísimo Daniel Regalado y el que fue el último jefe del SEU, el entonces joven airado del sector más social del SEU, José Miguel Ortí Bordás. La tormenta política y la sensación de abatimiento dejaban poco espacio a la planificación. Pero en ese verano de 1965 las actividades y la campaña veraniega del SUT se desarrollaron como era habitual, con la diferencia de que a la vuelta de vacaciones el SEU ya no existía.

LA REINVENCIÓN DEL SUT DENTRO DE LA DELEGACIÓN NACIONAL-COMISARÍA PARA EL SEU. LA INTELECTUALIZACIÓN DEL COMPROMISO SOCIAL (1965-1969)

La historia del SEU terminaba en abril de 1965, sepultado por la movilización estudiantil, por la pérdida de credibilidad entre los sectores del Gobierno afines a Carrero y a los ministros tecnócratas: el SEU ya no era un instrumento efectivo para hacer frente a la movilización universitaria antifranquista. Pero quedaban los servicios a los estudiantes, toda la estructura institucional y las huellas de su presencia en las aulas de los últimos veinticinco años. Todo ello dio lugar a que se decidiera la preservación parcial de esa herencia mediante un organismo llamado Comisaría para el SEU con rango de Delegación Nacional dentro del Movimiento. Al frente de ella, Ignacio García López, un hombre del aparato del Movimiento, inmerso en la política juvenil del régimen desde principio de los años cincuenta, cuando había sido secretario general del SEU con Jordana. Ignacio García acabó siendo años después el último ministro secretario general del Movimiento en el primer gabinete de Adolfo Suarez y hombre de confianza de este, encargado de echar el cierre a FET y de las JONS en 1977. Como número dos en calidad de secretario general de la Delegación encontramos a otro falangista, Luis Buceta Facorro.

Con ellos dos al frente, se mantuvo una Delegación-Comisaría que asumió la gestión de los servicios del SEU en esta última época, con una no desdeñable infraestructura de secretarias, espacios y coches

oficiales, que dio cabida al intento del régimen por mantener su presencia en el ámbito estudiantil. En el plano representativo, una vez desparecido el SEU en su formato tradicional, se crearon en 1965 unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes de corta vida —hasta 1968— y desde entonces se abrió la puerta a la existencia de asociacionismo estudiantil de manera formal. En la práctica, esta segunda mitad de los años sesenta es la historia de la utilización por parte del Estado de la represión a través de la acción policial o de las autoridades académicas en numerosos centros o distritos, que dio lugar a cierres de semanas o meses de las instalaciones universitarias en algunos casos, detenciones sin garantía alguna, suspensión de prórrogas del servicio militar en base a los informes policiales, expedientes de anulación de matrícula y finalmente centenares de expulsiones de estudiantes de sus universidades. En los campus, los carteles e informaciones de los tablones de los pasillos de los centros fueron sometidos a censura por los decanos y restringida la utilización de espacios, limitando la capacidad de organización del movimiento estudiantil. En los campus y calles del entorno, las cargas contra manifestaciones o concentraciones fueron habituales. Eran medidas que intentaban frenar un movimiento estudiantil que tras la victoria sobre el SEU estaba dispuesto a democratizar de facto la representación estudiantil y convertir la universidad en un ámbito de libertad sobre el que no tuviera influencia el régimen[84]. Los últimos años sesenta y primeros setenta contemplan también un desmigajamiento de la oposición clandestina estudiantil, que ya no era solo el PCE o los pequeños grupos socialistas, una vez dejadas atrás experiencias minoritarias y singulares como el Felipe, sino que adquiría la forma de grupos leninistas, trostkistas o maoístas crecientemente radicalizados, lo que hizo todavía más difícil cualquier tipo de interlocución por parte de los restos del Movimiento en la universidad. La creación de estructuras representativas paralelas con sindicatos democráticos de carácter unitario como el Sindicato Democrático de Estudiantes en Barcelona en 1964 (SDEUB) o en Madrid en 1965 (SDEUM) desafiaban las medidas represivas y actuaban en el día a día como la representación efectiva de los estudiantes.

En ese contexto, la Delegación-Comisaría, más allá del mantenimiento de los servicios y de seguir teniendo una cierta disponibilidad presupuestaria para actividades, estaba aislada en

sus oficinas de la Plaza de Quevedo n.º 8 de Madrid, donde seguía radicada la sede del SUT (y sus delegaciones en cada distrito) pero seguía manteniendo una actividad se puede decir que burocrática, sin contacto directo con los estudiantes. La excepción a esto la constituía el SUT, porque este, sobre todo por las campañas de Educación Popular, se había convertido en algo exigido por los propios estudiantes y, en buena medida, gestionado por estos. Eso sí, siempre dentro de la Delegación-Comisaría y financiado por ella. La visión que la Comisaría tenía del SUT heredaba la visión de la época de Martín Villa, pues presentaba estas actividades como un servicio a los estudiantes con intereses sociales y a la vez temía que la politización antifranquista ya omnipresente en la universidad las hiciera escapar completamente a su control. En las atribuciones legales de la Comisaría se dice que "El Servicio Universitario de Trabajo tiene como misión facilitar al universitario el complemento de su formación humana, mediante su intervención en la realización de campos de trabajo, campañas de alfabetización y extensión cultural y encauzar los intercambios estudiantiles que se establezcan con las organizaciones de campos de trabajo del extranjero, relacionándose con las mismas"[85]. En estos convulsos años de movilizaciones universitarias se quiere conservar el SUT como un servicio más de la Delegación-Comisaría, intentando mantener el apoliticismo y la apuesta social pura de estas actividades: "El SUT, de la Comisaría para el SEU, es un instrumento de formación a disposición del universitario, y al que brinda la oportunidad de adquirir ciertos conocimientos de la realidad española a través de la experiencia propia"[86]. Esta definición cuasi-burocrática de lo que supone el SUT contrasta grandemente con la pasión que ponía el padre Llanos o los propios protagonistas en los primeros boletines. Conscientemente, se quieren alejar de toda politización, aunque esta siga presente en los estudiantes y en una parte de los dirigentes de los distritos.

Balet siguió al frente del SUT hasta la campaña del verano de 1966 pero tras esta le sustituyó en la dirección por primera vez una mujer, María Teresa García Alba, que había participado en campañas del SUT desde 1964 (Jaén, Orense, Teruel) y era la responsable del SUT en el distrito de Barcelona. Ella llevó la "dirección" del SUT (desde la disolución del SEU, ya no se habla de "jefes" del SUT, sino de "directores") hasta su cese en 1968 como

consecuencia de los sucesos durante la campaña veraniega en León. Tras ella, es José Antonio Donat Ortuño quien se hace cargo provisionalmente del SUT por decisión de la Comisaría en diciembre de 1968[87], no teniendo en cuenta la propuesta efectuada por el propio SUT que presentaba como candidato a la dirección al antiguo responsable del Distrito de Madrid desde abril de 1965, Antonio Ruiz Va, junto a miembros de la dirección cesada a la que él también pertenecía, como Álvaro González de Aguilar como secretario general o los hermanos Fernández Marugán. Desde posiciones inmovilistas, José Antonio Donat, con Carlos Espejo Saavedra como inspector de campos, constituyeron el último intento por parte de la Delegación-Comisaría de mantener una estructura obediente al régimen.

Este corto periodo entre 1965 y 1969 pudiera antojarse una coda final en la existencia del SUT, un resto de lo que fue una brillante iniciativa social, pero tiene rasgos propios que lo hacen singular. Y ello porque además del mantenimiento de las actividades habituales (campañas de educación, campos de trabajo, Ayuda Dominical, edición de boletines en algunos distritos y actividades informativas), desarrollaron algunas iniciativas específicas que retratan la evolución política y social de los universitarios de los segundos años sesenta.

Cabe señalar la importancia que se da a la dimensión internacional del SUT, con la presencia de representantes de este en congresos como el de la FAO en Roma en 1967 o la búsqueda de contactos e información con la Unesco en el tema del servicio voluntario estudiantil. La idea era promover la actividad del SUT como parte de un movimiento internacional. No era la primera vez que se hacía patente esta preocupación por el exterior, pues viene de la época anterior, pero aquí se trataba de asemejar esta tarea a otras iniciativas de otros países u organizaciones internacionales. De hecho, se conoce y difunde documentación sobre el tema de los derechos humanos y el voluntariado, como lo demuestran los folletos que se hallaban en la Delegación-Comisaría[88]. Por otro lado, hay una mayor preocupación por teorizar el hecho social. Se decía en los documentos elaborados por la dirección que había una muy pobre reflexión intelectual sobre el tema de las razones de la exclusión y la pobreza. Estos universitarios de finales de la segunda

mitad de los sesenta no se conforman con compartir puntualmente su suerte y condolerse, sino que quieren analizar el fenómeno y contribuir a mitigarlo. Frente al testimonio de la primera etapa y el progresivo predominio del compromiso político posterior, aquí encontramos como respuesta a los problemas sociales la reflexión sociológica e intelectual —producto sin duda de la empatía— buscando los porqués de esa situación injusta. En ese sentido, cabe señalar el creciente peso de la sociología en la aproximación al fenómeno obrero no solo entre estos jóvenes sino como consecuencia de una creciente fuerza del análisis sociológico en los años sesenta y setenta, que aquí también se trasluce[89]. De hecho, algunos sutistas de la época como Lorenzo Díaz, Heriberto Morilla, José Llobet o el propio Antonio Ruiz Va pasaron por CEISA[90], fundada por José Vidal Beneyto en 1965. La lectura del famoso Informe FOESSA impulsado por Caritas[91] se convierte en hecho cotidiano en la planificación y reflexión de las reuniones de los sutistas.

Por iniciativa del SUT de esos años se crearon al menos tres bibliotecas en España (Madrid, Barcelona y Valencia)[92] con un apreciable fondo fundamentalmente de obras de sociología, antropología, economía e historia. Se cuenta también con profesores de sociología para algunas actividades y se hacen iniciativas como la elaboración de un informe sociológico sobre el barrio rural madrileño de Orcasitas[93]. En este grueso trabajo de 99 páginas se hacía un retrato detallado con un campo estadístico amplio de más de cien familias sobre hábitos y demás rasgos de esa comunidad. Es una muestra del tipo de maridaje entre la intelectualización del tema de la desigualdad y la exclusión y la práctica de cercanía a la realidad tradicional del SUT. Este tenor sociológico impregna las actividades y expresa también el tono de una época muy distinta a la del nacimiento del SUT.

Hay que señalar también otra iniciativa pionera, impulsada por Ruiz Va desde el distrito de Madrid y es la contemplación de un nuevo tipo de servicio civil voluntario que pudiera sustituir al servicio militar, en un momento (1968) en el que se estaba discutiendo su modificación técnica —no su carácter ni alcance— por parte del Estado. Aunque no pasó de ser una idea casi imposible de llevar a la práctica, la propuesta recogía la existencia de un

creciente rechazo por parte de los jóvenes universitarios a la realización del servicio militar; de hecho, en 1971 tenemos ya las primeras detenciones ligadas al movimiento de objeción de conciencia que irán en aumento en los años siguientes[94]. Adelantándose a la extensión de ese clima lo que los sutistas proponen como alternativa es sustituir el servicio militar habitual por un servicio civil voluntario inspirado en el modelo americano, según Ruiz Va. La alternativa consistiría en realizar actividades que habían sido características del SUT (campañas de alfabetización, labores de apoyo a comunidades excluidas, etc.) que sustituyeran a la prestación militar e incidir en el bienestar de los sectores más desfavorecidos mediante la acción positiva del Estado, lo que además conllevaba un contacto de todos los jóvenes con la realidad de una sociedad con problemas de subdesarrollo. Obviamente no prosperó tal idea.

Estas iniciativas eran intentos de estos grupos dirigentes de conectar con unos estudiantes que habían cambiado respecto a una década antes. Había un buen número de estudiantes que seguían sin implicarse en el mundo que les rodeaba y no se planteaban su responsabilidad como universitarios —es un lamento que aparece en documentos internos y boletines del SUT de estos años, con muy poca variación respecto a parecidas quejas de la época inicial de los cincuenta— pero había importantes minorías muy movilizadas contra la dictadura que participaban en acciones de muy diverso tipo: encierros, manifestaciones, protestas puntuales, huelgas, acciones de denuncia de profesores, además de estar siempre reunidos en asambleas interminables[95]. Los dirigentes del SUT van a expresar en sus informes la dificultad de contar con unos estudiantes que están movilizados, que sin duda están sensibilizados con las injusticias sociales, pero creen que la vía para acabar con ellas ya no es la del testimonio ni siquiera la de un compromiso limitado, sino que pasa por la lucha contra la dictadura en situaciones de clandestinidad o semiclandestinidad.

Ya no era tan fácil contar con estos estudiantes para las actividades del SUT, sobre todo si la relación del Servicio con el propio régimen y el Movimiento a través de la Delegación-Comisaría arrojaba sombras sobre el propósito último de esta iniciativa[96]. De hecho, los propios estudiantes dirigentes del SUT, como García Alba, Ruiz Va o

González de Aguilar eran conscientes de ello e intentaban mantener la autonomía del SUT y el carácter democrático de este a través, por ejemplo, de la elaboración de unos Estatutos del SUT madrileño[97] que garantizaran esto. Buscaban la propia supervivencia de la iniciativa y además, como muchos de sus antecesores, estaban o estuvieron después ligados a posiciones cercanas a la FUDE o al PCE o al propio PSOE[98]. Ello no les impedía mantener cierta fluidez de diálogo con Ignacio García López como hombre del Movimiento en la universidad y contar con el vital apoyo administrativo y económico de la Comisaría para las actividades del SUT. Un amplio nivel de autonomía convivía con una cierta superioridad paternalista por parte de los representantes del régimen. El curso 1967-1968 se caracterizó por un equilibrio inestable entre el empuje de estas iniciativas que seguían requiriendo cobertura oficial y una situación de enfrentamiento abierto entre los estudiantes y el régimen. De ahí la delicada posición de este SUT y su dificultad para hacer entender su posición entre los propios estudiantes en el contexto de fuerte movilización y consiguiente escala represiva del régimen de esos años. La dirección del SUT intentaba mantener un equilibrio entre las tendencias cercanas al PCE, y sectores más moderados, representada por los veteranos y prestigiosos Agustín Maravall o Alberto Ruiz Secchi, que son quienes diseñan la campaña de León. El SUT, como no podía ser de otra manera, reflejaba muy bien las complejas tensiones que pugnaban por liderar el pujante movimiento estudiantil y sus contradicciones.

Este equilibrio se rompió con los hechos que tienen lugar en la cuenca minera de León en el verano de 1968. Una huelga de mineros impulsada por las comisiones obreras en la empresa leonesa Antracitas de Gaiztarro (Matarrosa del Sil) va a encontrar la comprensión y el apoyo de los estudiantes que compartían con ellos el campo de trabajo. Los seis sutistas que estaban en esa mina concreta, sin proponérselo, van a formar parte de esta movilización y según algunos testimonios van a acompañar a los mineros en una presunta marcha que pudo haberse celebrado —aunque otras fuentes lo niegan— hasta el Gobierno Civil de la capital, lo que parece que acabó de encender todas las alarmas. Se hiciera o no dicha marcha, el gobernador civil interpretó que los estudiantes estaban alentando a la huelga a los mineros y pidió de forma

contundente, y sin margen de explicación a los responsables de la campaña, que retiraran a los estudiantes de la mina. La respuesta de los responsables sutistas fue hacer salir a todos los estudiantes, no solo a los seis sino a los aproximadamente 500 que se encontraban en la cuenca minera leonesa, lo que dio lugar a un gran escándalo que tuvo consecuencias[99]. El tema va a ser agrandado políticamente incluso dentro del propio Régimen[100] y va a ser la "gota que colme el vaso" de la paciencia del régimen con el SUT, entonces ya con un espíritu de libertad cada vez más avanzado. La entonces directora del SUT, Teresa García Alba, y su equipo serán cesados en octubre y va a hacerse muy difícil cualquier tipo de confianza entre los dirigentes del SUT y los mandos de la Delegación-Comisaría, como ponen de manifiesto los intercambios epistolares de Antonio Ruiz Va con García López[101]. El SUT una vez más había puesto de manifiesto las contradicciones insolubles entre la movilización política y social de los estudiantes y la integración de esta dentro del marco del régimen. Desde ese momento, los sucesos de León van a ser considerados un antes y un después, sepultando cualquier viabilidad de la continuidad del SUT tal y como había sido conocido.

A pesar de todo, aún habrá actividades en el verano de 1969 con el SUT bajo la dirección de José Antonio Donat, pero el régimen estaba decidido a prescindir de cualquier elemento que pudiera empeorar una situación de movilización política y protesta social creciente. De hecho, la radicalización de la situación, con el uso directo de la fuerza pública en los campus dio lugar al agotamiento de la fórmula usada hasta el momento y en 1969 se elimina la propia Comisaría para el SEU, una vez inutilizada la estructura de las Asociaciones Profesionales de Estudiantes que habían sustituido al SEU. En esos momentos se habló de crear un organismo que sustituyera a la Delegación-Comisaría, ya que se estimaba que no podía perderse cierta presencia del Movimiento en la universidad y se barajaron diversas opciones[102]. Finalmente se creó en 1971 un Patronato de Obras Docentes del Movimiento a nivel nacional, con su correspondiente infraestructura por distritos —normalmente alojada en los gobiernos civiles— que asumió buena parte de los servicios de la Delegación-Comisaría.

El grupo que desde Madrid, pero junto a gente de parecidas ideas

en otros distritos, había hecho posible el mantenimiento del SUT de los últimos años (Ruiz Va, González de Aguilar, Fernández Marugán) plantearon en un documento el mantenimiento del SUT como una estructura ambiciosa que continuaba las actividades realizadas hasta el momento y aún las ampliaba, con su correspondiente infraestructura burocrática dependiente de los estamentos oficiales que asumieran las tareas de la vieja Delegación-Comisaría. El objetivo era mantener la labor del SUT según ellos la concebían y con ellos como gestores[103], independientemente de las circunstancias y los cambios de la superestructura administrativa del Movimiento en este campo y así mantener el potencial crítico y democratizador del SUT. Una opción muy poco realista, superada ya por las circunstancias comentadas, pero que muestra el apego que seguían teniendo al legado y presente del SUT y lo irrenunciable que era para ellos mantener esa conexión con la realidad obrera, que estaba ligada a sus intereses políticos e incluso profesionales. Aunque hubo conversaciones en este sentido, no se llegó a materializar y la creación de la nueva estructura del Patronato no contempló nada parecido. El régimen nunca estuvo en posición moral ni intelectual de aceptar los planteamientos progresistas y democráticos de los universitarios y fue la apuesta por la represión abierta la que invalidó esas vías de comunicación, como lo demuestra la declaración del estado de excepción en enero de 1969 y el asesinato del estudiante Enrique Ruano. El SUT como fórmula sobreviviente al SEU ya no cabía ni desde el ángulo del régimen ni desde el estudiantil.

En esta segunda mitad de los años sesenta, convulsa, en pleno proceso de cambio de pautas de socialización política de los estudiantes, con una actitud crecientemente a la defensiva del régimen, el SUT aún fue capaz de atraer gente, de conectar con el afán de conocer y establecer lazos con la sociedad y la clase obrera por parte de los estudiantes españoles. Esta era la mejor demostración de la fuerza de una organización con raigambre en la conciencia y las necesidades de los universitarios españoles. Solo eso explica que, con orígenes y enfoque diferentes, en circunstancias muy variadas y respondiendo a necesidades y coyunturas diversas, podamos hablar de veinte años de historia del Servicio Universitario del Trabajo.

CAPÍTULO 2

LOS CAMPOS DE TRABAJO DEL SUT

LOS PRIMEROS CAMPOS Y LA INTEGRACIÓN EN EL SEU

El primer campo de trabajo se organizó en 1950 en las minas de Rodalquilar, Almería, con solo tres estudiantes, “movidos por un alto ideal y una voluntad irrenunciable de servicio, de conquista y de aventura”, como afirmaba una crónica periodística en Imperio, diario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de Zamora que vale la pena reproducir en su extensión:

En el verano de 1950, tres universitarios, mandos del Frente de Juventudes y SEU, movidos por un alto ideal y una voluntad irrenunciable de servicio, de conquista y de aventura, se presentaron en las minas auríferas de Rodalquilar (Almería) para trabajar como simples mineros de aquella explotación. Fueron admitidos por los directores de la Empresa, a los que no dejó de sorprenderles la singularidad de aquella inesperada solicitud estudiantil. Por su parte, los trabajadores de la mina hicieron toda suerte de cábalas sobre la verdadera identidad de los recién llegados, entre las que entraban la de ser sacerdotes-obreros o estudiantes sometidos a esta condición por exigencias técnicas de su carrera.

El recelo se transformaría pronto en simpatía, cuando los productores mineros vieron que trabajaban y trabajaban de verdad, que a los universitarios les salían callos en las manos, que percibían el mismo jornal que ellos y estaban a su mismo nivel en vestido, alimentación y régimen de vida, y todo esto lo hacían por el puro deseo de adentrarse en la pura realidad del mundo que trabaja, tanto para apreciar por sí mismos la profunda dimensión humana, espiritual y social del trabajo, como para conocer de cerca la existencia del trabajador manual, sus problemas, sus afanes, sus aspiraciones, ya que esta existencia como universitarios no les era indiferente; más aún querían iniciar, codo con codo, estudiantes y obreros, una noble, sincera y leal camaradería, como punto de partida de una empresa mucho más trascendente de hermandad

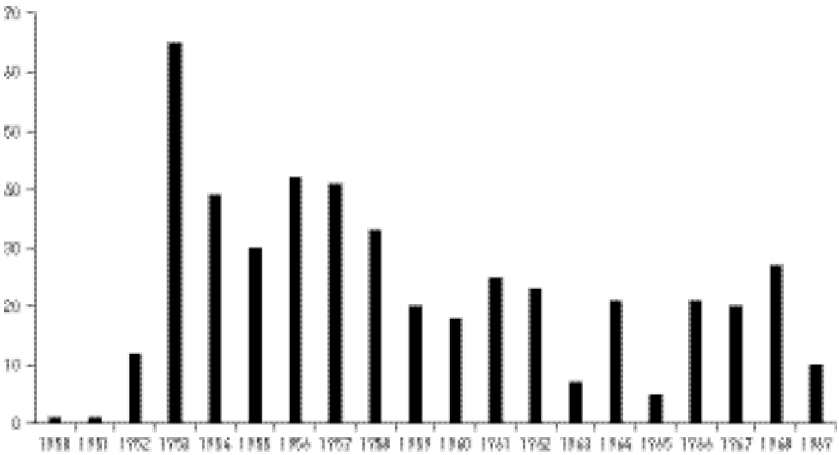
social, soñada por siglos y nunca hasta ahora entrevista.

En 1951 no fueron ya tres, sino treinta estudiantes los que volvieron a Rodalquilar. La experiencia empezaba a cobrar unos vuelos insospechados. La adaptación al trabajo cuesta, pero logra conseguirse en unos días, porque el empeño y el amor propio de los estudiantes vencen cualquier obstáculo. Después de la labor de la jornada se organizan clases nocturnas, que dirigen los universitarios, y surge un cuadro artístico. La empresa está en marcha porque ha logrado alcanzar plenamente sus objetivos: la identificación y compenetración más absoluta entre trabajadores y estudiantes[104].

En vista de su potencial propagandístico y su relativo éxito para canalizar el creciente compromiso social de los universitarios, el SEU incorporó en 1952 los campos de trabajo a sus actividades con la denominación de Servicio Nacional de Trabajo Universitario. Para el partido único y su sindicato universitario, los campos de trabajo resultaban muy atractivos, pues le permitían enlazar con esa parte del discurso populista y obrerista del primer falangismo, así como tratar de ganar algo de prestigio entre los trabajadores. El objetivo era, según se recogía en la Memoria del curso 1957-1958, —de la que se hacía eco la revista Noticia, publicación de la Jefatura Nacional del SEU convertida en principal portavoz del SUT —: "borrar de la faz de España la figura del estudiante despreocupado y egoísta […] Codo con codo en el tajo, en la mina, o en el mar, se busca la convivencia con una realidad dura"[105]. El primer jefe nacional del SUT con el apoyo directo de Llanos fue, como ya se ha indicado, Eduardo Zorita. A raíz de su nombramiento como jefe nacional del SUT, en la primavera de 1952, Zorita asumió la complicada tarea de extender los campos por toda la geografía española, conseguir el apoyo de las empresas que debían alojar a los jóvenes universitarios y, por último, atraer a estos al proyecto. Para el verano de 1952 logró organizar doce campos, con treinta plazas cada uno, y al año siguiente 65 campos, con un récord de participantes, 1.332, y amplia distribución en provincias y ámbitos sectoriales.

GRÁFICO 2

EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE CAMPOS DE TRABAJO (1950-1969)



Fuente: Elaboración propia a partir de la documentación depositada en el AASUT.

TABLA 1

DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE LOS CAMPOS DE TRABAJO POR SECTOR

Y POR LOS TERRITORIOS QUE CORRESPONDEN

CON LAS ACTUALES COMUNIDADES AUTÓNOMAS

CC. AA. ACTUALES	NÚMERO DE CAMPOS
Andalucía	71
Aragón	24
Asturias	59
Comunidad Valenciana	30
Islas Canarias	5
Cantabria	14
La Rioja	1
Castilla La Mancha	12

CC. AA. ACTUALES	NÚMERO DE CAMPOS
Comunidad de Madrid	10
Extremadura	28
Galicia	56
País Vasco	23
Murcia	14
Navarra	7
Hesse / Frankfurt	1
Overijssel	1

Castilla y León	58	TOTAL	461
Cataluña	48		

Fuente: AASUT.

Zorita puso en marcha una amplia red de contactos a través de las autoridades locales, gobernadores civiles, delegados del sindicato vertical y el propio SEU, que les proporcionaron empresas comprometidas con la tarea. Al mismo tiempo, el SUT reforzaba su posición institucional dentro del organigrama del Movimiento, hasta constituirse oficialmente en 1958 como Departamento Nacional del SEU. Sin ese aval oficial no se hubiese conseguido dar el salto, como queda bien reflejado en el testimonio de Zorita sesenta y cinco años después:

Nosotros considerábamos al Régimen y al SEU como hechos naturales, algo como los vientos y los ríos. Algo que nos viene dado y está ahí, ¿Cómo hubiera sido posible en los primeros años cincuenta que hubiese una actividad pública con desplazamientos y estancias de centenares de jóvenes fuera de la cobertura oficial?[106].

El catolicismo también impregnaba la iniciativa desde el que jesuita Llanos la puso en marcha. Un catolicismo que tenía la justicia social como horizonte, crecientemente autocrítico y distanciado de sus expresiones más formalistas, un catolicismo minoritario todavía que enlazaría, pese al desfase histórico del régimen franquista respecto a su entorno europeo, con la experiencia transnacional de los "curas obreros". Zorita comenta que el acercamiento al campo social de ciertos sectores de la Iglesia católica fue consecuencia de la constatación de las duras condiciones de vida de la clase obrera y campesina, lo que se unía a la brutalidad de la represión de guerra y posguerra. Algunos clérigos, con especial protagonismo de los jesuitas, pero también de los dominicos, agustinos y del clero regular y los seminaristas, decidieron acudir a campos de trabajo, primero como capellanes en una misión meramente religiosa, pero más adelante como peones, tras sortear las reticencias de las autoridades religiosas. Hubo campos exclusivamente integrados por religiosos, en experiencias fabriles como la de Zaragoza en 1956 o en tareas agrícolas como los pueblos de colonización en los regadíos del Guadiana, dentro del Plan Badajoz, en 1957, aunque a finales de los años 60 su presencia se centró en los campos mixtos formados

por estudiantes y religiosos[107]. Siguiendo con el recuerdo del propio Zorita:

La idea de poner en contacto el mundo universitario con el mundo del trabajo manual surgió en la Residencia "Cor Iesu", situada en la calle Cáñamo, en Chamartín de la Rosa, 8, Madrid, número 12, fundada y dirigida por el Padre J.M. Llanos S.J. en 1949 con una treintena de residentes. De hecho, un día a la semana los residentes (una tarde) nos trasladábamos a los talleres de la Institución Virgen de la Paloma (en la Dehesa de la Villa) para aprender un oficio manual (fontanería, mecánica de motores, electricidad, etc.). Como consecuencia de la lectura de algunos libros, tales como Dieu parlera ce soir y Les saints vant a l'enfer y la información sobre el movimiento des prêtes ouvriers, surgió la iniciativa de aprovechar las vacaciones estivales para trabajar durante un mes en las minas como obreros[108].

Entre 1952 y 1970 se realizaron cientos de campos de trabajo, a razón de unos treinta cada verano, y en toda clase de sectores, desde la minería y la pesca hasta las actividades industriales, la construcción, la recolección agrícola o la repoblación forestal. Entre ellas la mayoría de las empresas estatales y privadas emblemáticas del incipiente desarrollo industrial español: Minas de Riotinto, Empresa Nacional Calvo Sotelo, La Maquinista Terrestre y Marítima, Altos Hornos de Vizcaya, Altos Hornos de Sagunto, Corchera Extremeña, ALBO, etc. (tablas 2 y 3).

TABLA 2

DISTRIBUCIÓN ANUAL DE LOS CAMPOS DE TRABAJO POR SECTOR

SECTOR	TOTAL CAMPOS	SECTOR	TOTAL CAMPOS
Minería	106	Otro	11

Metalúrgico	44	Textil	8
Construcción	44	Automovilístico	8
Hidroeléctrico	42	Cerámica	7
Pesca	33	Aeronáutica	7
Repoblación forestal	25	Alimentación	3
Agrícola	28	Vidrio	3
Química	19	Arqueológico	3
Conservas	20	Carreteras	2
Astilleros	16	TOTAL	429

Fuente: AASUT.

Antes de cada verano se hacía pública una lista de los acuerdos alcanzados con distintas empresas y los estudiantes elegían su destino[109]. La carta de presentación a las empresas recogía las condiciones económicas, garantizaba el buen comportamiento de los estudiantes seleccionados y precisaba que estos trabajarían como peones, al margen de sus respectivos estudios. El trabajo de los sutistas no paliaba más que parcialmente los problemas de personal en las empresas, muchas de ellas públicas; de hecho la colaboración de estas se derivaba de las presiones de los gobiernos civiles y otras autoridades provinciales cuya buena predisposición resultaba necesaria. Hay que resaltar también el trabajo de captación que se hacía desde la dirección nacional del SUT con centenares de cartas a empresas de todo tipo. La colaboración de los distritos fue mucho más puntual[110].

Por lo general desempeñaban tareas exentas de cualificación y con unas condiciones de trabajo, alojamiento y salario similares a las de sus compañeros. Su salario lo recogía el jefe de campo que lo remitía al SUT, una vez descontados los gastos de alojamiento y comida; la dirección del SUT abonaba los gastos de viaje y de alojamiento y comida. A los campistas se les abonaba una cantidad fija, inicialmente trescientas pesetas. En el caso de que quedase algún beneficio, las cantidades restantes se destinaban a financiar las actividades de otros campos y del propio SUT. A mediados de los años sesenta, con el incremento de los salarios, esta cantidad fija llegó a las ochocientas pesetas. En algunos campos hubo tensiones por los estudiantes "veraneantes" que solo buscaban un ingreso económico o el acercamiento a un futuro laboral, situación más frecuente en estudiantes procedentes de escuelas de peritajes, los cuales llegaron a suponer casi el 25 % del total de sutistas en los años de mayor afluencia[111].

Los campos de trabajo tenían una duración de un mes, entre julio y septiembre, y hasta comienzos de los años sesenta había un único turno por campo, pero al ir reduciéndose posteriormente el número de campos fue usual que hubiese más de un turno. Al mismo tiempo el número de campistas por campo se fue reduciendo y pasó, con el transcurso del tiempo, de los 20-25 de los primeros años a una media de 10-15 e incluso inferior. La organización de los campos

seguía unas normas que el jefe de campo debía seguir con detalle, y junto a un informe económico se debía elaborar otro sobre las actividades desarrolladas en el transcurso del campo y un informe personal sobre el comportamiento y cualidades personales de los campistas.

A lo largo de los años esas normas se fueron modificando, pero en lo sustancial la actividad del campo se organizaba de acuerdo con la personalidad y las competencias del jefe de campo, que gozaba de una amplia autonomía en la toma de decisiones. Las normas trataban sobre los horarios de comida y descanso, administración del campo, salario base, criterios sobre primas, destajos y horas extraordinarias, actividades culturales y deportivas, charlas y coloquios, encuestas sobre condiciones de vida, alimentación y vivienda de los obreros, divulgación en revistas o periódicos, correspondencia, disciplina, fichas personales e informes sobre el campo. Incluían normalmente algunas indicaciones sobre el trato con los obreros y los técnicos de empresas que, bajo formas de paternalismo y presunta neutralidad, trataban de prevenir la posibilidad, cada vez más real, de conflictos.

Así, en las instrucciones a los jefes de campo de 1957 se advertía que, "ante los conflictos no hagas concesiones convocando asambleas democráticas, no es su lugar en un campo de trabajo". Las faltas graves podían ser castigadas con la expulsión directa. Las normas fijaban que el jefe de campo debía ponerse desde el primer momento a las órdenes de las autoridades: gobernador civil, delegados provinciales de Sindicatos y de Trabajo, delegado de distrito del SEU, alcaldes, párrocos, maestros y comandantes del puesto de la Guardia Civil. Las normas eran explícitas en este sentido, porque si bien era "la amistad de los humildes lo que se busca, es la opinión de las fuerzas vivas la que puede perjudicarnos; organizarás para ello cuantas visitas de cumplido juzgues oportuno, y muestra ante los ingenieros el deseo de conocer 'su obra' ante personas entendidas"[112].

Las relaciones de los estudiantes con los ingenieros o directivos de las empresas fueron, en general, meramente protocolarias, pues los sutistas trabajaban codo a codo con peones y trabajadores poco cualificados. Rehuían el contacto paternalista que ocasionalmente

les intentaban transmitir los técnicos y rechazaban los puestos de trabajo más cómodos que estos les solían ofrecer al considerar que la participación de esos jóvenes en los campos era fruto de la mera curiosidad intelectual. Los sutistas tampoco solían frecuentar las instalaciones reservadas a los técnicos y su tiempo libre lo solían pasar en las cantinas o tabernas en que los trabajadores pasaban sus tardes, verdadero lugar de sociabilidad y de intercambio de experiencias personales y colectivas. La presencia de jóvenes universitarios en pueblos pequeños suscitó a veces problemas puntuales por su relación con las jóvenes de los pueblos que suscitaba tensiones con los jóvenes locales, por lo que se recomendaba cuidar que esas relaciones no fuesen oportunistas[113].

Las condiciones de alojamiento variaban en función del tipo de campo; en el caso de empresas pequeñas, lo más habitual era alojarse en pensiones o habitaciones de alguna casa alquilada. La limpieza era cuestión de los propios sutistas, mientras que las comidas solían encargarse a alguna mujer del pueblo o en la propia fonda. En las grandes presas o en zonas mineras los estudiantes solían dormir en barracones, en condiciones de salubridad más bien escasas; únicamente en las empresas públicas como ENSIDESA o REPESA disponían de casas para trabajadores con unas condiciones mucho más dignas. En las minas de Rodalquilar los trabajadores habitaban tanto en el poblado minero como en viviendas privadas y disponían de instalaciones sanitarias mínimas. En las minas asturianas del Pozo Sotón, en Lada, los sutistas dormían en unos barracones sucios y destrozados, carentes de cualquier servicio, mientras que en las de Turón dormían en el lateral de un edificio antiguo semiabandonado, al lado de una gran sala convertida en almacén de patatas. Más tarde descubrieron que ese edificio había acogido, antes de la guerra, la biblioteca del Sindicato Obrero Minero de Asturias (SOMA)[114]. La segregación social era evidente: en las compañías importantes se disponía de centros de ocio, pero los trabajadores preferían pasar el rato en las tabernas, dejando las instalaciones de la compañía para los ingenieros y oficinistas[115].

En los campos agrícolas las condiciones solían ser más duras y se dormía en un jergón dentro de alguna nave más o menos desvencijada, en los campos de la vendimia se dormía en los pajares o las propias cuadras al lado de las mulas, solo a algunos

afortunados el amo les preparaba un camastro en su propia casa. En algunos casos, se dormía en instalaciones cedidas por el Frente de Juventudes o la Sección Femenina, en esos casos directamente en jergones.

Al finalizar los campos se solicitaba a las compañías un informe y un certificado de los asistentes y su comportamiento. Todos los que se conservan son muy positivos, en ellos los jefes de personal reconocen el esfuerzo y la buena disposición de los participantes —en algún caso plantean incluso un sobreesfuerzo en el trabajo asignado— y sus buenas relaciones con los demás obreros. Es obvio que tuvo que haber tensiones puntuales, pero esa información no se recoge en los certificados oficiales.

Los resultados de las campañas anuales se sometían a evaluación en los cursillos de preparación de jefes de campo, actividades que se realizaban en dos etapas, aprovechando normalmente las vacaciones de Navidad y Semana Santa, y tenían lugar en colegios mayores o residencias del SEU (tabla 3). Los asistentes eran seleccionados en función de su experiencia previa en campos o en las actividades invernales desarrolladas por el SUT en los diferentes distritos. Participaban también los responsables nacionales o de distrito del SEU y no era infrecuente, sobre todo en la primera etapa, la presencia de dirigentes del SEU o de la propia Organización Sindical. Esta presencia, sin embargo, suscitó cada vez mayor rechazo entre los estudiantes ya en los años sesenta, conforme fue creciendo la oposición al sindicato vertical y sus intentos de adoctrinamiento, como se visualizó en el cursillo de campaña de 1969, aunque en los cursillos de Pueyo de Jaca (1967) y León (1968) ya no hubo representantes del sindicato vertical.

El formato de estos cursillos varió con el transcurso del tiempo. Hasta 1960 solía compatibilizarse el trabajo con los debates y ponencias, pero a partir de esa fecha los cursos fueron exclusivamente de formación. No siempre resultó fácil reclutar a jefes de campo que cumplieran con los requisitos de experiencia y formación, y no fueron raros los campos que eran dirigidos por estudiantes sin experiencia previa en actividades del SUT. Por ejemplo, a principios de 1959 el jefe del SUT Antonio del Olmo escribía a Herman Pesqueira, responsable del SUT en el Distrito

Universitario de Barcelona, sobre la “escasa calidad de la cosecha de jefes que se ha podido detectar en los cursos”[116], mientras que en los informes correspondientes a 1967 se recomendaba la continuidad como jefes de campo de solo diez de los veinticuatro estudiantes que habían desempeñado el cargo durante el verano de ese año.

TABLA 3

CURSILLOS DE PREPARACIÓN DE JEFES

DE CAMPOS DE TRABAJO

PERIODO/AÑO	LOCALIDAD
Semana Santa 1953	Rodalquilar (Almería)
Semana Santa 1957	Aldeadávila (Salamanca)
Diciembre 1957	Colegio Mayor Francisco Franco (Madrid)
1958	La Granja de San Ildefonso (Segovia)
Diciembre 1958	Albergue de Navacerrada (Madrid)
Semana Santa 1960	Matapozuelo (Valladolid)
Agosto 1960	Pueyo de Jaca (Huesca)
1961	Torredembarra (Tarragona)
1961	Jaén
1962	Castellón de la Plana
Diciembre 1964	Altafulla (Tarragona)
1966	Valladolid
1967	Colegio Mayor José Antonio (Madrid)
Diciembre 1967	Pueyo de Jaca (Huesca)
Semana Santa 1968	León

Fuente: Elaboración propia con datos de documentación depositada en AAS

Los cursos de formación tuvieron un peso decisivo en la fijación de las estrategias del SUT y, por tanto, en la cristalización de las tensiones que se produjeron tanto entre las diferentes tendencias del Movimiento, es decir, entre los sectores más falangistas y los más proclives a la vinculación a la Iglesia católica, como entre los estudiantes cada vez más politizados en el antifranquismo y la jerarquía del SEU. En este sentido fueron especialmente relevantes los campos de Aldeadávila (1957), Matapozuelos y Pueyo de Jaca (1960) y Pueyo de Jaca y León, ya en el curso clave 1967-1968.

TIPOLOGÍA DE LOS CAMPOS: UNA INMERSIÓN EN LA REALIDAD OBRERA Y CAMPESINA DE LA ESPAÑA DE FRANCO

LOS CAMPOS MINEROS

En las Minas de Riotinto coincidieron en 1954 Juan Anllo, ya veterano sutista y jefe de campo, y dos jesuitas, Xavier Arzalluz y José Mateo, quien dejó un amplio testimonio de su estancia en su libro Almas en los tajos[117]. Las minas habían sido propiedad de una compañía inglesa hasta su nacionalización en 1953. La organización y urbanismo respondía a una estructura colonial: una zona muy restringida para ingenieros y directivos con todo tipo de servicios y con agua potable, mientras que los barracones tenían que recurrir a la fuente pública. Las viviendas de los trabajadores estaban en largos barracones alineados en varias calles que, con el tiempo, se habían convertido en casas familiares con un pequeño patio. La compañía minera era la propietaria del terreno y de todos los edificios, mientras que los trabajadores eran meros arrendatarios en tanto en cuanto algún miembro de la familia trabajase para la compañía, siendo desahuciados al morir: "Solo escapa de esta paternal propiedad el edificio parroquial y la anexa casa rural"[118].

Los estudiantes vivían alojados en las escuelas que la compañía minera tenía para los hijos de sus trabajadores, pero disponían del servicio de aguador, "que la suministraba […] con su recua de pollinos, mientras que las tuberías enterradas pasaban a unos metros de las puertas de las casas de los obreros, pero sin tocarlas". Los estudiantes trabajaban ataviados con el sombrero valverdeño de amplias alas para evitar las elevadas temperaturas del exterior y sus herramientas eran pico, pala y el roz o rodo, una mezcla de rastrillo

y pico. La dureza del trabajo radicaba tanto en el esfuerzo físico como en las altas temperaturas, que unidas al polvo en suspensión, gris y amarillo por su elevado contenido en azufre, provocaban una sed insaciable. La jornada laboral de ocho horas se dividía en dos turnos de cuatro horas, en medio había un descanso para comer a la sombra en algunos de los túneles, aunque el estruendoso concierto de barrenos impedía un mínimo descanso.

Un tema frecuente de conversación en esos ratos era el mezquino jornal: se cobraba dieciocho pesetas de jornal al día, más los puntos por familia, e incluso los vigilantes o encargados con más años de experiencia no llegaban a las treinta pesetas. Se hablaba de los mejores salarios en el carbón y se planeaban posibles desplazamientos para trabajar en otras cuencas mineras. Cuando veían trabajar a los estudiantes con cierto brío les paraban comentando que, “con bajar hasta aquí, con la herramienta al hombro, ya habéis ganado el jornal”. Esa situación propiciaba que se hiciesen horas extraordinarias cuando la empresa las demandaba, de manera que la jornada se alargaba a menudo hasta diez o doce horas. A este tiempo había que añadir el que invertían en el camino a pie de casa al trabajo. Los estudiantes estaban cerca, solo una hora de ida y vuelta, pero para muchos trabajadores que vivían a diez o doce kilómetros suponían tres o cuatro horas adicionales.

El trabajo en el fondo de la “corta” (mina a cielo abierto) estaba mecanizado solo en parte. Los barrenistas trabajaban en filas de ocho o diez, separados por unos pocos metros y colgados de maromas sobre el vacío; el estrepito a su alrededor resultaba ensordecedor y la polvareda, grandiosa. La carga del mineral arrancado se realizaba mecánicamente con gigantescas excavadoras a vapor o eléctricas. Los gigantescos camiones, con ruedas de casi dos metros, recorrían las rampas que ascendían sobre el abismo bordeando el talud hasta la coronación de la corta. El inicio del trabajo en el interior se adelantaba dos horas, iniciándose a las seis de la mañana, pero esto suponía que, al ir primero a misa, obligaba los sutistas a levantarse a las cuatro y media, cuando todavía era de noche.

Para llegar al interior debían tomar el ascensor que les llevaba al nivel o piso en el que trabajaban, que podía suponer bajar a más de

trescientos metros de profundidad. Se les quedó grabado el primer descenso al fondo de la mina, apretujados y evitando que se apagase la llama de la lámpara de acetileno que les alumbraba. Después el traslado hasta el punto de arranque, recorriendo a pie las galerías y cuidando que las aguas sulfurosas que permeaban el terreno no les cayese encima, corroyendo sus ropas. Su trabajo, por parejas, consistía sobre todo en la "zafra", es decir, en cargar seis vagonetas de mineral con un peso de dos toneladas cada una. Al cabo de unos días dejaron las ropas que, mojadas y rotas, no hacían más que complicar el trabajo y el jesuita Mateo trabajó a partir de entonces con botas altas, bañador, casco y… su escapulario.

Los estudiantes trabajaron en otras áreas del complejo minero, sobre todo en la fundición, donde desarrollaron trabajos de mantenimiento y limpieza. Era muy duro y peligroso el trabajo de limpieza en las zonas en las que se depositaba el polvo de la chimenea, donde debían utilizar máscaras de esponja, al menos en teoría, porque acababan rechazándolas, al igual que hacían los mineros, por el sudor y su olor desagradable, sin ser conscientes del grave problema de salud que eso acarreaba. Les sorprendió la soterrada lucha traducida en continuas e ingenuas tretas —las palabras "agüita, agüita" avisaban de la presencia de capataces y vigilantes— con que el trabajador afrontaba su resistencia a las largas jornadas. Ya no se trabajaba a destajo y eso les permitía tratar de pasar de la manera menos agotadora posible las horas. En tono paternalista, el jesuita Mateo concluye que, "mientras el obrero vaya al trabajo con moral de esclavo, amargado y rencoroso, mientras no sienta el menor interés por la labor que le absorbe la vida, quedará sin franquear un escollo crucial, para arribar a un mundo mejor"[119]. Tras la jornada en la mina y la vuelta andando a casa, sumando el tiempo dedicado a chapuzas u otros oficios habituales para complementar el salario, las horas de sueño se reducían a cuatro o cinco horas, completadas a menudo con ratos sueltos que podían dormir a escondidas en el fondo de la mina.

Algunos estudiantes tenían dificultades para cumplir con las tareas asignadas. Unos días se quedaban solos, al haber finalizado su trabajo el resto de los trabajadores, otros días era la ayuda de los compañeros o la compasión del capataz lo que les permitía terminar la tarea. El padre Mateo reconocía en su escrito que "nunca, ni aún

en las etapas más apretadas de exámenes, había sentido esa sensación de pérdida de iniciativa y personalidad, que cuando he estado como hombre sometido a un jornal", y criticaba "el muy diferente trato que reciben por parte de la empresa los peones en relación a los oficinistas, técnicos y no digamos ingenieros; son un mero número, se pierden en la masa"[120]. La ayuda desinteresada de un compañero les hacía reflexionar más allá del mero agradecimiento:

Nobleza obliga, y tengo que confesarlo, que de muchos de aquellos blasfemos, de los más necesitados, de los que realizan los trabajos más duros […], los que por desgracia no conocen a Cristo ni frecuentan la iglesia, son los que, aun sabiendo que era cura, me han dado, sin concederle importancia, sin un comentario, su esfuerzo, y a veces hasta su comida. Ese comportamiento tan sin darle importancia, sin pasar la cuenta, tan natural y auténtico, no lo he visto en clases más elevadas, cultas y educadas[121].

La preocupación religiosa impregna la visión de los dos jesuitas de su paso por la mina. Los domingos compartían las tareas con el párroco y comprobaban la ausencia de sentimientos religiosos en los trabajadores. Si se casaban por la iglesia no era por el sacramento, sino porque era el camino legal para conseguir los puntos por familia y, así, redondear el salario. No descansaban los domingos si había trabajo a destajo o chapuzas por hacer, y la inmensa mayoría de las familias no recurría a los sacramentos ante el fallecimiento de sus deudos. Asimismo, detectaron huellas de pensamiento protestante, fruto del largo tiempo de control de la mina por los ingleses. La gran mayoría de los mineros y sus familias asistían a la procesión de patrón del pueblo, pero no a las ceremonias puramente religiosas:

En estos ambientes, entre el sacerdote y el obrero no hay ningún punto de contacto, cuando no es el odio, por incluir al primero entre los ricos. A la iglesia no van más que los adinerados y,

lógicamente, con los que más trata el sacerdote es con ellos. A los otros, ni los trata ni los conoce[122].

Un día, el jefe de campo, el estudiante Juan Anllo, dio una charla general sobre la situación social en una sala ante centenares de mineros. Al día siguiente el ingeniero jefe le llamó al orden y prohibió ese tipo de actividades.

La minería tuvo una amplia acogida en los campos del SUT, tanto en las cuencas carboníferas del norte, de hulla en Asturias y antracitas de León y Palencia, como en las aragonesas de Teruel y en Andalucía, sobre todo las de minería metálica: desde los pioneros dedicados a la extracción de oro en Rodalquilar a las de hierro de Sierra Almagrera y Alquife o cobre, zinc y plomo en Riotinto y Tharsis. Muchas de ellas habían sido puestas en explotación en épocas muy remotas, pero en general se produjo una intensa reactivación en la segunda mitad del siglo XIX de la mano de compañías extranjeras, con un peso notable de las inglesas. A partir de los años cincuenta se inició un complejo proceso de nacionalización y minas emblemáticas como Rodalquilar, Riotinto o Tharsis se convirtieron en empresas públicas, un proceso que se reprodujo en la minería del carbón una década más tarde.

En las minas de hierro de Alquife, en Granada, se organizaron campos de trabajo del SUT durante los veranos de 1955, 1956 y 1957, muy bien documentados gracias a los informes de Carlos Ballesteros[123]. Traía consigo ya una larga experiencia previa en los campos, pues en 1953 había trabajado en la construcción del pantano de los Hurones. En Cádiz, en 1959, fue nombrado inspector de campos, sucediendo en la gestión del SUT a Antonio del Olmo Arias, hasta su cese en octubre de 1960 por el jefe nacional del SEU. En los informes aparece reflejada con gran riqueza de detalles la vida y las ansias de los sutistas en la mina. Así, por ejemplo, el trato privilegiado que los estudiantes recibían por parte de los ingenieros de la mina, en unas relaciones sociales todavía marcadas por la jerarquía y el elitismo. En una entrevista para el boletín semanal La Tolva, que los sutistas editaban semanalmente, en agosto de 1957 el director de la mina afirmaba:

La influencia hacia los trabajadores debería ser extraordinaria, hace falta que se den cuenta de vuestro sacrificio, puesto que voluntariamente os habéis privado de una temporada de descanso para venir a trabajar en iguales condiciones que cualquier obrero. No cabe duda que a los estudiantes, el día de mañana, por haber conocido a estos trabajadores y las condiciones en que trabajan, les servirá en el trato con los inferiores[124].

En otra de las entrevistas, el párroco felicitaba a los estudiantes porque:

Sois jóvenes cargados de ilusiones. Venís a llenar un deseo de vuestros ardientes corazones, habéis llorado más de una vez la ramplona vulgaridad de algunas vidas superficiales e intrascendentes de vuestros compañeros de estudio y habéis querido lanzaros a la aventura de convivir y palpar, en vuestra propia experiencia, la dura vida del trabajador, del que tanto se habla y tan poco se conoce[125].

La perspectiva de los estudiantes, por el contrario, se fue pegando cada vez más a la realidad que veían, distanciándose cada vez más de la retórica oficial. Así, en las mismas páginas de La Tolva, uno de ellos escribía:

Se trabajaba bien al empezar. Era una temperatura ideal. Se oía el ruido monótono de fondo. No es que tuviese miedo… era solo que oía un ruido. De pronto fue como un trueno horrible, un alarido de la tierra, y en un abrir los ojos espantado cuando llegaron a mis pies unas piedras. Luego va y me dice un compañero: ¡Es una tolva! y siguió machacando el mineral tan tranquilo. Palabra, creía que se hundía el “galerío”. No, no es un deporte picar bajo tierra. Ni

tampoco el sudar. ¿Sabes lo que es estar entre mineros? Tal vez el conocer al hombre en su propio ambiente[126].

En su tiempo libre los estudiantes realizaron un amplio programa de actividades con la edición de revistas semanales, murales a la entrada de las minas, charlas, proyecciones de cine para niños y adultos, repartos de comida procedente de la Ayuda Americana, organización de partidos de fútbol e, incluso, emisiones de radio semanales en Radio Guadix. Existieron también "madrinas" que se cartearon con los estudiantes y que escribían con un estilo que refleja muy bien el contexto de la época:

Habiéndonos enterado por la noticia dada en la emisora local, de que unos estudiantes universitarios prestan sus servicios en esas minas, con el fin de participar íntimamente en los problemas de la clase productora, y habiéndonos conmovido su interés por esos trabajadores, tenemos a bien ofrecernos como madrinas en esta plaza para cuantas gestiones y servicio necesiten y podemos serles útiles[127].

Algunas de ellas participaron en la representación de una obra de teatro tan elocuente en aquella coyuntura histórica como La Muralla, de Joaquín Calvo Sotelo. Estrenada en 1954, en plena polémica intelectual dentro del régimen franquista, fue uno de los mayores éxitos teatrales de la posguerra y su trama planteaba un problema moral que implicaba una denuncia hacia la conducta de algunos de los "vencedores" en la guerra, una crítica animada por cierto espíritu de reconciliación todavía más relevante considerando la significación de su autor[128].

No hay que olvidar que las cuencas mineras habían gozado de una larga tradición reivindicativa, política y sindical, una tradición soterrada desde la guerra a causa de la dureza de la represión, que estaba emergiendo de nuevo, en particular en las cuencas asturianas, como demostraría pronto la oleada de huelgas de 1962.

El carácter estratégico del carbón como combustible y materia prima clave para la industria siderúrgica dotaba de una gran capacidad de presión a sus trabajadores, mientras que la baja mecanización demandaba un gran volumen de mano de obra. Todo ello facilitaba la organización de las demandas sociales. Durante los años cincuenta, en Alquife no hubo ningún movimiento minero, pero en la década siguiente los cambios en el sistema de producción, con el inicio del sistema a cielo abierto y el proceso de mecanización de la minería, condujeron a un descenso de la mano de obra, que pasó de 1.500 mineros a 750 en 1960 y 350 en 1970.

En el verano de 1962, tras un proceso de despidos y de bajas incentivadas, coincidiendo con la oleada de huelgas en el norte del país, la más importante desde la guerra, también en Alquife se produjo una protesta. Y, como había ocurrido en Asturias o el País Vasco, también aquí fue duramente reprimida. A partir de ese momento se produjo en el pueblo una fuerte emigración. Los mineros-campesinos se convirtieron en campesinos o mineros, pero la tierra de los primeros ya no permitía vivir a una familia con lo que tuvieron que emprender el camino de la emigración a Cataluña o Alemania.

En ese año, 1962, se cumplía más de una década casi ininterrumpida de campos en Rodalquilar, Almería, cuna de la experiencia del SUT[129]. Las minas se dedicaban a la extracción de oro, depositado entre bloques de cuarzo, por eso el trabajo fundamental consistía en barrenar los bloques de cuarzo y explosionar los cartuchos de dinamita, un trabajo duro y delicado por su peligrosidad. Las condiciones geofísicas del terreno impedían la mecanización de la explotación, solo lo estaban algunos frentes o diques y se trabajaba en tres turnos de siete horas: en el primero se barrenaba y explosionaban los cartuchos y durante los dos siguientes se retiraban los escombros y se realizaban los trabajos de mantenimiento. El mineral se cargaba a mano en una vagoneta de una tonelada y se transportaba hasta la bocamina, para ser llevado después en grandes camiones hasta la planta de cianurización, inaugurada en 1956, donde se extraía el oro.

Los estudiantes trabajaban sobretodo en esas labores de carga y desescombro del mineral, ayudando también a los saneadores,

encargados de desprender las rocas inseguras, una vez confirmado que los cartuchos habían explotado. Para los estudiantes no se recomendaba el trabajo con los barrenistas, ya que era muy duro y exigía gran responsabilidad y experiencia. Además, la mayor lentitud de los estudiantes en el trabajo se traducía en una pérdida de salario para el minero. Eduardo Zorita, comentando su experiencia iniciática de 1950, explicaba que llegó a trabajar como ayudante de barrenista dada la confianza que alcanzó con su oficial, llamado "el chato", de cuya personalidad y técnica de trabajo se acordaba perfectamente sesenta y cinco años más tarde[130].

El yacimiento había sido explotado por una compañía inglesa, que actuaba en régimen casi colonial, con jornadas de diez y hasta doce horas y muy escasas medidas de seguridad. La llegada de la Compañía Nacional Adaro había mejorado sensiblemente las condiciones de trabajo y de seguridad, se introdujo el barrenado con agua y la obligación de llevar máscaras de esponja impregnadas de agua, pero su uso dificultaba la respiración y, pese a las sanciones, los trabajadores no las usaban regularmente. Como consecuencia, casi todos los mineros con cierta antigüedad en la empresa tenían un grado medio o avanzado de silicosis. La empresa pública también había mejorado notablemente las condiciones de vida, poniendo en marcha un nuevo poblado minero con casas individuales dotadas de servicios, agua corriente y un pequeño patio. En la parte alta del nuevo poblado se situaban las dependencias y talleres de la empresa, las casas de peritos y capataces, y los chalets de los ingenieros.

Todo el pueblo, con unos 1.500 habitantes, estaba ligado a la actividad minera. Las condiciones del suelo y la sequía no favorecían la existencia de ningún tipo de actividad agrícola y ganadera, por lo que el salario procedente de la mina era el ingreso fundamental de la comarca. La actividad minera tenía poca tradición y no podía compararse con la existente en otras cuencas metalíferas andaluzas o carboníferas del norte de España. La plantilla estaba formada por 400 trabajadores, de ellos 300 obreros especializados y no especializados, perforadores, barrenistas y sus ayudantes, y personal de mantenimiento, junto a unos treinta técnicos y otros tantos administrativos y subalternos. Los estudiantes se alojaban en una de las escuelas, durmiendo en

colchonetas de paja, pero disponían de ducha, agua corriente y servicios propios, mejores que los existentes en los descuidados barracones en los que dormían los mineros sin familia.

Según el informe del jefe de campo, Joaquín Pardo Gómez, al ser un campo de larga tradición, la acogida tanto por parte de los mineros como de la empresa fue excelente, aunque ese año (1962) la Guardia Civil les interrogó sobre su presencia en el lugar. La compañía desarrollaba una actitud paternalista en las relaciones con el personal, pero las discusiones sobre los salarios eran recurrentes. Los salarios base de los trabajadores del interior eran muy bajos, oscilando entre 36 pesetas al día para el peón y las 49 del barrenista, y si bien tras las huelgas iniciadas en Asturias durante la primavera de ese año se multiplicaron casi por tres, primas incluidas, pocos meses más tarde se reajustaron, según se dijo, “con vistas a un futuro convenio laboral”. A pesar de la existencia de un economato, que ofrecía unos precios muy bajos en artículos como bebidas y pan, el nivel de vida era, a juicio de los estudiantes, “bajo, muy bajo”, y el elevado número de hijos por familia hacía que la manutención se llevase gran parte de los ingresos. La emigración hacia otras cuencas mineras españolas o al extranjero constituía la única válvula de escape, pero con los años el destino más habitual fue Barcelona, donde la construcción ofrecía trabajos menos duros y mejor pagados.

Las relaciones entre mineros y vigilantes —en general antiguos “martilleros” o barrenistas ascendidos por méritos— eran fluidas y de cierta familiaridad, pero esta confianza desaparecía cuando se trataba de los jefes, capataces y técnicos. “La minería”, como se denominaban a sí mismos los peones y martilleros, formaba un grupo muy uniforme y conexionado, con una sensible conciencia de clase. Según el testimonio de Joaquín Pardo Gómez, se trataba de “gentes trabajadoras, sencillas y nobles”, cuya experiencia les hacía también resignados y fatalistas, que recibían con cordialidad, curiosidad y generosidad a los sutistas. Los únicos lugares de encuentro eran el Centro de la Asociación Cultural Minera, patrocinado por la empresa y abierto a los trabajadores, pero que solo frecuentaban administrativos y técnicos, y dos tabernas, Casa Ramón y Casa El Pintao, que eran las que frecuentaban la gente de la “minería”, y donde también recalaban los estudiantes todas las

tardes. Ambas tabernas constituían los verdaderos centros de sociabilidad y diversión, junto al cine semanal al aire libre y el baile con un magnetofón que sustituía a la orquesta, y allí se discutía sobre la reciente bajada de salarios o la conveniencia de un convenio colectivo, aunque también de fútbol.

Pese a los intentos realizados, ese año 1962 no llegaron a ejecutarse las actividades educativas planeadas por los sutistas de acuerdo con la empresa, especialmente charlas sobre orientación sanitaria, enfermedades profesionales o primeros auxilios. Un grave accidente, la muerte de un sutista en el mar durante una excursión con los mineros, lo impidió, pero incrementó la ya de por si buena relación entre estudiantes y "la minería". El vecindario se desvivió en todo momento para ayudar a resolver las pequeñas o grandes pegas de cada día, desde un cántaro de agua potable hasta unos alicates o unas boquillas de plomo para las lámparas de carburo que se usaban en el interior de la mina. El jefe del campo terminaba su informe reflexionando sobre las dudas que existían acerca de la continuidad de la experiencia del SUT:

Se consiguieron frutos aceptables dentro de lo posible, al haber abierto un camino a la discusión y comprensión entre el mundo de los hombres sin esperanza, ni real ni posible siquiera y los muchachos de la universidad […] En contra de los rumores que circulan en el sentido de una posible supresión de los campos de trabajo, debo pronunciarme sinceramente en contra. No podemos hacer desaparecer uno de los escasos medios de contacto que posee el universitario para acercarse al hombre del trabajo, a este hombre que sigue constituyendo la mayoría más sufrida, más defraudada de España[131].

Meses más tarde publicó en el segundo número de la revista universitaria Presencia un artículo que dedicó a un amigo minero, Francisco "Bigotes", "quien me ayudó a perforar mi primer barreno". Este, como despedida, le había dicho: "Olvídate de nosotros, no te acuerdes de esto, muchacho, es mejor, lo hacen todos"[132].

LOS CAMPOS INDUSTRIALES Y DE CONSTRUCCIÓN

En las etapas iniciales del SUT tuvieron un gran protagonismo los campos de trabajo en los grandes complejos hidroeléctricos que se estaban construyendo por todo el país. La explicación estaba en el gran tamaño de las compañías constructoras y eléctricas, con participación directa del sector público, lo que favorecía los contactos institucionales, y la gran demanda de mano de obra no cualificada. Este tipo de campos se extendieron a muchas provincias, como Gerona, Barcelona, Cádiz, Salamanca, Zamora, Zaragoza, Cáceres, Orense, Lugo, Alicante o el País Vasco. Algunos de esos pantanos, por ejemplo el de Bornos, fueron construidos por trabajadores procedentes del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, tanto presos comunes como políticos. Sin embargo, no hay rastro de esta situación en los testimonios que hemos podido recuperar.

De la dureza del trabajo es un buen ejemplo el testimonio de Javier Pradera, para quien su paso a la militancia activa contra el franquismo estuvo muy condicionado por su experiencia, durante el verano de 1953, en la construcción del Pantano Gabriel y Galán, en Guijo de Granadilla (Cáceres)[133]. El alojamiento y despliegue de varios miles de trabajadores suponía un notable esfuerzo organizativo, en que el sistema jerarquizado dejaba en un último escalón a la gran masa de peonaje no cualificado, que fue el sector en que se integraron los estudiantes. En los campos situados en la construcción de grandes centrales hidroeléctricas como Aldeadavila, Ribadelago, Almendra, Viella, Bornos o Mequinenza, los trabajadores se alojaban en barracones y dormían en literas sobre colchones de paja, solo algunos privilegiados tenían acceso a sabanas. Estas obras, que duraban de cinco a diez años, estaban alejadas de los núcleos urbanos y utilizaban miles de obreros, por lo que disponían de alojamientos e infraestructuras educativas y sanitarias. La calidad de los alojamientos, sin embargo, estaba muy ligada a una inapelable jerarquía profesional: grandes chalets para ingenieros, casas más humildes para los especialistas y barracones

de muy diversa calidad para alojar a la gran mayoría de los peones. En estos últimos residían también los sutistas.

En marzo de 1962 la Gaceta del SUT, del Distrito Universitario de Madrid, publicó un detallado informe anónimo sobre el campo organizado durante el verano de 1961 en el Pantano de Mequinenza (Zaragoza), que construía la compañía eléctrica ENHER. El informe reflejaba con realismo las condiciones laborales y de alojamiento de los peones. Dentro de los trabajadores había dos grupos: uno formado por los residentes en Mequinenza y su comarca, muchos de los cuales vivían en pueblos situados de unos diez a quince kilómetros y no recibían subvención ni ayuda ninguna para el alojamiento; el otro, por emigrantes, en su mayoría extremeños y andaluces, cuyas relaciones con los aragoneses pasaron por momentos de fuerte tensión. Unos quinientos hombres residían en barracones de veinte literas, que no disponían de retrete ni agua corriente. El ajuar lo componían las colchonetas, el almadín de paja y dos mantas de arpillera. Solo a aquellos que "son limpios y se portan bien" se les daba sábanas pagando un suplemento de una peseta diaria. Los servicios sanitarios incluían un dispensario y un hospital, bien dotados, en que se trataban los numerosos accidentes laborales.

El salario por diez horas de trabajo, dos de ellas extraordinarias pero obligatorias, era de 45 pesetas, de las que la compañía retenía diecisiete en concepto de pensión y alimentación. No tenían contrato de trabajo y la negativa a hacer horas extraordinarias suponía el despido inmediato, sin posibilidades de reclamación. No hay que olvidar que el analfabetismo era muy elevado y alcanzaba a casi la mitad de los trabajadores, a pesar de que se consideraba ya como alfabetizados a aquellos que sabían dibujar su firma. No existía ninguna actividad deportiva, recreativa o cultural. A instancia de los sutistas la compañía inició una campaña de alfabetización, pero tras un arranque prometedor las aulas se fueron vaciando, porque tras diez horas de trabajo intensivo y sin perspectivas de una reducción de horario lo único que importaba a los trabajadores era comer y dormir. Para los ingenieros la explicación era así de simple: "Allí todo el mundo vive para el dinero y no hay deseo de expansionar el espíritu". El informe pasaba después a valorar la opinión de los obreros:

Solo saben hablar de su vida, de su salario, de que no se puede vivir así, de que su familia se muere de hambre, pero que ellos no pueden mandar casi dinero porque entonces no pueden trabajar. Algunos se gastan el dinero en vino… ¡Claro que sí! El sábado por la noche se van al cine y el domingo al baile. De vez en cuando una escapada a Caspe, de juerga. Esa es su vida. De la cantina salen siempre notas de flamenco, son discos, la gente allí no canta, casi no vive[134].

¿Cómo fueron recibidos en ese mundo los sutistas? Al principio con hostilidad, que se fue superando poco a poco:

No nos entendieron; incluso nosotros mismos no sabíamos muy bien qué pintábamos en ese mundo. Nos sentíamos ridículos. Primero se corrió la voz de que éramos curas, luego, ingenieros obligados a trabajar. ¡Cómo nos compadecieron! Cuando por fin logramos hacerles saber que éramos voluntarios, unos nos tomaron por locos, otros se emocionaron un poco, otros pensaron que era un esnobismo más. Algunos se animaron, hablaron de una nueva generación, de una esperanza de salir de aquella vida. Algunos nos tomaron verdadero cariño y nos lo demostraban a su manera. Uno nos invitó en su pobre casa a… un café; otro me regaló una manzana recibida de su tierra; aquél a una gaseosa en la cantina; otro me ayudó a subir un saco de cemento de cincuenta kilos al muro más alto. No nos comprendían, pero sabían que estábamos con ellos, que éramos sus amigos y la cordialidad hacia nosotros era enorme en todo el pantano[135].

En otros pantanos las condiciones eran aún más duras, por la falta de servicios médicos y por las propias condiciones de vida, sobre todo para aquellos trabajadores que llevaban consigo a la familia para ahorrar el pago del barracón y que sobrevivían en chabolas, atendidos por sus mujeres. Al contrario, solían ser mejores en las

grandes industrias, como CEDIE (Compañía Española de Industrias Electroquímicas) situado en El Barco de Valdeorras (Orense), un municipio cercano a la frontera portuguesa ligado básicamente a la agricultura, pero que disponía también de un foco industrial relevante.

La empresa aprovechaba la energía eléctrica barata procedente de las plantas hidroeléctricas de Fuerzas Eléctricas del Noroeste (FENOSA) sobre el río Sil para fundir caliza con carbón en un gigantesco horno eléctrico, del que se obtenía carburo cálcico, base de una amplia gama de productos químicos. Según el testimonio de Emilio Criado, quien asistió al campo en 1967, en el pueblo se contaba que la planta había sido construida en 1942 a instancias de los alemanes en su busca de suministros y materias primas durante la II Guerra Mundial, con el objetivo último de producir gasolina sintética[136]. De hecho, uno de los primeros trabajos de los sutistas estuvo dedicado a desmontar los reactores utilizados en esa síntesis carboquímica.

La dureza del trabajo era brutal. El polvo de carburo cálcico en contacto con el sudor originaba grietas y llagas. Los trabajadores tenían que romper a maza los grandes trozos de carburo, en medio de un gran esfuerzo físico y en una atmosfera de polvo irrespirable que entraba por boca, ojos, narices y oídos, pero no había ropa ni guantes de protección, solo remedios artesanales que no evitaban en absoluto los problemas. La ducha al final del trabajo era otro pequeño tormento, porque el polvo incrustado en los lugares más recónditos del cuerpo reaccionaba con el agua y si te frotabas sin cuidado, aparecían inmediatamente llagas. Lavarse la cabeza era una dificultad añadida, porque el abundante polvo acumulado en el pelo le hacía entrar en ebullición.

El comportamiento de la dirección ante estos problemas oscilaba entre la ineficacia y el desprecio. El director de la fábrica era comandante militar y luego fue gobernador civil de la provincia, lo que da idea de la imposibilidad de cualquier recurso a una autoridad externa. Esta situación de fondo hacía que existiese un malestar difuso en una plantilla integrada por gente de origen campesino. Muchos mantenían una economía mixta, cultivando pequeñas parcelas, sin tradición sindical ni política, y para ellos

trabajar en “la fábrica” era un pequeño avance. En torno a la CEDIE giraba una gran parte de la actividad económica del pueblo de unos pocos miles de habitantes. Por ello las relaciones laborales se habían basado en un sistema muy paternalista, sin conflictos abiertos.

Esa es la realidad que los sutistas fueron conociendo poco a poco sobre las relaciones de fondo entre empresas y trabajadores, a través de las conversaciones con estos y por la información que, durante una de sus visitas, les transmitió Luis Espinosa, inspector de campos de trabajo del SUT, que había sido jefe de ese campo el año anterior. Estudiante de Económicas en Valencia, estaba vinculado a los sectores falangistas sociales del SEU, sensible y activo en la solución de los problemas que detectaba. Eso sí, sin ninguna veleidad subversiva. Sobre los conflictos con la empresa y el creciente grado de politización y la progresiva implicación de los estudiantes nos dice Emilio Criado:

Hubo un incidente muy significativo que influyó decisivamente en esa toma de confianza. Dado el elevado número de analfabetos en la fábrica, habíamos decidido dar clases, a las que acudían una quincena de trabajadores y que organizábamos en un local anejo a la parroquia. A los pocos días, y de forma inopinada, irrumpió en la sala el alcalde y al tiempo médico del pueblo, el doctor Gurriarán, perteneciente a una de las familias caciques del pueblo. No le conocíamos. De manera muy tensa nos preguntó qué es lo que estábamos haciendo, con qué permisos, con qué fines, etc. etc. Cuando estaba dándole una explicación sucedió una de esas intervenciones que te reconcilian con el género humano y que demuestran el coraje y la fuerza que da la dignidad. En el fondo de la sala se levantó “O Demo”, el demonio, un trabajador bajito y débil a quien todos tomaban el pelo en la fábrica, a veces con una dureza excesiva, situación de la que se defendía con humor y alguna picardía; era de alguna forma el bufón de la fábrica. Se encaró con el alcalde y con voz clara y potente le gritó: “Ni usted ni nadie de su familia ha tenido nunca el menor interés en enseñarnos y ayudarnos en nada, así que déjenos en paz y con estos chicos, que son los primeros en preocuparse por nosotros”. El alcalde, sorprendido,

balbuceó unas confusas palabras y se marchó. Todos rodeamos y abrazamos a “O demo”. A partir de entonces su peso y prestigio en la fábrica cambió radicalmente y se ganó el respeto de sus compañeros.

Como supimos más tarde, en su informe de denuncia el alcalde describió nuestra actuación como una incitación al conflicto para los trabajadores y subrayó nuestro interés por conocer detalles sobre la realidad económica de la fábrica y sus condiciones de trabajo y salariales. Ese informe policial supuso la anulación de las prórrogas del servicio militar a los sutistas que las habían solicitado y problemas para acceder a sus estudios militares a otro de los campistas, a quien solo la intervención de un familiar, militar de alta graduación, permitió seguir su carrera[137].

Por detrás en importancia de la construcción de grandes instalaciones hidroeléctricas y el trabajo en grandes fábricas, como químicas y siderúrgicas, la construcción fue una actividad con cierto peso entre las incluidas en los campos del SUT, tanto en su vertiente de trabajo de ayuda a la construcción de infraviviendas en las barriadas chabolistas como en la construcción de verdaderos bloques de casas de la mano de constructoras privadas o de instituciones oficiales como la Obra Sindical del Hogar. Las iniciativas más relevantes en este ámbito tuvieron lugar en los años cincuenta y se llevaron a cabo en un amplio número de provincias, como Madrid, Zaragoza, Valladolid, Oviedo, Gerona o Alicante.

No hay casi testimonios escritos de aquellos campos, solo el informe anónimo de 1960 sobre la experiencia en la construcción de la escuela pública y viviendas de los maestros de Los Arcos (Estella), en la Ribera navarra. El campo lo integraban doce estudiantes que se alojaban en una vivienda relativamente moderna y comían en el propio piso lo que preparaba una mujer del pueblo. Dos de aquellos estudiantes eran catalanes y tuvieron posteriormente relevancia política: Luis Avilés e Isidre Molas, en el entorno socialista, y Jordi Borja en las filas del PSUC. Se levantaban a las seis de la mañana y, después de un desayuno con vaso de leche y anís, estaban en el tajo desde las siete hasta la una del mediodía. Tras la comida, se reanudaba la tarea hasta las ocho de la tarde, con media hora de

descanso, en total once horas de trabajo. A las once de la noche se iban a dormir, en el suelo sobre una colchoneta y algunos compartiendo manta. En general, la adaptación al trabajo fue muy fácil, el primer día ya trabajaron a tiempo completo y expresaron su satisfacción por colocar las vigas del techo de la vivienda. La gente del pueblo les recibió con agrado:

Somos la admiración del pueblo, Viejos y niños nos miran boquiabiertos. Las primeras exclamaciones reiteradas: "¡Habéis venido a la fuerza!", "las chicas del pueblo están revueltas". Los primeros días estábamos algo avergonzados, ¡qué forma de mirarnos, qué descaro! y nosotros, exteriormente tranquilos. Aguantando, bueno, hay excepciones[138].

Las relaciones con los capataces eran buenas y a veces hacían alguna comida juntos. Los fines de semana se descansaba y se iba a misa, después jugaban al frontón con los chicos del pueblo y daban paseos con las chicas. Había una pequeña presa cerca, que permitía bañarse y hacer comidas en el campo. El trabajo marchaba bien y a los pocos días los sutistas alardeaban de batir récords en la descarga de camiones de bloques, aunque el cemento y el roce con los ladrillos les destrozaban las manos. A los cuatro días colocaron en su casa un primer mural humorístico sobre el trabajo y la vida en común. Al poco tiempo uno de ellos dio una charla sobre "El capitalismo". Su casa se convirtió en lugar de encuentro de los jóvenes del pueblo y los peones del trabajo. El desayuno en común con los trabajadores se convirtió pronto en uno de los mejores momentos del día: "Se comparte la comida y… el vino". Pero cuando llegaron los albañiles para colocar los ladrillos se complicaron las relaciones: "Se creen superiores y tratan mal a los peones; además trabajan a destajo y no tienen en cuenta el interés de los otros, que van a jornal". La llegada del aparejador también fue dura, ya que echó una bronca a los capataces porque los pilares no estaban bien alineados. "Todo iba muy deprisa; a menos tiempo, más dinero".

Los estudiantes organizaron una sesión de debate en tono festivo

sobre derechas e izquierdas, en la que participaron compañeros de trabajo. Iban surgiendo reflexiones más profundas sobre problemas personales o religiosos. Un día, a raíz de un artículo de Pemán en ABC hubo un debate sobre temas más políticos. El último día organizaron una fiesta de despedida, a la que acudieron compañeros, amigos y amigas del pueblo. El sutista que redactó el diario de este campo de trabajo terminaba diciendo: "Mañana por la mañana nos vamos. Cada uno vino por su camino. Pero algo queda".

LOS CAMPOS FEMENINOS Y DE INDUSTRIA ALIMENTARIA

Los primeros debates sobre la participación de mujeres en campos de trabajo se produjo ya en 1953, con ocasión del Congreso Nacional de Estudiantes, cuando se presentó una ponencia por parte de la regidora general de la Sección Femenina, pero su pretensión de crear un SUT exclusivamente femenino, dependiente de su organización, fue rechazada. En 1953 hubo un primer ensayo en un campo agrícola en Las Hurdes, con una pequeña participación de solo cuatro mujeres. Tres años más tarde y tras algún nuevo debate sobre la creación de un SUT dividido por sexos, el modelo de un SUT único se acabó imponiendo, tarea en que jugaron un papel relevante Ana María García Bernal y Mercedes Moneo. Los dos primeros campos de trabajo femeninos fueron en la fábrica de yute Hilaturas Navarro, en Burjasot (Valencia), y en la empresa gallega Conservas de Pescado[139]. Desde ese año de 1957 se organizaron de forma sistemática campos femeninos, con una media de cuatro a seis campos y una estimación entre treinta y cincuenta mujeres por año.

Las condiciones de trabajo en los campos femeninos eran incluso más duras que en los masculinos. Las estudiantes constataron a menudo y denunciaron en algunas ocasiones los abusos sexuales hacia las trabajadoras por parte de los capataces e incluso los dueños de fábricas. Así sucedía en fábricas gallegas de conservas de pescado como Masso, (La Coruña) y andaluzas como SACOVE, en

Mengíbar (Jaén). Las notas de las estudiantes en el campo de trabajo de Hilaturas, en Burjasot, describen la situación de los puestos de trabajo:

El almuerzo lo he hecho en el rincón de C…, detrás de la urdidora que no funciona, y que ellas han cubierto de sacos y acondicionado con cajas para sentarse y huir del ruido insoportable que todo lo invade. Dentro de los sacos hay bibliotecas furtivas con el TBO, novelas rosas (amor y tiros)… A pesar del ruido, calor, olor y polvo aquel rincón tiene algo de bonito, intimidad. Algún día hasta se duerme allí la siesta […] De golpe se eleva un alarido, sobre el ruido de las máquinas… Es la única manera de llamar de un telar a otro. A veces el grito se hace general y crece en intensidad, suele ser señal de protesta de algo, tardan en dar la hora, las cosas no andan bien… es un grito selvático y primitivo como las vidas de estas gentes en pleno siglo XX. Después de algunas protestas se ha conseguido un botijo para refrescar el agua que pasa de mano en mano[140].

Esas notas reflejan una mentalidad mayoritariamente conservadora entre las mujeres trabajadoras, ausentes las preocupaciones sociales o la crítica del orden social. Las solteras fijaban su horizonte en el matrimonio y la realización del ajuar o la ayuda al sostenimiento de la economía familiar, mientras que las ya casadas se preocupaban por la carga de trabajo entre la fábrica, la casa y la educación de los hijos, aunque aceptando una división machista del trabajo en que no encontraban el apoyo de sus parejas. El paseo dominical y algún baile con ocasión de fiestas en el pueblo o lugares cercanos constituían su único horizonte de diversión.

Esta cultura femenina no era uniforme. En algunas conserveras del norte las sutistas constataron, en signos como cierta libertad de costumbres sexuales y la dureza del lenguaje, un mayor protagonismo y responsabilidad de la mujer sobre su propio destino, a menudo con sus maridos, pescadores lejos de casa durante largas temporadas. La presencia de mujeres estudiantes provocó ocasionales críticas, por ejemplo del cura de Mengíbar en

1957, quien las acusó de introducir “costumbres perniciosas” y trató de expulsarlas del pueblo, aunque no lo consiguió gracias al respaldo de los hombres de la fábrica. En otras ocasiones fue la preocupación de las estudiantes por las condiciones laborales la que provocó algún incidente significativo, de manera semejante a como ocurrió en los campos masculinos. En 1968 un conflicto por este motivo provocó la expulsión de las integrantes del campo de trabajo en Molina de Segura.

Los campos organizados en las industrias alimentarias y de transformación fueron predominantemente femeninos, pero también los hubo masculinos. Por ejemplo, en la central lechera Puleva, en Granada, que pertenecía al grupo Unión Industrial y Agroganadera S. A. (UNIASA) y llevaba, en 1960, solo cuatro años en funcionamiento. En esta ocasión el informe lo redactó el médico Juan José Poveda[141], el jefe de campo era Carlos Blas Armada Cardenal estudiante de Derecho, dirigente del SUT de la Universidad de Santiago de Compostela, que lideraría desde el curso 1961-1962 hasta otoño de 1964, tras ser jefe de comarca en la Campaña de Orense. Había relevado al primer impulsor del SUT gallego el médico Juan Wulff, jefe del SUT en Santiago de Compostela entre 1958 y 1960 y también militante del clandestino FLP. En este campo también participó el entonces estudiante de Derecho de la Universidad de Santiago José Antonio Sangil Noya, secretario del SEU en el distrito, luego incorporado a la policía: sus informes indican el riesgo de politización estudiantil que suponían las actividades del SUT[142].

El alojamiento tenía lugar en las instalaciones del Colegio Menor Emperador Carlos, situado muy cerca de la central lechera, por eso había duchas, piscinas, campos de deporte y buena comida. También las instalaciones de la fábrica eran limpias y disponían de duchas, vestuarios y comedor. La planta estaba bastante automatizada en sus cuatro líneas: leche pasteurizada, esterilizada, leche en polvo y batidos. Parte de la maquinaria había sido adquirida con la Ayuda Americana y la Sección de Protección de la Infancia de la ONU. La compañía había pasado por diversas dificultades económicas por problemas organizativos y de mercado, pero con el apoyo del Gobierno había conseguido algunas exclusivas en la comercialización y parecía estar saliendo de

pérdidas. Aun así, la organización seguía siendo bastante deficiente por la falta de asignación de responsabilidades entre la dirección técnica y los jefes de personal que, a su vez, tenían responsabilidades en la producción. Como consecuencia las órdenes se entrecruzaban y las cargas de trabajo eran muy irregulares.

Los trabajadores eran 170, entre ellos diez mujeres y veinte oficinistas. Los estudiantes hacían la jornada laboral de ocho horas, realizando un trabajo de peonaje muy variado, desde el control de llenado hasta el más duro de carga de camiones, pero algunos desarrollaron tareas más complejas como la vigilancia de las torres de esterilización. Las relaciones con los trabajadores se fueron estrechando a lo largo de los días, al reconocerse el esfuerzo y buen comportamiento ante el trabajo. El nivel de analfabetismo era muy bajo, solo lo eran dos de los trabajadores de la fábrica. Para el redactor del informe, los trabajadores eran muy sociables, abiertos y con un nivel cultural razonable, pero con una formación religiosa deficiente y muy poco practicantes, pues los domingos solían trabajar a lo largo de todo el día.

La interacción con los trabajadores era buena, pero se limitaban a salidas dominicales y los tiempos de descanso y comida. Los hechos más relevantes fueron la celebración de una charla sobre “El accidente laboral desde el punto de vista médico y jurídico”, que impartieron dos acampados, estudiantes de Derecho y Medicina, así como un partido de fútbol entre trabajadores y estudiantes. El campo terminó con una reunión en la sede de la dirección para debatir sobre los defectos de organización detectados y una merienda financiada por la empresa a la que asistieron todos los trabajadores.

Uno de aquellos trabajadores en la central lechera Puleva de Granada en 1960 era Juan José Poveda, estudiante de Medicina en Salamanca y pronto militante del PCE, que al año siguiente participó en el campo instalado en las obras de construcción del pantano de Bañolas, en Gerona, y en 1962 en la fábrica de embutidos Moncayo, en Ólvega, Soria[143]. En este último fue jefe de campo y dejó un informe escrito.

Ólvega contaba con unos dos mil habitantes y si bien su economía se basaba fundamentalmente en la actividad agrícola, la fábrica

llevaba funcionando quince años y era, junto a otra también perteneciente a la familia Revilla y las cercanas minas de hierro y plomo, la única actividad industrial del pueblo. La fábrica estaba radicada en un edificio moderno de tres plantas, disponía de matadero propio, salas de despiece y secadero, que constituía un verdadero cuello de botella en el verano, cuando se acumulaba la producción, de modo que la empresa estaba ampliando durante esos meses las instalaciones. El alojamiento se situaba en los sótanos de una casa nueva, con servicios y agua dentro de la vivienda, donde habitaba la familia que se ocupaba de hacerles la limpieza y la comida. La fábrica disponía de un pequeño botiquín, pero carecía de lavabos y duchas y los servicios del personal de oficinas, mucho mejores, no eran accesibles para los obreros.

El número de trabajadores de ambos sexos era algo menor de 250, límite que evitaba, según el informe, que la compañía estuviese obligada a construir un economato, la mayoría eran muchachos y muchachas entre los catorce y diecisiete años. La jornada laboral era de diez horas, pero en verano la gran mayoría de los trabajadores hacían horas extras, urgidos por la necesidades familiares, desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la tarde, llegando a veces incluso a las catorce horas. Además, las vacaciones debían tomarse durante el duro invierno soriano, dada la estacionalidad de la producción. El trabajo era en gran medida artesanal y la mecanización muy baja: en los llenadores, el trabajo más duro, este se realizaba de forma manual. Era un trabajo monótono y estaba prohibido hablar o fumar. El control del trabajo era muy estricto porque los encargados de los distintos departamentos eran miembros de la familia propietaria o allegados, además recibían premios u otras ventajas por las denuncias de indisciplina.

El informe criticaba la forma en que se realizaba el trabajo, de pie y sin ningún apoyo durante tantas horas, y proponía la dotación de taburetes que redujeran los problemas de varices y procesos reumáticos. Proponía también la concesión de sendos tiempos de descanso en los turnos de mañana y tarde, junto a otras medidas para la creación de estímulos en el trabajo y para humanizar la vida de los trabajadores como actividades deportivas, club de obreros, excursiones o fiestas, en un pueblo donde no había biblioteca ni

actividad cultural alguna. El informe no hacía referencia a la presencia de enlaces y jurados de empresa, ni a la aplicación de algún tipo de convenio colectivo, y criticaba el clasismo existente en el pueblo y la fábrica, las nulas relaciones entre obreros y personal de oficinas y la distancia respecto a los propietarios y sus hijos, estudiantes casi siempre como los propios sutistas.

LOS CAMPOS AGRÍCOLAS Y DE REFORESTACIÓN

La repoblación forestal tuvo un papel relevante en los años cincuenta y sesenta como consecuencia de las políticas que se pusieron en marcha tras la deforestación producida por la guerra o como consecuencia de las prácticas abusivas de carboneo y pasto. Los campos forestales se distribuyeron por Lugo, Orense, Burgos, Jaén, Alicante, Madrid y Teruel, en su mayor parte dirigidos por organismos públicos como las direcciones provinciales de Montes, aunque en algunos casos se trabajaba para empresas subcontratadas.

En 1953 se organizó un campo en las obras del Valle de los Caídos, concretamente en la limpieza y preparación de los terrenos que rodeaban la basílica y la gran cruz para, posteriormente, proceder a su repoblación. Estaba integrado por una treintena de estudiantes, pero solo la mitad pudo aguantar hasta el final del campo, unos se marcharon por agotamiento físico y otros expulsados por indisciplina. Gracias al testimonio del padre jesuita José Antonio Mateo en su libro ya citado Almas en los tajos, sabemos que los sutistas se alojaban en barracones de madera, sin váteres ni puertas, llenos de literas de madera de dos pisos en las que se dormía directamente sobre las tablas, cubiertos por mantas pardas y mugrientas. De ellas “emergen hombres sucios, medio desnudos, con barba de muchos días y rostros enflaquecidos”.

A cada trabajador se le entregaba una azada con la tarea de desbrozar y rozar matas, arbustos y hierbas. Se trabajaba en brigadas de cuarenta obreros, con ocho o diez estudiantes

mezclados con ellos, bajo el mando de un capataz. El trabajo era duro y había que hacerlo con rapidez pese a la sed y el cansancio bajo el sol de verano, y cuando el suministro de agua se retrasaba, por la larga distancia que debía recorrer el aguador hasta la fuente, se oían quejas y juramentos. Entre la una y las tres se paraba para comer sobre el terreno, para la mayoría de los obreros un pobre almuerzo de pan y tocino, completado ocasionalmente por uno o dos tomates. Luego se continuaba hasta las seis de la tarde.

Si el trabajo en verano era duro, en invierno era aún peor. Los barracones se helaban, se trabajaba a destajo en lo alto de los montes, abriendo hoyos para plantar pinos, y podía ocurrir que, tras dos horas de marcha, no pudieran trabajar por las inclemencias del tiempo y tuvieran que regresar al barracón, helados y sin percibir un céntimo. El salario era de treinta pesetas, pero el día que no se trabajaba por enfermedad no había salario. En estas condiciones las expectativas eran solo de supervivencia. Los trabajadores con los que convivían los estudiantes eran peones eventuales, sin los beneficios de la Seguridad Social, sin subsidios ni fiestas retribuidas, que hoy trabajaban aquí y mañana donde tuvieran mejor jornal, a distancia de la situación, tampoco fácil, de los obreros que construían el complejo del monasterio, cripta y cruz: “Miran la peseta hasta la exageración. Su ilusión y esperanza está en la vendimia, no tanto porque sea un trabajo más suave, sino porque matarán hambre atrasada y se redimirán del tocino a fuerza de uva y mosto”.

En Almas en los tajos el aspecto religioso era, lógicamente, muy relevante, su autor iba a misa todas las mañanas antes de iniciar el trabajo y vestía el traje eclesial al terminar la jornada, cuando los estudiantes rezaban el ángelus y repasaban las incidencias del día. Un día, un grupo de trabajadores pidieron al sacerdote que perdiera un día de trabajo y gestionara ante la empresa la largamente retrasada construcción de una pequeña presa para que sus mujeres no tuvieran que desplazarse andando hasta la fuente más cercana, situada a tres kilómetros. Su testimonio refleja el paternalismo elitista que inspiraba la experiencia del SUT en esos primeros años. Después de cenar, a las nueve de la noche, los sutistas se dedicaban a:

[…] impartir clases a la luz del farol de petróleo y con los trabajadores encaramados en los catres cercanos. Los deseos de aprender y el ansia de poseer cartilla, verdaderamente infantil. Desconocen el significado de las palabras más corrientes. Para ellos el trabajo intelectual es despreciable, un hombre era tanto mejor cuanto mejor manejaba el azadón […] Al principio nuestra presencia en el campamento no era comprendida; varios nos preguntaron si al año siguiente duraría todavía el castigo y volveríamos a trabajar. Para ellos, por las circunstancias en que trabajaban y su nivel de vida tan ínfimo, la azada constituye una auténtica esclavitud; les era inconcebible que unos estudiantes, unos señoritos para ellos, vinieran a empuñarla voluntariamente, compartiendo sus barracones, su fatiga, su hambre y sus chinches. Cuando les expresé nuestra altura de miras, nuestro afán de conocerlos para amarles de verdad, que no estaban solos en el campo de trabajo y apreciábamos su ruda tarea, y que todos debemos trabajar en nuestro sitio, sea con las manos o con la cabeza, para cumplir el mandato divino, engrandeciendo nuestra Patria, y santificando nuestras vidas, lo comprendían perfectamente y enseguida sentí afectos de verdadero cariño y… que cuando lo necesitábamos compartían con nosotros, con toda naturalidad su pobre tocino y su pan[144].

El informe denunciaba “el comportamiento despótico y distante de algún ingeniero, con su distancia y reticencia a la presencia de los estudiantes, que comprenden que amontonando injusticia a injusticia, aquellos niños grandes, buenos y rudos, mal aconsejados por la pasión, lleguen al asesinato, la destrucción y el incendio… los estúpidos fomentan el comunismo”. Pero no por ello el jesuita dejaba de mostrar su admiración ante la monumentalidad de la obra, “que el Estado está levantando en memoria de los muertos durante la Cruzada”, ni le planteaba ningún recelo la miseria reinante entre tanta megalomanía, ni aparecía tampoco ninguna referencia a los presos políticos que, desde 1942, venían trabajando como penados en la construcción de aquel lúgubre mausoleo.

Una perspectiva religiosa más comprometida socialmente es la que

ofrece una persona importante en el SUT de los años cincuenta, el dominico Guillermo Santomé. Entre otros, asistió en 1958 al campo de trabajo en las Vegas del Guadiana, integrado exclusivamente por sacerdotes[145]. Se trataba de una gran finca agrícola de unas mil hectáreas de secano, situada en las Vegas del Guadiana, en pleno proceso de puesta en marcha de los regadíos ligados a la colonización del Plan Badajoz. En ella trabajaban cerca de setecientos peones dedicados a la zacha (azada), limpieza de malas hierbas y recogida del algodón, en jornadas que se alargaban diez horas en unas duras condiciones por las altas temperaturas y el destajo. Casi todos eran jornaleros, es decir, trabajadores eventuales que cobraban por horas, a "duro por hora", y si no trabajaban no había salario. Además, los fines de semana no había descanso.

El trabajo era controlado por capataces que se encargaban de la adjudicación de destajos y eran los únicos que participaban en los beneficios de la campaña del algodón. La prima que cobraban iba en proporción inversa a los gastos ocasionados por la cosecha en la parcela que tenían asignada, de ahí que la máxima para ellos fuera: máxima producción al mínimo coste. En el trabajo participaban también muchas mujeres de todas las edades, casadas y solteras, realizando las mismas tareas que los hombres, pero con un sueldo inferior. A los clérigos les sorprendía el lenguaje soez e incluso las blasfemias que salpicaban las conversaciones entre las mujeres, tan habituales en los hombres. También era frecuente el trabajo de niños y niñas a partir de los diez u once años, los padres necesitaban que sus hijos ganaran dinero cuanto antes y los adolescentes veían en el trabajo una liberación del yugo familiar. Además, los domingos podían disponer de algunas pesetas para ir al cine o al baile. Era un mundo pequeño, limitado e invariable.

Aún no había una iglesia en el poblado en construcción y la misa se celebraba al atardecer en la era, con muy poca presencia de trabajadores, hombres ninguno. Los domingos se celebraba en la capilla de la finca, con la misma escasa asistencia, porque si no se trabajaba el domingo, no se cobraba. Los curas no trabajaban en domingo, por supuesto, e intentaban que las gentes siguieran su ejemplo, con poco éxito. Disfrutaban de privilegios en su alojamiento, al disponer de colchones de paja y de habitaciones compartidas para descansar. Sin embargo, los demás eventuales

tenían poco sitio para vivir, la mayoría dormía bajo un chamizo, a veces varios miembros de la misma familia, y no había más que un váter en toda la finca. Otros, para evitar olores y las molestias del prójimo optaban por dormir al aire libre.

Los trabajadores recibieron bien a los campistas, aunque al principio no entendían bien qué hacían allí y, menos aún, de forma voluntaria, pero pasados los primeros días de recelo, al ver el esfuerzo que hacían por rendir en el trabajo, les abrieron las puertas a la conversación. El muro se rompía con cualquier pretexto: el paso de la barrica con agua, un intercambio de herramientas… entonces la comunicación fluía y se abría a cualquier tipo de tema. Por la tarde, tras la misa, los curas trabajaban en la elaboración de la encuesta sobre condiciones de vida, era el momento del diálogo entre ellos y con los trabajadores:

Se habla de todo, fue también el lugar en el que muchos se hicieron preguntas que nunca se habían hecho; la mayoría de las familias nunca habían tenido un cura tan a mano; muchos días estas charlas se hacían en detrimento del sueño, pero ahora ellos y nosotros recordaremos los momentos que nos hicieron tanto bien y que nos ayudaron a comprendernos mutuamente[146].

Las conclusiones de su encuesta apuntaban a los siguientes problemas. En primer lugar, la incultura como fuente principal de los problemas del campesinado español. El informe criticaba una portada del diario ABC del 27 de mayo de 1957, que aseguraba que “el obrero español no tiene problemas culturales”. Entre los trabajadores de la finca se calculaba casi un tercio de analfabetos, pero los sábados, a la hora de cobrar, la mayoría firmaba con el dedo. Era lo normal, considerando que los niños abandonaban las escuelas a los diez u once años en busca de un jornal. La situación sanitaria también era muy precaria, en la finca no había más que un botiquín… vacío, de hecho había más medicinas y vacunas para los animales que para las personas. Sin embargo, y para sorpresa de los sacerdotes, la gente estaba al tanto de los métodos anticonceptivos más modernos, aunque no pudiese acceder a ellos. No se recibía un

solo periódico y la diversión diaria era el cine gratuito y elemental que llevaron los sutistas, con la pantalla que era una sábana extendida, al que asistían todos casi sin excepción. Había una radio, pero solo se escuchaba la música, no las noticias: la gente no quería saber nada de sindicatos ni de política.

Entre 1957 y 1960 se produjo un amplio debate dentro del SUT para frenar el exceso de estudiantes que acudían a los campos con el objetivo central de ganar algún dinero y salir del ambiente cerrado de su ciudad de origen. Lo que se buscaba era profundizar el compromiso social y el esfuerzo de integración de los estudiantes con la vida cotidiana de los trabajadores. Para ello se crearon los "campos-célula", integrados por uno o dos estudiantes, que debían vivir y alojarse con el salario que obtenían por su trabajo. La experiencia no llegó a consolidarse y solo ha quedado el informe, elaborado en 1958 por Herman Pesqueira de su estancia en solitario en Aldeaseca, Salamanca, durante la cosecha de cereales, así como el celebrado en 1960 en la factoría DKV de Vitoria en que participaron Nicolás Sartorius y Jordi Borja, que han dejado un testimonio en sendas entrevistas.

El campo-célula de trabajo agrícola en Aldeaseca se desarrolló en un momento, 1958, de abandono masivo del campo, que desplazó a tres millones de personas hacia la emigración, tanto al extranjero como a la periferia de las grandes ciudades españolas, donde crecían las grandes barriadas chabolistas. Las memorias de los sutistas explican este éxodo por la dureza de las condiciones de vida y las faltas de perspectivas. Los detallados informes sobre las sucesivas campañas de trabajo incidían en ese atraso y abandono en que vivía el campesino español, desde la autosuficiencia casi miserable de los minifundios de las montañas gallegas y leonesas al sistema caciquil de Extremadura y Andalucía. Fruto de aquellos pioneros informes fueron los primeros estudios sobre el campo español que elaboraron el traductor gallego Juan Anllo y el psiquiatra andaluz José Aumente para los ciclos de charlas que organizó el SUT a finales de los años cincuenta.

Herman Pesqueira, que había gestionado el campo de Aldeaseca a través de la Hermandad de Labradores y Ganaderos, llegó al pueblo tras pasar por Salamanca, donde asistió al mercado de trabajo, en el

que los jornaleros, llegados desde lugares muy diferentes y distantes, esperaban a que los capataces de las fincas decidieran si les contrataban o no en función de los altibajos de trabajo y del mayor o menor número de trabajadores disponibles. Los que no habían encontrado trabajo dormían en los soportales a la espera de una nueva oportunidad.

El informe de Pesqueira no recoge la vida social del pueblo, pero sí una pormenorizada descripción del sistema de trabajo[147]. Sobre un total de seiscientos habitantes, 335 eran agricultores, pero el noventa por ciento del terreno fértil estaba en manos de solo quince propietarios. La superficie media de propiedad de la gran mayoría de los pequeños propietarios era de unas cinco hectáreas. El ayuntamiento disponía de tierras de pastos comunales y algunas huertas que se distribuían rotatoriamente entre los campesinos sin tierra. La mecanización del pueblo estaba en sus inicios, para dos mil hectáreas se disponía de una decena de tractores, tres cosechadoras y dos cribadoras, y el cultivo se hacía por hojas, rotando sucesivamente cada año entre los cereales de invierno, trigo, leguminosas como algarrobas y luego guisantes y garbanzos, dejando el cuarto año la tierra en barbecho.

Cuando terminaba la cosecha, los temporeros emigraban hacia zonas en que había demanda de peones en la construcción o en la minería. Unos pocos realizaban diversos oficios, como zapateros o talabarteros y el resto, una mayoría de los pequeños propietarios, quedaba a la espera de un jornal ligado a la actividad agrícola y se tiraban al monte durante el invierno para acarrear leña de los montes municipales con la que calentar la casa y cocinar. Primaban los contratos verbales, que poco a poco irían dejando paso a la relación laboral por escrito. Pero, como concluye el informe:

La facultad y libertad de definir las condiciones de trabajo, sobre las bases definidas por la ley, solo queda en manos de la clase patronal, ya que a los obreros no les queda sino aceptar las condiciones que les ofrecen los patrones, ante el miedo de no ser contratados en lo sucesivo[148].

El informe insistía en la necesidad de que los trabajadores se integraran en la Organización Sindical y las Hermandades de Labradores y Ganaderos. La Seguridad Social y los convenios colectivos del campo, aunque puestos en marcha a finales de los años 1950, no estaban casi implantados. Sus conclusiones ponían el énfasis en las inadecuadas condiciones sanitarias y deficiente higiene personal, a la pobre alimentación y la falta de salubridad de las aguas, que favorecía la difusión de enfermedades como la tuberculosis. Subrayaba la austeridad, sinceridad y espíritu de sacrificio que demostraba el campesinado, y hacía un duro diagnóstico de la situación en el campo:

Este informe, contra lo que puedan opinar mentes chatas y mentecatas, no pretende esgrimir una demagogia fácil y sensacionalista; si resulta desagradable es porque las realidades y los hechos que lo motivan son tanto más desagradables e injustos. Admítase que hay muchas formas de decir las mismas cosas, pero si lo que se quiere es que los demás se enteren de ellas, no hay otro medio de decirlas sino lisa y llanamente, sin que suponga ofensa para nadie[149].

Tras su experiencia en el SUT y su estancia en EE. UU., Herman Pesqueira fue uno de los primeros abogados laboralistas de Barcelona.

En los campos agrícolas las situaciones eran muy diversas en función del contexto, porque no era lo mismo el trabajo en fincas latifundistas de Extremadura que en los minifundios de Salamanca o las zonas de transición de las marismas andaluzas. La actividad del campo debía adaptarse a estas diversas condiciones y de ahí surgían experiencias personales y colectivas muy diversas. Así, por ejemplo, el campo de trabajo de Villafranco del Guadalquivir, en Sevilla, tuvo lugar en 1961 en pleno proceso de implantación del cultivo del arroz en las marismas andaluzas.

Los estudiantes que trabajaron allí describen el proceso de consolidación del pueblo, creado por iniciativa del Instituto

Nacional de Colonización, a partir de una pequeña población pescadora a la que se fueron incorporando colonos valencianos y murcianos con experiencia previa en ese cultivo. Cuando el pueblo se consolidó, había tres zonas muy diferenciadas de viviendas: unifamiliares y aisladas, algunas con bajos dedicados a comercio y bares; casas típicas de los poblados de colonización del INC y, por último, chabolas y barracas dispersas por las zonas más insalubres, a lo largo de los numerosos canales existentes, en las que residía la población originaria.

Según el informe del sutista Rafael García Moliner, más tarde destacado científico del CSIC, la estratificación social era muy elevada[150]. En la cúspide había un número muy restringido de grandes propietarios andaluces, en medio los agricultores valencianos, quienes fueron acumulando las pequeñas propiedades gracias a su dominio de las técnicas agrícolas, y al final de la escala social los campesinos andaluces y extremeños se limitaban a los trabajos eventuales en temporadas altas: plantación, escarda y siega. Los campesinos mostraron una gran apertura y simpatía por el apoyo humano que percibían en los estudiantes, pero eran fatalistas respecto a su futuro y confiaban más en el Estado que en su labor como grupo social para conseguir cambiar su situación.

Los sutistas constataron esta situación y el incumplimiento sistemático de las normas laborales básicas. La falta de regulación salarial ante la inexistencia de un convenio colectivo del campo condujo, en 1960, a importantes conflictos sociales. Los campesinos solían no denunciar sus condiciones laborales ante la ausencia de alternativas de trabajo o el miedo a caer en las listas negras, que podían implicar un despido automático. Sin embargo, la situación se hizo cada vez más inestable y tras la denuncia de los patronos, varios camiones de la Guardia Civil rodearon el pueblo deteniendo a un gran número de campesinos. Solo la intervención del gobernador civil permitió llegar a un laudo y desactivar el conflicto. Había alguna propaganda socialista y comunista, pero con organizaciones muy débiles por la represión de la policía y las brigadillas de información de la Guardia Civil.

Tras los exámenes de septiembre de 1968, un grupo de veteranos sutistas asistieron a un campo de trabajo para la vendimia en la

zona de la localidad aragonesa de La Almunia de Doña Godina, organizado por el SUT del Distrito Universitario de Zaragoza. Los problemas de organización, con el conflicto sobre la liquidación del SUT en plena gestación, y el retraso en las fechas de recogida de la cosecha hicieron que cuando llegaron no estuvieran confirmados sus puestos de trabajo, que tuvieron que organizarse sobre la marcha. Según el testimonio de Ángel Romero, la experiencia vivida fue una forma de conocer la otra España rural, muy diferente al mundo urbano del que procedían:

Un mundo caciquil, con horizontes muy cerrados. Ante la ausencia de trabajo, nos dividimos en dos grupos; uno se quedó en La Almunia y acabó trabajando recogiendo manzanas en las tierras del cura, hombre rapaz y uno de los grandes propietarios del pueblo; el otro grupo nos desplazamos a Almonacid de la Sierra, un pueblo dedicado en exclusiva al viñedo y en el que todo pasaba por las manos del alcalde, un franquista convencido con yugos y flechas en chaqueta y en su eterna camisa azul, y del farmacéutico, con decenas de miles de viñas. Los primeros días dormimos en pajares, entre viejos mendigos y prostitutas en busca de empleo, en una vendimia que se retrasaba.

El trabajo resultó muy duro. Antes de amanecer íbamos a dar agua a las mulas en la fuente de la plaza; luego, bien andando o subidos en el carro, nos desplazábamos hasta las viñas. El trabajo se iniciaba con el primer rayo de sol y terminaba al caer la tarde; solo parábamos para el almuerzo, a media mañana, y para la comida, siempre la misma, chuletas de cordero asadas al sarmiento.

Para algunos de nosotros, con experiencia en campos mineros, el trabajo era aún más exigente que en la mina. Entre día y día no había casi margen para reponer fuerzas. A la noche, el cansancio no nos permitía ninguna distracción; la compra y una pequeña cena solían cerrar la rutina diaria. […]Las relaciones con los habitantes fueron escasas; el ritmo de trabajo, con todo el pueblo volcado en la vendimia, no dejaba mucho margen. La gran mayoría de los habitantes eran pequeños campesinos con una economía muy estrecha. El monocultivo de la viña hacía muy frágil su economía; la Cooperativa había permitido mejorar algo la situación, pero el

tratamiento del vino era muy convencional y su calidad mediocre […].

Almonacid era entonces una sociedad de costumbres muy conservadoras; las parejas de novios no podían salir solos, el novio acudía a casa de la novia y allí en la cocina, sentados en el escaño, con la familia delante, iban consolidando su relación. La situación cultural era aún más dura para los jóvenes de los pueblos de montaña que acudían a trabajar por temporada. Las únicas diversiones eran el Teleclub, donde iban mayoritariamente los jóvenes, y el baile de los domingos, en un viejo y polvoriento salón […][151].

POLITIZACIÓN, EVOLUCIÓN Y CRISIS DE LOS CAMPOS DE TRABAJO

El número de campos de trabajo y de estudiantes participantes se fue reduciendo a partir del curso 1956-1957, el mínimo se alcanzó en 1960, con solo diecisiete campos y 190 participantes. Los campos se mantuvieron durante la década siguiente en número muy bajo, entre quince y veinte al año, con una cifra de estudiantes igualmente reducida, en torno a los doscientos. Las causas fueron varias, unas de índole claramente política, derivadas de las reticencias del Movimiento y sectores del SEU que empezaron a ver en los campos un semillero de comunistas y a recelar de los problemas que podía generar la autonomía limitada del SUT. Estos criterios políticos se tradujeron en restricciones presupuestarias que se convirtieron en crónicas, tal y como reiteran los informes de los responsables del SUT, de manera que la financiación por parte del SEU se estancó desde 1955.

En la década de 1960, el descenso en la participación en los campos de trabajo fue paralelo al crecimiento de las Campañas de Educación. Entre 1962 y 1968 la asistencia a los campos de trabajo bajó a 267 participantes por año, frente a una media de 400 en las Campañas de Educación (tabla 5). El descenso fue especialmente acusado en Cataluña y País Vasco, donde dejó de haber campos de trabajo pese al dinamismo de sus respectivos equipos, porque en ambos territorios la oposición antifranquista estaba implicando a sectores sociales más amplios y todo lo relacionado con el Movimiento era visto con recelo.

TABLA 4

DISTRIBUCIÓN DE PARTICIPACIÓN POR ACTIVIDADES DEL SUT

ACTIVIDAD	PERIODO	PARTICIPACIÓN
Campos de trabajo (CT)	1950-1969	66 %
Trabajo Dominical (TD)	1950-1969	12 %
Campañas de Educación (CE)	1950-1969	22 %
Media por año de los CT	1950-1969	460 personas
Media por año del TD	1952-1969	100 personas
Media por año de las CE	1962-1968	400 personas
Media total (CT + TD + CE)	1950-1961	673 personas
Media total (CT + TD + CE)	1962-1968	767 personas
Media total (CT + TD + CE)	1950-1969	697 personas

Fuente: Elaboración propia a partir de la documentación depositada en AAS

También los propios responsables del SUT intentaron frenar el acceso de estudiantes que se tomaban su estancia en los campos como medio de obtener algún dinero extra, como una oportunidad de veranear fuera del entorno familiar o una forma de conocer un futuro entorno profesional. Esta situación se mantendría latente durante toda la vida del SUT, así como el debate entre los estudiantes menos concienciados que requerían al SUT el salario íntegro que abonaban las empresas, sin tener en cuenta los gastos de desplazamiento, alojamiento y organización. Los informes de jefes de campo como José Torreblanca, militante del FLP y luego subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia en el primer Gobierno de Felipe González, son contundentes:

La experiencia de mis tres campos de trabajo entre 1956 y 1958, de haber convivido con la clase obrera, la clase trabajadora, me enriqueció profundamente y, desde luego, determinó la continuidad de mi postura de izquierdas hasta el día de hoy. Esta experiencia, que a mí me enriqueció tanto, temo que no influyó mucho en mis compañeros universitarios, por lo menos en los campos en que yo participé. Recuerdo, y eso hay que decirlo, que la mayoría de los asistentes a campos acudían más como forma de evadirse de las familias o de suplir un verano fallido que porque fuesen conscientes de lo que se perseguía en los campos, transmitir conciencia social, conciencia social que a su vez debería ser el primer paso para adquirir una conciencia política de izquierdas[152].

En los mismos términos se expresa Ricardo Gómez Muñoz, también dirigente del FLP y sutista entre 1957 y 1962:

En 1958 fui como jefe de campo a la Central Térmica de Escatrón (Teruel). Fue un campo duro en lo que se refiere a la convivencia, ya que los asistentes, en su mayoría procedentes de la Escuela de Peritos de Linares, asistían al campo con el único objetivo de sacar un dinero, pero eran refractarios a cualquier sensibilidad social[153].

Los campos de Matapozuelos (Valladolid) y Pueyo de Jaca, en el Pirineo oscense, ambos en 1960, fueron determinantes para plasmar colectivamente las aspiraciones democráticas de los estudiantes frente al SEU. En ellos tuvieron un amplio espacio los debates sobre la organización de los campos y fueron la expresión de todo un proceso de reorientación posibilista del SUT dentro de la corriente cristiana liderada por Antonio del Olmo y Carlos Ballesteros. Pero en ese proceso fue ya decisiva, aunque evidentemente no de manera explícita, la participación de algunos sutistas que militaban clandestinamente en el FLP y habían adquirido especial peso en la Jefatura Nacional en Madrid y en otros distritos relevantes como Barcelona y Valladolid. Entre ellos el encargado de las tareas de propaganda, Manuel Vázquez Montalbán. Aquellos estudiantes ligados al FLP entre los que se encontraban César Alonso de los Ríos, organizador del campo como responsable del SUT del D. U. de Salamanca, Manuel Vázquez Montalbán, Juan Anllo, Ricardo Gómez Muñoz o el propio Nicolás Sartorius acabaron enfrentándose a los responsables del SEU, como Eduardo Navarro y el inspector general, Francisco Eguiagaray, ambos presentes en el campo.

Allí se presentaron también toda una batería de ponencias de carácter organizativo destinadas a definir de manera muy precisa el reglamento y las funciones de los jefes de campo, así como una detallada descripción de los futuros ejes de actuación: campos, ayuda dominical, acción y extensión cultural, con relanzamiento de las actividades de alfabetización, SUT femenino, preuniversitario y creación de clubs sociales donde los estudiantes que habían pasado por el SUT pudieran compartir su experiencia. Se propuso crear las figuras de coordinador e inspectores para cada una de las zonas en que se dividieron los campos. Otra de las novedades fue la preparación de los ya citados campos-célula, en un intento de profundizar en la experiencia social. Los integrarían solo uno o dos estudiantes que vivirían en las casas de los trabajadores, exclusivamente de su salario. Sin embargo, la experiencia no alcanzó una gran difusión y solo se realizaron siguiendo este modelo uno agrícola en Salamanca y dos en las factorías automovilísticas DKV de Vitoria y SABA de Valladolid, todos en 1960.

Los intentos de relanzamiento de la actividad de los campos planteados en esos documentos no tuvieron consecuencias concretas debido a la crisis que llevó al cese de Carlos Ballesteros en diciembre de 1960. Las actividades en los campos tampoco se relanzaron durante la breve etapa de Sánchez Gijón al frente del SUT, ni durante los sucesivos mandatos de Muñoz Giner, Calonge, Balet y García Alba, cuya gestión estuvo totalmente enfocada al impulso y desarrollo de las Campañas de Educación Popular. En1967, durante el cursillo de jefes de campo celebrado en el Colegio Mayor José Antonio de Madrid, se intentó reaccionar frente a esa tendencia, a través de una ponencia sobre campos impulsada por el recién nombrado director de campos, Luis Espinosa, y por Álvaro González de Aguilar, nombrado ese verano inspector nacional de campos. Se planteó entonces que se volviese a instaurar un equipo directivo específico para campos integrado por sutistas con experiencia en este sector, pero las reformas no llegaron a desarrollarse debido a la situación de crisis en que entró rápidamente el SUT.

En diciembre de 1967, tendría lugar nuevamente en Pueyo de Jaca un cursillo que sería, a la postre, el canto de cisne del SUT. Para entonces el SEU había sido sustituido por unas Asociaciones Profesionales de Estudiantes que no alcanzaron arraigo en ninguno de los distritos universitarios y el movimiento estudiantil estaba en auge, con una conexión creciente con el no menos pujante movimiento obrero. Los textos que se presentaron al cursillo, con claros influjos marxistas, evidenciaban ese cambio, y al final se produjo un enfrentamiento entre la mayoría de los asistentes y los organizadores, que eran los dirigentes del SUT más conservadores procedentes del Distrito Universitario de Zaragoza y de Sevilla.

En la campaña de verano de 1968 se incrementó ligeramente el número de campos de trabajo hasta veinticuatro, tras la incorporación de un campo dentro de la Campaña de Educación Popular en el pantano de Riaño, en León, uno agrícola en La Bañeza y el radicado en las minas de Matarrosa del Sil. Pero la decadencia del SUT era imparable en medio de las crecientes tensiones derivadas de la pujanza del movimiento estudiantil.

CAPÍTULO 3

LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN DEL SUT (1962-1969)

“Realmente mi interés está en descubrir por qué se produjo esa mutación, esa transformación de unos chicos formados en un mundo cerrado, socializados con categorías fanáticas, inquisitoriales, totalitarias; porque de repente rompieron con el sistema, cuando venían del bando de los vencedores”.

Javier Pradera,

El oficio de la edición, 2017

“Los campesinos miraban y hablaban de otra manera y habitaban una geografía exclusivamente suya. La forma del mundo se correspondía con la del territorio en el que vivían su vida y en el que trabajaban”.

“Solo hay dos certezas absolutas sobre los campesinos, y las dos son indelebles: de su trabajo procedía prácticamente todo el sustento y toda la riqueza; siempre ocuparon la escala más baja en el orden social y sufrieron el despotismo de los poderosos”.

Antonio Muñoz Molina,

La extinción olvidada, 2018

UN CAMBIO DE ESTRATEGIA EN EL SUT:

LA LUCHA CONTRA EL ANALFABETISMO

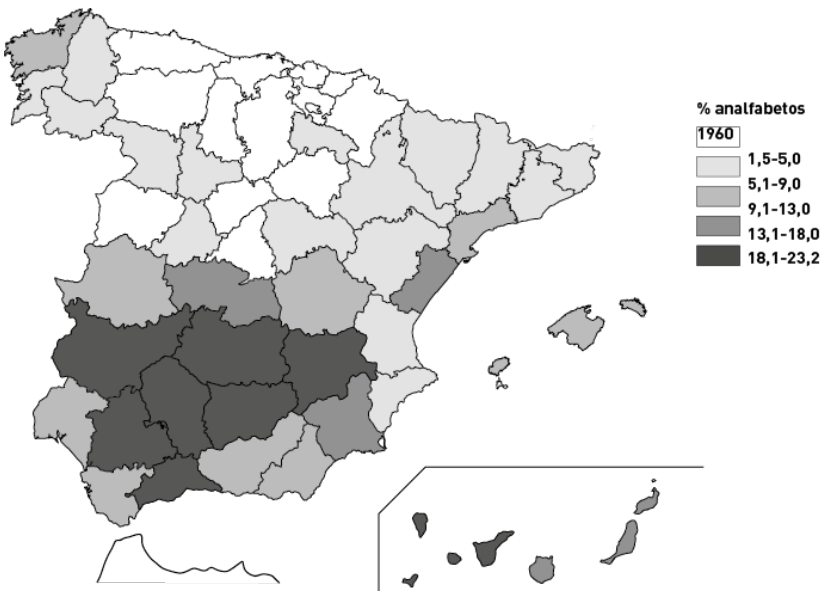
1962 fue un año importante en la historia de la dictadura franquista. A lo largo del mismo se produjeron una serie de hechos que marcaron referencias muy relevantes. La reunión en Múnich de la oposición democrática, las huelgas mineras de Asturias, las conexiones entre los comunistas y el mundo cristiano o los cambios en la universidad desde los sucesos de 1956 fueron todos ellos elementos suficientes para alertar al régimen y para que este alterase su configuración. En esa época de cambios sustantivos, numerosas áreas del poder experimentaron giros que pretendían dar respuesta a los problemas que inquietaban al régimen. En esta dirección, y después de sucesivas etapas de dificultades, el SEU realizó una revisión de sus planteamientos. Rodolfo Martin Villa fue nombrado jefe nacional del SEU en febrero de 1962 y en los meses siguientes acometió cambios importantes en el SUT, en las personas responsables de la organización y en las estrategias para el desarrollo de sus actividades.

A partir de 1956, la conexión de los universitarios con la clase obrera a través de los campos de trabajo organizados por el SUT se hizo más problemática, suscitó amplios recelos en los círculos de poder y produjo efectos restrictivos sobre las actividades. Por un lado, en 1960 y 1961, el número de campos y el de participantes había descendido de forma sustantiva, con problemas de entidad y enfoque de los propios campos y, por otro, se consideraba que había indicios suficientes de politización entre los estudiantes y que se debían limitar esas relaciones con el mundo del trabajo[154]. En el atraso del mundo rural, en su bajo nivel cultural, en su analfabetismo endémico, se encontró un espacio y una oportunidad para conectar y reorientar los contactos de los universitarios con el mundo del trabajo.

El proceso de alfabetización español de las seis primeras décadas del siglo XX se caracterizó, en comparación con otros países de Europa, por una gran lentitud en extenderse desde las zonas urbanas a las rurales, primero desde las capas sociales más elevadas a las clases medias y, después, a las bajas, desde los grupos sociales más relacionados con la cultura escrita a aquellos que vivían todavía en un mundo oral, y desde los hombres a las mujeres.

MAPA 1

TASA PROVINCIAL DE ANALFABETISMO EN 1960



Fuente: INE. Censo 1960.

Por tanto, en las áreas rurales tuvo especial relevancia el analfabetismo, paradigma de los desequilibrios sociales, mucho más intensos en zonas más remotas y atrasadas. En España, como en otros países mediterráneos, estos desequilibrios se incrementaron con la crisis de la agricultura y la sociedad agraria tradicional desde

comienzos de la década de 1960. El declive y la pérdida de recursos físicos, humanos y económicos fue la principal consecuencia de esta crisis.

En este contexto, el SUT llevó a cabo sus campañas de alfabetización y educación. Como precedente histórico, podemos citar la actuación del Ministerio de Instrucción Pública en 1913 en el valle de Las Hurdes y en tres provincias andaluzas —Jaén, Almería y Málaga— cuyos porcentajes netos de analfabetismo, en el censo de 1910, habían sido los más elevados (70,7 %, 72,6 % y 74 %, respectivamente). Sin embargo, no se resolvió el problema en términos apreciables, entre otras razones por las limitaciones presupuestarias.

Unos breves apuntes sobre lo que era el analfabetismo en la España de los años 60 puede ayudar a valorar la dimensión del fenómeno en esa época y contextualizar la tarea que llevó a cabo el SUT con sus campañas de educación entre 1962, la primera de ellas, y 1969, en que tuvo lugar la última. Partiendo de las estadísticas disponibles, particularmente de los censos de población desde 1900 hasta 1980, así como de las tablas elaboradas, se pueden trazar los rasgos principales del fenómeno del analfabetismo en España y su evolución.

Tres aspectos son importantes para determinar el grado de analfabetismo: sexo, lugar de residencia y edad. Ser mujer, pasar de los 45 años y habitar en un medio rural componen un retrato tipo del analfabeto de la época. Los mayores niveles de analfabetismo se sitúan en el sur, en Andalucía y Extremadura. En cuanto a la edad, se observa un notable descenso del analfabetismo de un censo a otro, especialmente en los grupos de edades más bajas, entre los 10 y 24 años. También desciende en otros grupos de edad, pero lo que queda de manifiesto es que el analfabetismo era más importante entre la población madura, de 45 años en adelante, un indicador de los importantes progresos realizados durante el primer tercio del siglo.

Así, utilizando los censos de 1960 y 1970, y ordenando las provincias de mayor a menor para ambos censos según la tasa de alfabetización (población analfabeta sobre la población total de diez años y más, en porcentaje), se aprecia, como ocurría a nivel

nacional, que la mayoría de las provincias progresaron en la erradicación del analfabetismo, aunque con grandes desigualdades entre unas y otras. La comparación de Guipúzcoa y Jaén, primera y última en el ranking, muestra que la proporción de analfabetos en la segunda era en 1960 quince veces la primera. Esa distancia se suaviza en el censo de 1970, pero aún era siete veces mayor. Estas diferencias tenían una evidente relación con la distribución de la renta per cápita: las quince provincias con renta per cápita superior a la media nacional se situaban en la España alfabeta, con pocas excepciones (Tarragona y Baleares).

MAPA 2

TASA PROVINCIAL DE ANALFABETISMO EN 1970

Fuente: INE. Censo 1970.

TABLA 5

PORCENTAJE DE ANALFABETISMO SEGÚN CENSOS

	1900	1920	1930	1940	1950	1960	1970
Varones	36,8	28,1	19,5	13,8	9,9	7,3	5,1
Mujeres	54	41,2	32	23,2	18,3	14,8	12,3
Total	45,3	34,8	25,9	18,7	14,2	11,2	8,9

Fuente: INE. Censos de población 1900-1970.

Esa reducción de analfabetismo en España entre 1960 y 1970 coincidía con una década de importantes cambios sociales, económicos y culturales marcados por el fenómeno de las migraciones y el éxodo rural. En paralelo, creció la población escolarizada, favoreciendo con ello que el país, trascurrida la década de los 70, comenzara a alcanzar porcentajes de alfabetización en torno al 95 %, cifra que los países europeos más avanzados ya habían alcanzado treinta o cuarenta años antes. El éxodo rural impulsó el crecimiento urbano, lo cual implicaba nuevas exigencias y retos educacionales para la integración laboral y social de los emigrantes.

Aun así, los datos de la primera provincia en la que el SUT planteó una campaña hablan por sí solos: Granada, en 1952, tenía una tasa de analfabetismo del 25 % y en 1962 del 15 %[155]. Es en este contexto en el que el SEU, con Martin Villa y Juan José Rosón en su jefatura, decidieron superar los efectos de las sucesivas crisis del SEU y los problemas del SUT con unos campos de trabajo con escaso compromiso y con unas conexiones entre universitarios y clase obrera no deseadas. De esta forma, se utilizó el problema del analfabetismo como un medio para tratar de reorientar a los estudiantes, poniéndolos frente a una realidad social acuciante. Este fue el arranque de la Campaña de Alfabetización de Granada de 1962, como señalaba el informe de ese año:

Granada cuenta con gran número de analfabetos, pero de ninguna manera con masas de analfabetos; están salpicados de igual manera que las casas de labor. No se piense, pues, en crear centros docentes para resolver el problema cultural de una manera definitiva. Es necesario buscar al analfabeto allí donde se encuentre y, en su propio terreno, charlar con él y darle la sombra de una arboleda o la llama de un candil de aceite. A veces hasta es necesario engañarlo con palabrería y regalos para conseguir su asistencia a las clases y recabar su interés mantenido[156].

LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN, UNA ALTERNATIVA

A LOS CAMPOS DE TRABAJO

Un nuevo proceso se iniciaba con la finalidad de abrir nuevas vías a las actividades de los universitarios y de reorientar su presencia en el mundo del trabajo, ya debilitado el impulso inicial de conexión con el trabajo físico y con los problemas sociales de la clase obrera. En el Folleto SUT de 1963 se articulaba una explicación a posteriori sobre el cambio de orientación desde los campos de trabajo hacia las Campañas de Educación:

Los campos de trabajo eran el eje principal del SUT. Pero en ellos, año tras año, se demostraba que las enseñanzas que podía aportar el estudiante, y recibir el trabajador, eran mínimas y, a veces, inexistentes. Este hecho otorgaba la casi totalidad de los beneficios al universitario. Esta realidad fue el germen de las Campañas de Educación[157].

Cinco años después, en 1968, Teresa García Alba, por entonces directora nacional del SUT, volvía a valorar la posición de los campos de trabajo en el SUT:

Los campos de trabajo venían ya tocados negativamente debido a las dificultades surgidas en su montaje. Aquí se ha apreciado la escasa o poco efectiva colaboración de algunos distritos, nula en otros, sin razones aparentes, con la inhibición de algunos distritos y el turismo dirigido de otros, totalmente impropio del SUT. Significa esto que la labor de divulgación e información ha sido, en algunos de ellos, más que deficiente[158].

Ambos párrafos explican algunas razones acerca de la postergación experimentada desde 1962 por los campos de trabajo, junto con la aparición de una nueva estrategia. En 1962 el 66 % de los estudiantes acudió a la campaña de Granada y solo un 34 % a los campos de trabajo. Además, en la campaña educativa de ese año 1962 un 40 % eran universitarias, con lo cual se abría otro ciclo: la mujer se unía a la empresa alfabetizadora y esta le permitía, al mismo tiempo, la obtención del certificado del obligatorio Servicio Social de la Mujer.

La importancia de las Campañas de Educación no dejaría de aumentar en los años sucesivos. Desde 1962 hasta 1969 acudieron a las campañas 2.815 estudiantes, con una media anual de 389, si se exceptúa 1969. Los campos de trabajo, que en el periodo 1952-1961 tuvieron una media anual de 573 universitarios, pasaron en el periodo 1962-1968 a una media anual de solo 267. Entre 1962 y 1969 dos tercios de los universitarios que acudieron al SUT fueron a trabajar en las campañas educativas y el resto en los campos. Estas cifras revelan el sentido del proceso: potenciar las campañas fue una estrategia que contó con apoyos políticos en los aparatos del Movimiento, tuvo sostenimiento presupuestario en detrimento de los campos y dispuso de medios propagandísticos para difundir sus resultados y para revalorizar la posición del SEU ante otros sectores políticos rivales dentro del régimen.

El informe del SUT de 1962 refleja claramente los apoyos que sustentaron esta nueva orientación. A la cabeza de la Comisión de la Campaña de Granada de 1962 figuraban Rodolfo Martin Villa, como jefe nacional del SEU, y Juan José Rosón, como secretario nacional. En el escalón inmediato, Enrique Calonge Revuelto y Juan Gómez Tovar, como jefe y secretario, respectivamente, del Departamento del SUT. El SEU preparó la campaña con todo un aparato de propaganda, de manera que la cadena de medios controlada por el Movimiento difundió varias noticias antes, durante y al término de aquella. Ese informe de 1962 señalaba que “la misión del universitario alfabetizador estuvo dirigida a la constitución de un cambio de vida de aquellas gentes en sentido de una mayor apertura del circulo de sus preocupaciones tanto

culturales como sociales, humanas y laborales"[159]. Enrique Calonge, entonces jefe nacional del SUT, después de la segunda campaña en 1963 definía sus objetivos en términos similares:

Formación humana, mutua y sana convivencia; formar universitarios responsables, proporcionándoles datos objetivos de la realidad española y de su problemática social, económica, cultural y humana […]. Ayudar a corregir el déficit de analfabetismo de las zonas elegidas, contribuir a realizar la unidad entre los hombres y clases de España […], formar a los trabajadores para que resuelvan los problemas por sí mismos y encuentren soluciones a sus necesidades […] y crear conciencia del verdadero valor de la enseñanza para elevar la vida de nuestro pueblo[160].

En los informes conservados se recogen numerosas felicitaciones por parte de los ayuntamientos de los pueblos en donde se llevaron a cabo las actividades del SUT, así como de los patronos de las cofradías de pescadores de la campaña de 1963 en Granada y Huelva. Estas felicitaciones pueden ser meramente formales en algunos casos, pero reflejan la buena acogida general; otra cuestión es la opinión crítica de algunos sectores de la Administración y de los propietarios cuando veían cómo su actuación era criticada por los sutistas. Porque el contacto con la realidad supuso para muchos sutistas el abandono de una visión todavía lastrada de cierto elitismo paternalista. Para ellos y ellas, a menudo, el aprendizaje se produjo en sentido contrario. En un artículo titulado "La Campaña de Educación Popular en Jaén", publicado en 1966 en el periódico Jaén, Manuel Titos relataba por extenso esa sensación:

Un deseo puramente de convivencia y de conocimiento del hombre, particularmente del hombre obrero, es la única razón por la que nos privamos de las comodidades que nos podía ofrecer un veraneo en una playa de moda, y nos venimos a conocer y a convivir bajo este asfixiante calor. A enseñar algo de lo que la vida universitaria nos ha inculcado, pero, sobre todo, a aprender. A aprender del peón, del

obrero, del tractorista, del pastor, de la mujer que vive con sus seis hijos sola porque su marido está en la sierra guardando un ganado que ni siquiera es suyo. Aprender de los muchachos que vienen cada día en mi busca desde varios kilómetros, para que les enseñe algo de lo que la vida o el destino me han enseñado a mí […].

Inquietos que no les basta esperar a conocerse a sí mismos y buscan por los cauces que les brinda una organización, conocer la realidad del campo desprovisto de la poesía de Jiménez, y ver con sus ojos que un obrero no gana en la época de recolección de la aceituna doscientas cincuenta pesetas, como nos dijeron, sino que raras veces pasa de cien […]. Es necesario venir aquí para ver que la vida laboral de un obrero no se limita a los noventa días de recolección, sino que dura todo un año, a veces inclusive hasta los domingos. Llevo catorce años trabajando, me decía un señor joven hace unos días, y aun no sé qué es estar una semana sin trabajar[161].

Tras los estudios previos sobre campañas de alfabetización, iniciados por el equipo de Alfredo Muñoz Giner en 1961, que proponía incluso incorporar la alfabetización a los campos de trabajo, el mismo equipo técnico preparó la primera campaña de Granada. Durante el periodo de 1962 a 1964 las campañas fueron configurando su naturaleza, sus objetivos, su potencialidad y, también, sus limitaciones. En Granada, en 1962, se llamó “de alfabetización”, una declaración de intenciones ante un problema social, económico y cultural, aunque pronto se constató que el analfabetismo solo era el primer dato de una realidad que superaba ampliamente el entusiasmo y la dedicación de los universitarios, así como los medios disponibles y el periodo de actuación, excesivamente limitado. En la campaña de Granada y en la de Huelva de 1963 se tomaron como referencia los criterios de la Unesco para definir y trabajar el analfabetismo, incorporando a la lectura y escritura una formación en cultura básica. Aun así, las declaraciones sobre los principios que regirían las campañas seguían insistiendo en los mismos principios que habían inspirado los campos de trabajo: conocimiento de la realidad social, anhelo de justicia y España como proyecto común. Tras la experiencia de un año de trabajo, el informe de 1963 concluía:

La Universidad debe crear un clima que haga posible la implantación progresiva de una justicia que reparta trabajo, esfuerzos y bienes […]. Contribuir a realizar la unidad entre los hombres y las clases de España, acercar el universitario al mundo del trabajo y proporcionar al estudiante datos objetivos de la realidad española y de su problemática social, económica, cultural y humana[162].

Las campañas se realizaron en zonas elegidas en función de su aislamiento, de su índice de analfabetismo y sus propias necesidades. Se actuaba sobre las zonas más atrasadas de cada provincia, que se dividían en comarcas, con una cabecera y un núcleo de pueblos bastante dispersos, incluyendo aldeas, cortijos o alquerías carentes de muchos medios y con unas redes de comunicación deficientes. A esos núcleos eran destinados los universitarios, entre uno y tres en cada lugar, alojados en las casas de los campesinos o en lugares comunes, como escuelas, para, desde allí, trabajar sobre los objetivos marcados por la dirección de campaña. Según el testimonio de Eduardo Leira:

Tenía yo clases de 10 y media a 2 y media, aproximadamente, repartidas en dos tandas: la primera para los chaveas hasta las 12 y media, y la otra de adultos. Ambas las daba debajo de una gran encina que había al lado de la carretera, con un tronco muy ancho, y en el cual clavaba yo una cubierta de hule, de caballo, que hacía las veces de pizarra […].

Los primeros días fueron malos pero, gracias a Dios, los superé. A fuerza de trabajar y sudar por los montes granadinos, me fui ganando a la gente. No con una gran labor de fondo, que es más difícil que la aprecien, sino con pequeños detalles, tales como ir a por agua en la casa donde estuviera comiendo, ir un km. andando después de comer, bajo el sol, sudando, a dar clase a un señor que no había podido venir por la mañana, y cosas así[163].

Asimismo, Fernando Casull Corcuera recuerda que en Bancalejos se regiría por el siguiente horario:

De 6 a 8, clase a Antonio el pastor mientras cuidamos las cabras. De 8 a 10, clase a su hermana María. De 10 a 1.30, clase a los niños. De 1.30 a 2, juego con los niños. A las 2 hora de comer, clase a José el pastor. Después de comer, media hora de reposo y después clase a las chicas hasta el anochecer. Al anochecer, marchar a La Torre y allí clase a los jóvenes hasta las 12. Después charlar con ellos sobre los temas que les interesen y hacer noche allí mismo[164].

Este recuerdo de las jornadas largas y agotadoras, con una multiplicación de las tareas que iba más allá de la propia alfabetización se repite en el testimonio de muchos sutistas. Agustín Maravall escribe cómo "cada día comía en una casa distinta para conocerlos a todos […]. Cuando tenía un rato libre los ayudaba a trillar, a cargar sacos, a regar, según lo que estuvieran haciendo. Bastantes noches las pasé en la era, durmiendo con ellos a la luz de la Luna". Fernando Casull todavía recuerda cómo, tras una larga jornada de trabajo, al regresar al anochecer aún tuvo que colaborar "en la entrada de sacos al granero (12 sacos de 65 kg. cada uno)". También en este vívido testimonio de Graciela de Miguel:

El día fue de no parar, como lo serían todos. En su aislamiento yo era algo importante para ellos, que había venido de la Universidad para enseñarlos [sic]. Por la mañana yo recorrería el Cortijo para visitar las casillas y hablar con la gente y por la tarde vendrían después de la faena a las clases, que las daría donde vivían los guardeses, en una cuadra del ganado y de la leña, que ellos acondicionaron, y prepararon un carburo para la luz, que manejaban ellos, aunque yo ya lo conocía de mi pueblo, y que daba una luz azulada mucho más fuerte que el candil de aceite. Recorrí sola, pues hasta los niños tenían tareas, y con sus indicaciones de

las veredas, algunas casillas o lugares donde trabajaban, pero enseguida ellos mismos se lo comunicaron de la manera que fuera y en el atardecer me encontré rodeada de gente, de distintas edades, solo algunas mujeres, que venían a que yo les enseñara a saber cosas de todo, escribir y leer y de cuentas. Algunos no sabían nada o solo la firma, que esta era la idea principal de escribir, el saber firmar[165].

En los ocho años transcurridos entre 1962 y 1969 se llevaron a cabo doce campañas, desde la Campaña de Alfabetización inicial a la de Educación Popular de 1964, y la de Educación y Trabajo de 1968. La actuación se desarrolló en once provincias, de ellas cuatro en Andalucía (Granada, Huelva, Jaén y Almería) y tres en Galicia (Orense, Pontevedra, Lugo), además de Cuenca, Teruel, Cáceres y León. Fueron seleccionadas en función de su atraso cultural y se crearon 71 comarcas en sus zonas más atrasadas, en las que actuaron los universitarios. Las campañas alcanzaron a más de 1.400 pueblos, aldeas o cortijos, y llegaron a más de 200.000 habitantes. Se extendieron más de 10.000 certificados de estudios primarios y se realizó una intensa difusión de actividades culturales, técnicas agrarias, sanitarias o jurídicas en relación con las diferentes Administraciones públicas.

Un total de 2.815 universitarios, hombres y mujeres, acudieron a estas campañas. Provenían de casi todos los distritos universitarios de España, con el mayor peso relativo de Madrid, con un máximo del 44 % sobre el total en 1963 y un mínimo del 24 % en 1966. Barcelona fue un distrito mucho menos activo en campañas, representado un máximo del 19 % en 1966, aunque su rango habitual se mantuvo entre el 5 y 10 %. Zaragoza, un distrito con fuerte implantación del SUT, se colocaba alrededor del 10 % y le seguían León, con un significativo 4,5 % en 1968, Valladolid, Santiago, Granada, Valencia y Salamanca, distritos con una relevante y regular aportación de universitarios a las campañas.

Los participantes fueron en mayor proporción hombres que mujeres. Aun así, la posibilidad de convalidar el Servicio Social femenino por participar en las campañas, estimuló la presencia de mujeres hasta alcanzar niveles muy superiores respecto a las que acudían a los

campos de trabajo femeninos, muy escasos en número. La participación más alta se alcanzó en 1962 con un porcentaje del 40 % sobre el total, si bien el nivel habitual estuvo en torno a un 30 % de participación, significativo de los cambios sociales que estaba experimentando la sociedad española de esos años y que reflejó el SUT a diferencia de otras anquilosadas estructuras del régimen franquista.

Por carreras, Filosofía y Letras fue la más activa ante las campañas, en sus mejores años en torno al 30 % del total, con rango bajo sobre el 15 %, mientras que las escuelas técnicas de grado medio se destacaron en los primeros años, con rango entre el 15-20 %, aunque en los años finales se quedan en torno al 5 %. Medicina mantuvo cierta regularidad por encima del 10 %, al igual que Derecho, Magisterio y Ciencias Políticas y Económicas. La presencia de las facultades de Teología rondó en los últimos años el 10 %, con una participación minoritaria, pero significativa, de seminaristas, frailes y curas que aportaron a las campañas, y al SUT en general, el espíritu de solidaridad y austeridad del que participaban muchas organizaciones cristianas de base, alejadas de los planteamientos oficiales de las jerarquías de la Iglesia del momento. Francisco Fernández Marugán recuerda bien esta presencia religiosa:

En la Campaña de Jaén, junto a universitarios normales y corrientes, participaron casi una decena de seminaristas de la Orden Agustina que procedían de Calahorra. Estos seminaristas negociaron con la dirección del SUT su presencia en la Campaña y su distribución en alguna o algunas Comarcas, entre ellas la de Quesada. Al frente de los mismos había un sacerdote ordenado que se encargaba de una cierta coordinación específica. Se llamaba Domingo Aller Alonso, que cuando se disolvió el seminario de Calahorra se trasladó a la República Dominicana, donde ejerció de sacerdote. Estos seminaristas trataban de averiguar la consistencia de su vocación religiosa[166].

Desde el inicio de las campañas se planteó, desde el aparato del SUT-SEU, la utilización constante de los medios de comunicación

para informar de su gestación y desarrollo. La problemática del analfabetismo y del atraso cultural en las zonas elegidas, el número de universitarios participantes o los datos sobre los objetivos conseguidos aparecieron año tras año en los medios de comunicación, obviamente con mucho énfasis en alabar las virtudes de la obra. Dentro del propio organigrama de las campañas, el Gabinete de Prensa (1964) o la Secretaría de Información (1968) ocupaban un lugar relevante, como correspondía a las funciones que tenían asignadas. Estas eran, sobre todo, tres: propaganda entre los universitarios, propaganda dirigida a la sociedad y propaganda destinada al consumo interno. Así, por ejemplo, sobre el informe de la primera Campaña de Alfabetización de 1962 en la provincia de Granada aparecieron 26 artículos extensos, publicados en dieciséis periódicos provinciales y nacionales, mientras que la publicidad de la campaña ese año lanzó nada menos que 20.000 folletos y 800 carteles.

En 1963 fueron 22 artículos en quince periódicos, más los programas de radio en emisoras locales y provinciales, como La Voz de Loja o la emisora provincial de Algarinejo, en los que era habitual que se inflaran las cifras de audiencia. En 1964, a otros 22 artículos en diecisiete periódicos se sumaron las escenas de la campaña filmadas por dos equipos del NO-DO y un equipo de TVE. En 1966 figuraban doce medios como visitantes desplazados a la campaña, entre los cuales estaban importantes periódicos nacionales como ABC, Ya, Pueblo y Arriba, junto a un equipo de TVE. En 1967 visitaron la campaña de Cáceres diversos medios nacionales y se realizaron emisiones periódicas de radio en La Voz de Extremadura y Radio Popular de Cáceres. Igualmente, en 1968 se llevó a cabo un importante esfuerzo informativo en programas de radio y medios locales y nacionales desplazados a las zonas de la campaña, aunque la nueva Secretaría de Información ejerció un mayor control ante la creciente extensión de la disidencia universitaria.

A través de todos estos datos, se puede percibir la importancia que la propaganda tuvo en el desarrollo de las campañas desde 1962 hasta su crisis en 1968. Sin embargo, como no podía ser de otra manera bajo la dictadura, se exageró la dimensión de la participación y de los objetivos conseguidos con su habitual estilo

laudatorio, mientras la censura silenciaba los conflictos surgidos y las flagrantes injusticias con las que chocaba la experiencia individual y colectiva de aquellos jóvenes universitarios. La finalidad última no era ofrecer un análisis crítico sobre los resultados de las campañas ni una investigación objetiva, pero es preciso reconocer que los desplazamientos de periodistas a las propias zonas de las campañas permitieron, pese a todo, la elaboración de trabajos periodísticos de interés humano y cierta calidad.

La movilización cada año de unos cuantos centenares de universitarios con transporte, alojamiento, comidas, material didáctico, equipos móviles, actividades culturales y difusión en los medios planteaba otros desafíos logísticos y de financiación, dado que suponía un volumen de gasto importante. Los fondos procedían de ministerios o departamentos afines al SEU o a algunas actividades del SUT. Los tres informes anuales existentes, de 1962 a 1964, no contienen un apartado específico sobre los presupuestos, pero el primero da cifras sobre el coste de la campaña y sobre qué organismos la sufragaron. En él figuran el Ministerio de Educación Nacional, la Delegación Nacional de Sindicatos y el SEU como financiadores de la campaña, aunque no se especifican cantidades ni proporciones sobre el total: “Ante estos tres organismos ha sido presentada la relación definitiva de gastos cuya cuantía asciende a la cifra total de 588.432,23 ptas., lo cual representa una media de 1.681,25 ptas. por participante”.

Esta partida en pesetas, actualizada a euros de 2017, supone una cantidad de 126.972 euros como coste total de campaña, y de 361 euros por participante, cifras relativamente modestas e indicativas del nivel de austeridad con el que se trabajaba. No hay ningún otro registro presupuestario en los documentos disponibles sobre los años que restan de campañas, si bien un documento de carácter más general, fechado el 18 de octubre de 1968, nos informa del presupuesto del SUT, financiado por el Ministerio de Trabajo para ese año:

TABLA 6

PRESUPUESTO DEL SUT (FECHADO EL 8 DE OCTUBRE DE 1968)

Campos de trabajo	840.000 ptas.	114.802 euros (2017)
Campañas de educación	3.225.000 ptas.	440.761 euros
Cursillos	101.500 ptas.	13.872 euros
Colaboraciones	146.905 ptas.	20.077 euros
Salarios	763.159 ptas.	104.301euros

Fuente: Archivo AASUT, documento n.º4321.

De estas cifras se desprenden tres conclusiones. La primera, que entre 1962 y 1968 el gasto en las campañas se multiplicó por 3,5. La segunda, que el gasto por participante, actualizado a euros de 2017, pasó de 361 euros en 1962 a 1.065 euros en 1968. La tercera, especialmente indicativa de la evolución del SUT en aquellos años, que el gasto de las Campañas de Educación era en 1968 cuatro veces superior al gasto en campos de trabajo.

LA EVOLUCIÓN DE LAS CAMPAÑAS: DE GRANADA 1962

A LEÓN 1968 Y TERUEL 1969

La evolución de las campañas no fue uniforme en sus ocho años de existencia. En su primer ciclo de 1962 a 1964, con Enrique Calonge, Juan Gómez Tovar y Enrique Montoya como dirigentes, se trazaron las líneas fundamentales del proyecto y las directrices para actuar sobre unas zonas especialmente atrasadas, donde el analfabetismo endémico era la variable más visible, pero tras la cual se mantenían otros atrasos culturales, sociales y económicos. El primer año, la actuación en cuatro comarcas granadinas, con tasas de analfabetismo del 25 %, se caracterizó por el importante esfuerzo institucional y por el entusiasmo de los universitarios ante una experiencia nueva. Procedentes de un entorno urbano y de clase media, muchos se hallaron ante una realidad desconocida, la de un mundo rural atrasado y disperso, de una incultura secular a la que se sumaba el inicial recelo de la población. El soporte de las autoridades provinciales y locales cumplió un papel decisivo en la organización, facilitando los medios necesarios para alcanzar los objetivos marcados: diez mil alumnos mayores de 14 años recibieron una educación muy básica. Pero las dificultades para alcanzar ese objetivo fueron de todo tipo, como señalaba el informe de Granada de 1962:

Así no es de extrañar que cada universitario tuviera que recorrer diariamente, con frecuencia por veredas difíciles, una cantidad de kilómetros que solo había recorrido hasta entonces como manifestación deportiva […]. Otra de las dificultades del ejercicio de la labor docente la han constituido las altas temperaturas de la región que hicieron del sombrero de paja el compañero imprescindible del universitario en la Campaña. Hay que hacer notar que no se podían soslayar las horas de calor más intenso,

porque eran precisamente estas, las de descanso de las faenas agrícolas agotadoras que en aquellos momentos están realizando con motivo de la recolección de cereales en un año de doble producción. La escasez y la poca pureza del agua, unido a la pesadez de las comidas, compuestas fundamentalmente a base de grasas, constituyó, en alguna ocasión, cierto peligro para la salud de los universitarios[167].

En 1963 el ámbito de actuación se amplió a siete comarcas de la misma provincia de Granada. Con la experiencia del año anterior, la campaña estuvo más organizada y se obtuvieron mejores resultados. Simultáneamente, se realizó otra campaña en cinco comarcas de Huelva, además de una actuación específica sobre los pescadores dentro de 74 barcos pesqueros. Hay que recordar aquí que la tasa de analfabetismo entre los pescadores era del 40 %, en realidad del 80 % si se aplicaban los criterios de la Unesco. Se trabajó en cuatro puertos de la provincia (Huelva, Punta Umbría, Ayamonte e Isla Cristina) en duras condiciones, luchando contra los mareos diarios, de tal forma que solo lo pudieron soportar el 55 % de los universitarios. Las clases estaban planteadas para llevarse a cabo a bordo de los barcos, pero la conclusión final es que hubo mucha más convivencia que pedagogía[168].

En 1964 la campaña se trasladó desde el sur hasta Galicia, con ocho comarcas de Orense y tres de Pontevedra. Se denominó Campaña de Educación Popular porque, además de enseñar a leer y escribir, se plantearon diversas actividades culturales. Con 547 universitarios, y con Raimundo Balet como jefe de comarca de Ribadavia, el informe de la campaña explica su organización y desarrollo. El gabinete técnico del SUT elaboró las técnicas docentes sobre la base de los materiales de las campañas de Granada y Huelva. Así, por ejemplo, en el Manual II de enseñanzas culturales, en la parte de Historia, los temas elegidos y el lenguaje utilizado hacían clara referencia a la campaña oficial de los “XXV Años de Paz”, que el régimen desarrolló a lo largo de ese año con un gran despliegue de medios. Por primera vez este ponía por delante su legitimidad de ejercicio, en torno a las ideas de paz, orden y progreso, pero sin renunciar a su legitimidad de origen, es decir, la victoria en la guerra:

El año 1939, el día 1 de abril, se consiguió la victoria y se hizo la paz en España […]. Este año se cumplen los 25 años de paz española. Durante este cuarto de siglo España ha superado momentos muy difíciles y ha conseguido vencer las dificultades económicas que impedían el progreso económico y social de los españoles[169].

En otoño de 1964 Raimundo Balet relevó a Enrique Calonge como responsable máximo del SUT, encabezando el equipo que visitó a Franco junto a las jerarquías del SEU, al igual que en años anteriores, para rendir cuenta de sus actividades. La disolución del SEU en abril de 1965 condicionó, como es lógico, la existencia del SUT y la orientación de sus actividades. Ignacio García López fue nombrado comisario para el SEU en julio de ese año, mientras la campaña se desarrollaba en Cuenca y Teruel de acuerdo con los patrones establecidos hasta entonces, pero con el acento puesto en actividades de extensión cultural y recreativas como rondallas y coros, clubs para la juventud, torneos deportivos, excursiones, círculos de lectura y discotecas.

En 1966 las campañas educativas se realizaron en lugares tan distantes como las provincias de Jaén y Lugo. La primera encabezaba el ranking de las tasas de analfabetismo entre las provincias españolas, con un 23,2 % en 1960 y un 18 % en 1970. Acudieron 218 estudiantes en Jaén y 150 en Lugo, pero para entonces la universidad española estaba experimentando cambios muy importantes en su búsqueda de salidas democráticas. Varios catedráticos y profesores habían sido expulsados de las universidades de Madrid y Barcelona, y los sindicatos democráticos de estudiantes celebraban elecciones libres tomando las riendas del movimiento estudiantil en un proceso que parecía imparable. En consonancia con este proceso, la participación de los estudiantes en las actividades del SUT empezaba a reflejar con más claridad la toma de posición a favor de la democratización de la universidad y su proyección más allá de ella sobre las estructuras políticas nacionales. Para algunos de los sectores más radicalizados del movimiento estudiantil la participación en las actividades del SUT,

que consideraban heredero del mismo SEU al que poco antes habían logrado eliminar, suponía un cierto grado de colaboracionismo con el régimen.

En los documentos de las campañas de 1965 y 1966, se puede advertir la indecisión propia del momento histórico[170]. Lo muestra tanto la caída de participantes en la campaña de Cuenca y Teruel en 1965, como los intentos de recomposición de filas que se reflejan en el documento de planificación de la campaña de 1966, plagado de referencias falangistas. La salida técnica de las campañas consistió en reproducir los esquemas del trienio anterior e insistir en experiencias ya conocidas, aunque también se trató de amortiguar las crecientes inquietudes de los universitarios con algunas cesiones culturales. De manera que equipos de enseñanza y expedición de títulos, técnicas agrícolas, promoción de teleclubs, divulgación sanitaria, apoyo a las políticas de concentración parcelaria y hasta lecciones de urbanidad de la Sección Femenina compusieron el paquete de actuaciones más representativo de la campaña de 1966. La universidad y la sociedad estaban abocadas a cambios sustantivos y esto incidiría de forma evidente en los dos próximos años.

En 1967 la planificación y el desarrollo de la campaña de Cáceres estaba consolidado y los objetivos eran claros: mayor concienciación social de los universitarios y educación popular en las zonas más deprimidas. Los testimonios disponibles muestran un cambio de mentalidad y una mayor identificación con planteamientos progresistas afines a los sindicatos democráticos de estudiantes, mientras que resulta cada vez más apreciable la presencia de curas jóvenes y de universitarias. Las diferencias de criterio mostradas en el cursillo previo entre los jefes de comarca y los participantes en la campaña son reveladoras, asimismo, de un nuevo marco de relaciones dentro del SUT.

En cuanto a la realidad social que afrontaron las campañas, hay que destacar que en Las Hurdes, todavía entonces símbolo de un aislamiento y atraso seculares, el 80 % de los niños en edad escolar no asistía a clase, y con la campaña llegaron equipos sanitarios para el tratamiento de enfermedades como paludismo, bocio, raquitismo, tuberculosis, viruela o tifus. El estudio sobre Almería, por su parte,

destacaba que en casi todos los pueblos había luz, televisión, correo y teléfono salvo contadas excepciones, pero no agua corriente, ni médico, mientras que las condiciones higiénicas eran todavía muy deficientes y las pésimas comunicaciones, sin tren y con carreteras en mal estado, seguían abocando a los pueblos al aislamiento.

Dos acontecimientos importantes tuvieron lugar en el otoño de 1967. Con el relevo de Raimundo Balet por Teresa García Alba, una mujer accedía por primera vez a la dirección del SUT. Responsable de la comarca de Ginzo de Limia en Orense en 1964, al año siguiente, García Alba fue responsable de la comarca de Cañete en la campaña de Cuenca y Teruel, y en 1966 del Departamento de Actividades Culturales en la campaña de Jaén. En diciembre de 1967 se celebró en Pueyo de Jaca el curso anual de mandos, donde se presentó una ponencia sobre la Campaña de Educación que suponía un cambio drástico sobre la manera de concebir la conexión con el mundo rural. En la introducción figuraban como fines y cometidos de la Campaña de Educación los siguientes:

SUT sería instrumento de conocimiento y concienciación.

Provocar al universitario con su labor un despertar de conciencia.

Promocionar a los agricultores e indicarles cómo lograr la liberación de su anacrónica situación.

Denuncia ante la opinión pública de la auténtica situación del campo español[171].

Se incluían en la ponencia, asimismo, un organigrama técnico y un organigrama político. En el primero de ellos se articulaba un equipo de especialistas (economistas, sociólogos y agrónomos) para realizar un estudio sociopolítico y económico de las zonas programadas, considerándolo un instrumento teórico de vital importancia para conocer la realidad y poder transformarla. En cuanto al organigrama político, se construía a partir de los puntos siguientes:

El universitario es la base fundamental de la campaña; se plantea un cuestionario de selección.

Formación teórica disponible desde enero, con ponencias propias del SUT.

Formación teórico-práctica sobre las zonas de actuación, con un informe editado por la Dirección de Estudios de la campaña.

Cursillos de precampaña, agrupados por comarcas, para la planificación.

El universitario se situaba administrativamente como dependiente de las “fuerzas vivas” del pueblo, pero su criterio no estaría condicionado por ellas, en un proceso totalmente diferente al de años anteriores.

Para la relación entre el universitario y el pueblo se articularía un programa de trabajo práctico y teórico[172].

El esquema de años anteriores, con la Delegación de Comarcas, ya no se consideraba operativo. La estructura de las comarcas pasó a un delegado y un equipo técnico, al mismo tiempo que se dotaba a la estructura comarcal de autonomía para decidir sobre los problemas que se fueran presentando, con supervisión del órgano rector de la campaña en los de mayor importancia. Dichos equipos técnicos, compuestos por unidades de sanidad y obras públicas, extensión agraria y ganadería, y cuestiones sociales, visitarían cada semana una comarca. Además, la nueva Secretaría de Información y Prensa asumía funciones tan importantes como informar de los estudios previos a la campaña, llevar la propaganda en los medios de comunicación provinciales y nacionales, o mantener informado al universitario con el boletín de la campaña.

Por tanto, la ponencia de diciembre de 1967 introdujo cambios relevantes en los conceptos, las formas de organización y el desempeño de funciones en las campañas, justo en un momento en

que la universidad española conocía una intensa fase de movilización contra la dictadura. La mayor parte de los estudiantes que acudían ahora al SUT llegaban ya impregnados de este espíritu y se disponían a trabajar con muchos menos controles y limitaciones que en años anteriores. Eso explica los intensos debates y las propuestas de cambio que se acabaron imponiendo con rotundidad en el curso de Pueyo de Jaca de diciembre de 1967. En los meses siguientes se asentaron nuevas premisas y prosiguió la dialéctica sobre hasta dónde llegaba la capacidad efectiva de transformar la universidad y la sociedad en su conjunto.

En abril de 1968 se realizó en León el curso preparatorio de la actividad del SUT en el siguiente verano, con la asistencia de 130 universitarios. Después de varios debates con posturas claramente diferenciadas, en él se articularon unas ponencias orientadas bajo las conclusiones de Pueyo de Jaca, que ratificaban la orientación del proceso y se traducían en políticas a aplicar sobre algunas variables fundamentales de la inminente campaña veraniega.

Así, la campaña de León comenzó bajo la dirección de Agustín Maravall y Alberto Ruiz Secchi, veteranos de otras campañas, donde habían demostrado alta capacidad analítica y organizativa. La Dirección de Estudios estaba compuesta por Lorenzo Díaz Sánchez y Heriberto Morillas, también veteranos de otras campañas e impulsores del cambio desde Pueyo de Jaca, e inspiradores y fuente intelectual de la campaña, siendo realmente ellos sus responsables en la práctica, con Manuel Titos como responsable de la gestión administrativa. En esta campaña los estudiantes combinaron el trabajo en faenas agrícolas con las clases de cultura general y alfabetización, y la colaboración en algunos de los primeros estudios sociológicos a través de encuestas. El informe final de campaña, que no se había hecho en los tres años anteriores, destacaría positivamente algunos de los objetivos alcanzados en esa alternancia del trabajo manual e intelectual y en la convivencia con las comunidades rurales.

La Secretaría de Educación había partido del hecho de que la tasa de analfabetismo, con un 4,2 % en 1970, salvo en algunas zonas como La Cabrera y La Montaña en la zona norte, resultaba muy inferior a la de otras provincias que habían sido objeto de las

campañas anteriores. De manera que el Certificado de Estudios Primarios ya no sería la meta primordial de la actuación de los universitarios. Se aplicaron los criterios de la Unesco y la Secretaría elaboró planes docentes y definió medios didácticos distintos a los de campañas anteriores por su acusado matiz ideológico, planteando la necesidad de buscar una nueva pedagogía para adultos alejada de la pedagogía infantil utilizada hasta ese momento. En el número 2 del boletín de la campaña, un artículo de Lorenzo Díaz, de la Dirección de Estudios, titulado "La nueva experiencia que estamos ensayando", definía con claridad el cambio que se estaba implantando:

La puesta en práctica de una nueva forma de hacer Campaña está produciendo unos resultados totalmente diferentes a los de años pasados. El evidente anacronismo de antaño, de presentar al universitario con marcado tinte paternalista triunfalista, que llegaba a una comunidad rural pontificando […] enseñando, como hombre de ciudad, una ciencia que no calaba en los problemas en que se debate el hombre del campo […]. Las duras polémicas de los cursos de Pueyo de Jaca y León vertieron las posturas reformistas (de la nueva base surgida de la vanguardia universitaria) y la de los recalcitrantes, amantes de la vieja fórmula. Las nuevas fuerzas vencieron en el match dialéctico y presentaron sus nuevos esquemas. La nueva orientación estaba lista para ser llevada a la práctica […]. Recapacitemos una vez más sobre los fines que nos han traído acá. Queremos conocer una realidad social, queremos acrecentar y fortalecer nuestra sensibilidad social y política conociendo la vida real de nuestro pueblo[173].

El número 4 del Boletín aportaba el testimonio de Mauricio Bacardit, sacerdote jesuita y sutista con experiencia anterior y delegado de comarca de La Bañeza:

La Campaña de este año ha adquirido unas características distintas a las de años anteriores. Este año nos hemos dedicado no tanto a

alfabetización sino más bien a un trabajo, a una convivencia. La opinión sobre este cambio es que ha sido positivo, quizás hemos sacudido cierto paternalismo y cierta posición aristocrática frente a la gente ante la que nos encontrábamos. Nos hemos allanado más, y para mí esto ha sido muy positivo. No se ha excluido la parte alfabetizadora, la parte educativa pero hemos partido de un trabajo con la gente, de una convivencia, que a la larga rendirá más frutos y será más sincera que los otros años[174].

En ese mismo boletín artículos como los de Lorenzo Díaz, "Las masas hacen la historia", y Jesús Coca, "La mujer, la represión sexual y el SUT", son representativos de la expresión universitaria de esos tiempos, impensables en boletines de años anteriores. Otro artículo de Lorenzo Díaz y Heriberto Morillas en la prensa de Madrid, "Estudiantes ante el conflicto estudiantil", ilustra ese proceso y se pronuncia contra el apoliticismo, el cual "es siempre interés en conservar y consolidar la situación política vigente en cada momento". Una llamada a favor del compromiso que se producía, hay que recordarlo, poco tiempo después del Mayo del 68 francés, con su réplica en otros países de Europa y América. En España en ese año los incidentes en la universidad fueron constantes, permaneciendo cerradas durante meses las Universidades de Madrid y Barcelona pero también Valencia, Valladolid, Sevilla, Santiago o Zaragoza y generalizándose manifestaciones, enfrentamientos cotidianos con la policía o actos de protesta tan simbólicos como el concierto de Raimon en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. La reacción de las autoridades va a ser la represión en las calles, la incoación de expedientes contra centenares de estudiantes y su procesamiento por el Tribunal de Orden Público (TOP) en algunos casos.

Los estudiantes que iban al SUT estaban ya inmersos en ese proceso y estaban mucho menos dispuestos que sus predecesores a trabajar disciplinadamente en las estructuras controladas por cuadros elegidos desde la Comisaria para el SEU. En la campaña de León, donde se produjo la mayor concentración de universitarios de la historia del SUT, se pudo ver como nunca antes esos nuevos

posicionamientos, esa revisión de conceptos y rupturas en el lenguaje, orientados hacia formas de compromiso político cada vez más explícitas que, a su vez, provocaron reacciones cada vez más duras por parte del sistema.

El abrupto cierre de la campaña de León, igual que poco antes los conflictos planteados por las actuaciones del Teatro de Cámara de Zaragoza y el TEU de Sevilla en la propia campaña, ponían en evidencia los límites que las autoridades habían puesto al compromiso de los universitarios y las tensiones dentro de los propios sutistas. Como escribía Teresa García Alba, cesada el 18 de noviembre de 1968, en una extensa carta enviada a los sutistas para explicar la situación:

El SUT tiene que estar gobernado por todos los universitarios, gobierno que, lógicamente, se concretará en aquellos a los que cedan su poder para la práctica diaria o funcional de dicho gobierno. Pero, en ningún caso, por algún grupo o sector, de los muchos que han pretendido, pretenden o pretenderán hacerlo. Puede que los que van al SUT tengan una determinada ideología, pero el SUT, en su cualificación política, ha de ser independiente[175].

Tras la crisis del SUT provocada por los sucesos de León, en 1969 la dirección del SUT del Distrito de Zaragoza organizó una Campaña de Educación Popular en la provincia de Teruel. Si bien su director, Luis F. Bermejo, había sido jefe de comarca en la campaña de Cáceres de 1967 y uno de los más claros representantes del sector derrotado en los debates de Pueyo de Jaca, los criterios de organización y funcionamiento en Teruel guardaban semejanza con esas experiencias anteriores. La campaña tuvo una discreta acogida y acudieron a ella noventa universitarios, de los cuales veinte eran mujeres, aunque de acuerdo con el testimonio de un participante, el cursillo precampaña se consideró un fracaso: “Nos daban conferencias pero estaban tan mal dadas y eran tan rollazos […] nos habían engañado en varias cosas. En primer lugar, todos los mandos eran, más o menos, chupones del régimen o falangistas”[176]. El régimen se empeñaba en preservar unas estructuras que se

habían alejado ya definitivamente de cualquier contacto con los verdaderos intereses de los estudiantes, condenando al SUT a su desaparición ese mismo año.

LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN: UNA EXPERIENCIA DE VIDA

A lo largo de las páginas anteriores se ha expuesto la naturaleza de las Campañas de Educación, su gestación, los principios que las inspiraban y la historia sucinta de sus ocho años de existencia. Ahora vamos a ver cómo estaba organizada la vida dentro de ellas, la experiencia de los universitarios y su trabajo, su relación con los campesinos, su visión del mundo rural y del analfabetismo, así como los medios que utilizaron para tratar de cambiar esa situación. Respecto a los documentos, la memoria de los participantes aporta un retrato mucho más vívido de sus experiencias. Los abundantes testimonios orales y escritos son la mejor fuente para acercarnos a sus percepciones y valoraciones de aquella época, su choque con la realidad y cómo aplicaron sus planteamientos críticos, cambiando sustancialmente su naturaleza inicial.

Hay que pensar que esos testimonios están escritos en una edad promedio de veinte años y algunos textos todavía sorprenden por su capacidad analítica y organizativa, su habilidad literaria y su sensibilidad para captar las esencias del mundo campesino transmitiendo respeto y solidaridad. El impacto de las campañas sobre los universitarios es difícil de cuantificar, pero está claro que muchos de ellos cambiaron su mentalidad tras el contacto con esa realidad. Como sabemos por varios testimonios, sus actuaciones también influyeron en cierta medida sobre los habitantes de las zonas de las campañas, sobre la visión que tenían de los universitarios y sobre las valoraciones sobre la sociedad española y sobre sus propios problemas.

A diferencia de los campos de trabajo, donde los alojamientos de los universitarios estaban situados cerca de los centros de trabajo, de manera que su contacto con los obreros era más discrecional y no solía alcanzar a las relaciones familiares, en las campañas educativas los universitarios se alojaban casi siempre en casas de los

campesinos, compartiendo techo y comida con las familias. Lejos de núcleos importantes, el día a día estaba dedicado por entero al trabajo y a la convivencia con los habitantes de los medios rurales, implicándose mucho más en sus formas de vida. La convivencia con los campesinos, desde el primer día de la llegada, es una constante en el testimonio de los sutistas, como en este de Agustín Maravall:

El día siete de agosto, por la mañana, llegue a Fátima y allí me esperaba Miguel con unas burras. Monté en una de ellas y me subí a mi nuevo hogar, pues el camino que sube a él es intransitable incluso para bicicletas […]. Todas estas gentes son agricultores. Viven pura y simplemente de su trabajo en el campo. Los cortijos son casas recias, hechas de mampostería, y constan de dos partes: una la habitada por la familia y otra la habitada por los animales. La vivienda propiamente dicha tiene generalmente un dormitorio, donde duerme toda la familia, y una cocina, habitación en la cual guisan, comen y hacen toda su vida privada […]. Una de las cosas que me chocaron fue la extraña disposición de la cuadra. Se daba el caso en gran número de los cortijos, de que los animales, para pasar a la cuadra, tenían que atravesar la cocina. Estando dando la clase varias veces tuve que interrumpirla para dejar paso al mulo o a la burra […]. Como es corriente en toda esta zona, carecían de luz eléctrica. Se alumbraban por candiles, y la clase nocturna que daba (única hora en que podían venir algunos hombres) estaba obligado a darla a la luz de varios de ellos […].

En cuanto a las comidas hacen tres al día. Nada más levantarse, poco después de salir el sol, toman un trago de aguardiente y salen a trabajar. A las diez vuelven a casa y allí toman el almuerzo. En general suelen ser migas pero también toman fritada de calabaza. Los hay que desayunan pan y un pedazo de magra o tocino. Lo que muy pocos hacían era tomar leche o chocolate, en todo caso, solamente leche de cabra sin hervir. La comida del mediodía casi la totalidad de las veces era “olla”, siempre con una base de patatas y aceite, tal cantidad de aceite que al principio me parecía estar tomando una sopa. Cuando la mujer no tenía muchas ganas de cocinar, les hacía tortillas o huevos fritos, siempre nadando en el pringue, como ellos llaman al aceite que echan, con algunas patatas

fritas[177].

Eduardo Leira se alojó en el cortijo de Los Gigantes, a cinco kilómetros de Montefrío:

Yo dormía en el granero, en lo que ellos llaman la cámara. Una habitación que estaba dividida en dos por un muro de un metro o así de altura, que separaba una especie de compartimiento para el grano de lo restante, donde se había puesto una cama plegable, una silla y una pequeña arca como mesilla, durante mi estancia. Tenía la cámara una ventana de 20 x 30 cm. En la parte de arriba de la pared, por donde entraba el aire y el sol igualmente, pues carecía de cristal, cosa que como ya he dicho ocurría con frecuencia[178].

José Llobet Collado, por entonces oficial de la Armada destinado en San Fernando (Cádiz) y estudiante por libre del primer curso de Económicas, escribe sobre la campaña del SUT en Las Hurdes durante el verano de 1967:

En la campaña de alfabetización me instalaron, solo, en Erías, una alquería de Pino franqueado de unos cincuenta vecinos, en donde estuve cuarenta días dando clase a adultos y jóvenes. Me impresionó la pobreza y dignidad de la gente de Erías. Para no resultar una carga excesiva, cada día comía en una casa. Y todos los días comí lo mismo: un potaje de garbanzos. Las casas no tenían electricidad (se usaban candiles y carburos) ni agua corriente. Todas las mañanas, al amanecer, me bañaba en el rio, y un día descubrí que medio pueblo me espiaba, perplejo ante tanta extravagancia. Durante mi estancia murió un bebe por una descomposición. Lo trasladamos al cementerio de la comarca, a través de kilómetros de monte, a lomos de una caballeriza con una sábana como sudario. La pedanía funcionaba en régimen de asamblea y así se tomaban decisiones como, por ejemplo, esa de

obligar a todos los vecinos hábiles a acompañar a los muertos camino del camposanto, o la manera de financiar y construir el cementerio que tanto necesitaban: “Más peonadas los más viejos, que lo usarán los primeros”[179].

Sobre la campaña de Orense de 1964 escribe Liborio Hierro, subsecretario de Trabajo en la democracia:

A los pocos días de estar allí, incorporado a la familia de Engracia y Emilio, pude ya reunir un grupo notable de vecinos para explicar cuál era mi misión en ese mes y medio. Asistieron chavales y chavalas, algunos jóvenes —sobre todo mujeres— y algunos de muy avanzada edad; algo así como veintitantas personas, que podían fácilmente ser la cuarta parte de los habitantes del lugar. Nos reunimos un par de tardes en la escuela pero pronto nos pusimos de acuerdo en que era inhabitable; estaba sucia, con los cristales de las ventanas rotos y sin luz. Decidimos instalarnos en una habitación grande que alguien nos cedió en una casa; llevamos allí bancos y pizarras de la escuela y, a los pocos días, teníamos organizada la campaña de alfabetización. Unos venían a aprender a leer y a escribir, sobre todo los de más edad; otros, los jóvenes, querían mejorar la letra y leer más deprisa; los pequeños querían aprender geografía. En todas las edades eran más las mujeres que los hombres. Yo no estaba preparado para responder a esta colorida demanda pero disponía de lápices, cuadernos, tizas y mapas y pronto me di cuenta de que lo que la mayor parte de ellas y ellos querían era disfrutar de dos horas, entre las siete y las nueve de la tarde, haciendo lo que nunca tenían ocasión de hacer: aprender; aprender lo que fuera y como fuera. Durante los cuarenta días siguientes las clases de cada tarde fueron una especie de fiesta en que ancianos y ancianas, señoras y algún señor, chicas y chicos, niñas y niños, se aplicaban a sus heterogéneas tareas, discutían, se peleaban y se reían mientras yo, atónito, trataba de imponer algún orden a cada cual y de responder las preguntas más variopintas […].

No hubo ninguna celebración de despedida, que yo recuerde, pero

la práctica totalidad de los vecinos vinieron a despedirme el último día. Los alumnos se hicieron alguna foto conmigo. Muchos me trajeron regalos que no sabía dónde meter en mi pequeña maleta. Mi familia local me regaló un gran pedazo de jamón. En algún momento yo había bromeado preguntando dónde estaba el jamón del tocino que comíamos cada día; comprobé entonces que el jamón, limpio de tocino, se guardaba para las ocasiones.

Cuando recorrí los tres kilómetros de vuelta hacia Randín solo llevaba la maleta y los recuerdos. Tenía la clara impresión, que todavía conservo, de que no había enseñado casi nada y había aprendido casi todo. Aunque, también, de que mis alumnos se habían divertido mucho. Tenía la sensación de que nunca volvería a vivir una experiencia semejante y de que, probablemente, a ellos no volvería a verlos nunca[180].

Alicia Ríos Ivars estuvo en la campaña de Lugo de 1966, en Corbelle, junto a Francisco Rivera y Manuel Varona:

Me instalaron en la habitación del piso que estaba encima de la cuadra de vacas de la casa de Antonio Basanta, que era el alcalde pedáneo. Su mujer era Antonia y su hija de 14 años era Fina. Eran encantadores, falaban galego y me sentí su hija al instante. A mí todo me apasionaba y disfrutaba de cada circunstancia al máximo sin parar de aprender y de contextualizar para ellos mi punto de vista de la misma realidad que compartíamos […]. Íbamos avanzando en el desarrollo del programa de estudios previsto y venían las mujeres con ofrendas para nosotros debajo de las faldas, largas y con refajo, tejidas en lino en el telar por ellas. Llevaban ocultos quesos o embutidos, o un pan. Y nos lo querían dar de tapadillo y les decíamos: “No, no me dé nada ahora, cuando se acabe el curso para celebrar los certificados y, resignados, se lo llevaban a sus casas” […].

Como, a pesar de estar a una distancia de unos 30 o 50 km. del mar Cantábrico, casi ninguno había visto el mar, los tres universitarios de Corbelle pensamos que era imprescindible aprovechar que

estábamos allí y disponíamos de un mínimo de recursos y desde luego de muchísima energía y ganas, para organizar una expedición a la costa de Ribadeo. Alquilamos el autobús, hicimos unas largas pancartas pintando sobre las bandas de tela blanca que rodeaban los laterales del vehículo en letras negras el rótulo: "Universitarios y Vecinos de Corbelle". Y allí nos fuimos a hacer una merienda en la playa con cestas, hechas por ellos, rebosantes de manteles de cuadros, de platos, vasos, cuencos y cubiertos y comida casera de todo tipo para recuperar la energía cuando llegáramos por la energía invertida en la emoción del descubrimiento, la sorpresa infinita de la aproximación gradual al mar, a su olor, a su merodeo, a su tamaño inaccesible y para los más osados, a su sabor y a su temperatura y caricia. Fue maravilloso, ¡Qué comentarios! ¡Qué expresiones! […].

El día que nos íbamos y venía el carro de mulas a buscarnos, cada uno teníamos un cargamento de regalos, una auténtica pirámide de ofrendas comestibles, de utensilios de trabajo, de ropa confeccionada por ellos en el telar, de gorros de dormir, de patucos de lana hilada por ellos muy apretados, de notas, de apuntes, fotos y de emociones por la maravillosa experiencia vivida[181].

Como puede verse, en el recuerdo de los universitarios el momento de la llegada, percibida casi como un viaje iniciático, va indisolublemente unido al momento de partir con el bagaje de una experiencia de aprendizaje, en la que se ha recibido más que dado. "Pero en lo que a mí respecta", escribía Agustín Maravall, "esta campaña, probablemente mejor que de alfabetización debiera llamarse de convivencia, porque en lo que más quise meterme fue en su vida y fue lo que más quise también que se metiera dentro de mí". Para Eduardo Leira, quien se alojó cerca de Montefrío (Granada), "esta experiencia es de todos modos, yo creo, más importante para nosotros, como conocimiento de la realidad agraria española, que para los mismos trabajadores en cuanto a la ayuda que les pudiéramos prestar". Así reflejan Juana Rubio e Ignacio Barrio el momento de la despedida en Valenzuela:

Son las tres de la madrugada y estamos terminando de escribir nuestro informe. Tenemos miedo de que llegue el día de mañana, mejor dicho el de hoy porque la hora de despedirnos de estas buenas y generosas gentes que se han desprendido en muchos casos de cosas necesarias para su vida para atendernos a nosotros, va a ser muy triste. Nosotros nunca olvidaremos en nuestra vida los momentos de trabajo, alegrías y tristezas que hemos pasado junto estas sencillas criaturas. Hemos vivido con ellos tan dentro de su ambiente que sentimos la marcha como si dejásemos a los seres más queridos que nunca se volverán a ver más[182].

Una despedida que no siempre fue definitiva, pues no fueron pocos los universitarios y universitarias que volverían muchas más veces a esos lugares, a veces manteniendo esas relaciones durante décadas, la mejor prueba del impacto de la experiencia en sus vidas.

Ese medio rural fue un descubrimiento para muchos estudiantes procedentes de las grandes ciudades, pero para muchos otros no era sino volver al mundo del que procedían sus familias. Graciela de Miguel estuvo en el pueblo de Cumbres Mayores, como partícipe en la campaña de Huelva 1963:

Todavía con luz de atardecer, no había otra, delante de su casilla en la calle, cenamos toda la familia en el mismo plato, como se hacía en mi pueblo, no se anda con melindres si el agua para fregar se trae con el cántaro a la cadera. Aquí el plato común era una fuente, ensaladera grande redonda, y no el azafate, alargado de porcelana blanca, de mi pueblo. Vi que separaban, a una orilla del plato de legumbres antes de coger con la cuchara, los gorgojos que nadaban en el caldo. Yo hice lo mismo en silencio, la comida estaba muy rica, bien guisada y todos comíamos con mucha hambre. Los guardeses me acomodaron con ellos en su humilde casilla, limpia y encalada, que no llamaban chabola como en la ciudad. Al cuarto de entrada daban dos recovecos a modo de habitaciones, sin puerta, uno para el matrimonio y otro para los hijos. A mí me acomodaron en el cuarto de la entrada, en el suelo, en un jergón de paja, como luego supe que eran todos[183].

El difícil viaje a lugares apartados, el recibimiento en un entorno en apariencia hostil, la pobreza y las injusticias sociales, el trabajo en intensas jornadas de sol a sol, el descubrimiento de un mundo rural o, más a menudo, el reencuentro con él para jóvenes que eran hijos o nietos de campesinos emigrados a la ciudad, la empatía con las gentes y, en fin, una experiencia entendida como itinerario de aprendizaje que dejó una huella para toda la vida, son todos ellos elementos que aparecen como formando parte de un único relato. Así, Pilar González Guzmán recuerda sobre la campaña de Cáceres del 67:

Guardo muy buenos recuerdos de mi estancia en Oliva de Plasencia. El trabajo físico lo recuerdo como muy llevadero; más miedo e inseguridad tenía cuando empecé a enseñar a leer a las mujeres. Aprendieron a leer pocas, tres o cuatro, una de ellas un ama de casa con cinco hijos, que me produjo mucha satisfacción. Me volqué en ellas y me tomaron cariño. Fue la experiencia más interesante en la que había participado hasta la fecha y volví ensanchada y satisfecha. Pasé muchos apuros cuando las muchachas del pueblo me preguntaban tras las clases —nos quedábamos charlando mucho rato después— cosas de su vida cotidiana, de las relaciones sexuales, de los hijos, etc., porque yo era mucho más "ingenua y pardilla", en esos temas, que la gente del pueblo; me daban cien vueltas. Pero todo fue natural y entrañable. Yo tenía bastante facilidad para conectar con gente trabajadora como mi familia y mis cuatro abuelos habían sido campesinos en Granada, Asturias y Galicia, padres de muchos hijos y llevado vidas tan difíciles como muchas de las suyas[184].

La falta de religiosidad o la pasividad de las prácticas religiosas seguían siendo aspectos destacados en las preocupaciones de algunos voluntarios y voluntarias, como lo había sido para los fundadores del SUT, empezando por el padre Llanos, que contemplaban España como un país de misión. Para Eduardo Leira, el catolicismo que encontró era "tradicional e indiferente. Nadie iba

a Misa, y solo cumplían con algunas obligaciones religiosas como son el matrimonio en la Iglesia y el bautizo de los hijos y en algunos casos primera comunión". Fernando Casull Corcuera recuerda: "Asistí a Misa de siete en Los Guijarros. Como la gente de aquí no sabe oír Misa me puse de acuerdo con el cura y dirigí la Misa, indicando la postura adecuada en cada momento, el porqué de los diversos actos de la Misa, leyendo el Santo Evangelio en castellano. Resulto la cosa muy bien"[185]. Graciela de Miguel coincide en esa misma idea:

Nadie había hecho la primera comunión, ni los niños en edad de hacerla, ni los que la habían pasado y aun los más adultos. Del bautismo y confirmación ni me interesó investigar. Yo era de pueblo y sabía que la primera comunión era un acto de integración social, que por desgracia marcaba muchas cosas, y aun para los niños que iban retrasados con los de su edad en la catequesis, y tenían que esperar un año, tenían consecuencias negativas. En el cortijo no se dejaba de hacer la primera comunión por rebeldía o simple rechazo del acto religioso. No se hacía porque no había medios para ello, por la pobreza y la miseria y el aislamiento. Y mi propuesta de hablar con el cura y facilitar las cosas y responder de los gastos les pareció muy bien[186].

Sin embargo, en los años finales de la década de 1960 las preocupaciones religiosas dejaron paso a otras manifiestamente políticas, en muchos casos ya con una doble militancia en la oposición clandestina a la dictadura. Llamaba la atención de los universitarios la aparente apatía política de los campesinos, con un aire de resignación que se percibía como antropológico, una percepción que entroncaba con una larga tradición regeneracionista de las élites españolas. En este sentido, Eduardo Leira recuerda:

Quizás por eso la gente en general era extraordinariamente conformista y fatalista. Es lo que más tristeza me daba a mí de ellos. Son gente que no aspira a nada más, que vive sin ilusiones, sin nada

por lo que luchar. Viven su vida automáticamente, trabajan porque hay que mantenerse y subsistir, saben que lo que cultivan lo comerán, después volverán a plantar, lo volverán a comer… y así indefinidamente. Así hicieron sus abuelos, sus padres, ellos y, en principio, sus hijos. Trabajan y esto es lo único que tienen en la vida, su trabajo y sus tierras. Las distracciones no existen casi en absoluto, por lo cual no existe la ilusión de los días sin trabajo y los domingos pasan desapercibidos dentro de las semanas […].

En el aspecto político, esta gente es prácticamente apolítica. Cuando hacen protestas estas van encaminadas a la Administración local y no llegan en absoluto al Régimen. Franco es para ellos un personaje no muy definido, un señor muy importante, y en muchos casos no lo reconocen como Jefe de Estado […]. Comentaban respecto a las huelgas asturianas, que gracias a Dios teníamos un Gobierno con mano dura, que si no qué sería de nosotros. Esto de las huelgas lo habían oído en el parte de la radio, y no se enteraban demasiado bien. La mayoría conocía las noticias únicamente por el parte de Radio Nacional[187].

Agustín Maravall veía esa apatía hasta en las relaciones familiares, "reducidas a la mínima expresión" y reguladas por un código de comunicación restringido, basado en el autoritarismo de las antiguas formas patriarcales: "El padre ejerce una autoridad total y absoluta y es la única persona con algo de vida. La mujer pasa el día encerrada en la cocina y se le niega cualquier clase de diversión"[188]. En la vivencia de aquellos jóvenes universitarios y universitarias la experiencia directa de cosas como la escasez de servicios mínimos, la falta de electricidad o agua corriente, o la repetitiva comida de potaje, acabó convirtiéndose en solidaridad con sus nuevos vecinos y alumnos, en deseo de reparar una injusticia que se percibía como secular. José Enrique Rodríguez Jiménez, quien estuvo en Cebanico durante la campaña de León en 1968, nos ha dejado un relato extenso sobre aquella experiencia y su huella vital:

En Cebanico no hay nada. Absolutamente nada. Los hombres

trabajan con los mismos horarios que las vacas, viven supeditados a la tierra y al cielo, trabajan hasta reventarse para poder comer y el horizonte que se les presenta es continuar así, llevando una vida mineral hasta que se mueran […].

La cazuela estaba puesta en el medio, en el centro del corro que formábamos nosotros cuatro. Cada uno con su cuchara procuraba sacar el máximo provecho posible. Y la hundía, para sacarla bien repleta, en los garbanzos que quedaban más bien al fondo del caldo con sabrosos dejes de tocino y chorizo, y los fideos. Entre cucharada y cucharada, relamidas, tientos a la botella y el hambre que se va calmando en aquella comida comunitaria (y antihigiénica), resultaban familiares los moros, los cristianos, las pillerías […].

Cebanico. Nada más que un ejemplo. Una parte cualquiera del campo español. Unos hombres que no viven como tales por lo que cada vez son menos. Una desconfianza hacia todo el que viene, muy lógica después de siglos y siglos de explotación. Una desesperanza total, muchas veces alentada, que hace volver la vista atrás a los viejos, y hacia adelante a los jóvenes, bien lejos, hasta perder de vista lo actual. Una imposibilidad absoluta de acceder a lo que otros muchos tienen, sin romper con un medio, con una vida que está fuera del tiempo en que transcurre. Un determinismo riguroso, implacable, insoportable, económico, histórico y hasta geográfico. ¿Por qué? ¿Hasta cuándo?[189].

TEATRO Y ACTIVIDADES CULTURALES EN LAS CAMPAÑAS

La puesta en marcha de las campañas se efectuó bajo la bandera de la alfabetización. Sin embargo, la dificultad de erradicar este problema, junto con la constatación de que el atraso cultural era una variable esencial para explicar y corregir la situación del campesinado, llevó a introducir en los proyectos de las campañas siguientes otras actividades didácticas y de entretenimiento como cine, teatro, guiñoles, marionetas, corales o tunas. Con ellas se podía complementar la tarea básica de alfabetización durante ese tiempo limitado de las campañas, alrededor de un mes y medio, al mismo tiempo que se llegaba a más destinatarios en esa sociedad rural tan pobre en entretenimientos. Además, la organización, la estructura y los materiales utilizados para las campañas se fueron renovando con mayor dotación presupuestaria y de manera más acorde con las nuevas necesidades, más allá de la lucha primaria contra el analfabetismo, con una voluntad expresa de desvincularse de los planteamientos del viejo SEU. Así, las campañas educativas concentraron la energía de los cambios sociopolíticos que portaban consigo los universitarios.

El teatro se convirtió en la principal de esas actividades. Desde las representaciones populares a cargo de los propios vecinos del pueblo, hasta la presencia itinerante de compañías de teatro universitarias, en algunos casos con un muy estimable nivel de calidad. Se recuperaba así una tradición que se remontaba a los años anteriores a la Guerra Civil, cuando las Misiones Pedagógicas republicanas llevaron por los pueblos el teatro ambulante dirigido por Alejandro Casona y formado por jóvenes estudiantes universitarios, o la compañía La Barraca de Federico García Lorca y Eduardo Ugarte. Las obras más representadas fueron los clásicos españoles, de carácter ligero, pero con la suficiente carga crítica e irónica atemporal para denunciar la realidad social de su público. Este acudía con gran entusiasmo y esfuerzo a las representaciones, por encima de las distancias, los horarios, la incomodidad, el mal

tiempo, las deficiencias técnicas puntuales o, incluso, la presencia de la Guardia Civil.

Conforme pasaron los años, la expresión teatral fue ganando terreno y en los años 1967 y 1968 su protagonismo era indiscutible dentro de la vida y el alma de las campañas. Si en 1962 se comenzó con el Grupo Cultural Agraria Marionetas, en 1963 al guiñol se sumaron el cine, llevado por los equipos móviles con gran éxito, y la coral de Santo Tomás de Aquino del SEU. En 1964 el equipo de Teatro de Marionetas representó cinco obras, y se introdujo la tuna universitaria.

En 1964 empezó sus funciones el Teatro Popular Universitario de Madrid, dirigido por José Luis García Alonso, con cuatro obras, entre ellas Farsa y justicia del corregidor, de Alejandro Casona, un autor que solo dos años antes había regresado del exilio. Ese mismo año comenzó también el Grupo Tespis, de Santiago, representando el entremés de Cervantes La guarda cuidadosa, así como Petición de mano, de Chejov y Farsa del cornudo apaleado, de Casona. Lo dirigía Ezequiel Méndez[190], quien había participado ya en la campaña de Granada de 1962, mientras que Serafín Moralejo, más tarde catedrático de Arte Medieval en Santiago y en Harvard, se encargaba de la escenografía; entre sus actores, destacaban Antonio Meizoso y Joaquín Lens. Llevaron sus representaciones a Ponteareas, Ribadavia, O Carballino, Cea, Melón, Allariz, Mondariz y otras muchas poblaciones gallegas.

En 1965 se formaron dos grupos de Teatro Popular Universitario, junto a uno de marionetas y uno de coros y danzas, además de otras actividades como los clubs para juventud y excursiones a lugares históricos o turísticos. En 1966 dos equipos móviles de cine llevaron a cabo 135 proyecciones, mientras el Teatro Popular organizaba representaciones en los pueblos, dirigidas por universitarios y con los personajes de las obras representadas por vecinos. Las obras eran Un pregón sevillano, de los Hermanos Álvarez Quintero, y La elección de los alcaldes de Daganzo, de Cervantes, nada menos que con catorce personajes. Por su parte, el Teatro Español Universitario (TEU) de Barcelona, con actores como Mario Gas y Enma Cohen, representó cuatro obras en 35 funciones: La cueva de Salamanca, de Cervantes, Los títeres de Cachiporra, de García Lorca, Las aceitunas,

de Lope de Rueda, y La guarda cuidadosa, de Cervantes. El Grupo de Teatro del Conservatorio de París, dirigido por Josita Hernán, quien había estado exiliada cierto tiempo en París, representó en Úbeda, Santisteban del Puerto, Siles, Villanueva del Arzobispo y Huesa tres obras: Nuestra señora, de Carlos Arniches, y otras dos de Alejandro Casona, Farsa del engañado, apaleado y contento y Fablilla del secreto mal guardado.

En 1967, la campaña de Almería contó con la participación de la Escuela de Arte Dramático dirigida por Antonio Malonda con la representación de La excepción y la regla, de Bertolt Brecht. En la campaña de Cáceres, el Teatro Estudio de Madrid actuó en Las Hurdes representando El retablillo de Don Cristóbal, de García Lorca, bajo la dirección de Antonio Llopis y también La excepción y la regla, de Bertolt Brecht dirigida por Ignacio Amestoy, futuro receptor del Premio Nacional de Literatura Dramática en 2002. La compañía recorría los pueblos con una camioneta que portaba el escenario y un autobús para los actores, lo que causaba gran revuelo y expectación. Después de cada representación se celebraba un coloquio sobre los personajes de la obra, entre los que salía a relucir la figura del cacique. Según testimonio de Amestoy[191], tres días después fueron obligados a abandonar la campaña. María Cátedra recuerda que, durante esa misma campaña de Cáceres, se representó Bodas de sangre, de Federico García Lorca, prohibida durante años por la censura franquista:

En Cáceres éramos los maestros, por nuestra actividad; era un pueblo con una fuerte estratificación social y algunos caciques. Fue impresionante enseñar a leer y escribir a adultos que necesitaban comunicarse con los hijos, recientemente emigrados. Hice una obra de teatro con mis alumnos (Bodas de sangre, de Lorca); se aprendieron el papel de memoria y actuaron muy bien en este drama rural[192].

1968 fue todavía más activo. El equipo de cine proyectó en ocho comarcas 37 filmes, entre ellos varios de Charlot, cedidos por la Federación Nacional de Cineclubs. El TEU de Murcia, con Cesar

Oliva como director, realizó diecisiete representaciones en ocho comarcas de León con La Fiesta de los Carros, verdadera galería de tipos y temas del Siglo de Oro, compuesta por una colección de pasos, entremeses y canciones de clásicos como Lope de Rueda, Cervantes, Calderón y Lope de Vega. El TEU de Sevilla tuvo doce actuaciones en siete comarcas leonesas, pero en Valle Gordo no hubo representación porque fue prohibida por el Gobierno Civil. Hubo, además, equipos de extensión cultural cedidos por la Delegación Provincial, que presentaron temas de interés general en exposiciones orales acompañadas de diapositivas y proyecciones.

En la campaña de León de 1968 tanto el Teatro de Cámara de Zaragoza, dirigido por Juan Antonio Hormigón, como el TEU de Sevilla vieron cómo sus representaciones eran prohibidas por el Gobierno Civil en un primer momento, aunque finalmente la autorización de la Delegación Provincial de Información y Turismo les permitió actuar con la advertencia de que debían ajustarse a los respectivos libretos bajo la amenaza de suspensión[193]. Al final el Teatro de Cámara de Zaragoza representó trece funciones en ocho comarcas con su programa Holganza de rústicos y chufla de marear cultos: dos obras con catorce personajes, La cárcel de Sevilla, de Cervantes, y Bilora, del dramaturgo clásico italiano Ruzante[194].

El teatro y el cine no fueron las únicas actividades que complementaron la obra educativa de las campañas. Ya en la primera campaña de 1962, los voluntarios y voluntarias tuvieron que colaborar con las poblaciones locales en el rotulado de calles, el acondicionamiento de estercoleros, la construcción de un puente, los cuidados a enfermos mentales, el asesoramiento en cuestiones jurídicas, el impulso a cooperativas e, incluso, la asistencia en algunos partos. En los años siguientes se sucedieron esas y otras tareas técnicas: labores sanitarias, divulgación de técnicas agrícolas o ganaderas, tratamiento de aguas, análisis de suelos, difusión de la concentración parcelaria, repoblación forestal, promoción de teleclubes y un largo etcétera de actividades que suplían con voluntarismo, más que con planificación, muchas de las necesidades de la gente de los pueblos visitados por las campañas.

La formación especializada de los universitarios, así como el asesoramiento de las autoridades provinciales en determinadas

ramas, como la sanidad o la agricultura, permitía en cierta medida colmar la ausencia de la necesaria orientación técnica en muchos lugares de la España rural. Especialmente valiosa fue la ayuda en la resolución de cuestiones con la Administración pública y de asuntos sindicales y legales. Por ejemplo, en 1966 fueron 242 los asuntos despachados por el improvisado gabinete jurídico. Con la experiencia de sucesivas campañas, la respuesta se fue planificando mejor y ese inicial voluntarismo, algo paternalista y bienintencionado, dio paso a la presencia de equipos móviles especializados que se desplazaban por las comarcas según un plan establecido. La conexión entre el universitario asentado en un núcleo rural y los equipos técnicos itinerantes, sobre todo agrícolas, para responder a las demandas planteadas o aportar iniciativas acabó influyendo muy positivamente en la valoración de los campesinos sobre la presencia de los sutistas.

Así, por citar algunos ejemplos, en 1963 hubo dos equipos móviles de extensión agraria, con unas cincuenta actuaciones cada uno, en particular acerca de enfermedades y abonos del olivo. Otros dos equipos móviles de Divulgación Sanitaria alcanzaron las 70 y 75 actuaciones, respectivamente. El mismo esquema de cuatro equipos móviles de Divulgación Agraria y de Divulgación Sanitaria se repitió en otros años. Francisco Fernández Marugán se encargó de uno de esos equipos móviles durante la campaña de Cáceres en 1967:

Participé en la campaña de alfabetización de Cáceres en una unidad móvil dedicada a la difusión de programas de desarrollo agrario. La mayor parte de la actividad la desarrollé al norte de Plasencia. Proyectábamos películas que nos habían proporcionado los de extensión agraria, donde se trataban algunos problemas de la agricultura española. También teníamos películas americanas, dobladas al castellano, donde se reflejaba el desarrollo ganadero en varios estados de EE. UU. Y, por último, teníamos películas donde se reflejaba la riqueza arquitectónica española, en concreto una denominada Castillos de Castilla[195].

En 1967 los equipos técnicos estaban formados por especialistas en sanidad y obras públicas, en extensión agraria y en ganadería, así como en cuestiones sociales referidas a seguros sociales, legislación laboral o emigración. Ese año Camilo Candel, destinado en Las Hurdes Altas, concretamente en Riomalo de Arriba, promovió la construcción de un puente, de un depósito de agua y de una carretera para fomento del turismo sobre el rio Ladrillar. En 1968 el equipo de sanidad trabajó en el reconocimiento de aguas y de heces, para realizar un informe sanitario, y se llevaron a cabo otros informes agrónomos sobre análisis de suelos y sobre la concentración parcelaria, tratando de fomentar el cooperativismo. Por último, en 1969, la Obra Sindical organizó un curso de formación profesional y se llevaron a cabo, entre otras, las muy solicitadas tareas de asesoramiento legal.

LA NATURALEZA POLÍTICA DE LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN

Desde el principio, las campañas tuvieron un apoyo importante por parte de las autoridades provinciales y locales, mientras que los acuerdos con los gobiernos civiles de las provincias para realizar las campañas eran sustantivos y previos a su desarrollo. Una vez instalados en las zonas elegidas se activaban múltiples relaciones con las autoridades: Gobierno Civil, Junta Nacional Contra el Analfabetismo, Comisaria General de Extensión Cultural, Jefatura Provincial del Movimiento, Inspección de Enseñanza Primaria, Delegación de Sindicatos, Sección Femenina, Diputación Provincial, Capitanía General de la Región, Patronato de Protección al Trabajo, Instituto Español de Emigración, Instituto Social de la Marina, Servicio de Extensión Agrícola, alcaldes de los pueblos y jerarquías de la Iglesia componían todo un tejido de relaciones de distinta naturaleza que aparece reflejado en los documentos. Los apoyos para la financiación, las conexiones con los medios de comunicación locales y provinciales, las ayudas para actividades culturales, las facilidades para la obtención de medios materiales, como transporte o escuelas para vivir y dar clases, o las gestiones administrativas y la resolución de conflictos eran la expresión natural de esas relaciones.

La mentalidad de los participantes en las campañas educativas, de los cuadros intermedios y hasta la de los dirigentes, se fue modificando en paralelo a la evolución que se producía en la sociedad española y en la universidad, y al emergente proceso de lucha democrática por la consecución de libertades. La sensibilidad social ante la dura realidad de los habitantes de las zonas rurales más deprimidas se manifestó desde la primera campaña de Granada y frente a los posicionamientos institucionales frente a las injusticias, que solían quedarse en un nivel retórico, las críticas y las posiciones individuales de los universitarios se hicieron cada vez menos manejables por el sistema. De hecho, el acto de clausura de la campaña de Granada de 1962 terminó con una sonora pitada al

gobernador civil por su bucólica descripción de la realidad vivida por los estudiantes, un incidente semejante se produjo por el mismo motivo al finalizar la campaña de Orense de 1964.

Los ocho años de campañas de educación no fueron uniformes; para empezar, porque había diferentes contextos sociales, económicos y geográficos. Además, la dirección del SUT conoció varios relevos y la universidad acabó teniendo a lo largo de esos años un creciente papel en la oposición frente al régimen. Naturalmente ese proceso de cambio social influyó en la mentalidad de los universitarios que se acercaban al SUT y las respuestas que estos articulaban fueron cada vez más exigentes respecto a las posiciones que debían adoptar frente a la realidad social que descubrían y frente a las estructuras de poder responsables de tales situaciones. Si se toman como referencia los periodos cubiertos por los jefes del SUT, tendríamos tres etapas importantes:

Años 1962 a 1964. Enrique Calonge Revuelto abre la campaña de Granada de 1962 y luego realiza las de Granada y Huelva en 1963 y Orense-Pontevedra en 1964. Es un periodo con fuerte apoyo institucional, durante el cual las campañas dieron muestras de alto nivel de organización, se hizo balance de sus resultados y se elaboraron informes sobre su naturaleza, grado de participación universitaria, desarrollo y resultados.

Años 1965 y 1966. Raimundo Balet está al frente del SUT durante las campañas de Cuenca-Teruel en 1965 y Jaén y Lugo en 1966. La desaparición del SEU en 1965 afectó de modo importante a las campañas como actividad para los universitarios. Menor participación en número, menor dotación presupuestaria, aligeramiento de objetivos y ausencia de balance y resultados caracterizan este bienio.

Años 1967 y 1968. Teresa García Alba dirige el SUT durante las campañas de Almería y Cáceres en 1967 y León en 1968. La creciente dinámica de oposición al sistema en la universidad alcanza de lleno al SUT. Sucesivamente, las campañas de ese bienio conocieron una penetración y un mayor posicionamiento de los estudiantes en la oposición a la dictadura. Se cambiaron los

enfoques de las campañas y los universitarios desbordaron los límites de comportamiento admitidos, desembocando en situaciones críticas que hicieron inviable el mantenimiento de las estructuras heredadas del SEU.

Por último, después de la crisis de León en 1968 y la posterior del SUT se nombró a José Antonio Donat como director nacional del SUT y en 1969 el Distrito Universitario de Zaragoza organizó una campaña de alcance limitado en Teruel.

Como a estas alturas sabemos, los puestos del SUT eran designados y controlados por las jerarquías del SEU y los programas de actividades eran aprobados, impulsados y graduados por la misma jerarquía. Esta circunstancia también marcaba el espíritu y la orientación institucional de las campañas de educación. Por ejemplo, los informes sobre el SUT de 1962 y 1964 se abren con sendas citas de José Antonio Primo de Rivera. En el documento de presentación de la campaña de Jaén de 1966 figuran siete páginas íntegras como parte del temario que conocer y responder para el Certificado de Estudios Primarios: Falange Española, Sección Femenina, Organizaciones del Movimiento y biografías de políticos como Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo junto a Primo de Rivera[196].

TABLA 7

CUADRO ESTADÍSTICO DE LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN

AÑO	PROVINCIA	NÚMERO DE UNIVERSITARIOS	DIRECTOR DEL SUT
1962	Granada	350	Enrique Calonge
1963	Granada	178	Enrique Calonge
	Huelva	153	
	Huelva Barcos	135	
1964	Orense	386	Enrique Calonge
	Pontevedra	161	
1965	Cuenca-Teruel	300	Raimundo Balet

1966	Jaén	218	Raimundo Balet
Lugo	150		
1967	Almería	190	Teresa G. Alba
Cáceres	210		
1968	León	414	Teresa G. Alba
1969	Teruel	90	José A. Donat

TOTAL UNIVERSITARIOS	2.815
NÚMERO DE PROVINCIAS	11
NÚMERO DE CAMPAÑAS	12
NÚMERO DE AÑOS	8
MEDIA ANUAL UNIVERSITARIOS	352

Fuente: Elaboración propia a partir de la documentación depositada en AAS

No obstante, para las campañas se trazaron límites que eran producto de la experiencia anterior y respeto a otros órganos encargados de educación y cultura. La estructura de las campañas hizo que las relaciones con los alcaldes de los pueblos fuesen las más directas y numerosas, pero cada una de las instituciones provinciales o locales jugaron un papel para que las campañas lograran los objetivos que se habían trazado. La organización de las campañas estaba controlada por las autoridades y ya hemos visto los limites expresados en los propios textos del SUT. Pero hay que pensar en las duras condiciones sociales que se presentaban ante los universitarios, y por ello no extraña que las trayectorias no siempre fueran uniformes y que se suscitaran conflictos en determinados casos, en los cuales las autoridades gubernativas exhibieron sus mecanismos de control.

En los documentos de las campañas se incluye la figura del cacique como elemento nocivo a quien enfrentarse para corregir las injusticias del mundo rural. En los análisis sobre las estructuras y los desequilibrios sociales se mencionan los privilegios, el ejercicio del poder privado, las carencias materiales y culturales, los salarios de miseria, la censura, la emigración obligada y la desesperanza ambiental. Hasta la prensa extranjera se hizo eco de este tema. En noviembre de 1962, el New York Times publicó un artículo titulado "España comienza una acción contra los caciques del sur". Sin embargo, en realidad eran estos "caciques del sur" los que estaban denunciando ante la policía franquista a los estudiantes por distribuir "propaganda subversiva", pues como informaba el diario falangista Arriba: "los mandamases rurales en la provincia de Granada habían denunciado como agentes extremistas a los estudiantes que habían enseñado a leer a personas analfabetas"[197]. Aureliano Álvarez Rodríguez relata así su visión sobre las condiciones de vida de los campesinos:

El trato que recibe el campesino en los pueblos es el que proporciona el desprecio y la desidia, aun cuando en sus pesquisas se ampara bajo una ley, está en muchas y tristes ocasiones sujeto a las veleidades de un empleado sin escrúpulos y en el mejor de los casos a las ganas o falta de ellas de quien le tiene que atender en

sus asuntos. En tal situación, rodeados de montes difíciles en estío, intransitables en invierno, con una vida primitiva contrastada por la radio de pilas, parece que es imposible que estas gentes sientan, como en muchos casos ocurre, interés por cultivarse. Todo esto, complementado por una buena proporción de casos difíciles o angustiosos, es lo que encontré[198].

El SUT trataba de mantener sus actividades dentro del más estricto apoliticismo, entendido en esos años como una básica lealtad al régimen, aunque esta se permitiera cierta posición crítica y hasta disidente. Como se afirmaba en el Boletín 4 de la campaña de Cáceres en 1967: "posicionamiento político. ¿Para qué? Al SUT se viene a aprender. ¿Acaso no es la reconstrucción de España aspiración política de todos?"[199]. Seguían existiendo implícita y explícitamente barreras para transitar de los casos particulares y locales a las visiones de conjunto, hacia otros niveles de responsabilidad política sobre los que trasladar los problemas y plantear las exigencias pertinentes, que eran debatidas con frecuencia.

El recuerdo difuso de la Guerra Civil, cuya historia desconocían muchos de aquellos jóvenes, estaba presente en muchos de esos pueblos y su descubrimiento fue otro elemento de concienciación política. A veces de la manera más brutal, como recuerda Fernando Casull, que estuvo en Las Santas y Bancalejo, en Granada: "Al atardecer me avisaron de la ermita que habían aparecido algunos restos de cuerpos humanos. Subí y les hice seguir escarbando. Después mandé recado al párroco que decidió se enterraran los restos en el cementerio"[200]. Más a menudo, a través de la memoria popular transmitida oralmente en el ámbito familiar y local. José Enrique Rodríguez Jiménez rememora sus pensamientos de un 18 de julio de 1968:

Por la parte de León apenas hubo guerra, porque lo controlaron enseguida las fuerzas nacionales. Sin embargo, en los primeros días de confusión, a juzgar por los constantes recuerdos de los habitantes de la zona, debió haber casos de violenta crueldad […]. Volvió a

salir el tema de la guerra. Mataron a un maestro socialista. Fue los primeros días y eso está mal. Se necesita un juicio, luego ya cuando Franco estuvo como jefe de Estado hacían juicio. Ahora que si tenían algún delito como recoger armas […]. Lo primero que hacían, antes de matarlos, era hacerles beber un litro de aceite de ricino"[201].

El creciente compromiso político derivó pronto en conflictos con los propietarios de tierras, con los empresarios o con las autoridades locales y provinciales. En esos conflictos se manifestaban, por un lado, las difusas formas de concienciación de unos jóvenes que, en muchos casos, eran todavía ajenos a la militancia política y a quienes la experiencia vivida les ponía frente a dilemas morales derivados de sus sentimientos religiosos. Por otro lado, ponían en evidencia la contradictoria posición de los mandos intermedios del SUT, situados entre las demandas de justicia que les llegaban de los voluntarios y los requerimientos que les llegaban desde arriba para mantener la disciplina y el supuesto apoliticismo de las campañas. Resulta muy expresivo, en este sentido, el testimonio de Graciela de Miguel en una fecha aún temprana como 1963:

Como no teníamos ni idea de sueldos ni leyes, ni qué hacer, cogimos la camioneta a Huelva a ver a nuestros jefes del SUT, y contarles lo ocurrido y que nos informaran de los pasos que debíamos dar. Nuestros jefes, no recuerdo los nombres, nos animaron a seguir adelante […] fuimos mandando los requerimientos a los dueños de las chacinerías, todo según la información que nos habían dado las trabajadoras en nuestras reuniones en la iglesia. Eran unas mujeres valientes y listas, con unas ganas de salir adelante en el asunto que contagiaban […]. Y recibimos un telegrama de nuestros queridos jefes: "SUSPENDER URGENTEMENTE ACTIVIDADES SOCIALES". Otra vez la camioneta a Huelva a ver a nuestros jefes, y menudo diálogo. Nos dicen que nos han denunciado por comunistas, tenemos que abandonar todo porque si no, nos iban a detener. Nos quedamos sorprendidas. ¿Cómo íbamos a ser comunistas si habíamos hecho una primera comunión, y nosotras mismas éramos de comunión diaria?[202].

En esa misma campaña de 1963, en Granada, se presentó una denuncia ante el Gobierno Civil y la Dirección General de Seguridad elaboró el correspondiente informe por un conflicto entre el propietario de un cortijo "adicto al régimen" y un universitario que cuestionaba la forma de tratar a los obreros que trabajan allí, así como las retribuciones que percibían[203]. También en 1963 se planteó otro conflicto en una cooperativa de cerdos, donde las condiciones de trabajo de las obreras se resumían así en un informe presentado por las universitarias al vicesecretario de Ordenación Social, quien "recibió nuestra información con bastante sorpresa":

La mujer recibe de 35 a 37.50 pesetas diarias y el hombre 60. La jornada de trabajo es de más de 8 horas sin que se le abonen las horas extraordinarias. Se trabaja los domingos sin que se les pague como extraordinario; es más si no trabajan el domingo no cobran. No hay pagas extraordinarias[204].

Los responsables de las campañas establecieron unos límites doctrinales y operativos ante posibles posicionamientos de los universitarios, pero estos fueron superando esos límites, unas ocasiones porque ya militaban en la oposición, otras porque la experiencia en las campañas les condujo hacia la militancia política clandestina. De ahí que las autoridades provinciales intervinieran cada vez más directamente, sobre todo desde el Gobierno Civil, cuando los universitarios se posicionaban denunciando situaciones injustas. Sobre la campaña de Orense de 1964, Liborio Hierro escribe:

Recuerdo, vagamente, que en Orense —o, quizás, en Ginzo de Limia — hubo un acto solemne de recepción de todos los participantes en esa zona a cargo de las autoridades, el gobernador civil y su cohorte. Sé que, en ese acto, hubo incidentes protagonizados por activistas antifranquistas. Todos o casi todos los participantes

éramos contrarios al régimen y estábamos incómodos; algunos trataron de ponerlo activamente de manifiesto. Recuerdo bien a un estudiante, que posteriormente ha sido catedrático de Ciencia Política en la Universidad Complutense, subido en el techo de un autobús, incitándonos a boicotear el acto. Y borrosamente me parece ver que el acto solemne se fastidió de forma afortunada, que la policía intervino sin excesos, y que cada uno salimos hacia nuestro destino conducidos por mandos intermedios del SEU poco contentos y nada simpatizantes de lo que íbamos a hacer"[205].

En esa misma campaña de 1964, ya se ha relatado como el grupo de teatro Tespis fue detenido, pasaron la noche en comisaría y, a la mañana siguiente, fueron puestos en libertad sin cargos, según el testimonio de Ezequiel Méndez[206]. En la campaña de Cáceres en 1967 el Teatro Estudio de Madrid fue expulsado tras varias actuaciones seguidas de coloquios, durante las cuales aparecían críticas a la figura de los caciques[207]. En la campaña de León de 1968 fue el Teatro de Cámara de Zaragoza el que tuvo problemas con la Guardia Civil para representar sus obras y ello afectó también al TEU de Sevilla al ver condicionadas sus actuaciones[208]. Pilar González Guzmán recuerda sobre la campaña de Cáceres de 1967:

Mi primer contacto con el SUT fue en 1967, cuando me apunté a la campaña de alfabetización de Las Hurdes, para no hacer el Servicio Social. Era solo entonces una chica despierta, hija de rojos y con inquietudes sociales. Pasé los dos meses de la campaña en Oliva de Plasencia, con dos compañeros de Económicas y Políticas […], muy concienciados políticamente, con los que trabajé y mantenía conversaciones y lecturas para mí nuevas y casi ajenas. Años después supe que eran miembros del Partido Comunista[209].

Los cambios sociales y económicos en España seguían su curso y los universitarios estaban tan insertos en ese proceso que cuando acudieron a las campañas educativas en 1967 —y, sobre todo, en

1968— ya no se comportaban de la misma forma que en años anteriores. La mayoría incorporaba sus posiciones críticas con el sistema y con las experiencias de campañas anteriores, no aceptaron los postulados y las estructuras vigentes del SEU hasta entonces y, mayoritariamente, se decantaron ya por planteamientos claramente políticos, democráticos y antifranquistas. A su vez, las reacciones de los ayuntamientos se fueron modificando ante las abundantes noticias sobre el movimiento estudiantil. El caso de León fue muy significativo: el cartel anunciador de la campaña con la imagen de un gris pueblo minero no fue del agrado del gobernador civil, quien forzó que fuera sustituida por un bucólico paisaje. Algunos alcaldes que habían facilitado medios y alojamientos, durante la preparación de la campaña, cambiaron de opinión y los negaron cuando se presentaron los estudiantes para iniciar la campaña. Algo había ocurrido en esos meses: el eco del Mayo del 68 y las amplias movilizaciones en España estaban en la mente de las autoridades. El estudiante no era ya el joven ingenuo y generoso con su entrega, más bien se había convertido en una potencial fuente de problemas.

Durante la campaña de León en 1968 ocurrieron algunos hechos determinantes para clarificar la toma de posiciones críticas con la situación social por parte de los universitarios y para comprobar, una vez más, los límites de la respuesta de las autoridades provinciales y del SEU ante los conflictos. Miguel Ángel Carbajo, veterano de tres campañas, relata los hechos:

Al año siguiente repetí como jefe de comarca en Las Hurdes Altas (Cáceres) con sede en Nuñomoral. Al siguiente fue el último año del SUT, debido al intenso proceso de lucha estudiantil contra el establishment franquista y la politización intensa del SUT por parte del PCE y del FLP. Prácticamente todos sus cuadros y dirigentes se habían encuadrado en alguna de estas (y otras muchas más) organizaciones que lo vieron como una plataforma de llevar la lucha popular al campo y regiones más remotas del país. En esta campaña de León, también participé como jefe de comarca del Bierzo Alto, con sede en Villafranca del Bierzo. En mi zona dábamos clase de alfabetización de adultos y trabajábamos viviendo en pallozas la mayoría de nosotros, pero otros compañeros estuvieron

en la región de Ponferrada, en la cuenca minera, donde estalló una huelga que la policía franquista atribuyó a los campos de trabajo del SUT. Como consecuencia se produjo una expulsión masiva de todos nosotros de todo León por la intervención directa del gobernador civil de la provincia. Conozco y recuerdo bien el proceso por la proximidad a los hechos y porque algunos compañeros de curso amigos míos (José Manuel Parra, José Antonio Tejerina Lobo, ambos estudiantes de medicina en Valladolid) estaban trabajando en Matarrosa del Sil, una de las fuentes del conflicto por la huelga de la empresa Antracitas de Gaiztarro. Pero en realidad nada tuvo que ver el SUT en esa huelga, solo sumarse a ella quienes trabajaban en ese campo y ayudar en lo que pudieron. La huelga la dirigió CC. OO. y el PCE en la sombra[210].

Desde la gestación de la campaña de León de 1968 se advirtieron posiciones claramente diferenciadas en los responsables máximos de la campaña, tal y como nos traslada Manuel Titos, secretario general de dicha campaña[211]. Por un lado, sus directores Agustín Maravall y Alberto Ruiz Sechi, ambos con convicciones socialdemócratas y, por otro, los responsables de la Secretaría de Educación, Lorenzo Díaz y Heriberto Morillas, más cercanos a las posiciones comunistas, quienes desplegaron un intenso activismo en la orientación de la campaña, la selección de responsables y la difusión de criterios muy críticos con las estructuras de poder y con los planteamientos de las campañas anteriores. Esta disparidad ideológica tuvo un reflejo permanente en el desarrollo de la campaña y en la forma en la que se abordaron las tensiones surgidas. Estas tensiones culminaron con la crisis del campo de trabajo de Matarrosa del Sil, que provocó una dura reacción del gobernador civil Luis Ameijide Aguiar expulsando a los universitarios de dicho campo y, como consecuencia, una reacción en cadena de los sutistas impulsada por la Secretaría de Estudios, que terminó con el abrupto cierre de la campaña:

Por ello, el Consejo de Campaña reunido en sesión extraordinaria en León, el martes 20 de agosto, a las dos de la madrugada, decide por unanimidad cesar en sus cargos, suspender las actividades de

campaña y realizar en el mayor orden posible, como última prueba de buena voluntad, la retirada de los universitarios sutistas de la provincia, en señal de protesta[212].

De esta forma concluyó la campaña de León de 1968. Después se encadenaron toda una serie de acontecimientos en la estructura del SUT, en el curso de los cuales el cese de Teresa García Alba como directora y la dimisión de su equipo de colaboradores simbolizaron el grado de conflicto al que se había llegado entre los universitarios y una comisaria para el SEU desbordada por los acontecimientos.

Como balance global, se puede concluir que las campañas educativas cambiaron el ángulo de visión de las actividades de verano del SUT. Desde el contacto con la clase obrera que se producía en los campos de trabajo hacia el mundo rural y el campesinado con sus problemas de atraso cultural, pobreza e injusticia social. A la elevada concentración de universitarios que producía la estructura organizativa de las campañas se sumaban los medios de difusión, como boletines o periódicos, así como las reuniones de trabajo y comisiones de estudio, contribuyendo todo ello a transmitir análisis críticos, a compartir inquietudes y a favorecer una toma de conciencia en un sentido cada vez más político. Las estructuras de poder del SEU y del SUT ya no pudieron canalizar y dosificar esa energía crítica de la juventud en beneficio de su propia legitimación y del régimen al que servían. Cada vez más estudiantes conectaron con los vientos de contestación al régimen, de manera que los propósitos iniciales de los promotores de la experiencia del SUT fueron rebasados y la oposición universitaria al régimen acabó por trasladarse al funcionamiento de las últimas campañas. La natural inquietud de los jóvenes universitarios, su inmersión diaria y profunda en los problemas sociales durante la experiencia del SUT y la dinámica de oposición creciente que vivía la universidad de los años sesenta se combinaron en un proceso original, contradictorio y paradigmático de lo que supuso la trasformación de la sociedad española bajo la dictadura.

CAPÍTULO 4

EL TRABAJO DOMINICAL. LA REALIDAD DE LA MISERIA SUBURBANA

El progresivo crecimiento del Servicio Universitario del Trabajo a través de los campos y su éxito en los primeros veranos de la década de los cincuenta será el elemento que empujará a que esta sed de compromiso social con los sectores más desfavorecidos se proyecte en el entorno más cercano de las universidades: las barriadas de aluvión que se iban formando en las afueras de las grandes ciudades españolas, entre ellas las doce cabezas de sus respectivos distritos universitarios. No solo Madrid y Barcelona, sino también Zaragoza, Bilbao, Valencia, Sevilla, Santiago, Oviedo, Salamanca y tantas otras verán el éxodo del campo a la ciudad de una forma imparable. El proceso de emigración del agro a la urbe es un fenómeno constatable desde los años cuarenta en el que España destaca a nivel internacional, pasando la población del sector agrario de un 42 % en 1960 a un 20 % en 1976 y el PIB agrícola pasa de suponer en la renta española un 32,7 % en 1940 a un 10,1 % en 1975, con unas muy altas cifras de emigración interior, que a lo largo de los años sesenta supone una media de unos 400.000 emigrantes anuales, con algunos picos de 500.000 como en el año 1964. La tardía pero muy rápida industrialización y un proceso de urbanización igual de rápido de la mano del desarrollismo ayudan a esta transformación del panorama social del país, lo que genera problemas muy importantes a la hora de absorber este flujo migratorio. Madrid capital pasa de poco más de un millón de habitantes en 1940 a tres millones cien mil habitantes en 1970; Barcelona capital pasa en las mismas fechas de un millón a un millón setecientos mil, pero con una provincia (el “cinturón obrero” de Barcelona) que absorbe a más de millón y medio de personas. Otras capitales de provincia experimentan un crecimiento muy significativo igualmente[213]. Era un proceso que se había iniciado desde el final de la Guerra Civil, pero que en los cincuenta se aceleró hasta llegar a su plenitud en los años sesenta y principio de los setenta, cuando se produce un fenómeno masivo de desplazamiento en el interior del país, de las zonas más preteridas en el desarrollo hacia las que descollaban como punta de lanza del

cambio económico y social. Estas últimas eran el País Vasco, Cataluña, Madrid capital y algunas capitales de provincia que se convirtieron en foco de atracción y promesa de una vida mejor para su entorno rural, ayudadas por unos planes de desarrollo que descapitalizaron el campo y profundizaron en los desequilibrios territoriales. Estas ciudades van a estar pronto rodeadas de un cinturón improvisado de barriadas de chabolas en donde malvivían los recién emigrados, sin servicios de luz ni agua, ni unas mínimas infraestructuras de equipamiento sanitario o educativo. En palabras de Luis Goytisolo, son Las afueras[214].

Los empobrecidos ayuntamientos que venían de malvivir en los años cuarenta no fueron capaces de responder a estos retos hasta avanzados los años sesenta, cuando la escala del problema se había hecho ya muy grande, convirtiéndose en fuente de malestar social abierto y de movilización y descontento político. Solo entonces se elaboraron planes de urbanización y de extensión de los servicios del núcleo urbano central hasta estos barrios, una vez que los ayuntamientos tuvieron también más capacidad financiera y más medios técnicos con el desarrollismo. Pero antes de esta tardía y forzada reacción de los consistorios, los estudiantes, que habían sido fascinados por la experiencia de compartir unas semanas de verano con los trabajadores y buscaban el contacto por razones de militancia política falangista o de compromiso religioso o por mera inquietud social, encontraron en estas barriadas una forma de mantener el contacto con el mundo obrero de una manera próxima y continuada desde el verano de 1952 o 1953.

Esta actividad, al que se llamará Trabajo Dominical o Ayuda Dominical, nunca tuvo ni la brillantez ni el impacto de los campos de trabajo ni, ya en los años sesenta, la fuerza de las Campañas de Alfabetización. En primer lugar, por ser un número menor de universitarios los implicados y no atraer tanto la atención de los medios periodísticos en un momento puntual como pasaba en los campos de trabajo veraniegos, al extenderse la actividad a todo el año; en segundo lugar, porque la mística del contacto con el obrero en la fábrica o el tajo se pierde en parte. Estamos hablando de interacción con emigrantes que se emplean “en lo que va saliendo” o que se dedican a construir sus propias casas; y existe también una gran discontinuidad en el tiempo al depender mucho del propio

empuje de las diversas promociones de estudiantes y de las circunstancias locales. En el caso del Trabajo Dominical, y a diferencia de la organización de campamentos o campañas de alfabetización, no hay una dirección centralizada efectiva y esta actividad está muy al albur de la actitud del arzobispado y de los párrocos que cubrían estas barriadas, además de la del gobernador civil o el alcalde que son los que podían proveer materiales, ayudar al transporte de los estudiantes hasta la zona de asentamientos en las afueras, etc. De ahí que no se pueda hacer un "mapa" detallado y centralizado de estas actividades como sí que ocurre en el caso de las muy planificadas campañas anuales de campos o alfabetización. Pero es una realidad indudable el impacto de la labor de los universitarios en esas ciudades de los años sesenta de límites cambiantes, que se iban extendiendo de forma improvisada y en donde encuentran los jóvenes universitarios una manifestación más de la miseria, las injusticias sociales, el brutal desarraigo de tantas familias que veían cambiada con la emigración su cultura, sus referencias y valores. Los estudiantes constataron de forma palpable la falta de respuesta del régimen ante estas necesidades sobrevenidas y la ausencia de cualquier asunción de responsabilidad hacia su gente por parte de los poderes del estado. El panorama que presenta el cineasta José Antonio Nieves Conde en su película Surcos sobre la emigración y la lucha por la vida en el Madrid degradado de los vecindarios de aluvión es una buena muestra de cómo este universo se recoge entre los creadores con vocación social. Las chabolas en las que se mueve el Amador de Tiempo de Silencio es el tributo de jóvenes como Luis Martín Santos a esa realidad que se superponía a la hipocresía y la superficialidad de la sociedad española de los cincuenta y principios de los sesenta.

Las labores que hicieron estos jóvenes universitarios en los arrabales de las ciudades fueron variadas como diversas eran las necesidades de los habitantes. La principal solía ser la de ayudar a construir las casas o chabolas; en muchas ocasiones eran edificadas con adobes que ellos mismos confeccionaban y dejaban secar al sol y luego se iban retejando o ampliando según las circunstancias o la llegada de nuevos parientes; otras veces, los estudiantes trabajaban dentro de empresas de carácter benéfico o cooperativo que gestionaban la construcción de las nuevas barriadas. En segundo lugar, hay tareas de alfabetización de los niños sin escolarizar y de

los propios mayores que presentaban altos índices de analfabetismo; y a partir de ahí había una panoplia muy amplia de acciones que habría que detallar ciudad a ciudad: labores de desescombro, limpieza del entorno, colaboración en la construcción de caminos; también orientación laboral o tareas de mediación ante las Administraciones municipales o provinciales para conseguir ayudas. Era muy frecuente la colaboración con el párroco del lugar en la tarea de adoctrinamiento religioso, preparación para bautizos y comuniones en colectivos a veces al margen de los ritos eclesiásticos, etc.

La época más relevante de estas acciones son los años cincuenta, la década que iría entre 1952 y 1962, aunque encontramos acciones de este tipo mucho después, en el marco de las acciones de la Iglesia o de otras iniciativas; pero la relevancia del SUT en este terreno a través del servicio de Trabajo Dominical tiene el protagonismo en estos años, siempre dentro de un panorama general que en este caso especialmente hay que especificar por zonas y territorios.

EL TRABAJO DOMINICAL ECHA A ANDAR

A principios de marzo de 1953, tras el primer verano del SUT en manos de la estructura del SEU, encontramos referencia en la prensa de que se impulsan en Madrid y Barcelona acciones que se llamaron Trabajo Dominical, aunque en determinados sitios como Madrid, el arzobispado rechazó la denominación al ser el domingo el "día del Señor" dedicado al descanso y el uso de la expresión "trabajo" podía entenderse al margen de la admonición de la Iglesia. De ahí que en algunos distritos se hable de Ayuda Dominical y en otros de Trabajo. Más adelante se utilizó indistintamente y se refiere al mismo tipo de actividad.

La idea parte desde arriba, de la Jefatura del SUT y del Sindicato, con el aval del jefe nacional Jorge Jordana y se concretaba en que el SUT ponía a disposición de las autoridades centenares de universitarios para "trabajar de peones de los albañiles ayudándolos a que construyan su propia vivienda" […] "con la alta finalidad de conseguir un mayor apoyo y comprensión entre los universitarios y los obreros para lo cual el estudiante debe aprender de aquel, participando en su labor y conviviendo todo el tiempo que le sea posible en los centros de trabajo"[215].

Entre los objetivos perseguidos estaba que con la ayuda de los universitarios, realizada sin remuneración alguna, se conseguía que "los obreros reduzcan a la mitad el tiempo de construcción de su propia vivienda […]". Esta apuesta por la construcción de las viviendas era la comentada respuesta ante la situación de emergencia por la inexistencia de techo para tantas familias de trabajadores que procedentes del campo llegaban en grandes oleadas a Barcelona, Madrid, Cádiz, Santiago, Alicante, Zaragoza, Bilbao, Valladolid, Valencia, Jaén, Oviedo, Málaga o Murcia para trabajar en la construcción y recuperación de obras públicas y en el inicio de desarrollos industriales incipientes en torno a esas poblaciones. Las nuevas capitales que olisqueaban lo que se iba

llamar desarrollismo necesitaban esta mano de obra, barata y fácilmente sustituible, aunque no muy formada. Los emigrantes forzosos buscaban una vida mejor, el abandono de la pobreza en que estaba sumido el medio rural y el acceder a las soñadas posibilidades de promoción social para los hijos que brindaba la capital. Que se encontraran miseria, chabolismo y sometimiento a unas pésimas condiciones laborales no les hacía decaer la fe en que era un paso necesario el que habían dado y en que "las cosas se arreglarían". El incipiente desarrollismo industrial no hubiera sido posible sin esta mano de obra acantonada en las afueras de las capitales de donde salen luego —son los hijos— todos los paletos, charnegos, coreanos, maquetos o pijoapartes que iban a poblar la España pícara de las películas de Tony Leblanc o los jóvenes desclasados de los libros de Juan Marsé.

Las primeras actividades de Trabajo Dominical las encontramos en Madrid, en la zona de Pueblo Nuevo en donde se empezaron a construir casas por parte de estudiantes en colaboración con la empresa "benéfica" (hoy diríamos "social") Belén. Esta colaboración duró tres años, entre 1952 y 1955, el tiempo que costó la edificación de los bloques previstos[216]. Más adelante se pasaría a actuar en entornos como el Cerro del Tío Pío[217] y en la construcción desde 1955 del Colegio Mayor Universitario Antonio Rivera, iniciativa del padre Llanos y del notario y activista falangista Blas Piñar, que fue su director e impulsor muchos años y cuya peculiaridad era que estaba dirigido a estudiantes-obreros[218]. El Pozo del Tío Raimundo, de la mano del hiperactivo padre Llanos fue desde fines de los cincuenta y década de los sesenta otro potente foco de actividad. Estas actividades del SUT de Madrid serán vistas como "clásicas" a la altura de mediados de los sesenta y definitorias de una trayectoria[219].

A partir de Madrid, esta actividad se fue extendiendo "como una mancha de aceite" por las provincias, "que ya no solo se limitaba a la construcción de casas en colaboración los domingos, sino que ampliaba su actividad, al saneamiento de barrios, arreglo de alcantarillados, etc., como Barcelona y Murcia"[220].

En Barcelona, a mediados de mayo de 1953, se constituye una empresa "muy prometedora" a la que el SUT de la Delegación del

SEU de Cataluña y Baleares “proveerá de estudiantes para ayudar a la construcción de casas baratas para los productores de escasos recursos”. En esta operación estaban formalmente implicados el gobernador, el rector de la universidad, el delegado del SEU y el jefe nacional del SUT. Ese mismo mes, la Jefatura Provincial del Movimiento convocó concurso para proveer 300 casas baratas, viviendas modestas en las barriadas de Verdún, Trinidad, Montjuich y el Prat de Llobregat[221].

Con este procedimiento, los productores se “hacían su propia vivienda en terrenos cedidos por los ayuntamientos a la Jefatura Provincial y contaba con la ayuda y el asesoramiento del SUT del SEU y las Escuelas de Arquitectura y Aparejadores”. De esta manera se conseguía que los estudiantes se sintieran cerca de los obreros y sus necesidades y a la par que fueran mano de obra gratuita para paliar un proceso masivo que superaba la esquelética capacidad técnica y financiera de la Administración municipal franquista. Para los universitarios, se trataba de proyectar su labor social en el entorno más inmediato y apoyar tareas de sutura social, al constatar la enorme brecha dejada por la guerra y la miseria.

En los casos en donde hay alguna planificación en esta tarea, como el citado caso de Barcelona, hay también una clara connivencia entre los intereses del Movimiento y los que, aunque no explicitados, tenían los empresarios afines al régimen que se favorecían con las concesiones de construcción de viviendas.

Así rezaba un anuncio en prensa de Barcelona de mediados de noviembre de 1953:

Universitario:

El Trabajo Dominical organizado por el Servicio Universitario del Trabajo te llama a una obra de Redención y de Justicia: El SEU ha empeñado su honor en facilitar a los obreros la ayuda manual precisa para la construcción de 300 viviendas, ayuda en la que puede colaborar todo universitario.

Precisamos de tu esfuerzo y de tu alegría para este hermoso peonaje

de camaradería y de justicia.

Infórmate en el Servicio Universitario del Trabajo (SUT) en […][222].

Seguramente no eran conscientes estos universitarios de la utilización que hizo el Movimiento de la mano de obra barata universitaria so pretexto de la importancia de que ambos mundos, el obrero y el estudiantil, se aproximaran, se conocieran y "confraternizaran" de forma que, además, se evitara así una convergencia de actitudes sociales potencialmente contrarias a las motivaciones pretendidas.

El objetivo era claro: "consiste en mantener al universitario en contacto a lo largo de todo el año con el obrero, aportando en su beneficio su esfuerzo personal"[223]. La mecánica de funcionamiento, ya consolidada, es descrita en 1960 para el caso de Madrid, pero se podría hacer equivalente al resto de núcleos por donde se extendió: se parte cada curso de la lista de estudiantes que han asistido en el verano a campos de trabajo; se les reúne y propone mantener a lo largo del año, los domingos, la tarea de cercanía, ayuda y hermandad con los "productores". A continuación, se localiza un suburbio, se diseña una campaña específica, con un objetivo constructivo o de arreglo de infraestructuras o prestación de servicios y luego se busca el apoyo de las autoridades que eran normalmente los gobiernos civiles, los ayuntamientos o las diputaciones provinciales, pidiendo que asumieran o el transporte directo (fue el caso durante muchos años del Ayuntamiento de Madrid, cuyo alcalde entre 1952 y 1965, el Conde de Mayalde, colaboró así con el SUT) o al menos el coste de la gasolina; en caso de no hallar apoyo, se echaba mano de transportes particulares. Las autoridades normalmente colaboraban con la iniciativa con cierta continuidad. Se pedía permiso a la Iglesia para realizar esta labor en domingo y normalmente se entraba en contacto con el párroco o responsable eclesial de la zona. La labor se complementaba y difundía a través de carteles. Había también una formación "sociológica" de los estudiantes antes del inicio de las tareas, dando charlas gente especializada y preparando a los estudiantes también en la capacitación técnica para la tarea.

En el caso de Madrid, la camioneta puesta por el ayuntamiento pasaba por los colegios mayores y depositaba a los estudiantes en Pueblo Nuevo, el Cerro del Tío Pío, el Pozo del Tío Raimundo o los diversos núcleos señalados a lo largo del tiempo. Estudiantes luego tan destacados como Carlos París se implicaron en el Pozo del Tío Raimundo junto a Llanos; una acción que al llevar el sello del padre Llanos será uno de los principales focos de esta actividad, en este caso también con una creciente implicación del Ayuntamiento de Madrid y de varios ministros del Gobierno, dada la capacidad de influencia del fundador del SUT. Carlos París conoció a Llanos en el Pozo del Tío Raimundo y allí "aprendió la realidad de aquel mundo experimentando la opresión de la injusticia, tanto del franquismo como de la sociedad capitalista"[224]. Muchos jóvenes de la capital tienen su primer "baño de realidad" en El Pozo, que se convirtió en un auténtico territorio de misión. José Ignacio Urenda explica cómo su visita a Llanos en 1956 al Pozo del Tío Raimundo y el recorrido por las chabolas determinó su decisión de entrar en la lucha antifranquista:

Nos fuimos a la barraca de la familia y a los dos minutos observé que solamente el padre Llanos y yo estábamos sentados en sendas sillas que nos habían obligado a utilizar. Las cuatro o cinco personas de la familia estaban todas en pie. La razón es que no había más asientos (ni camas) en aquella pequeña estancia. ¿Y el niño muerto? Pues estaba colgadito de la pared, envuelto en unos pañales. Centro en esta escena el momento en que me hice totalmente rojo, tomando estos hechos como concreción de todo un proceso que me conduciría a integrarme en el impulso de la serie de entidades o partidos políticos de izquierda (y de extrema izquierda) en los que he militado[225].

Los primeros pasos del Trabajo Dominical se dan pues en Madrid y Barcelona (Somorrostro), pero pronto se unen Cádiz (viviendas en Nuestra Señora del Rosario) o Zaragoza (barrio de Valdefierro). Durante el curso 1957-1958, es una actividad que está ya extendida por otras ciudades como Valencia, Valladolid (barrio de Los Pajarillos), Jaén, Oviedo, Málaga, Granada, Santiago, Bilbao

(Ocharcoaga) o Murcia, es decir no solo las sedes de los distritos universitarios, sino que va a darse una extensión a las zonas más necesitadas o que también sufrían ese proceso de emigración.

AUGE, COMPROMISO Y CRISIS

Las cifras de participación de que disponemos son fragmentarias y sin continuidad en el tiempo. Pero podemos decir que el grado de implantación siempre fue limitado si lo consideramos en cuanto número. A la altura de 1954 había solo unos 65 universitarios implicados en las grandes ciudades, pero en 1958 se suministran las siguientes cifras de estudiantes implicados: Madrid, 70; Valladolid, 46; Valencia, 40; Jaén, 25; Oviedo, 15; Málaga, 10 y Murcia, 10. La suma da 216, aunque faltan por consignar distritos en donde nos consta que hubo iniciativas sostenidas en el tiempo[226]. Con todo, al año siguiente, 1959, se dice en la revista del SUT Noticia que solo 15 de los 20.000 estudiantes que tenía el distrito de Madrid estaban encuadrados en el Trabajo Dominical, lo que hace que el SEU intente movilizar a los universitarios mediante una campaña en prensa y carteles[227]. Pero la cifra de unos 200 estudiantes en toda España hacia 1959-1960 puede ser bastante aproximada a la realidad, aunque la oscilación del inicio al final del curso y según distritos con sus dinámicas hace difícil considerar fiable número alguno en esta materia. Esta debilidad relativa en la participación era significativa porque para los sutistas, los estudiantes comprometidos con el Trabajo Dominical se convertían en el semillero de futuros mandos de los campos de trabajo, la cantera donde se escogía a los más motivados e inquietos socialmente[228]. En todo caso, en las reuniones de trabajo que se realizan en Aldeadávila en 1957 o en la de Pueyo de Jaca en 1960 se reafirma el interés de esta iniciativa, la necesidad de impulsarla y de mantener este canal de comunicación a lo largo del año con la realidad obrera.

Estas acciones del Trabajo Dominical del SUT fueron también debatidas en los órganos correspondientes y tuvieron su validación institucional en una reunión de dirigentes de los distintos distritos universitarios del SUT en diciembre de 1957 en Aldeadávila. En su conclusión IV se estipulaba lo siguiente: “El contacto con el mundo

del trabajo no solo debe ser durante unos días de verano, sino a través del curso por medio de la "Ayuda Dominical", que se creará en las provincias donde no existe y vitalizará allí donde ya funcione. Teniendo en cuenta que es actividad principalísima del SUT"[229]. De hecho, como indican esas conclusiones, se valora la continuidad del contacto con el mundo obrero que supone Trabajo Dominical: "Creemos que se logra realmente la convivencia que buscamos de tal modo que supera por tiempo, constancia y cercanía la vivencia de los campos"[230]. La relación que se puede establecer con los emigrantes pobladores de los suburbios es además mucho más firme que en el caso de los campos de trabajo veraniego, pues se establecen auténticas relaciones de amistad, padrinazgo con los hijos o asistencia a celebraciones familiares. Uno de los proyectos que se barajan en esta reunión es la construcción de una "chabola-residencia" de universitarios, para que vivan allí y se comprometan más aún, en la línea del citado CMU Antonio Rivera, pero justo al revés, en el mismo entorno de los obreros de aluvión. En Madrid, hay un responsable que lleva el fichero de los asistentes, anima y atrae a otros estudiantes en los colegios mayores y facultades y se realizan clases de alfabetización, ayuda médica, cooperativas, etc. Es de suponer el componente crítico de estos estudiantes que operaban en un medio material tan duro y tan ajeno a las presuntas bondades del incipiente desarrollismo. Ese tono crítico, aumentado en tiempos de movilización estudiantil, lo encontramos también en las acciones de mediados de los años sesenta en Orcasitas, por la confluencia en dicha zona con la actividad del PCE y CC. OO. y los movimientos vecinales. El entorno de Llanos en El Pozo constituye un punto de reunión y refugio claves en la incipiente organización de CC. OO.

En 1960, en la reunión que el SUT organiza en el viejo albergue del Pueyo de Jaca, en el pirineo aragonés, hay una nueva reafirmación de la importancia del Trabajo Dominical. Aunque nunca tendrán el protagonismo de los campos de trabajo, nunca se deja de mencionar la relevancia de la iniciativa dominical. De hecho, las conclusiones respecto al Trabajo Dominical son dos: "a) Se acuerda incrementar esta actividad y ampliarla a todas las provincias donde existen núcleos universitarios. b) Se propone la creación de unos cursillos de capacitación profesional obrera de los universitarios"[231].

Estos acuerdos o conclusiones son prácticamente los mismos que se comentaron en Aldeadávila, lo que muestra que es una iniciativa que se pretende mantener en el tiempo. En este inicio de los sesenta, tanto en estas conclusiones como en otros documentos ulteriores se da cada vez más importancia a la creación de iniciativas culturales en estos ámbitos: bibliotecas, academias, teatro, de tal forma que se incida en la formación de los obreros y sus hijos tal y como sucedía en las campañas de educación.

A pesar de este reconocimiento y del mantenimiento de estas iniciativas en los primeros años sesenta, es en estos momentos cuando se evidencia una cierta decadencia en este tipo de actividad, por un lado por una progresiva —aunque siempre insuficiente— implicación de los ayuntamientos con la nueva realidad a la que empiezan a poner parches y, por otro lado, la movilización política progresiva de los estudiantes que hace que se alejen de tareas que pueden ser vistas como parte de la caridad tradicional, muchas veces de la mano de párrocos y arzobispado o de un órgano ligado al fin y al cabo al Movimiento y se impliquen en acciones más ideologizadas y de denuncia. La propia fuerza de las Campañas de Alfabetización lleva a buena parte de los estudiantes por esa senda. La fórmula que fue adecuada diez años atrás ya no se percibía como tal.

Pero eso no quiere decir que desapareciera la actividad completamente, o que se dejara de buscar el canalizar a lo largo del año el compromiso social de los universitarios. Así lo demuestran las actividades del SEU de Madrid, incluso tras la desaparición del SEU en 1965, pues la Comisaría para el SEU dio cobertura a las actividades que se hacían en barrios como el citado Orcasitas, al que se dedica un trabajo de entidad de carácter sociológico[232], y muchos otros, casi siempre ligados a campañas de alfabetización, promoción social, información jurídica y demás en el entorno de la capital de España. Fue una época clave en el SUT madrileño que se reveló muy activista, logrando movilizar a más de 200 personas, algo muy relevante para la época. Son muchas las iniciativas que se ponen en marcha y que recaen en manos de estudiantes ligados a organizaciones de izquierda e integrados en la FUDE, enfrentada al SEU, pero por ello mismo sufren suspensiones y limitaciones. Así, en 1964 la delegación del SUT de Madrid encargó la preparación de

una Campaña de Educación Fundamental específica a Agustín Maravall y a Eduardo Leira, este último militante del PCE, centrada en los barrios chabolistas de Madrid pero, tras un laborioso trabajo de preparación, los citados estudiantes fueron fulminantemente apartados de su responsabilidad. En 1967 con Antonio Ruiz Va como director del SUT en el D. U. de Madrid, se realizó el mencionado trabajo sociólogico en Orcasitas sobre la periferia madrileña y un trabajo específico sobre el Cerro del Tío Pío.

Este interés por esos aspectos sociológicos no era nuevo, pues el Trabajo Dominical tradicionalmente había ido más allá del trabajo manual de colaboración en la construcción o de alfabetización y se habían organizado una serie de actividades de tipo cultural: proyección de películas, bibliotecas volantes, teatro de guiñol… todo ello en la tradición de la extensión cultural del primer tercio del siglo XX. El rastro de muchas de estas actividades es difícil de seguir, al estar mucho menos centralizadas que otras del SUT y depender de la creatividad y las circunstancias de los estudiantes implicados, pero testimonia una actividad imposible de ignorar en un entorno culturalmente raquítico. De ella se alimenta además la dinámica estudiantil de compromiso, supone una forma de preparación de dirigentes de campos de trabajo y campañas y muestra la situación de caos y desarraigo de esos cientos de miles de personas que fueron convergiendo a las ciudades; desde ese punto de vista, el Trabajo Dominical era una atalaya desde la que los estudiantes universitarios y los dirigentes del SUT observaban el efecto del abandono a su suerte del campo y de los efectos perversos del desarrollismo sin planificación urbanística, previsión de infraestructuras ni control de los efectos sociales, salvo lo que los ayuntamientos realizaron a posteriori para evitar los efectos más indeseados. El Trabajo Dominical, más allá de la anécdota de cómo se desarrolló en cada localidad, las barriadas concretas a las que afectó y la diversidad de actividades, es un retrato de la sociedad en tonalidades grises y negras, en contraste con la para algunos brillante España del desarrollismo; es la estampa en sepia de los perdedores —políticos y económicos— que se reflejaba también en los émulos hispanos del neorrealismo italiano, en Bardem y en García Berlanga y sus atrabiliarios personajes desfondados moralmente.

Esa fue quizá la gran virtualidad del Trabajo Dominical: poner en contacto a unos jóvenes privilegiados en el contexto en el que estaban con una realidad muy cercana físicamente y que no se quería ver. Ni siquiera había que ir a regiones cuyo subdesarrollo era endémico como Las Hurdes o las Alpujarras; ni era un mero compartir veraniego de jornada de trabajo y preocupaciones con colectivos como los mineros, los pescadores o los empleados de fábricas metalúrgicas, al fin y al cabo integrados en la sociedad y con un sueldo estable aunque raquítico. Era la herida sangrante en el propio cuerpo social de la ciudad, el barrio más allá de lo nunca andado, la más clara expresión de la desigualdad social y de las consecuencias del movimiento migratorio de los españoles en su propio territorio: la desposesión de bienes y culturas propias, la carencia de lo básico y el desprecio hacia ellos por parte de las instituciones. Esas fueron las bases del desarrollismo junto con la emigración al extranjero, aspecto que también el SUT cultivó a través de los campos de trabajo en el extranjero, planteados en las zonas de asentamiento de los inmigrantes españoles.

Los estudiantes del Trabajo Dominical no eran diferentes a los asistentes a los campos porque eran los mismos; simplemente aquí estaban los que tenían más disponibilidad y encontraban entornos y circunstancias adecuados para dedicar una parte de su tiempo a la tarea de incidir en la miseria cercana con emigrantes y desarraigados. En todo caso, en sus motivaciones iniciales —como en el resto de modalidades del SUT— hay también una gran variedad de elementos: acceder a algo desconocido, sentido de solidaridad religioso-caritativa, afirmación de su ideario social o cualquier otra que pudiera darse. Pero fuera cual fuera el punto de partida, el impacto de conocer, “Familias inmigrantes que huían del hambre de otras zonas, especialmente de Andalucía […] habitando improvisadas, paupérrimas chabolas o acogiéndose incluso a cuevas excavadas por la naturaleza y buscando sobrevivir, con cualquier trabajo por muy insignificante que fuera”, como describe Carlos París en sus Memorias sobre medio siglo[233], fueron un acicate poderoso en un proceso de alejamiento del régimen y de radicalización ideológica, bien fuera a través de los postulados de un falangismo de aire crecientemente social y al margen del Movimiento, crítico con la práctica del poder establecido, o bien por la apertura a los primeros grupos y sectores críticos con el

régimen que empezaban a aparecer en la universidad, especialmente tras la crisis de febrero de 1956.

CAPÍTULO 5

SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y CULTURAL DE LAS GENERACIONES UNIVERSITARIAS DE POSGUERRA

La consolidación del régimen franquista y el final de su aislamiento internacional desde finales de los años cuarenta tuvo, entre otras consecuencias de política interior, la de permitir una revitalización de Falange. Esta tuvo además una dimensión intelectual en gran medida novedosa, gracias a la importancia que desempeñó en ella el mundo universitario representado por el SEU, sus revistas y sus organizaciones juveniles[234]. A la revista Alférez, publicada entre febrero de 1947 y enero de 1949, siguieron en los primeros años cincuenta otras no menos emblemáticas como La Hora y Alcalá en Madrid o Laye en Barcelona. En ellas aparecieron publicados los primeros escritos de los jóvenes que iban a participar en la experiencia del SUT, jóvenes nacidos en familias burguesas de las grandes ciudades, o llegados a ellas desde las pequeñas ciudades de provincias, crecidos bajo la dictadura, educados en sus escuelas y socializados en el fervor nacionalcatólico de la posguerra. Aquellos primeros escritos reflejaban sus afanes políticos y culturales.

LA GENERACIÓN DE LOS HERMANOS MENORES

¿Cuál era el universo mental e ideológico de los chicos —y pocas, aunque cada vez más chicas— que comenzaban a adquirir una conciencia crítica, si bien poco definida todavía, llamémosla prepolítica, a principios de los años cincuenta?[235]. Ante todo era un universo en transición, entre un pasado aprendido en las aulas y contado por sus padres y hermanos mayores, a menudo vencedores en la Guerra Civil, y un futuro imaginado desde la común identidad generacional y la búsqueda exaltada de algo indefinido, pero con fuertes dosis de nacionalismo regeneracionista, ansias de justicia social y un forzado sincretismo intelectual. En medio, la sensación de desencanto y de cansancio de unos jóvenes "hartos de pedir permiso, de ceder asientos, de asentir con la cabeza, de hablar en voz baja" ante sus mayores, como escribía Javier Muguerza en un poema de 1955[236].

Uno de aquellos jóvenes, el sociólogo Juan Francisco Marsal, la llamó "generación de Alférez", es decir, la del "hombre que llega a la edad de ser soldado sin dejar de ser un universitario", en referencia tanto al oficial de menor graduación del ejército español como a la revista emblemática del falangismo universitario de aquellos años[237]. Unión de milicia e intelecto que tenía su plasmación práctica desde 1942 en las Milicias Universitarias y la tendría después en el SUT, dos experiencias colectivas de un sector minoritario de la juventud española. En la revista Alférez, en 1947, José María García Escudero la llamó "la generación de los hermanos menores" y el propio José María de Llanos la definió como "una generación rectora que impondrá sello imborrable al estilo vital de una época"[238]. Ese año Marsal tenía diecinueve años, Escudero treinta y uno y el padre Llanos, cuarenta y uno.

Mucho tiempo después, en 1965, en el primer número de la revista del exilio Cuadernos de Ruedo Ibérico, el crítico de arte y militante comunista José María Moreno Galván ofreció el siguiente retrato de

grupo:

La Guerra Civil había dejado flotando en el ambiente la mitología del héroe. Esos muchachos querían sentirse héroes de algo, y como no podían serlo de hazañas bélicas eran los héroes de… su generación […]. Esa gente no hizo la guerra y, si la hizo, no se manchó las manos en su sangre. Casi todos ellos, no todos, se sienten ligados al bando vencedor por muchos lazos: por el de la catolicidad, por el de una ideología aristocráticamente falangista, por razones familiares, por todo; pero se sienten al mismo tiempo tenuemente desligados de la chocarrera gritería de la victoria. Por dos razones fundamentales: porque les huele mal la sangre corrompida y por estética. Ellos son capaces de admirar la "gallardía juvenil" de José Antonio y, sobre todo, su "aristocrática exigencia de estilo" pero no les gusta Raimundo Fernández Cuesta, ni el fascismo descarado de Arriba ni el Sindicato de Hostelería y Similares[239].

En la larga posguerra de los estudiantes españoles todo parecía favorecer esa identidad que la teoría orteguiana de las generaciones había puesto a su disposición[240]. En primer lugar, su propia condición de estudiantes, que tienden a percibirse como una unidad en el tiempo, más aún en una universidad pequeña, elitista y sociológicamente tan homogénea como la franquista de los años cincuenta. En el curso 1945-1946, las doce universidades españolas sumaban un total de 35.277 estudiantes matriculados. Además, el primer experimento de investigación sociológica de la población universitaria, llevado a cabo en 1949 por Manuel Fraga y Joaquín Tena en las universidades madrileñas, concluía que más del 90 % de los estudiantes pertenecía "a nuestra clase media", mientras que solo un 3 % eran hijos de labradores y un 1,4 % de jornaleros. Las mujeres representaban el 12,7 % de esos estudiantes, lo que permitía comentar a los autores que "no hay duda de que estamos todavía, por fortuna, lejos de un problema feminista en la universidad, como se deduce del análisis de las encuestas contestadas por señoritas, muy femeninas en cada uno de sus detalles"[241].

En segundo lugar, esos estudiantes crecieron y experimentaron su primera socialización en un mundo cultural y político igualmente cerrado, el del falangismo y el catolicismo de posguerra, con educación, lecturas y experiencias vitales semejantes. En tercer lugar, no hay que olvidar la importancia que el falangismo, al igual que otros movimientos fascistas, concedió a los jóvenes como representación del orden nuevo frente a lo viejo y caduco[242]. Pero esta valoración retórica de la juventud y la movilización permanente que fomentaba chocaron desde muy pronto con las exigencias de conservación del propio sistema, pues como afirmó el sociólogo ítalo-argentino Gino Germani, cuanto más exitosos eran los mecanismos dinamizadores, más se veía obligado a restringirlos o eliminarlos[243].

En el informe sobre La situación espiritual de la juventud española que Pedro Laín Entralgo, intelectual falangista y por entonces rector de la Universidad de Madrid, entregó personalmente a Franco en diciembre de 1955 se criticaba ese "constante halago verbal que la juventud española viene recibiendo desde 1939", que la había llevado "a una suerte de mixtificación". Esto había contribuido a "la ruptura radical y sistemática con el pasado anterior a 1936" de aquellos estudiantes que habían ingresado en la universidad entre 1945 y 1950, "para los cuales nuestra Guerra de Liberación y sus motivos determinantes no son ya el recuerdo de una experiencia personal, sino la audición o la lectura de un relato"[244].

El informe del rector era una respuesta a la inquietud creciente en los círculos de poder ante las señales que llegaban desde el mundo universitario, que concretaba en datos un estudio sociológico de ese mismo año, el de José Luis Pinillos sobre las actitudes sociales en la Universidad de Madrid. Los resultados —cuya difusión fue prohibida por el régimen— retrataban el desencanto de los jóvenes, su insatisfacción con "la actual estructura socioeconómica del país y el clima cultural reinante", de modo que "un 82 por 100 declara terminantemente que no tiene confianza en las minorías rectoras actuales". Pinillos lo interpretaba como una actitud "reactiva", porque "no se trata de que haya surgido una ideología progresista claramente estructurada, sino un desacuerdo con lo actualmente vigente […] un difuso estado de ánimo disconformista, frenado en sus consecuencias prácticas por miedos colectivos […]"[245].

El mundo universitario estaba cambiando rápidamente, dentro de ese "hondo conflicto entre posiciones tradicionales y modernizantes", descrito en otra investigación realizada en 1958 por los sociólogos Gómez Arboleya y Salustiano del Campo[246]. Ese conflicto típico de toda transición a la modernidad se solapaba, en el caso español, al que dividía aún con líneas bien marcadas a los amigos y enemigos, según el conocido esquema teorizado por Carl Schmitt. Así, García Escudero advertía del peligro que suponían los "jóvenes, neoliberales, maritainianos o cosa parecida, quienes más al borde se encuentran de perder, llevados por un hipercriticismo impertinente y soberbio, el ancho y viril camino de 1936"[247]. En términos parecidos otro compañero generacional, Rodrigo Fernández Carvajal (nacido en 1924), distinguía en Avisos a los universitarios fieles entre dos grupos de jóvenes, "el de los que mantienen frente a los varios aspectos de la vida una actitud antiliberal y gallarda, enraizada en José Antonio, y el de los que se dejan arrastrar por una especie de neoliberalismo temperamental más o menos armado ideológicamente"[248]. Un horizonte que estaba todavía en la promesa joseantoniana de una revolución pendiente, es decir, en las antípodas del liberalismo y la democracia.

Puede resultar contradictorio visto desde hoy, pero esa voluntad de regeneración les llevó a creer en la compatibilidad entre la tradición católica y la línea secular de la modernidad española que pasaba por la "generación del 98", por los grandes pensadores como Antonio Machado, Miguel de Unamuno u Ortega y Gasset, todos ellos condenados por la Iglesia. De hecho, esa asunción parcial de la modernidad era un rasgo que había diferenciado al fascismo de las ideologías reaccionarias y conservadoras en la Europa de los años treinta[249]. En palabras del joven Rodrigo Fernández-Carvajal, "este gran filtro de Ortega, puesto en mitad del agua viva del pensamiento español moderno, no se puede escamotear en nombre de la fidelidad a Donoso [Cortés] y a don Marcelino [Menéndez Pelayo]. Acaso sea el instrumento que Dios nos dio para limpiar el catolicismo español de arenillas castizas"[250]. Dicho de otra manera, no se debían aceptar, por supuesto, "las herejías de Unamuno" o "la incomprensión de Ortega hacia lo religioso", pero sí sus profundas meditaciones sobre el ser de España[251].

El mismo Fernández-Carvajal denunciaba que el "adanismo", ese

empezar siempre de cero, era “un pecado cultural” porque “nadie puede tomarse a sí propio [sic] como principio”, criticando el optimismo injustificado de aquellos “Andrenios recién llegados con la gran cartela de don Marcelino”. Con esa referencia a Andrenio, el hombre natural criado al margen de toda civilización[252], señalaba directamente a los intelectuales tradicionalistas y monárquicos herederos del grupo-revista Acción Española, defensores de una corriente de pensamiento nacionalcatólica que iba de Donoso Cortés a Ramiro de Maeztu, pasando por Marcelino Menéndez Pelayo. Estos controlaban el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), entre otras plataformas de acción cultural, y varios de ellos eran miembros del Opus Dei, como Rafael Calvo Serer, quien había afeado con acritud el pesimismo noventayochista de Pedro Laín Entralgo y su España como problema (1949)[253].

Por el contrario, para Fernández-Carvajal los excluidos o reticentes con el régimen vencedor representaban un “enorme campo de misión” del “apostolado político, un modo inteligente y eficaz de acercarse al prójimo para asimilárselo”[254]. Ese era el primer deber del intelectual católico: asimilar al enemigo, al contrario, al otro a su causa, llevarlo al propio campo. Una asimilación que nada tenía que ver con una actitud de tolerancia o verdadera integración, completamente alejada de cualquier tentación de sincretismo y que estaba subordinada a un determinado proyecto político-cultural. Por eso él y los demás colaboradores de La Hora, Alcalá, Laye y otras revistas del SEU apoyaron con entusiasmo la integración cultural impulsada por Joaquín Ruiz-Giménez cuando llegó al Ministerio de Educación Nacional en 1951, con un equipo de intelectuales falangistas y católicos.

Entre ellos destacaba Pedro Laín Entralgo, nombrado rector de la Universidad de Madrid, quien denunció la actitud de aquellos que, “en lugar de nuestra lúcida y ambiciosa adopción de todo el pasado, para discriminar en su seno lo valioso de lo nocivo y lo inane, optaron por fingir un pretérito inconsistente y espectral [y] trataron de presentarse a sí mismos como Adanes de la cultura religiosa y profana, sin pensar ni saber que en la cultura no es posible el adanismo”[255]. Dionisio Ridruejo, quien había sido jefe de propaganda en la fase más totalitaria de la dictadura, los llamó “excluyentes” para diferenciarlos de ellos, los “comprensivos”, una

“generación puente” que debía aclarar “ante sus continuadores el legado de los maestros integrado en su propio pensamiento y en su propio sentir”[256]. Pensaba en Ortega y Gasset, que en aquella primavera de 1953 cumplía setenta años, apartado del mundo universitario desde su regreso a España, y cuya muerte dos años después daría lugar a reacciones opuestas en medio de un ambiente extremadamente tenso[257].

De hecho, Ruiz-Giménez y su política estaban concitando un amplio frente de oposición, empezado por la jerarquía católica y la propia Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), en cuyo seno habían crecido él y muchos de sus colaboradores. La política “comprensiva” empezó a verse como una amenaza para la estabilidad de la construcción católica del Estado, para “la paz que os han ganado otros”, con sangre en los campos de batalla, como clamó con enfado Fernando Martín-Sánchez Juliá, presidente de la ACNP, ante los jóvenes propagandistas reunidos en el Colegio Mayor Universitario San Pablo-CEU en 1953[258]. Incluso como algo peor, como un cuestionamiento de la necesidad, la justicia y la legitimidad de esa guerra.

Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, escribía en 1957 al arzobispo primado Pla y Deniel para que llamara al orden a los colaboradores de Signo, revista de la Juventud de Acción Católica, porque aquellos chicos estaban convencidos de que la Guerra de Liberación “debe servir únicamente como punto de referencia de lo que no queremos” y “debe dejar paso a la cordialidad, al diálogo efectivo y sincero”, secundando “las últimas consignas de los dirigentes rojos en el exilio, empeñados con todo afán en este momento en abrir a toda costa ese diálogo”[259]. En realidad allí casi nadie cuestionaba (todavía) la legitimidad de la victoria, pero solo un año después, en fecha tan significativa como el primero de abril, aniversario del final de la Guerra Civil, y aprovechando una reunión de la Unesco en Madrid algunos de esos jóvenes que ya habían entrado a militar en el PCE y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU) lanzaron un manifiesto. En él “los hijos de los vencedores y los vencidos”, que habían encontrado en la universidad el primer espacio común, se dirigían a la opinión pública y las autoridades para reclamarles el cese de esa división que enfrentaba a los españoles todavía veinte años después y para

demandar la posibilidad de un futuro diferente:

En este día, aniversario de una victoria militar que sin embargo no ha resuelto ninguno de los grandes problemas que obstaculizaban el desarrollo material y cultural de nuestra patria, los universitarios madrileños nos dirigimos nuevamente a nuestros compañeros de toda España y a la opinión pública. Y lo hacemos precisamente en esta fecha —nosotros, hijos de los vencedores y los vencidos— porque es el día fundacional de un régimen que no ha sido capaz de integrarnos en una tradición auténtica, de proyectarnos a un porvenir común, de reconciliarnos con España y con nosotros mismos[260].

Aquella fue una polémica inédita en la historia del franquismo, muy dura en los términos y demasiado visible para lo que podía tolerar la dictadura, de ahí que el régimen la cortara bruscamente cuando saltó de las hojas de papel a las calles de Madrid en febrero de 1956. Las consecuencias políticas fueron decisivas en la evolución posterior del régimen. Esa fecha, 1956, marcó un nuevo hito generacional, veinte años después del inicio de la guerra, aunque ahora en un sentido muy distinto, pues llevó a muchos de aquellos jóvenes socializados en el férreo encuadramiento de la posguerra a la disidencia y, en pocos pasos, a la oposición[261]. Mientras tanto, ganaron la partida por (todo) el poder aquellos intelectuales monárquicos tradicionalistas vinculados al Opus Dei, ahora decisivos en la consolidación del régimen bajo la etiqueta de la modernización tecnocrática en la continuidad del catolicismo. Pero en ningún caso eso supuso el final de Falange, que aún perseguiría su proyecto de relegitimación y revitalización del régimen a través de experiencias como el SUT.

LA REALIDAD COMO PROBLEMA Y LA JUSTICIA SOCIAL

La justicia social era el tema del momento histórico, muy presente en la retórica del régimen y en algunas de sus iniciativas de construcción de consenso desde finales de los años cuarenta. Unas impulsadas por los falangistas en los ministerios bajo su control, especialmente Trabajo y Vivienda[262], otras más propias del ámbito católico como el Instituto Social León XIII, fundado por el obispo Herrera Oria, la Hermandad de Cristo Trabajador, puesta en marcha por el jesuita Juan Soler de Morell en la Barcelona de 1943, o el Hogar del Empleado fundado en 1949 en Madrid por el también jesuita Tomás Morales. Dirigido a la juventud trabajadora ocupada en el sector terciario, sobre todo en banca y seguros, llevó a cabo iniciativas tan variadas como residencias, economatos, un sanatorio, una escuela de capacitación profesional y actividades recreativas dominicales en los pueblos alrededor de Madrid, junto a la publicación de la revista Aún.

Especial importancia tuvo la creación a finales de los años cuarenta de la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Católica (JOC), pues suponían un giro radical en la acción del movimiento católico, de una organización parroquial a una especializada, en este caso en el mundo obrero[263]. Los miembros de estas dos asociaciones siguieron considerándose a sí mismos como misioneros, con el objetivo de recristianizar a las clases trabajadoras, pero comenzaron a integrar una nueva perspectiva para llevar a cabo esta tarea: los misioneros no solo debían vivir entre los trabajadores, sino que además deberían convertirse ellos mismos en trabajadores.

Lo social fue el tema generacional por excelencia antes de concretarse en opciones políticas. Términos como “inquietud social”, “vocación social”, “preocupación social”, “sensibilidad social”, “compromiso social”, “injusticia social”, “hermandad social”, “dimensión social”, “cuestión social”, “problema social”,

“novela social”, “cine social”, “poesía social” y otros con el mismo adjetivo abundan en los escritos juveniles de esos años. Lo social constituía un espacio compartido con otras culturas políticas situadas en posiciones distintas e incluso opuestas, como el comunismo, donde las palabras justicia, pan o trabajo se convertían en significantes disputados. Solo así pueden entenderse las trayectorias políticas del padre Llanos y de muchos jóvenes “sutistas”, con su progresivo paso del falangismo al comunismo y a la oposición antifranquista.

También explica la sintonía que la experiencia del SUT tuvo con iniciativas semejantes desarrolladas en esos mismos años en la Europa destruida tras la Segunda Guerra Mundial. Así, su antecedente más directo parece situarse en la Alemania de la década de los cincuenta, cuando algunas universidades establecieron acuerdos para que estudiantes y obreros intercambiaran aulas y talleres durante las vacaciones. El por entonces joven falangista Manuel Sacristán, luego destacado intelectual comunista, comentaba la experiencia con entusiasmo en el tercer número de la revista universitaria Laye (1950), si bien su tono mostraba más la sentida influencia del existencialismo que un voluntarismo fascista:

El intercambio entre obreros y estudiantes se articula sobre esta rótula sociológica fundamental: la sociedad debe poner al alcance de todos los hombres en cuanto tales, al margen de toda especialización, los medios adecuados para la profundización de la existencia[264].

El jesuita José María de Llanos no tardó en recoger estas inquietudes junto a un pequeño grupo de amigos y colaboradores del Colegio Mayor Universitario Santa María del Campo de Madrid y dio lugar a la iniciativa de los campos de trabajo en un proceso ya explicado con detalle en la primera parte de este libro. En ese proyecto Llanos contaba con un útil bagaje, como era el conocimiento de primera mano de las nuevas generaciones de estudiantes universitarios gracias a su activismo falangista en la

inmediata posguerra y su experiencia como director espiritual de la Congregación Mariana de San Luis Gonzaga de los jesuitas, en la calle Zorrilla de Madrid. De esta eran miembros un buen número de estudiantes de la Universidad de Madrid, los llamados "Luises", que compaginaban sus estudios superiores con el activismo social, si bien dirigido sobre todo al apostolado[265]. Así lo contaba años después el propio Llanos:

Zorita conmigo en los Luises inventamos el nombre de Servicio Universitario del Trabajo. Sus orígenes hay que ponerlos en el Cor Jesu y en una novela de unos belgas que habían hecho un ensayo semejante. Nos encandiló, y nos propusimos aún en Cáñamo ir a trabajar un día a la semana en el Centro Laboral de la Paloma con los chicos no universitarios, sino del pueblo-pueblo. Y fuimos, yo con ellos, unos cuantos, de donde al verano siguiente se me antojó que podríamos avanzar más e ir a las minas de oro de Almería —su nombre, su nombre ¡Rodalquilar!…— donde estaba de ingeniero un gran amigo, Rotaeche […]. Y en verdad la experiencia abrió el surco[266].

En el fondo latía un humanismo totalizante, el sueño de un "hombre nuevo" que superara los egoísmos propios de su clase, el acomodamiento burgués y las "torres de marfil" intelectuales alejadas de la realidad de cada día. El "estudiante del futuro", según Llanos, no podía dedicarse "exclusivamente a estudiar" si se trataba de "que su conciencia humana sea mayor, que sepa acercarse a sus hermanos trabajadores", porque "hay que convivir con ellos, hay que penetrar en su mentalidad, hay que participar en su vida". La formación de universitarios bajo este ideal era el punto de partida para "crear una nueva sociedad donde el hombre, con su vocación, con su espíritu humano, habrá logrado en los mismos años de preparación algo que no es solo bagaje intelectual, algo que es preparación vital, que es preparación social, que es preparación para darse cuenta de la realidad"[267]. Pero también un ideal armonicista que buscaba superar la lucha de clases que había llevado a la guerra, tal como explicaba el padre Llanos en 1957:

Una juventud en busca de la otra y rompiendo compartimentos estancos, para no tener que romperse la crisma a tiros como consecuencia de su distanciamiento, de su oposición, de esa lucha de clases, irremediable mientras no haya más que estudiantes meramente tales y obreros exclusivamente tales[268].

El obrero, el "productor" en el lenguaje del régimen, aún se veía como culpable de apostasía religiosa y de hostilidad al régimen. Pero ya no era el enemigo combatido en la guerra. Se trataba de una construcción cultural —como lo era igualmente ese campesinado depositario de los valores eternos del país en la ideología ruralista del régimen— sobre la que se proyectaba una voluntad política de reconquista social y de redención espiritual. Según Eduardo Zorita, el interés por los problemas de la clase trabajadora por parte de sectores de la Iglesia y la burguesía católica se debía a un cierto complejo de culpa por la dureza de la represión y de las condiciones de vida impuestas a los trabajadores tras la guerra. La hispanista Shirley Mangini ha escrito sobre cierta "ansia de responsabilidad" que se despertó entre los universitarios e intelectuales al verse como unas élites privilegiadas y cada vez más alejadas de su contexto social[269].

Y luego estaba el sustrato central en el discurso fascista sobre la unidad de estudiantes, obreros y campesinos dentro de la comunidad nacional. La experiencia de los campos también podía ser benéfica para los universitarios, quienes debían aprender del obrero la simplicidad y autenticidad de los sentimientos, el valor del sacrificio, su tesón y esfuerzo físico en el trabajo manual frente a las comodidades de la vida burguesa. Así, la declaración de la Secretaría General de FET y de las JONS sobre el SUT en 1953 afirmaba:

La unión de las clases, de los hombres y de los pueblos en una nacionalidad justa y en marcha, fin de nuestros anhelos revolucionarios, podrá lograrse mejor cuando los hombres

pertenecientes a estamentos funcionalmente distintos salten las barreras que los separan. La Universidad que es también la fuente de los hombres que directa o indirectamente han de mandar a otros hombres, encuentra su complemento en los campos de trabajo, proporcionando un conocimiento real del pensamiento y la vida de los mismos, que permita en su día un mando inteligente del trabajador. […] Se ofrece además a los estudiantes la hermosa posibilidad de conocer España, no la falsa España de exportación para ricos turistas, sino la España nuestra, la que no nos gusta, la que amamos[270].

Todo ello desde una religiosidad interior, más austera y exigente que la oficial obsesionada por la liturgia, la pompa ceremonial y las procesiones, que alcanzaría su apoteosis en el Congreso Eucarístico de Barcelona de 1952[271]. El ejemplo de los "curas obreros" franceses seguramente influyó en el padre Llanos y otros jóvenes jesuitas que le acompañaron en los primeros campamentos del SUT y, más tarde, en las barriadas obreras de Madrid.

A través, también, de la "nueva teología" europea, por ejemplo la pastoral obrera de vanguardia puesta en marcha por el dominico Marie-Dominque Chenu en Francia en los años cuarenta, que entró en la España nacionalcatólica gracias a iniciativas como las Conversaciones de San Sebastián y de Gredos[272], o la autocrítica religiosa de autores como López Aranguren[273]. Los dominicos destacaron en esta renovación, como fue el caso de Guillermo Santomé, ya citado su testimonio en otras partes de este libro, con larga presencia en campos de trabajo y determinante en la visión cristiana del SUT, aunque fueron los jesuitas quienes lideraron las iniciativas de contenido social en esos años. Antes incluso del Concilio Vaticano II, la Compañía de Jesús estaba dando un importante giro en su línea de acción, desde las clases urbanas más privilegiadas hacia las que había dirigido tradicionalmente su labor pastoral y educativa a las clases populares y el mundo obrero[274]. Junto al padre Llanos trabajaron en el Pozo otros jesuitas como Carlos Jiménez de Parga, Juan García Nieto, José Gómez Caffarena, fundador con José Antonio Gimbernat del Instituto Fe y Secularidad, y el teólogo José María Díez Alegría.

Un sector de la Iglesia era cada vez más consciente de que la emigración estaba despoblando los pueblos, donde tradicionalmente el cura había podido controlar todas las etapas de la vida de sus parroquianos, su vida moral, política e incluso económica. Por el contrario, el nuevo medio urbano donde se iba a desarrollar la vida de los emigrados era percibido como moralmente peligroso, porque sin ese conocimiento del contexto, rotas las redes tradicionales de sociabilidad y debilitados los mecanismos sociales de control, por fuerza la labor pastoral se veía dificultada.

En aquellos enclaves de chabolas e infraviviendas que rodeaban las grandes ciudades desde la segunda mitad de los años cincuenta, algunos sacerdotes y muchos jóvenes estudiantes tratarían de buscar un compromiso entre su fe y sus ansias de justicia social a través del trabajo manual. No se trataba solo de mejorar las condiciones de vida, en un país todavía empobrecido, sino también de dar dignidad humana a los trabajadores. Como escribía el citado sacerdote dominico Guillermo Santomé en un informe: “No podemos esperar a que vengan a la iglesia, porque seguramente no vendrán. Tenemos que ir a ellos, buscarles en sus chabolas, hablarles de sus problemas, entonces sí vendrán a la iglesia”. El Trabajo Dominical hacía posible, según Noticia, publicación de la Jefatura Nacional del SEU convertida en principal portavoz del SUT, “arrimarse a los obreros en su mismo tajo, cuando sacrifica uno el domingo, al igual que aquel, para buscar una nueva hermandad en las clases sociales de España”.

El mismo ideal que inspiró los campos de trabajo y el Trabajo Dominical lo haría más tarde con las Campañas de Alfabetización y de Educación Popular, aunque para entonces, avanzados los años sesenta, se expresaría en términos más explícitos. El punto de partida de las campañas ya había dejado de ser el pastoral, el que contemplaba España como un “país de misión”, y su lugar lo ocupaba la ira y el escándalo ante la injusticia. Como afirmaba el informe de actividades del SUT de 1963:

Cientos de hombres inquietos, preocupados por aquellos que ganan su pan con el esfuerzo más duro, sabiendo que es a otros a los que ha tocado la peor parte de una distribución de bienes a todas luces

injusta, abandonan alegremente el descanso fácil para encontrar ambientes más auténticos, la tranquilidad de una conciencia insatisfecha […]. La nueva juventud mira con ojos encendidos los problemas ajenos. Sintiendo latir su corazón ante la injusticia y la desidia con un propósito firme de hablar poco y hacer mucho o, al menos, lo que esté a su alcance[275].

Ahora el principal problema no era la apostasía de las masas obreras, sino el analfabetismo, "el freno más importante al desarrollo social y económico", que invalidaba de hecho "cualquier programa que pretenda transformar el nivel social de las masas trabajadoras", se advertía en ese mismo informe:

Cuando los habitantes del país sean capaces de conocer sus instituciones, su historia y puedan leer o entender la prensa y los folletos de divulgación sobre su trabajo, derechos, deberes, posibilidades, cambiará completamente el régimen de vida en el campo y se habrá dado un paso importante en la transformación de la estructura económico-social de la nación[276].

Los culpables de esa situación de analfabetismo, de prejuicios sociales y de pobreza eran señalados con un lenguaje inédito hasta entonces, eran "los traficantes de siempre, los politicastros y los caciques, los que siguen vendiéndose por un plato de lentejas y los que compran hasta el alma de los demás por satisfacer sus instintos de egoísmo". Pero había otra responsabilidad colectiva que sí les atañía directamente: la de conocer la realidad para transformarla. Un "acuciante problema de sociología empírica", como lo definió el jesuita José María Díez-Alegría en una de las conferencias del SUT, para cuya resolución la universidad española nada había hecho hasta ese momento[277].

Algo cambiaría en los años siguientes: documentar de manera científica la realidad del país y el estado de las clases trabajadoras se convirtió en una lógica exigencia que llevaría a muchos de esos

jóvenes universitarios a orientar sus intereses académicos hacia los estudios de economía y sociología, todavía balbucientes en España. Contribuyeron de ese modo a su reconstrucción como campos académicos en una universidad en transformación acelerada, pero, sobre todo, como espacios de acción política. Fue el caso de Jesús Ibáñez, Javier Herrero o Alfonso Ortí en el grupo de los primeros sutistas reclutados por Eduardo Zorita en el Colegio Mayor César Carlos o, más adelante, de Jordi Borja, Vicenç Navarro, Víctor Pérez Díaz o Manuel Castells[278]. El psicólogo Miguel Siguán —colaborador en el CSIC del grupo intelectual ligado al Opus Dei y por tanto alejado del entorno natural del sutismo— publicó entonces un madrugador estudio sobre la emigración, Del campo al suburbio, que recibió el Premio Nacional de Literatura en 1958.

La Gaceta del SUT incluía con frecuencia reportajes e informes sobre la realidad española de esos años. Un extracto del reportaje "Linares, visto en dos días", publicado anteriormente en Juventud Obrera, revista de la Juventud Obrera Católica (JOC), sobre el trabajo en la mina, el paro o la prostitución, o unos datos de Cáritas sobre renta nacional de los españoles o la pobreza en Madrid, o un estudio sobre la población activa española por sectores, donde resulta que un 45 % de la población activa aún se dedicaba a tareas agrícolas a la altura de 1950, o un informe sobre las retribuciones profesionales en España tomado de la revista de los jesuitas Mundo Social, fundada en 1955[279]. Ramón Tamames recuerda que durante un curso de jefes de campos de trabajo en 1953 en Rodalquilar, al que asistió junto a varios compañeros invitados por Fernando Elena, delegado del SEU de Derecho, Eduardo Zorita les impartió una conferencia en la que comparaba, con intencionalidad evidente, el estajanovismo y el 1 de mayo en la Plaza Roja de Moscú con las canastillas repartidas por las damas de beneficencia en Madrid.

LAS FUENTES IDEOLÓGICAS: DEL FALANGISMO ORTEGUIANO AL CATOLICISMO SOCIAL

El caldo de cultivo mental e ideológico de los primeros sutistas era esa combinación de falangismo, catolicismo y liberalismo con ansias de regeneración nacional, redención y justicia social expresadas en un discurso sincrético y operativo, con un fuerte acento moral. Solo un cuarto de siglo después, al sociólogo Juan Francisco Marsal le costaba entender cómo entonces "el espiritualismo maragalliano, el misticismo unamuniano o el orteguismo joseantoniano" habían podido llegar a "ser elementos de liberalización"[280]. Pero en eso consistía la paradoja de aquellos años, en el significado que podía atribuirse a las cosas dentro de un contexto histórico marcado por la cerrazón intelectual, la indigencia académica, el tomismo nacionalcatólico y el irracionalismo de la retórica falangista, todo ello desde la voluntad de ruptura con todo lo anterior a 1936. Solo así puede entenderse el potencial liberador que podían tener experiencias como el SUT, al fomentar el desarrollo de una conciencia crítica por más que su organización, objetivos e ideario siguieran estando dentro de las coordenadas del régimen franquista.

José Antonio, Ortega y Gasset o la nueva teología del compromiso cristiano serían, a pesar de su compatibilidad más bien problemática, algunos de los pilares ideológicos sobre los que asentó la inicial toma de conciencia de los jóvenes sutistas. En los números del órgano de prensa del SUT correspondientes al año 1960 las citas de los santos padres sobre la subordinación de la riqueza y la propiedad al bien común, y de las encíclicas que desarrollan la doctrina social de la Iglesia, acompañaban a otras citas del escritor católico Georges Bernanos, de los cardenales Newman, Montini y Ancel de Lyon, del sacerdote francés Charles de Foucauld y de su continuador René Voillaume —fundadores de los Hermanitos de Jesús— y del teólogo belga Charles Moeller sobre la justicia, el sacrificio o la mentalidad obrera. También de Emmanuel

Mounier, en particular su obra ¿Qué es el personalismo? resultó decisiva en la evolución de muchos de esos jóvenes católicos hacia un compromiso desde la fe con los marginados, los oprimidos y los explotados, como los definía la revista con una terminología ya claramente marxista.

Así, el personalismo de Mounier fue una "verdadera revelación" para Alfonso Carlos Comín, que lo conoció a través de la revista barcelonesa El Ciervo, fundada en 1951 y en cuyo círculo participaron otros sutistas como José Antonio González Casanova, José Ignacio Urenda y Jaume Lorés[281]. Para Comín la cuestión existencial pasó a estar ya no en ser católico, sino también en "ser del mundo", por eso en 1954 entró en el SUT impulsado por el padre Llanos, con quien le uniría desde entonces una gran amistad. Allí descubrió la ligazón entre fe y experiencia cotidiana y, por tanto, el potencial transformador del compromiso cristiano, que seguiría buscando en los años siguientes en las rutas internacionales por la paz de Pax Christi, en una estancia en la banlieu parisina con Los traperos de Emaús del abbé Pierre, en 1959 en una comunidad pacifista con Lanza del Vasto o, desde 1961, con los "hermanitos" del padre Foucauld en una barriada obrera de Málaga. Mientras tanto su compañera Maria Lluïsa Oliveras marchaba a trabajar con las "hermanitas" al barrio de chabolas de La Bomba, en Madrid, habitado mayoritariamente por emigrantes andaluces[282].

Aquellas revelaciones de la nueva teología francesa, belga o italiana tenían en las páginas de SUT su reflejo en las reflexiones de Aranguren recogidas en Catolicismo día tras día (1953) o del todavía ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz Giménez, con un "decálogo del político" que incluía preceptos como "amar a Dios y a su pueblo sobre todas las cosas"[283]. El padre Llanos publicó en la revista un texto titulado "Trabajar sencillamente", parte de su obra inédita Meditaciones para un hombre nuevo, que constituía una verdadera oración al trabajo redentor, y redactó un Credo del Sutista con un tono todavía marcado por su vigorosa fusión de falangismo socializante y religiosidad militante:

Creo en Dios Padre Omnipotente, Creo en Cristo obrero, amigo y capitán, Creo en la Resurrección de mi Patria, Creo en la

Hermandad entrañable del trabajo que nos abraza a todos […]. Creo en los hogares nuevos de la Patria nueva, Creo en la mujer española, en su abnegación de madre y en los hijos fuertes que me dará para la Patria. Creo en la fecundidad de mi esfuerzo, por un mundo mejor, por una cristiandad nueva y militante, bajo el signo de la Cruz[284].

Como decía Juan Anllo en una conferencia a los estudiantes preuniversitarios, el SUT era una escuela de rebeldía y de conciencia profundamente cristianas, porque "tenemos que ayudar a levantarse a unos hombres que si hoy están descristianizados y hundidos es porque los cristianos los han olvidado y los han hundido, aliándose con el Estado y las clases altas", de manera que "si antes un cristianismo hipócrita y deformado fue el culpable de tal crimen, ahora los que nos llamamos cristianos tenemos el grave deber de reparar esa injusticia"[285].

De ahí, por un lado, la difusión que tuvo entre las filas sutistas un método de estudio ya utilizado en la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), el de "revisión de vida" basado en los principios "ver, juzgar y actuar", pues partía de la realidad y no de principios doctrinales. Sirvió para orientar las discusiones de grupo que tenían lugar una vez acabada la jornada de trabajo y, según recordaba Alfonso Carlos Comín, les ayudó a "asumir nuestra responsabilidad y eso supuso irremediablemente una ruptura radical con el mundo que nos rodeaba"[286]. Por otro lado, explica la influencia de una obra como Teoría sobre la revolución, de Ignacio Fernández de Castro, que abogaba por una "tercera revolución" de "profundo significado cristiano", frente al materialismo y el "signo marcadamente irreligioso" de las revoluciones liberales y marxistas. El nuevo sujeto revolucionario sería el "trabajador, cristiano y expoliado" porque:

[…] el comunismo se ha convertido ya, por su absurdo dogmatismo, en una fuerza conservadora; la corriente vitalizadora que se observa en el catolicismo, la vuelta evidente a los principios evangélicos, diversos movimientos existentes de acercamiento a los

necesitados, de encarnación del cristianismo en el pueblo y en los oprimidos, todos son signos de que esta tercera revolución, este siguiente paso de las fuerzas revolucionarias en acción, puede tener una fuerte inspiración cristiana[287].

En las páginas de SUT se reprodujeron varios fragmentos de este libro, como los referidos a la artificiosidad de las declaraciones abstractas de derechos que no tenían en cuenta los derivados de las necesidades elementales del "hombre-masa". También de ¿Unidad política de los cristianos?, obra en la que Fernández de Castro escribía sobre el poder político y el económico desde una crítica equidistante del capitalismo y del socialismo marxista[288].

Este cóctel de falangismo socializante y cristianismo redentorista tenía un evidente potencial crítico de la dictadura, y más aún de sus bases de legitimación en la doctrina católica. No puede extrañar así que el periódico SUT reprodujera un artículo "Sobre los colegios religiosos", publicado originariamente en el Boletín HOAC, donde se afirmaba que "nosotros, obreros, no vemos su utilidad. A ellos no pueden ir nuestros hijos". Tampoco que propusiera en sus páginas unos exámenes de conciencia a los universitarios donde estos debían reflexionar por "no tener trato con campesinos y obreros" o "sentirse intelectualmente con los obreros y en la práctica menospreciar a quienes no han tenido la oportunidad de ilustrarse", y a los patronos, culpables de "no percibir los crímenes sociales del paternalismo dominador" o "considerar que la iglesia es el mejor gendarme para defender el orden establecido"[289].

Pero si lo social estaba presente desde el primer momento, con esa mezcla de retórica interclasista de la "revolución pendiente" falangista y doctrina social católica, lo más importante fue su rápida evolución hacia formas más desarrolladas de análisis, crítica y acción, que permitieron dar el salto desde aquellas formulaciones pedagógicas a otras ya politizadas. Si el objetivo declarado del SUT era superar las fronteras de clase para conquistar un "sentido social" e ir a la "búsqueda cristiana del otro" en las minas y en las empresas industriales, pesqueras o agrícolas, pertrechados con "manta, mono o pantalón y camisa, calzado fuerte y alpargatas"[290]; si el objetivo en los retóricos términos de la revista Noticia era

“borrar de la faz de España la figura del estudiante despreocupado y egoísta”, un estigma que desaparecía en la hermandad del trabajo manual, “codo con codo en el tajo, en la mina, o en el mar”[291]; si como se afirmaba en la revista Alcalá en 1955 era “preciso afirmar en la mentalidad de las clases dirigentes de la nación una inquietud social, que no es posible despertar sin un contacto directo con los problemas y angustias de las clases más necesitadas”[292]…, los límites de ese empeño eran evidentes, lastrado irremediablemente por su elitismo paternalista.

EL CORTO VIAJE HACIA EL MARXISMO Y EL COMPROMISO POLÍTICO SECULARIZADO

Al desarrollo de una conciencia crítica contribuyeron las nuevas lecturas de aquellos jóvenes, que se beneficiarían de una relativa apertura de la estricta censura editorial, especialmente desde mediados de los años sesenta con la aprobación de la nueva Ley de Prensa e Imprenta de 1966. Algunas las tenían a mano en las bibliotecas de sus casas, como era el caso con Antonio Machado, el poeta nacional por excelencia, referente tanto del falangismo regeneracionista como de la oposición antifranquista[293]. Lo significativo era que sus citas no procedían ya de Campos de Castilla o de Soledades, sino del Juan de Mairena, su obra política en prosa todavía en gran parte prohibida, para ilustrar la vigencia de la cultura popular y la necesaria vinculación entre "poesía lírica y compromiso social"[294]. De la obra de Pío Baroja o de Unamuno se entresacaban sus reflexiones más sociales, como la necesidad de extender la educación primaria y la cultura, o la denuncia contra los "patrioterismos que ahogan la verdad", lo que de paso servía para arremeter contra la guerra de Corea[295].

Esas lecturas les llevaron a buscar fuera, más allá de la campana de cristal en la que la dictadura pretendía encerrarlos, respuesta a sus angustias vitales, que en un primer momento les condujeron hacia el existencialismo. De Jean-Paul Sartre y su Qué es literatura aprendieron que "tu compromiso es ineludible, quiéraslo o no has tomado posición", y de La edad de la razón un interrogante: "¿De qué te sirve la libertad si no es para comprometerte?". De ahí el paso al socialismo era inevitable y, aunque aparecían pocas referencias explícitas a Marx, se utilizaban conceptos como "proletarización", "alienación", "explotación" o "superestructura"[296]. Más visible fue la influencia de autores que ponían el acento en un nuevo "socialismo de rostro humano". Este fue el caso de André Gorz y su La morale de l'histoire, de Lucien Goldman y, sobre todo, de Simone Weil[297]. De la pensadora

francesa se recordó su experiencia obrera durante los años treinta en una fábrica Renault, donde recibió “la marca del esclavo”, y su influencia fue grande sobre Manuel Sacristán[298].

Del marxismo interesó sobre todo su análisis del capitalismo, con referencias a John Strachey y al laborista Harold Laski, que con obras como Introducción a la política y El Estado en la teoría y en la práctica demostraba, a ojos de los sutistas, que “cualquier sistema social se revela como una lucha por el dominio del poder económico” y “sus leyes son expresión de cómo las clases dominantes usan el Estado para proteger sus intereses”[299]. Había también citas de los autores de la Escuela de Fráncfort, como Max Horkheimer, o de libros como Los Estados Unidos y las naciones proletarias, de Pierre Moussa, o La democracia, de Georges Bordeau. Marxismo, pensamiento crítico para analizar las sociedades opulentas, luchas por la descolonización, tercermundismo y crítica al imperialismo “yanqui”, insuficiencia de la “democracia formal” sin una democracia económica… fueron todas ellas ideas que tuvieron una influencia decisiva en la evolución ideológica de los sutistas durante los años siguientes[300].

Ese caudal de lecturas se refleja en la obra de los colaboradores de la prensa del SUT. Esta reprodujo varios artículos publicados por el psiquiatra cordobés José Aumente en su revista Praxis. Revista de higiene mental de la sociedad, donde teorizaba la convergencia entre cristianos y marxistas, y en la revista Índice, dirigida por el falangista Fernández Figueroa, en los que criticaba la actitud reaccionaria de los católicos, lo que en su opinión daba alas al comunismo[301]. Otro autor que colaboró con mucha asiduidad fue Enrique Ruiz García, especialmente sobre la realidad latinoamericana y el éxito de la revolución cubana de Fidel Castro en 1959, que los sutistas siguieron con expectación al ver en ella la posibilidad de una tercera vía revolucionaria, más humanista y menos anticristiana que las anteriores[302].

El por entonces responsable de la propaganda del SUT, Manuel Vázquez Montalbán, escribía contra el “lavado de conciencia” que podían suponer acciones tan limitadas como el Trabajo Dominical, e incluso los campos de trabajo, a favor de un compromiso total que extirpara de raíz las causas de la injusticia[303]. En el mismo sentido

Juan Anllo, en ese momento estudiante de Derecho y jefe de campo, llamaba a "adquirir conciencia y dar conciencia", y alertaba de que el testimonio cristiano debía expresarse como una "lucha política y persigue la desaparición de todas las estructuras que impiden a los hombres realizarse totalmente como tales". Unas estructuras que aún se manifestaban en toda su cruda realidad en el campo español, como él mismo estudió[304]. El historiador José María Jover, ya maduro catedrático de universidad, ironizaba sobre los burgueses que murieron en Madrid en 1808 al asomarse a los balcones para ver qué ocurría, mientras los otros, "albañiles, soldados…", luchaban en las calles[305].

Para ellos el pasado reciente estaba muy presente, por más que no pudiera manifestarse explícitamente, pero lo importante era el futuro hacia el que proyectar sus ansias de cambio[306]. Lo proclamaban, para quien quisiera oírlos, unos versos de Gabriel Celaya reproducidos en la Gaceta del SUT:

Nosotros somos quien somos. ¡Basta de historia y de cuentos! ¡Allá los muertos! Que entierren como Dios manda a sus muertos. Ni vivimos del pasado, ni damos cuerda al recuerdo. Somos, turbia y fresca, un agua que atropella sus comienzos… No reniego de mi origen pero digo que seremos mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo. Españoles con futuro, y españoles que, por serlo, aunque encarnan lo pasado no pueden darlo por bueno[307].

La poesía, por supuesto social, tuvo amplio espacio en las páginas de la prensa del SEU y del SUT, con autores como Eugenio de Nora, Blas de Otero, José Hierro, Victoriano Cremer, José Agustín Goytisolo, el apenas citado Gabriel Celaya o Ramón de Garciasol. Tampoco podían faltar las poesías de Bertolt Brecht, como sus famosas Preguntas de un obrero que lee[308]. Después de "social", la palabra clave de esos años fue "realidad". Lo decía de nuevo Guillermo Santomé en un informe sobre los campos: "No nos enseñó nadie, sino que nació del conocimiento de la realidad". Se entiende así que el sutista Jesús López Pacheco, detenido tras los sucesos de febrero de 1956, en su declaración a la policía alegara que una serie

de fotos que tenía colgadas en su habitación “no eran para recrearse en la miseria”, sino en la realidad, y se las había prestado un amigo fotógrafo para inspirar un libro de poemas[309].

El eco del SUT se puede encontrar en la oleada de “novela social” de los últimos años cincuenta: Jesús López Pacheco con Central eléctrica, Antonio Ferres con La piqueta, Armando López Salinas con La mina o Alfonso Grosso con La zanja, todas ellas publicadas entre 1958 y 1959 por autores que formaban ya parte del comité de intelectuales del PCE en el interior. Los barrios madrileños de chabolas de los que huía Mariano, el médico del relato La conciencia tranquila, escrito por Carmen Martín Gaite en 1956, eran los mismos que visitaba Pedro en la novela Tiempo de silencio (1961), de Luis Martín Santos. Jesús López Pacheco ensalzó el valor del trabajo y el esfuerzo de los trabajadores del mar en el poemario Mi corazón se llama Cudillero (1961), donde había estado en un campo del SUT en 1954.

Juan Goytisolo narró su largo viaje al campo de trabajo en las minas de oro de Rodalquilar en el libro Campos de Níjar (1960), en realidad el viaje iniciático de un joven universitario barcelonés a una España lejana, árida y mísera. El periodista almeriense José Antonio Martínez Soler recuerda que era de lectura casi obligada en los campos de trabajo y en las Campañas de Alfabetización, y seguro que no pasaban desapercibidas sus imágenes literarias cargadas de simbolismo: “Sobre las albarradas, en los muros de las casuchas en ruinas, se repiten las inscripciones en pintura y alquitrán que me acompañan desde Almería, Franco, Franco, Franco”. En el contexto de principios de los años sesenta no era difícil ver en esa frase una alusión a la historia reciente de un régimen autoritario asentado sobre sus propias ruinas[310].

Solo el cine podía competir con la literatura en la constatación de la realidad como primer requisito de la expresión artística. En la película Surcos (1951), dirigida por Nieves Conde sobre guion de Eugenio Montes, ambos falangistas tradujeron en imágenes la ideología ruralista del falangismo frente a la ciudad hostil y disgregadora de la moral tradicional, aunque no escondieran la influencia del neorrealismo italiano y acabara escandalizando a la censura eclesiástica. El mismo modelo neorrealista era decisivo en

el cine realizado por autores que estaban en los límites de la disidencia, como Luis García Berlanga, o ya militando en la clandestinidad, como Juan Antonio Bardem, e incluso hubo proyectos conjuntos, como el frustrado Cinco historias de España de Zavattini y Muñoz Suay. En 1955, en el seno del cineclub salmantino del SEU, a cuyo frente estaba Basilio Martín Patino, tuvieron lugar unas importantes jornadas, más conocidas como las "Conversaciones de Salamanca", que marcarían un giro a largo plazo en cine español hacia el realismo y la crítica social[311]. Años más tarde, en 1966, el propio Martín Patino dirigiría su primera película, Nueve Cartas a Berta, en que describía el despertar a la realidad y el exilio de un estudiante salmantino tras su estancia en un campo de trabajo en Inglaterra; la película sería todo un símbolo para los estudiantes en la etapa final del SUT.

Sin embargo, el régimen franquista no dejaría de reaccionar contra cualquier retrato de la realidad que pusiera en entredicho su voluntad de ofrecer al mundo una imagen de orden, modernidad y desarrollo. Y no solo mediante la censura, como ocurrió con la película-documental Notes sur l'émigration. Espagne 1960, dirigida por el catalán Jacinto Esteva y el italiano Paolo Brunatto, basada en La resaca de Juan Goytisolo. Para el embajador español en Roma y futuro ministro Alfredo Sánchez Bella, esta pintaba "una imagen desolada de Andalucía, suburbios de Almería y barrios extremos de Barcelona […] con clara intención de desprestigio y calumnia", de manera que no tuvo mejor idea que organizar un asalto el día de su presentación en Milán, robar la cinta y, pocos días después, enviarla a Madrid[312]. Ese mismo año, 1961, en la edición barcelonesa de SUT, Francisco Candel comentaba la proyección de Viva Zapata (1952), de Elia Kazan, y de ese entorno surgió una iniciativa como el Cineclub Universitario, dirigido por Manuel Rabanal Taylor. Allí acudían alumnos de la Escuela Oficial de Cine, como Julio Diamante, y se proyectaron El salario del miedo, La sal de la tierra y películas de Eisenstein, Renoir o Buñuel[313].

Una década antes, en 1950, Alfonso Sastre y José María de Quinto habían fundado en el seno del SEU el Teatro de Agitación Social (TAS), en cuyo manifiesto fundacional afirmaban "que el Teatro no se puede reducir a la contemplación estética de una minoría refinada. El Teatro lleva en su sangre la existencia de una gran

proyección social". No cabía duda: "Lo social, en nuestro tiempo, es una categoría superior a lo artístico"[314]. De hecho, y como ya se ha indicado, el teatro se acabó convirtiendo en la principal actividad cultural del SUT, con una ambiciosa y cualificada presencia en las Campañas de Educación Popular. El Teatro Popular Universitario de Madrid, dirigido por José Luis García Alonso, la Escuela de Arte Dramático, dirigida por Antonio Malonda, el Teatro Estudio de Madrid de Antonio Llopis, el Teatro de Cámara de Zaragoza, dirigido por Juan Antonio Hormigón, el grupo catalán La Pipironda, en la órbita del PSUC, o el Teatro Español Universitario (TEU) de Barcelona, con Mario Gas y Enma Cohen, al igual que los de Sevilla o Murcia, participaron en las campañas educativas del SUT en los años sesenta.

DEL COMPROMISO A LA MILITANCIA CLANDESTINA:

SUT Y ANTIFRANQUISMO

Como relataba el editor Javier Pradera al recordar su primer encuentro con Enrique Múgica, por entonces un joven militante del PCE encargado por Federico Sánchez (Jorge Semprún) de crear una red de contactos en la universidad, su entrada en el partido no se hubiera producido igual sin su experiencia previa en el campo de trabajo de Las Hurdes[315]. En otro largo viaje Rossana Rossanda, enviada a España en 1962 por el Partido Comunista Italiano (PCI), relata cómo López Salinas y otros amigos comunistas españoles la llevaron al atardecer a los míseros barrios obreros de Madrid:

Javier [Pradera], Armando López Salinas, su cuñado médico, sus amigos me llevaron al atardecer a los barrios obreros de Madrid. "Mira —me dice Armando—, ahí viven amontonados. Mira, las calles sin asfaltar. Mira, no hay electricidad. Mira, ganan 36 pesetas al día, cuando hasta los informes del Gobierno dicen que se necesitan 110 para vivir". Implícitamente: ¿cómo podrían no rebelarse? Pero por ahora Madrid calla[316].

A las pocas semanas de abandonar España dejarían de callar muchos lugares, empezando por Asturias, en la primera oleada de huelgas desde la Guerra Civil. Tampoco había pasado un año cuando otra periodista italiana, María Adele Teodori, visitó esas mismas zonas de chabolas en compañía de dos sutistas, el sociólogo Víctor Pérez Díaz y el economista Ramón Tamames, quien conocía bien la experiencia internacional de los campos de trabajo, desde los cuáqueros americanos a Jeunesse et Reconstruction en Europa. A su vuelta en Italia, la periodista escribió un libro-denuncia, Spagna in ginochio (1963), sobre la inevitable promiscuidad de las

chabolas y sobre un pueblo que “ya no sabe hablar, porque tiene miedo de comprometerse, miedo incluso de pensar”[317]. Eran los primeros años 60 y desde fuera se percibía, aún y sobre todo, el miedo y el silencio.

Participantes en los campos del SUT como Javier Pradera, Ramón Tamames, Jesús López Pacheco, Carlos París, Alfonso Carlos Comín, Miquel Izard o Manuel Vázquez Montalbán pasaron a ser pronto militantes destacados dentro del PCE-PSUC. Muchos otros llegarían al mismo lugar tras dar un rodeo por la más importante experiencia de la “nueva izquierda” de esos años, el Frente de Liberación Popular (FLP), más conocido como el Felipe, por donde pasaron José Aumente, Ignacio Fernández de Castro, Enrique Ruiz García, Juan Anllo, Ricardo Gómez Muñoz o Nicolás Sartorius en Madrid, José Antonio González Casanova, Jaume Lorés, Pasqual Maragall, Isidre Molas, Vicenç Navarro, Jordi Borja o Manuel Castells en Barcelona, Cesar Alonso de los Ríos en Salamanca y Juan Wulff en Galicia. Por ejemplo, Jordi Borja recuerda su paso por el SUT, solapándose ya con su militancia clandestina:

Otra de mis actividades políticas aun sin adscripción partidaria fue el SUT, el Servicio Universitario de Trabajo […]. Volví a las periferias que anteriormente había “descubierto” como un flaneur precoz y participé en algunas actividades de apoyo social y educativo en las barracas Montjuic (Can Valero) y del Bogatell. También colaboré con una cooperativa de trabajadores que vivían en barracas y se estaban construyendo viviendas en el Valle de Hebrón. Un grupo de estudiantes, entre los que estaba el actual dirigente socialista Raimon Obiols, hacíamos de peones los domingos por la mañana. También organizábamos seminarios y ciclos de conferencias de claro contenido socio-político. En semana santa trabajé en una finca agrícola de la provincia de Valladolid y [en] verano estuve trabajando en la fábrica DKV junto con Nicolás Sartorius y luego en la construcción de una escuela en Estella […]. Fui delegado del SUT en la Facultad y me propusieron que lo fuera para toda la región universitaria (Catalunya y Baleares) pero desistí. Había ingresado en el PSUC y estaba ya muy ocupado.[318]

Pese a la relevancia política de esos nombres, el SUT no fue objeto de una estrategia sistemática de carácter "entrista" por parte de la oposición clandestina dentro de las estructuras del régimen, como ocurriría durante los años sesenta con el movimiento sindical de las Comisiones Obreras[319]. Muchos años después, los recuerdos de los protagonistas dan a entender que así pudo parecer a la vista de su evolución política posterior, pero que solo hubo algo parecido en la última etapa del SUT, cuando sí llegó a estar "plagado" de antifranquistas. También la policía franquista alertaba desde 1961 de que el SUT daba "apoyo logístico" a los "grupos subversivos" y criticaba la falta de vigilancia por parte del SEU. En un informe de la Dirección General de Seguridad (DGS) sobre problemas en la universidad durante el curso 1964-1965 se pueden leer cosas como la siguiente:

Se registra el fenómeno de la Agrupación en el Servicio Universitario del Trabajo de los socialistas y filocomunistas que operaban en la Universidad. Carentes de local social apropiado, no fueron controlados adecuadamente por las jerarquías del Sindicato y las relaciones que estos estudiantes mantuvieron con los obreros de los suburbios resultaron contraproducentes[320].

En otras ocasiones eran los seguimientos o las denuncias contra los voluntarios sutistas por parte de la Policía, la Guardia Civil o las autoridades locales los que llegaban a la DGS. Como el enviado por la Jefatura Superior de Policía sobre las quejas presentadas por Clemente González Batres, estudiante de Medicina, a propósito del trato dado a los jornaleros por el propietario del cortijo adonde había ido a dar clases durante la campaña educativa de Granada en 1963. El informe reconocía el trato áspero dado por el latifundista y su arbitraria manera de liquidar los pagos con los jornaleros, "cuando lo considera oportuno". Sin embargo, lo consideraba normal y fruto de un acuerdo tácito, al igual que las comidas, "las corrientes a uso en la localidad, unas migas por la mañana, cocido al mediodía y gazpacho por la tarde". Por si fuera poco, el denunciado estaba "conceptuado como persona totalmente adicta al régimen", con lo que había sido:

[…] muy mal vista en Iznalloz, por un gran sector de labradores, la intervención que en este asunto ha tenido el estudiante universitario, toda vez que se estima que este debía haber supeditado su actuación a sus clases y no a dar lecciones a los obreros sobre derechos y reivindicaciones de los mismos, hasta el extremo de convertir las clases de cultura en verdaderas charlas políticas[321].

En los informes personales sobre los detenidos en aplicación del estado de excepción decretado a principios de 1969, por ejemplo, en el caso de Joaquín Bosque Sendra, "comunista, en prisión procesado por el Tribunal de Orden Público por el delito de 'asociación indebida'", se recogía su actuación en un campo de trabajo del SUT durante los sucesos en el pozo minero del Grupo San Antonio en Turón (Asturias) en agosto de 1967, narrados en otro capítulo de este libro:

En el verano de 1967, asistió a un campo de trabajo del SUT (Servicio Universitario del Trabajo), de Turón (Asturias), para trabajar como minero en la Empresa Hulleras de Turón, entablando amistad con significados elementos comunistas, con los que censuraba al régimen y alardeaba de su oposición al mismo. El 15-8-1967 formó parte de un grupo que después del entierro de 11 mineros muertos en accidente de trabajo, en el propio cementerio aplaudió a un agitador comunista que les arengó e incitó a manifestarse y a declararse en huelga. En compañía de otros estudiantes del SUT, profirió gritos subversivos e invitó a los clientes de establecimientos para que se manifestaran, motivo por el que fue presentado en el cuartel de la Guardia Civil de Turón[322].

La misma situación represiva se produjo en el campo de trabajo de CEDIE, en el municipio de Barco de Valdeorras, el mismo año de 1967, en que los estudiantes, tras asesorar al jurado de empresa en

la negociación del convenio colectivo perdieron sus prorrogas del servicio militar por la denuncia presentada por el alcalde. Años antes, en el juicio por la militancia en el FLP de J. I. Urenda, su paso por el SUT fue considerado como agravante por el tribunal.

Es decir, las autoridades franquistas y los mandos del SUT tenían una información bastante aproximada del grado de contestación más o menos espontánea y de la infiltración en el servicio de militantes de los partidos cada vez más activos en la clandestinidad. A pesar de ello, era un servicio demasiado popular para ser liquidado de golpe y quizás el régimen aún contaba con su utilidad para integrar en sus cuadros a jóvenes con capacidad de liderazgo, aunque resultaba ya improbable dado el nivel de deslegitimación del SEU entre los estudiantes. Cuando estos lograron con su movilización la inviabilidad y la disolución final del sindicato en 1965, no deja de sorprender que el SUT todavía sobreviviera cuatro años más como una organización autónoma de hecho.

CAPÍTULO 6

UN GOLPE DE REALIDAD PARA LA NUEVA CLASE MEDIA.

UNA MIRADA SOCIOLÓGICA AL SUT

Referencia imprescindible del cine español durante la transición a la democracia, la dupla formada por José María González Sinde como guionista y José Luis Garci como director se encontraba detrás de algunos de los principales éxitos de taquilla de aquellos años, con títulos como Las verdes praderas (1979), Solos en la madrugada (1978) y, en especial, Asignatura pendiente (1977), películas que se inscribían dentro de la conocida como tercera vía, pues aunaban el favor del gran público con el respeto de la prensa especializada[323]. Para su siguiente proyecto, ¡Viva la clase media!, destinado a estrenarse en 1980, ambos decidieron invertir sus roles tradicionales, de tal forma que González Sinde se situó detrás de la cámara mientras que, además de ofrecer una de sus escasas apariciones como actor, el futuro ganador del Óscar se ocupaba del guion y de la producción. A medio camino entre la sátira costumbrista y el neorrealismo social, la película se situaba en los años de la España desarrollista para narrar las peripecias y contradicciones de un grupo de personas que trataban de compatibilizar su convencional vida cotidiana con la militancia clandestina en una célula del Partido Comunista (PCE)[324]. Descrita por sus autores como un intento de "contar una historia lo más sinceramente posible y de la manera que mejor le llegara al público"[325], la cinta cosechó, sin embargo, un sonoro fracaso comercial y, pese a ser seleccionada para el festival de San Sebastián y obtener algunos reconocimientos en el extranjero, fue ampliamente despreciada por la crítica, a lo que hubo de añadirse además el enfado del propio PCE con el retrato que dibujaba del antifranquismo.

A este respecto, y más allá de la discutible calidad fílmica de la obra, no dejaba de resultar paradójico que el partido rechazara un relato de la lucha clandestina basado, a fin de cuentas, en las propias experiencias de dos reconocidos simpatizantes, pues González Sinde había sido procesado por el Tribunal de Orden Público en 1967 por "asociación ilícita y propaganda ilegal",

mientras que José Luis Garci había solicitado públicamente el voto por las candidaturas del PCE de cara a las primeras elecciones democráticas[326]. Posiblemente, el tono tragicómico de la película parecía rebajar el sacrificio que había implicado oponerse activamente a la dictadura —aunque el aparato represivo del franquismo, encarnado en la figura del magistrado, estuviera bien presente como telón de fondo—, pero, por encima de todo, los problemas se derivaban del difícil encaje que podían encontrar estos protagonistas de clase media dentro de los estrechos parámetros de la ortodoxia marxista, centrada casi exclusivamente en el papel jugado en las movilizaciones a favor de la democracia por los sindicatos y la clase obrera.

Sin duda, los perfiles sociológicos mesocráticos resultaban muy difíciles de encasillar, pues correspondían a unos sectores sociales entonces en pleno proceso de expansión, complejos y diversos económica y profesionalmente y con escasas señas de identidad colectiva[327]. Un mundo poroso y de contornos difusos, también desde el punto de vista político. No en vano, aunque numerosas investigaciones han apuntado a la existencia en la sociedad de esta amplia capa intermedia como una de las claves para la transición democrática, rara vez se especifica si dicha clave debe interpretarse en sentido continuista o reformista y rupturista, pues subsisten numerosas incertidumbres en cuanto a cuáles eran sus horizontes de expectativa, formas de sociabilidad y alineamientos políticos.

En esta dirección, es bien conocido que el régimen franquista reivindicaba esta nueva clase media como una creación propia, fruto preciado y objetivo declarado del desarrollismo, e incluso intentaba tímidamente encuadrarla a través de la Delegación Nacional de Asociaciones, cuyo responsable entre 1957 y 1961, Manuel Fraga Iribarne, llegó a organizar una comisión española dentro del Instituto Internacional de Clases Medias[328]. Sin embargo, esta reivindicación no dejaba de ser una construcción a posteriori, puesto que, en el fondo, los valores que genéricamente se atribuían a estos sectores sociales, como el gusto por la moderación y la estabilidad, no se correspondían en absoluto con otros pilares fundacionales del discurso franquista, desde la defensa del heroísmo sacrificado típico de la milicia hasta la idea de servicio falangista[329]. Por su parte, y como ya hemos apuntado, desde la izquierda se

rechazaba cualquier identificación con la "mezquina clase media liberal" de la que se hablaba en La gallina ciega de Max Aub (1969)[330]. Y, no obstante, lo cierto es que, a lo largo de la década de los sesenta, algunos de los elementos más dinámicos del disenso y de la oposición antifranquista fueron precisamente las tradicionales agrupaciones de las clases medias, como las "organizaciones corporativas de determinadas profesiones, en particular de abogados, arquitectos y aparejadores y licenciados"[331]. En numerosas ocasiones, por añadidura, merced a la actividad en su seno de conocidos militantes del PCE, caso de Eloy Terrón, decano del Colegio de Licenciados y Doctores de Madrid o de José Daniel Lacalle Sousa, ingeniero aeronáutico en la empresa estatal Construcciones Aeronáuticas (CASA) y gran teorizador del proceso de proletarización de los profesionales, muy influyente en los años setenta.

Todas estas paradojas y contradicciones no eran en absoluto exclusivas del caso español. Y es que el de las "nuevas clases medias" es un fantasma que recorre el conjunto de la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial, un periodo durante el cual, como han puesto de manifiesto distintos autores, la combinación entre el éxodo masivo del campo a la ciudad provocado por la mecanización agrícola, el desarrollo de la industria de bienes de consumo y la expansión del sector servicios, junto a la imparable secularización de la sociedad, el creciente protagonismo de la población femenina y la multiplicación del número de estudiantes universitarios, provocaron una transformación socioeconómica y cultural de enorme magnitud, que se tradujo en toda una reconfiguración de las expectativas vitales y las mentalidades imperantes en el primer tercio del siglo veinte.

Unos cambios, de nuevo, muy difíciles de interpretar y etiquetar desde el punto de vista político. Así, aunque estos fenómenos han querido verse como el resultado de las políticas norteamericanas —Plan Marshall, OECE— destinadas a difuminar las señas de identidad de las clases trabajadoras y reducir la capacidad de seducción de la ideología comunista, todo ello en el marco de la posguerra y de las lógicas de la Guerra fría[332], lo cierto es que se trataba de procesos igualmente en curso al otro lado del telón de acero. De esta manera, durante las décadas de los cincuenta y

sesenta, el grado de industrialización, urbanización y promoción social a través de la educación superior fue incluso superior en términos relativos en los países del Bloque Socialista[333], mientras que la transversalidad de la preocupación por el tema del nivel de vida se dejaba sentir a través de los portavoces más insospechados, pues el propio camarada Stalin declaraba en 1946 su intención de dedicar una "atención especial a incrementar la producción de bienes de consumo y a elevar el nivel de vida de los trabajadores reduciendo de forma progresiva los costes de los artículos y creando institutos de investigación científica de todo tipo"[334].

La consolidación de estas nuevas clases medias respondía, pues, a una tendencia de carácter global, derivada de las necesidades de la reconstrucción económica y de las expectativas y exigencias de la población europea tras los sacrificios sufridos durante la gran depresión y la Guerra Mundial[335]. Estas experiencias compartidas provocaban la existencia de factores comunes a nivel continental, como el generalizado rechazo a la violencia política, durante mucho tiempo identificado como una incapacidad de estos sectores sociales para la transformación revolucionaria, pero que importantes autores han interpretado como una decisión plenamente consciente[336]. Un rechazo que, por añadidura, en absoluto implicaba una tendencia natural hacia el inmovilismo y la despolitización, pues no en vano los cuadros técnicos-profesionales desempeñaron un papel fundamental en los movimientos de oposición democrática en los países socialistas[337], mientras que las clases medias occidentales fueron protagonistas destacadas en el proceso de ampliación de derechos y profundización democrática de las instituciones que tuvo lugar en los sistemas parlamentarios desde finales de los años sesenta[338]. En este sentido, las consecuencias y plasmaciones concretas de esta tendencia global variaron notablemente en función de las circunstancias nacionales, las situaciones de partida de cada territorio, los liderazgos personales, las culturas políticas establecidas y los distintos estándares socioeconómicos. Así, por retornar al caso que nos ocupa, en efecto, España no fue "diferente", en la medida en que se produjo también en el país una considerable expansión mesocrática, pero sin que perdamos de vista que dicho proceso llegaba con bastante retraso —prácticamente una década— en relación con el resto de la Europa democrática occidental, y siempre condicionado por la anomalía perpetua que

representaban las obsoletas instituciones de la dictadura, tan represivas como incapaces de canalizar las inquietudes y ambiciones de las nuevas generaciones[339].

Dentro de este contexto general, el análisis del Servicio Universitario del Trabajo nos ofrece una vía privilegiada de acceso a la realidad de estas "clases medias" en España. Más allá del anonimato y la frialdad estadística que suele caracterizar a los estudios sobre estas capas intermedias, a través de la experiencia del SUT resulta posible no solo aproximarnos al proceso de formación sociológica, al catálogo de referencias simbólicas y a los procesos de socialización política y creación de mentalidades de estas clases medias, sino, ante todo, ponerle rostro a este sector social. La representatividad, a este respecto, de los participantes en el SUT se justifica por la presencia de una serie de elementos. En primer lugar, su extensión tanto a nivel cuantitativo —los cálculos, en función de las fuentes disponibles, arrojan una cifra aproximada de 13.000 sutistas— como geográfico, puesto que el SUT se encontraba implantado en la totalidad de distritos universitarios españoles, y la actividad de sus campos de trabajo alcanzó a 48 de las actuales 52 provincias. En segundo lugar, su propia condición de universitarios, pues no en vano estas "cualidades de educación" y el status que llevan aparejado constituyen uno de los escasos criterios de adscripción a la clase media unánimemente aceptados por las distintas escuelas de análisis sociológico[340]. Por añadidura, en especial durante la década de los sesenta, los sutistas eran, en muchas ocasiones, los primeros miembros de sus familias en tener acceso a los estudios superiores, lo que suponía todo un indicador de promoción social, y nos proporciona la posibilidad de analizar las interacciones, no siempre sencillas, entre esta "nueva clase media" y los estudiantes originarios de las familias de clase acomodada y clase media tradicional. En tercer y último lugar, el protagonismo político y profesional alcanzado por muchos de los antiguos integrantes del SUT durante la transición y el periodo democrático, reflejos individuales de una conciencia política y unos códigos de conducta colectivos, a cuyo proceso de construcción podemos asomarnos mediante la concreta experiencia del SUT, y que vienen a poner de manifiesto la importancia de la existencia de una expresa voluntad democratizadora frente al determinismo de las teorías de la modernización.

Para la realización de este “retrato colectivo” sobre el SUT, y junto a la consulta de su documentación interna y de los fondos correspondientes en distintos archivos de organismos oficiales, se ha efectuado un importante trabajo de recopilación de testimonios a través tanto de entrevistas personales como de las respuestas recibidas a un modelo de cuestionario puesto a disposición de la comunidad de antiguos sutistas, a los que vinieron a sumarse las obtenidas como resultado de la realización de la película documental La transición silenciada[341].

Lógicamente, como en toda investigación basada en la creación de nuevas fuentes orales y testimoniales[342], puede planear la sombra de la sospecha acerca del grado de representatividad de la muestra recogida y analizada, así como acerca de la veracidad factual de lo relatado por los testigos, a tantos años de distancia de los acontecimientos e influidos en sus recuerdos por las posteriores reconstrucciones de la época realizadas en multitud de productos culturales. En este sentido, no obstante, los principales teóricos sobre el tratamiento de esta clase de fuentes históricas han subrayado que “el hecho de que una fuente no sea ‘objetiva’ […] no significa que sea inutilizable”[343], puesto que el interés no radica únicamente en los acontecimientos en sí mismos —dada, además, la posibilidad de cotejarlos con el resto de fuentes primarias— sino la significación que le atribuyeron los protagonistas. Una circunstancia que nos abre la puerta al estudio de la formación de sus mentalidades, al contraste entre la cultura dominante en el ámbito público y privado y al propio “relato de vida” de los participantes, tanto desde el punto de vista individual como en cuanto a su “representación colectiva”[344].

Por añadidura, y siempre teniendo en cuenta que va a realizarse una valoración más cualitativa que cuantitativa, aunque a la hora de la recopilación quienes sintieron que “hubo un antes y un después de la experiencia del SUT” —o la interpretaron de dicha forma a posteriori— se encuentran, lógicamente, más inclinados a ofrecer su testimonio, no faltan tampoco quienes señalan que “visto con los ojos de hoy era tremendamente dogmático”, que no tuvo “ninguna”[345] influencia sobre su devenir vital o que se trató de una experiencia “agradable, pero de escasa relevancia” desde el punto de vista político[346]. Una consideración esta última, como veremos a

continuación, más extendida entre aquellos que, en el momento de acceder a cualquiera de las actividades del SUT, se contaban ya entre los simpatizantes o militantes de partidos antifranquistas.

DEL DESCUBRIMIENTO DEL OTRO AL APRENDIZAJE

DE LA POLÍTICA

Desde aquel primer campo de trabajo en las minas de Rodalquilar, al que "íbamos a ir muchos, pero al final solo fuimos tres", como recordaba Eduardo Zorita haciéndose eco de la relativa espontaneidad con la que nació la iniciativa, el SUT fue rápidamente "cogiendo volumen"[347], configurándose como una experiencia poliédrica y que iría evolucionando al compás de la propia transformación de la sociedad española. Con una clara línea divisoria, como ha quedado señalado en el primer capítulo, entre la década de los cincuenta y de los sesenta, esta evolución quedó reflejada en la composición sociológica de los participantes y, en lógica consecuencia, en la manera en la que el voluntariado en el SUT era sentido e interpretado, en especial en cuanto a sus implicaciones políticas.

A este respecto, en el seno del Servicio Universitario del Trabajo convivieron, en constante interacción, dos perfiles bien diferenciados. Por un lado, aquellos participantes procedentes de familias con una cierta tradición universitaria, originarios de sectores acomodados o de profesiones liberales, y acostumbrados por tanto a los códigos y sobreentendidos del mundo de la educación superior y a sus derivaciones políticas. Un modelo de estudiante, claramente mayoritario durante los años cincuenta, a su vez dividido entre los hijos de los vencedores de la Guerra Civil y los que venían del espectro político opuesto al régimen —en especial del republicanismo, el catalanismo y el nacionalismo vasco —, minoritarios y silenciados, pero no completamente ausentes. En palabras de Manuel Vázquez Montalbán, uno de los estudiantes que, en tiempo y forma, mejor iba a simbolizar la progresiva inflexión sociológica ocurrida en la universidad —se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona en 1959—, y encarnación de esta tímida presencia de las culturas políticas de tradición izquierdista:

“el 90 % de la universidad provenía de los sectores de la instalación, del establishment social y político; la participación de la clase obrera en la universidad era un 0,01 %”. Un perfil de sutista, en cualquier caso, para quien el mundo del compromiso político no resultaba en absoluto desconocido.

Por otro lado, aquellos estudiantes desprovistos de este bagaje, al ser habitualmente, como ellos mismos señalaban en sus testimonios, los primeros de sus familias en alcanzar la enseñanza superior —“con mucha suerte y voluntad conseguí ir a la universidad”[348]—, originarios de sectores en proceso de ascenso social durante el desarrollismo, como trabajadores de cuello blanco o técnicos especializados, surgidos de la concentración en entornos urbanos y la terciarización de la economía. Un modelo de estudiante, mayoritario a medida que fueron pasando los años sesenta[349], criado por lo general en los convencionalismos de la sociedad de posguerra, marcada por la omnipresencia de la Iglesia católica y la relativa desmovilización promovida desde las instituciones oficiales. Para estos universitarios, entre los que se contaba un número creciente de mujeres, el SUT podía suponer no solo una puerta abierta para viajar por el país, obtener algunos ingresos económicos y tener una vivencia personal diferente, sino también —siempre en función de una decisión de carácter bastante personal— una verdadera escuela de aprendizaje de la praxis política y la cultura de la militancia.

Lejos de una diferenciación académica establecida a posteriori, uno y otro perfil eran ya percibidos de manera separada por los propios contemporáneos, tal y como aparece recogido en numerosos testimonios, como el de Jordi Borja Sebastià. Vinculado al SUT desde el fronterizo año de 1959, el por entonces estudiante de derecho de la Universidad de Barcelona señalaba cómo le “sorprendía la enorme distancia que había entre los ‘sutistas’ militantes de izquierda, los dirigentes procedentes de la burocracia política del SEU y los chicos y chicas ingenuos, que vivían sus experiencias en el SUT unos como ‘testimonio’ de estar al lado de los ‘pobres trabajadores’ y otros como una aventura curiosa para comentar con los amigos y amigas”[350].

Entre los estudiantes ya politizados a su llegada a la universidad, y

en lo que probablemente sea el aspecto más conocido y llamativo del SUT, se contaban algunos de los llamados a ser el relevo generacional de la elite política franquista[351]. Jóvenes de convicciones falangistas, carlistas y católicas que, no obstante, terminaron por alejarse, y de qué manera, de las instituciones del régimen y la retórica de su partido único[352]. Estamos hablando, lógicamente, de figuras como Javier Pradera, Jesús López Pacheco y Alfonso Carlos Comín, para los que participar en algunos de los primeros campamentos del SUT —entre ellos, en la icónica localidad de Las Hurdes— constituyó una experiencia "decisiva en su educación política y sentimental"[353]. En esas "semanas de convivencia con trabajadores, mineros, o campesinos, conocieron por sí mismos el alto coste que, medido en esfuerzo humano, exige arrancar a la tierra cualquier riqueza […] la angustiosa distancia que separa a las clases de nuestro país, el abandono social en que yacen precisamente los que realizan mayor esfuerzo […] su impotencia para elevarse por encima del mundo cerrado en que viven, y el tesoro de posibilidades que hay en el fondo de todo español"[354], como relataba Esteban Pinilla de las Heras con una prosa todavía llena de resonancias falangistas, mientras que Comín señalaba, haciendo ya uso de unas nociones marxistas rápidamente asimiladas, las consecuencias: "una ruptura radical con el mundo que nos rodeaba", el abandono de "la mentalidad burguesa del estudiante universitario" y pasar a "asumir nuestra responsabilidad"[355]. Así, el camino hacia la militancia en los distintos grupos de oposición antifranquista, incluso en el Partido Comunista, había quedado despejado, y en buena medida venía como un resultado inesperado de la vivencia facilitada por el SUT. Con la economía del lenguaje que le caracterizaba, al analizar su primer contacto en las aulas con Enrique Múgica, militante clandestino del PCE desde 1953 y consagrado a la captación de los estudiantes más socialmente inquietos, Javier Pradera reconocía lo siguiente: "Fíjate que si yo hubiera conocido a Enrique [Múgica] antes de ir al campamento de Las Hurdes, no hubiera sido lo mismo que después"[356].

Más allá de estos nombres tan conocidos, para muchos otros hijos de vencedores las campañas del SUT fueron sentidas como un "esfuerzo un poco ingenuo pero sincero por trascender los límites que percibíamos en nuestro ambiente"[357], y terminaron por

convertirse en “determinantes en la valoración negativa del régimen franquista” y en su consiguiente realineación ideológica. Y se trataba de un paso que no resultaba nada fácil a nivel personal y, sobre todo, a nivel de “costes familiares”, puesto que suponía poner en cuestión no solo la inmediata realidad socioeconómica del país, sino todo el relato recibido durante años sobre la guerra civil española, en la que muchos de ellos contaban con represaliados en la zona republicana. Como recordaba Álvaro González de Aguilar, entonces estudiante de Económicas y Empresariales: “La guerra, su explicación, sus consecuencias y las valoraciones estuvieron muy presentes en el ámbito familiar […] dos hermanas suyas [de su padre, “fundador, y miembro activo, de Falange”] fueron asesinadas en Madrid por elementos republicanos y esta circunstancia tuvo un peso sustancial en la familia para las valoraciones de orden político”[358]. Poco a poco, sin embargo, una nueva visión de la contienda fue instalándose en el imaginario colectivo, y la desaparición de ese relato franquista de la victoria se llevó consigo buena parte de la justificación de la que, a los ojos de importantes sectores sociales, había disfrutado hasta ese momento la dictadura. En las certeras palabras de Consuelo del Canto, estudiante de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid: “Mi contacto con las mujeres de los mineros de Ciñera (León) me descubrieron una historia de la Guerra Civil muy diferente a la transmitida en el seno familiar […] supuso para mí descubrir la existencia de dos Españas, la de los ganadores y la otra, desconocida para mí, la de los vencidos”, algo que necesariamente abocó a “enfrentamientos importantes con mis padres cuando contrasté versiones”[359].

Activa o en latencia, la memoria de la Guerra Civil y de sus consecuencias se encontraba igualmente muy presente entre aquellos estudiantes ya politizados, pero que provenían del universo ideológico de la izquierda. La percepción inicial del SUT entre estos sectores fue, obviamente, mucho más adversa e instrumental que para los hijos de los vencedores, cuyas iniciativas y conversiones eran recibidas además, al menos en un primer momento, con bastantes dudas y escepticismo. En buena lógica, son varios los testimonios en los que el SUT aparece como un eslabón más dentro de un proceso de concienciación que, de manera prácticamente inexorable, llevaba hacia la militancia antifranquista: “ya desde

antes de llegar a la universidad mi posición era claramente contraria a la dictadura […] el SUT contribuyó a confirmar mi posición". Un trayecto en el que, de nuevo, los entornos familiares resultaban decisivos, aunque en este caso no con el síndrome del hijo pródigo, sino precisamente como continuadores de una cultura de la reivindicación política transmitida de forma directa o indirecta: "El SUT formó parte de mi proceso de incorporación en la actividad antifranquista y de izquierdas […] se hablaba poco en casa de la guerra pero el ambiente era muy contrario al franquismo. Cuando supieron que militaba en el PSUC se limitaron a decirme que fuera prudente"[360].

La importancia del SUT para estos reductos del izquierdismo en la universidad franquista de los cincuenta no fue, por consiguiente, la del descubrimiento del hecho político, sino la de comenzar a intuir que al otro lado podían encontrarse interlocutores válidos, lo que abría la puerta al desarrollo de la empatía y la colaboración sincera entre ambos sectores estudiantiles. Así, Jesús Ibáñez recordaba cómo "a Zorita lo recibimos de uñas", y que no fue sino "poco a poco [que] le fui cogiendo respeto", una vez que comprobaron que efectivamente "el SUT fue un revulsivo para los que participaron en él […] trabajando a pie de obra", animándose incluso a participar "una semana solo, en un campamento de trabajo"[361]. A través de su implicación tanto práctica en los campos como teórica en distintos escritos, fue probablemente Manuel Vázquez Montalbán quien mejor comprendió y exploró todas las posibilidades que ofrecía este puente tendido entre unos y otros, además de dejarnos una imagen precisa de aquellas sensaciones, llenas de matices y contradicciones: "lo del SUT me había interesado muchísimo […] cuando yo entro, todavía el grupo de concienciados reales que se la jugaban en organizaciones clandestinas era minoritario a más no poder [] Pero sí que era muy fascinante, sobre todo para mí, descubrir que en sectores sociales que no eran el mío había gente que pensaba como yo"[362].

Esta situación, caracterizada como vemos por la interacción de pequeños grupúsculos, surgidos de alineamientos políticos y trayectorias familiares diversas, pero con perfiles todos ellos bastante similares desde el punto de vista sociológico, iba a verse profundamente modificada por "la aportación de contingentes

populares […] gran novedad que se produjo en la composición social del alumnado desde los años sesenta". Como indicábamos anteriormente, la llegada de "jóvenes de las capas medias e hijos de funcionarios y empleados, en proporciones hasta entonces inéditas, e incluso […] algunos hijos de trabajadores cualificados"[363], unida a la extensión del sistema universitario, trastocó el mapa de la educación superior en España, y por lo tanto también el terreno de actuación del SUT y la naturaleza del impacto que provocaban sus actividades. Así, a diferencia de la generación anterior, para muchos de los participantes en la universidad y los campos de trabajo a partir de ese momento, criados en numerosas ocasiones en una "burbuja familiar", en hogares en los que "no se hablaba de política", aquel constituía su primer contacto con una experiencia que, aunque podía no ser vivida como tal, resultaba inequívocamente política en cuanto a su planteamiento.

En efecto, resulta difícil exagerar el impacto que el contacto con el mundo del trabajo manual, primero en las aulas, al contar ya con algunos compañeros de dicha procedencia, y más tarde de forma directa, en campos agrícolas o industriales, pudo provocar en estudiantes de "familia de derechas sin significación política específica", o que "no eran muy favorables al régimen pero tampoco mostraban una oposición clara", y que, por tanto, probablemente optaban por el constante ritornello del evitar meterse en política y no significarse. De esta forma, el SUT terminó convirtiéndose en un importante factor en la concienciación social y la movilización de dichos sectores, una verdadera puerta de entrada al mundo de la práctica política, algo que, en la mayoría de las ocasiones, terminaba por conducir inexorablemente hacia el antifranquismo.

Lógicamente, no fue así en todos los casos, pues varios testigos, al echar la vista atrás, consideran que "la mayoría de los asistentes a los campos de trabajo acudían más como forma de evadirse de sus familias o de suplir un verano fallido que porque fuesen conscientes de lo que se perseguía en los campos, o lo que los jefes de los campos pretendíamos transmitir […] espíritu social o mentalidad social o conciencia social"[364]. Sin embargo, la gran mayoría de los encuestados coinciden en identificar al SUT como un espacio que "nos ayudó a encauzar un poco nuestras inquietudes", en el que se forjaban "unas relaciones en las que la política resultaba un tema

principal”[365], y son numerosos los que señalan que, de entre todas las vivencias que fueron construyendo su percepción del país, “la del SUT fue la primera con connotaciones políticas”. Una visión, por añadidura, particularmente asentada en el caso de las mujeres, grandes protagonistas de este cambio de paradigma sociológico, y para las que “sin la posibilidad de acceso a un pensamiento crítico, si el contexto familiar era conformista […] se vivía anestesiado. El SUT y la universidad fueron determinantes en el despertar”[366].

La recepción de este nuevo perfil de estudiante y de sus reacciones no fue siempre sencilla para aquellos primeros sectores con mayor tradición universitaria y de compromiso político, ya fuera en el ámbito del régimen o de las culturas de oposición, que muchas veces atribuían por igual a estos recién llegados, así como, por extensión, al propio SUT, un cierto carácter advenedizo. De este modo, al rememorar el cambio producido en estos años, no faltan quienes reivindican su carácter pionero al señalar que: “la miseria y la explotación no me resultaban tan extrañas como a otros compañeros que procedían de familias acomodadas”, dejando constancia de que para ellos “el SUT no fue una revelación, sino una constatación”, ya que para entonces conocían “la realidad social española bastante bien”[367].

Sea como fuere, uno y otro perfil terminaron por confluir, y de la complementariedad de estas “dos clases medias”, la vieja de carácter histórico y la surgida “de las nuevas condiciones económicas […] aún no asimilada a la anterior”, pero de “ascenso incontenible”, como constataron algunos observadores contemporáneos[368], iba a nutrirse en adelante el SUT, convertido además en un fenómeno numéricamente mucho más importante. Y es que, con la masificación del mundo universitario, pasaron a ser cientos los estudiantes que cada verano solicitaban su incorporación a los distintos campos de trabajo ofertados, al tiempo que —como se analiza detenidamente en los capítulos previos— se diversificaba su estructura mediante la creación del llamado Trabajo o Ayuda Dominical y el lanzamiento de las Campañas de Alfabetización.

Aproximadamente una década después de su creación, el SUT afrontaba, de esta forma, su momento de madurez como movimiento, lo que abocaba necesariamente a realizar un esfuerzo

de clarificación ideológica, algo de lo que sus dirigentes eran perfectamente conscientes, como demostró la organización de toda una serie de ciclos de conferencias en las universidades de Madrid y Barcelona —analizados en el capítulo primero—, así como la aparición de "otro hito importante […] la publicación a partir de marzo de 1960 de La Gaceta del SUT, impulsada desde la Jefatura Nacional"[369]. Sin duda, aunque desde el punto de vista institucional el SUT continuara encuadrado dentro del SEU, como correspondía al falangismo de tinte católico y al discurso populista de sus orígenes, la realidad de su dinámica había provocado que en el seno del Servicio terminaran por concentrarse sensibilidades políticas adversas, lo que provocaba que las tensiones comenzaran a aflorar. Como recordaban José Antonio Martínez Soler y Francisco Fernández Marugán a propósito del curso para jefes de campo, celebrado ese mismo año de 1960 en Pueyo de Jaca: "la mezcla y la convivencia de falangistas antifranquistas, franquistas y comunistas era chocante y singular", "había grupos resistencialistas vinculados al antiguo SEU, que convivieron políticamente con gentes de inequívoca vinculación democrática […] las tensiones fueron cada vez más fuertes, originándose en esta ocasión, como en otras anteriores, conflictos claramente políticos"[370].

En esta dirección, no por casualidad, la tercera entrega de La Gaceta llevaba a su portada un artículo abiertamente titulado: "¿Qué es el SUT?", en el que se reflexionaba sobre su auténtica "naturaleza", una cuestión "polémica", decía su anónimo redactor, que "se suscitó el mismo día de su aparición", y que a partir de la definición "clásica" como "una oportunidad de Apostolado, de Apostolado auténtico", se concluía que "nuestra postura actual" era la siguiente:

¿Apostolado para quién y para qué? […]. El objeto de ese Apostolado sería el elemento obrero, eso lo sabemos todos […]. Por otra parte nos hemos definido en más de una ocasión como movimiento aconfesional […]. Nuestra doctrina debe ser lo suficientemente genérica como para que esté abierta al mayor número posible de conciencias e incluso de doctrinas […]. Somos un movimiento obrerista que se encarna en un contacto físico con los obreros y abierto a todas las soluciones radicalmente auténticas

[…] para la “desaparición del problema proletario”. La ejecución de esas soluciones ya será una etapa que se ha venido en llamar post-SUT y que cada sutista asumirá con una responsabilidad personal[371].

Sin embargo, planteamientos de esta naturaleza, que reflejaban la postura de los sectores sutistas más socialmente comprometidos con la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, estaban lejos de concitar unanimidad tanto en el seno del Servicio como, obviamente, entre los responsables del SEU, cada vez más recelosos ante los crecientes indicios de que la heterodoxia doctrinal se instalaba en determinados campos de trabajo y en la propia Gaceta, en cuya redacción y selección de contenidos ocupaba un importante papel el muy activo Vázquez Montalbán. En este sentido, y máxime cuando comenzó a distribuirse un Boletín de Textos de interés para nuestros seminarios sociales, pensado como complemento a la Gaceta y que, junto a declaraciones de Simone Weil y extractos de la teoría del personalismo de Mounier, incluía los aforismos del Juan de Mairena de Antonio Machado[372], las jerarquías falangistas decidieron tomar cartas en el asunto.

Así, al cursillo de preparación para jefes de campo celebrado en la Semana Santa de 1960 en la localidad de Matapozuelos (Valladolid), acudieron el inspector nacional y la regidora nacional del SEU, Francisco Eguiagaray y Pilar de Balle, que pudieron comprobar en persona la hostilidad con la que recibían sus consignas varios de los asistentes —entre los que se contaban, liderados por Vázquez Montalbán, futuras figuras de la oposición, como Nicolás Sartorius, Jordi Borja, César Alonso de los Ríos y Ramón Garrabou—[373], hasta el punto de que la propia publicación sutista consignaba que ambos dirigentes habían sido “objeto de un sincero y vivo careo que nos hizo vivir momentos interesantes”[374]. Del mismo modo, los sectores más oficialistas y católicos se preocuparon de que los planteamientos obreristas no quedaran sin respuesta, todavía en un tono conciliador favorecido por el carácter minoritario e interno de la Gaceta del SUT, pero sin dejar por ello de apuntar directamente a aquellos que:

[…] inmaduramente y con la mejor buena voluntad —queremos pensar— quieren dar al SUT una forma política obrerista, perdiendo su estricto sentido universitario como servicio a la sociedad toda […]. O bien, hacer de él un trampolín para su pensamiento, al ver —engañosamente— una cobertura para sus inquietudes particulares[375].

Como quiera que estas llamadas al orden no provocaron el efecto deseado —antes al contrario, pues Vázquez Montalbán respondería a las alusiones con un largo escrito en el que se reafirmaba en la línea obrerista, "Por las manos, hermanos. Universidad y obrerismo", y un artículo de título igualmente inequívoco, "Las posturas insuficientes", en el que llamaba a utilizar el SUT para atacar las verdaderas causas de la desigualdad social y no como un "cobarde lavado de conciencia"[376]—, la Jefatura Nacional del SEU trató de atajar contradicciones y tensiones con el cese de Carlos Ballesteros como responsable del SUT, tal y como se ha relatado con detalle en el capítulo primero. Con todo, su sustituto, Ángel Sánchez Gijón, apenas se mantuvo unos meses en el cargo, en este caso como vimos víctima de la heterodoxia en materia de política internacional, una cuestión habitualmente minusvalorada a la hora de calibrar el despertar de la conciencia crítica en los años sesenta, pero que, como también quedó reflejado en la Gaceta sutista, se había ido abriendo paso en paralelo al cuestionamiento de la situación interna. Fuertemente generacional, esa heterodoxia se expresaba en la particular mezcla de posiciones terceristas y antinorteamericanas de raíz falangista y la defensa de los procesos de descolonización y liberación nacional que pronto se convertirían en banderín de enganche de la oposición antifranquista[377].

Y es que no se trataba ya de una cuestión de selección de personal, sino de que toda una generación de universitarios se encontraba en pleno proceso de desconexión de los rígidos esquemas mentales impuestos por el régimen franquista. Como recordaba Graciela Miguel Ramos, polémicas, debates y campañas, por el mero hecho de tener lugar, suponían afrontar una serie de situaciones gracias a las cuales "sin darnos cuenta, [se] fue resquebrajando nuestro pensamiento de la doctrina infalible […] el pensamiento único en el

que nos habían criado y habíamos crecido, como en invernadero, mejor como cárcel. Y hablo en plural porque no era un sentimiento en soledad, menos mal, estos cambios los vivíamos en la universidad, con los amigos y con el aire que respirábamos"[378]. Una circunstancia esta última, la de la vivencia colectiva, presente en otros muchos testimonios —"me sentí acompañada de gente que tenía ideas parecidas a las mías y de otros que pensaban de forma diferente, pero eran muy majos y eran mis amigos"[379]—, y que contribuyó igualmente a romper con las lógicas de la dictadura, en este caso las de la pura supervivencia individualista resultado de la represión de la inmediata posguerra, para dar paso al renacimiento de las redes de afinidad, solidaridad y sociabilidad, al menos en el ámbito universitario. A partir de ellas, el paso hacia la acción colectiva de tipo político resultaba mucho más sencillo, pues "a medida que nos íbamos conociendo seleccionábamos nuestras relaciones entre los sutistas según la proximidad ideológica y actuábamos en consecuencia; las inquietudes sociales se convirtieron pronto en políticas".

Obviamente, este paso hacia el activismo se produjo tanto de manera espontánea como de forma inducida por el creciente número de personas integradas en los círculos de la oposición clandestina, que veían definitivamente al SUT de la segunda época "como ámbito para politizar a los estudiantes", viviendo su experiencia en los campos de trabajo o las campañas de alfabetización "como aprendizaje y como modesto formador de estudiantes no politizados"[380]. Una percepción que, paralelamente, iba también imponiéndose entre los servicios de seguridad franquistas, cada vez más atentos a los movimientos de los participantes no solo durante el verano, sino a su retorno a sus lugares de origen. Así, comenzaron a intervenirse las correspondencias de determinados sutistas, pues no en vano el contacto epistolar se había convertido en uno los principales instrumentos para mantener esas redes de sociabilidad comentadas anteriormente —y tanto entre universitarios como entre ellos y los trabajadores con los que se había establecido una relación más estrecha—, de tal manera que, como quiera que dicha "correspondencia no [estaba] exenta de comentarios sobre política", algunos nombres acabaron "en los ficheros de la brigada político-social"[381].

Lo cierto es que, avanzada la década de los sesenta, y en una situación de la que el SUT era simultáneamente un reflejo y un actor que había contribuido como pocos a su configuración, "para los universitarios, cualquiera que fuera su ideología, el SEU había dejado de ser una opción"[382]. Se trataba de una realidad que terminaron por aceptar incluso los dirigentes de la dictadura, incapaces de resolver la contradicción que se les planteaba con un organismo que, si quería recuperar algo de credibilidad entre los estudiantes, debía precisamente renunciar a las tareas de censura y control sobre los mismos que habían motivado su establecimiento como sindicato único. En esta línea, tal y como relató en su día Miguel Ángel Ruiz Carnicer, el SEU desaparecía finalmente como organización en abril de 1965, siendo sustituido por una confusa Delegación-Comisaría para el SEU, ideada como un centro de coordinación de las recién creadas Asociaciones Profesionales de Estudiantes y de toda la serie de servicios técnicos y asistenciales —como los colegios mayores— que efectuaba hasta entonces el sindicato, entre los que se destacó "la vigorosa continuidad del SUT"[383].

El Servicio Universitario del Trabajo conseguía así sobrevivir a la estructura institucional que le daba cobertura prácticamente desde su creación, aunque las razones que lo hacían posible se encontraban ya en las antípodas ideológicas de sus primeros pasos, puesto que, como relata Ángel Criado, por entonces estudiante de Ciencias Políticas y Económicas en la Universidad Complutense de Madrid, "conocí las actividades del SUT durante 1965 […] a mis amigos y compañeros no nos interesaba el SUT como institución […] utilizamos el SUT como un vehículo de entrada o acceso al mundo obrero y campesino"[384]. Y una vez dentro, como recordaba uno de sus hermanos, Luis Carlos Criado —los lazos de parentesco jugaron sin duda un papel fundamental en el proceso de aprendizaje político, como puede observarse en los numerosos casos de militancia sutista compartida dentro de una misma familia—[385], a propósito de un campo de trabajo dedicado a la vendimia en la zona de Cariñena, "tenía la sensación de que aquello era una escuela de verano del PCE"[386]. Aunque probablemente la reflexión anterior resulte algo abultada en términos generales, pues la dinámica de cada campo podía ser muy diferente en función de la localización geográfica, los jefes asignados y los participantes, no

deja de ser indicativa del enorme grado de penetración que para entonces había alcanzado el movimiento democrático y antifranquista, que incluso se dejaba entrever tímidamente en los reductos más inmovilistas de la dictadura. Así, recién salido de la Escuela Naval Militar y ya como Oficial de la Armada, el alumno libre de la facultad de Económicas José de Llobet se inscribió para ese mismo campo de Cariñena, y junto a la simple "curiosidad", apuntaba entre "las razones para apuntarme […] la disidencia que, a finales de los sesenta, alcanzaba incluso a los oficiales jóvenes y a los alumnos de las academias militares". Cincuenta años después, la valoraba como una "experiencia determinante. Como militar profesional representó mi conexión con lo mejor del mundo universitario"[387].

Indudablemente, la trayectoria recorrida por el SUT desde el audaz anonimato de Rodalquilar hasta ser ampliamente conocido y reconocido dentro del movimiento estudiantil no había sido sencilla, ni tampoco su curso había obedecido a predestinación alguna que le llevara necesariamente a convertirse en uno de los puntales de la contestación a la dictadura. Su evolución y sus resultados habían sido el madurado fruto de las decisiones de sus participantes, decisiones en las que jugaron un papel decisivo toda una serie de elementos que se revelaron como los principales jalones de este particular camino de Damasco. Trataremos a continuación de analizar brevemente algunos de ellos.

“ENSEÑAMOS POCO […] APRENDIMOS MUCHO”.

EL ENCUENTRO CON EL MUNDO RURAL

Uno de los factores citados de manera recurrente por los sutistas es el impacto producido en el contacto directo con la “terrible realidad social en el campo”, del que nos han dejado numerosos testimonios, en especial en relación con las campañas de alfabetización, y que recuerdan poderosamente al universo de Miguel Delibes, a medio camino entre la denuncia de la explotación secular dibujada en Los santos inocentes y la revalorización del mundo rural experimentada por los universitarios al descubrir la dignidad de sus habitantes, tal y como se apuntaba en El disputado voto del Señor Cayo. Y es que, como describía la entonces estudiante de Filosofía y Letras Amalia Álvarez Fraile, en un autorretrato que podía extrapolarse a muchos de sus compañeros:

> […] yo era una niña de ciudad que prácticamente no había pisado un pueblo en su vida […] conocía los museos, las catedrales, la literatura, el Pozo del Tío Raimundo, pero no los pueblos españoles… Mi cultura se ensanchó considerablemente[388].

Indudablemente, para los criados en la crecientemente urbanizada sociedad española de los años sesenta, en la que los efectos del desarrollismo eran ya muy palpables en la vida cotidiana, no dejaba de resultar chocante comprobar que, en esa “España rural desconocida […] todavía trillaban con trillos romanos”[389], que en ocasiones “las casas no tenían electricidad (se usaban candiles y carburos) ni agua corriente”, o que se dormía “en el suelo en un jergón de paja”[390]. Si estas carencias de servicios básicos podían dar lugar a situaciones más o menos costumbristas, como cuando un sutista, que “todas las mañanas, al amanecer, [se] bañaba en el rio”,

descubría un día que “medio pueblo me espiaba, perplejo ante tanta extravagancia”, también traían consigo efectos dramáticos, constatados asimismo en primera persona por los participantes: “me asistió el veterinario del pueblo porque no había doctor”[391]. En este sentido, resulta especialmente palpable la sensación de impotencia sufrida ante la grave desprotección infantil en los grandes cortijos del sur del país[392], en un contexto de analfabetismo, “abandono cultural y social” e incluso mortalidad por razones fácilmente subsanables, como la falta de atención en el parto —“el médico de Cumbres […] tenía algo escrito de cómo estas mujeres parían solas, allá en los cerros y las lomas, y se lavaban ellas y al niño”— y los primeros años de vida: “Durante mi estancia murió un bebe por una descomposición. Lo trasladamos al cementerio de la comarca, a través de kilómetros de monte, a lomos de una caballeriza con una sábana como sudario”[393].

A la vista de este “baño de realidad política y social”, iba a ser muy difícil que cualquiera que hubiera pasado por aquellos campos de trabajo siguiera comprando el discurso agrarista del régimen, y no ya en su vertiente de “filosofía humanista de la miseria”[394], tan característica del primer franquismo, y que identificaba de forma tramposa la pobreza material con la supuesta reserva espiritual de la nación, sino también en su nueva versión modernizadora, reflejada en incontables noticiarios del NO-DO en los que la mecanización de la agricultura y los pueblos de colonización de arquitectura vanguardista se mostraban como garantía de la transformación del mundo rural operada por la dictadura. La veracidad de este relato, al igual que sucediera con el relativo a la Guerra Civil, se había ido erosionando entre las promociones universitarias más recientes, en buena medida debido a las nuevas lecturas, como la obra Los hijos de Sánchez del antropólogo norteamericano Oscar Lewis y su reflexión sobre lo que denominaba “cultura de la pobreza”, muy influyente en esos años[395], así como a la adquisición de instrumentos metodológicos ligados a la eclosión de los estudios sociológicos, de fuerte presencia en la propia Gaceta del SUT. Pero la puntilla a la credibilidad franquista vino, sin duda, del contacto directo con la población rural, que seguía mayoritariamente abocada a trabajar en “jornadas concretas de sol a sol” y a soñar con la emigración a la ciudad y, sobre todo, al extranjero, como la única manera de mejorar sus condiciones de

vida, como quedaba de manifiesto en el “interés en hablar de Alemania” o el “coraje de una mujer analfabeta, que aprendió a leer y escribir en 40 días gracias a su inteligencia y la necesidad de comunicarse sin intermediarios con su marido, emigrante en Suiza en aquel momento”[396]. José de Llobet resumía con vehemencia un sentimiento generalizado de que: “¡La realidad confirmaba la teoría!”, lo cual, lejos de desalentar a los sutistas, los reafirmaba en su determinación: “Seguimos, puede que más convencidos aún”[397]. Del grado de compromiso de los participantes y de la intensidad de una experiencia que solo cabe calificar de iniciática dan buena cuenta testimonios como el de María Jesús Mateo Sanz:

He sido profesora más de 40 años, pero nunca he tenido una satisfacción docente mayor que la que sentí en Hornos de Segura al ver la cara de felicidad de un campesino alumno mío cuando aprendió a firmar y me dijo que ya no tendría que firmar con el dedo manchado. A partir de ese momento sabía escribir su nombre y se sentía que valía más. Yo, que no era maestra, y que solo había hecho un cursillito de preparación del SUT, se lo había enseñado. Él había mostrado un interés por aprender que pocas veces he visto después. Esto era el mejor SUT: entusiasmo por las dos partes[398].

Como puede observarse en este y muchos otros casos, las vivencias proporcionadas por la participación en los campos del SUT fueron determinantes a la hora de la definitiva elección de una orientación profesional a la salida de la universidad. Así, aunque lógicamente tampoco faltan quienes señalan que “la experiencia del SUT no ha tenido mucha influencia en mi vida profesional”[399], el servicio despertó nuevas vocaciones —“esa experiencia contribuyó a que cambiara los estudios de Arquitectura por los de Ciencias Políticas y Económicas”—[400], reafirmó las primeras inquietudes —“comprobar las oportunidades que me había dado la vida […] influyó en sentir la obligación de un compromiso social”—[401] y, sobre todo, hizo que la voluntad de provocar un impacto en la realidad de las personas nunca perdiera de vista la necesidad de hacerlo en contacto directo con ellas, lejos del “clasismo de los técnicos”[402]. En palabras de la hoy profesora universitaria María Cátedra Tomás:

[…] la experiencia rural fue muy intensa […] me impactó a varios niveles y especialmente comprobé desigualdades sociales y el impacto de la dictadura y los caciques locales en las gentes de los pueblos […] lo que me motivó a dedicarme a la Antropología Social[403].

“NO HAY MÁS HOSTIAS”. EL DESENCANTO

CON LA IGLESIA OFICIAL

La experiencia del SUT comenzaba en muchísimas ocasiones como apostolado católico. No en vano, como señalábamos anteriormente, esta era la “definición clásica” que se le atribuía en la Gaceta, en plena coherencia con unos orígenes fraguados, como recordaba Eduardo Zorita, en una residencia de los jesuitas de la madrileña calle Cáñamo, en la que se leían las obras de Jacques Maritain y el Dios hablará esta noche de Jean Marie de Buck[404].

Este componente religioso se mantuvo de manera sostenida a lo largo de prácticamente toda la historia del servicio. Así, bien avanzada la década de los sesenta, la llamada vocacional y la cooptación a través de las redes de sociabilidad católica —“unos amigos de la facultad en Valencia me engancharon para ir a un cursillo del SUT porque sabían de mis inquietudes sociales y religiosas”[405], “me informaron de la experiencia del SUT los grupos católicos en los que participé hasta 1966”[406]— figuraban todavía entre las principales razones aducidas para inscribirse en los campos de trabajo.

Ahora bien, la pulsión religiosa que animaba a los sutistas de primera hora no era en absoluto la misma que la existente en sus últimas promociones. De este modo, la verticalidad y el encuadramiento de los tiempos de Zorita había ido dando paso a relaciones más horizontales, merced a la creciente presencia de “organizaciones progresistas cristianas”, de “un amigo que después fue cura obrero” y que animaba a conocer las campañas del SUT[407], de “los Movimientos cristianos de base” o de “unas chicas cristianas progres”. Un lenguaje y unas referencias que nos hablan, como ya señalaran en su día Víctor Pérez Díaz y otros autores, de una búsqueda entre los universitarios de “nuevas propuestas religiosas” ligadas a una percepción menos dogmática de sus creencias, así

como a un distanciamiento de las altas jerarquías de la Iglesia[408]. En este sentido, el SUT y sus participantes no hacían más que reflejar la propia transformación del mundo católico desde finales de los años cincuenta, marcada por el clima previo a la celebración del Concilio Vaticano II y la necesidad de adaptarse a una sociedad cuyos valores cambiaban a pasos agigantados[409], factores ambos que obligaban a repensar igualmente las relaciones entre la Iglesia y el Estado franquista, cuya estrecha vinculación comenzaba a ser puesta en cuestión por parte de los sectores juveniles y seglares más avanzados[410].

A tenor de la mayoría de los testimonios recopilados, lo que inicialmente era tan solo una sensación, todavía bastante difusa, de búsqueda de una realización espiritual de tipo personal y de unos instrumentos en los que poder canalizar una voluntad de ayuda a los sectores desfavorecidos, se había transformado, tras el paso por el SUT y el contacto directo con dichos sectores, en un doble rechazo, y ya inequívoco y claramente colectivo. Por un lado, hacia las estructuras de la jerarquía eclesiástica, por su silencio secular ante las condiciones de vida de los trabajadores del campo y las ciudades, agravadas por una dictadura "que no se puede explicar sin [su] participación activa"[411]. Por el otro, hacia los sacerdotes conservadores, considerados la correa de transmisión que mantenía el inmovilismo sobre el terreno, y más aún por contraste con la actividad desplegada por numerosas figuras del clero obrero y progresista, cuya credibilidad no hizo sino acrecentarse rápidamente en estos años.

El contacto con la realidad de los suburbios de las grandes ciudades, paradigma de las contradicciones y desigualdades producidas por el desarrollismo, actuó como un auténtico catalizador de toda esta inquietud generacional. Así se desprende de las respuestas de personas como Graciela Miguel Ramos, que rememoraba sus "visitas los domingos a un poblado de chabolas que había donde está ahora la M-30 […] una actividad de la iglesia tradicional, que era con la que nos relacionábamos en aquel tiempo. La experiencia no nos gustó y tuvimos un conflicto con el cura que la organizaba […]. En estas estábamos cuando encontramos al SUT […] la gente del SUT nos pareció diferente, y nos encontrábamos muy a gusto". Un relato que engarza con el sentido recuerdo del entonces estudiante de

Derecho y seminarista católico José Torreblanca, que evocaba:

Me contaron que los domingos el SUT organizaba la salida de un camión que transportaba alumnos universitarios a un suburbio madrileño, concretamente al Pozo del tío Raimundo, con la loable intención de ayudar a los trabajadores que habían formado una cooperativa y trabajaban los domingos en la construcción de lo que serían sus futuras viviendas. Me sentí atraído por esa actividad. Hay que indicar que de alguna extraña forma yo tenía lo que en aquella época se llamaba espíritu social o mentalidad social o conciencia social […] la participación en esta actividad dominical me condujo a informarme de la existencia de los campos de trabajo de verano […] mi posicionamiento político respecto a la dictadura después de concluir mis estudios universitarios había variado evidentemente. Un chico procedente de un colegio de curas, con una familia no notablemente izquierdosa, se había transformado en un adulto con una muy internalizada ideología de izquierdas[412].

Más allá de los perímetros urbanos, en el redescubierto ámbito rural, los sutistas se enfrentaban a problemáticas diferentes, pero siempre con un mismo telón de fondo de inmovilismo y pobreza estructural. De nuevo, no se trataba únicamente de tener que lidiar con escenas propias de una película de Luis García Berlanga, como cuando al organizar las fiestas patronales —como es bien conocido, uno de los acontecimientos destacados en la vida de muchas localidades, por lo que los "estudiantes" eran con frecuencia requeridos para participar en su planificación— había que enfrentarse a "la enemiga del cura, que no quería baile agarrao"[413], sino de cuestiones bastante más profundas. Así, se constataba la hipocresía de la Iglesia a la hora de atender a las verdaderas necesidades espirituales de las clases populares, pues "en el cortijo no se dejaba de hacer la primera comunión por rebeldía o simple rechazo del acto religioso. No se hacía porque no había medios para ello, por la pobreza y la miseria y el aislamiento" y cuando, como le sucedió a María Cristina Pérez-Yarza en la localidad de Torneros del Jamuz, se conseguía para "la fiesta grande del pueblo […] a un sacerdote de un pueblo cercano", las cosas podían fácilmente

complicarse:

Llegado este a la Iglesia, preguntó a los presentes cuántos iban a comulgar. Respondieron los que estaban y fueron once. Durante la celebración se fueron incorporando más vecinos […]. El sacerdote se volvió a la hora de la comunión y se dio cuenta de que la cola de comulgantes sobrepasaba con creces las once personas. Entonces espetó: "No hay más hostias" y todos retornaron a sus sitios […]. Presa de la indignación me fui a ver al cura, quien no solo no admitió la queja, sino que lanzó imprecaciones contra los habitantes del pueblo[414].

Para aquellos jóvenes universitarios —como vimos, creyentes sinceros en muchísimas ocasiones—, el cinismo de este tipo de situaciones suponía la gota que colmaba el vaso y que les llevaba con facilidad a concluir que "la Iglesia oficial distaba mucho de ser amable y comprensiva y se alineaba claramente con el poder establecido, al que nada importaban las condiciones miserables de vida de la España rural"[415].

Lejos de responder tan solo a incidentes aislados, tamaña actitud parecía estar bastante generalizada entre el clero rural. Teresa García Alba, una joven barcelonesa socializada a su pesar en las instituciones femeninas falangistas, estudiante de Derecho y posteriormente brillante laboralista, nos proporciona una interpretación muy similar desde la visión panorámica que le otorgaban sus cargos de responsable del SUT del distrito universitario de la Ciudad Condal y, entre 1966 y 1968, nada menos que de directora nacional del SUT:

[…] en el ámbito cultural lo más sangriento era el grado de analfabetismo de la población española, las ínfimas condiciones de vida de la gente y el caciquismo generalizado entre los alcaldes e incluso los sacerdotes, sobre todo en Galicia, que dejaban al muerto en mitad de la plaza del pueblo si no estaba al corriente de sus

“pagos” a la parroquia[416].

Las reacciones ante esta decepción con la actitud de la Iglesia oficial fueron tremendamente variadas, como variadas y complejas eran las motivaciones y los propios perfiles personales de los participantes en las iniciativas del SUT. Así, encontramos desde quienes, en mayor o menor medida, terminaban por renegar de sus creencias religiosas, “evolucionando desde el catolicismo hacia una posición de izquierdas y hacia el agnosticismo”[417], hasta quienes, antes al contrario, profundizaban en ellas en busca de una versión más genuina y menos contaminada por el contacto con el poder político: “rechazamos la limosna de los ricos por la justicia de los primeros cristianos”. En este último camino jugaron un importante papel determinados “curas progresistas”, frecuentemente evocados, como el mismo padre Llanos, José María Díaz Alegría, Tomás Malagón Almodóvar y Antonio Marañón, así como activistas como Lluís Maruny Curto. La poderosa figura de Alfonso Carlos Comín actuó sin duda de puente entre una y otra postura, así como de gozne entre los primeros sutistas y la generación de los años sesenta, de la mano de su conocida apuesta por el diálogo entre el cristianismo y el marxismo[418].

“SALIR DEL CERCO FAMILIAR”.

EL EMPODERAMIENTO FEMENINO

Uno de los aspectos más destacados en la evolución del SUT desde finales de la década de los cincuenta es el protagonismo de la mujer, y lo es tanto a nivel individual como en forma de toma de conciencia colectiva. En este sentido, la experiencia sutista era, de nuevo, el reflejo de un proceso más amplio, concretamente del “progresivo resurgimiento del feminismo […] durante el tardofranquismo”[419], a la vez que un activo agente de cambio en sí mismo, en especial desde el punto de vista de la transversalidad de la lucha por los derechos sociales y laborales femeninos, hasta el punto de que merecería, sin duda, un estudio monográfico diferenciado.

Y es que el SUT no dejó nunca de ser un pequeño laboratorio sobre el lugar que ocupaba la mujer en la sociedad española de su tiempo, presa de la contradicción entre las restrictivas atribuciones que en principio le reservaban las instituciones de la dictadura y las realidades de la vida cotidiana y del mercado de trabajo[420]. Al estar basado en un requisito sin distinción de género, como era la condición de estudiante universitario, el SUT podía en principio acoger por igual a hombres y mujeres, una circunstancia que no planteó excesivos problemas durante su primera andadura, dada la escasa presencia femenina en las aulas. Sin embargo, cuando, al calor de las transformaciones sociológicas ya descritas, el número de mujeres universitarias se incrementó exponencialmente, comenzaron a suscitarse las dudas sobre la posibilidad de diferenciar, en línea con la estricta separación por sexos que había prevalecido en el seno del partido único[421], al SUT femenino del masculino, pasando el primero a depender de la Sección Femenina (SF). En su número de marzo de 1960, la Gaceta del SUT se hacía eco de este debate al señalar que:

Son varios los jefes de distrito que nos han hecho la misma consulta […]. Me interesa conocer si el SUT femenino es independiente de este Departamento o si debe considerarse integrado en él, ya que parece ser que la situación no está muy clara, y al objeto de no tener conflictos de "competencia" con la Regiduría de la Sección Femenina[422].

Apelando a las conclusiones alcanzadas en la reunión de colaboradores del SUT celebrada en Navacerrada el año anterior, en la que hubo incluso una ponencia específica para tratar el tema del SUT femenino[423], los redactores de la Gaceta respondían de manera inequívoca a las dudas de sus responsables de distrito: "puesto que el problema social es único […] se pide un SUT único, con una misma organización, unas mismas directrices, una misma finalidad". Una postura que rompía con el monopolio de la SF sobre la actividad de la mujer y que resultaba sin duda muy avanzada, al abrir la puerta a una participación de carácter mixto, si bien en la práctica dicha circunstancia se produjo casi exclusivamente en las campañas de alfabetización, al quedar los campos de trabajo masculinos y femeninos siempre bien diferenciados, resultado de la combinación entre la necesidad de hacer aceptable la política de un único SUT y la propia realidad del mundo laboral, fuertemente especializado —por no decir segregado— por géneros, dado que "muchas fábricas requerían la mano de obra femenina barata"[424], caso, por ejemplo, del sector textil o de la industria conservera.

A pesar de estas limitaciones, dicha postura, comunicada oficialmente al jefe nacional del SEU, Jesús Aparicio, iba a generar muchos recelos en el seno de la Sección Femenina. Sabedores de ello, desde la Gaceta se intentó también apuntalar la decisión desde el punto de vista teórico, con la aparición de una serie de artículos de fondo en los que, de la mano de numerosos malabarismos lingüísticos, se ponía el acento en la idea de justicia social, tan grata a los sectores populistas del falangismo. No por casualidad se buscaba así marcar perfil propio frente a las iniciativas católicas, al señalar que "nuestras amigas universitarias […] encuentran el SUT. El SUT les acercará hasta ese mundo del desamparo […]. Y las

universitarias han cumplido como el más diestro y noble de los universitarios. Han comprendido que no hacían beneficencia, que hacían justicia. Y se han encuadrado plenamente en la legión de los que pedimos, humildes pero inalterables, fraternidad social"[425]. Con todo, no debemos perder de vista que esta clase de opiniones únicamente reflejaban a aquellos sutistas que se movían ya en el entorno del antifranquismo, y estaban muy lejos de ser unánimes en el seno del Servicio. Así, contamos con numerosos testimonios en los que queda de manifiesto la hostilidad que despertaban estas aspiraciones igualitarias, en especial en cuanto a la posibilidad de que las mujeres accedieran a cargos de responsabilidad, caso de la entonces estudiante de Románicas María Jesús Mateo Sanz, que nos relata los ataques sufridos tras su nombramiento como "responsable del SUT de Salamanca en el 68 […] no pude soportar las presiones de dos chicos del SUT con mentalidad fascista que querían dirigirlo ellos y me hicieron la vida imposible hasta que lo dejé"[426].

Con dificultades y resistencias internas, lo cierto es que el SUT femenino consiguió mantenerse al margen de la omnipresente organización dirigida por Pilar Primo de Rivera, y ello iba a suponer la apertura de una doble brecha en el entramado de control que se había establecido sobre las mujeres desde la inmediata posguerra.

Una primera, y en directa relación con la Sección Femenina, a nivel de encuadramiento y de captación de recursos humanos. Y es que como quiera que tomar parte en campos de trabajo y campañas de alfabetización servía para convalidar el Servicio Social de la mujer, ese "deber nacional" para todas las jóvenes entre los diecisiete y los treinta y cinco años que no se encontraran entre las figuras exentas y que quisieran aspirar a un puesto en la función pública —caso de muchas universitarias—[427], el SUT podía parecer una alternativa más apetecible que pasarse seis meses haciendo costura o trabajando en un comedor de Auxilio Social. De hecho, varias veteranas reconocen que este "me lo convalidaban" fue "sinceramente, una de las motivaciones principales" para las primeras inscripciones en las filas del SUT, realizadas incluso sin saber muy bien en qué consistía: "cuando tomé la decisión sabía poco de sus objetivos"[428].

Se llegaba así, de manera prácticamente inevitable, a la segunda de las brechas en el aparato de control, al cambio en la mentalidad derivado de experimentar, en opinión de María Cátedra, "un espacio de libertad, raro en aquel tiempo"[429]. La voz de que se trataba de algo diferente no tardó en extenderse entre las universitarias y el SUT se consolidó así como una vía por la que poder escapar, aunque fuera únicamente durante los veranos, al adoctrinamiento y la opresión que, en muchas ocasiones, se ejercía igualmente en el ámbito privado. Como recordaba una sutista que se apuntaba a los campos año tras año: "Un motivo importante para participar, también para otra gente que conozco, es que podíamos salir del cerco familiar, donde trabajábamos como burras"[430].

En paralelo a esta revelación de su propia condición, las universitarias descubrían "la situación de la mujer obrera", víctima como ellas de una sociedad extremadamente machista, pero explotada además desde el punto de vista económico y laboral. Y es que por más que muchas estudiantes tuvieran que trabajar duramente en su ámbito doméstico y familiar, "por más que los salarios de mis padres fuesen exiguos", las sutistas no dejaban de tener "el estatus privilegiado de estudiante universitaria", nada comparable a la "indefensión de la clase obrera" femenina, "muy sacrificada, especialmente las mujeres casadas y con familia, con una doble jornada laboral"[431].

En este sentido, "experimentar la embrutecedora rutina laboral de las obreras en las fábricas" llevó al establecimiento, de la misma forma que había sucedido con el descubrimiento del mundo rural, de un aprendizaje colectivo de doble dirección. Por un lado, y lejos del inevitable paternalismo con el que numerosas universitarias se acercaban inicialmente a las trabajadoras, estas no tardaron en demostrarles que "eran unas mujeres valientes y listas, con unas ganas de salir adelante en el asunto que contagiaban". Así —en una buena muestra de la existencia de un doble discurso muy característico de la cultura obrera—[432], a medida que fue creciendo la confianza entre unas y otras, quedó de manifiesto que en la intimidad de la conversación privada las trabajadoras eran mucho más conscientes de sus intereses y sus realidades de lo que dejaban ver públicamente, con lo que no necesitaban de ninguna clase de tutelaje doctrinal.

Por otro lado, siempre desde un punto de vista más teórico, las universitarias intentaron transmitir a sus compañeras las nociones de igualdad que se abrían ya paso en determinados ámbitos de la nueva clase media. A este respecto, se dejaba asimismo notar una gran diferencia entre los entornos urbanos y el medio rural, en especial a propósito de la sexualidad, un tema abordado de manera muy explícita por una gran parte de las obreras industriales —con bastante más experiencia práctica, de hecho, que las propias universitarias—, pero todavía muy prohibitivo entre las trabajadoras del campo, por lo que era tratado en muchas ocasiones de forma indirecta, a través de charlas culturales o representaciones teatrales. El montaje de obras como Bodas de Sangre o Yerma de Federico García Lorca —cuya elección no dejaba de ser simbólica por sí misma— se convertía de esta forma en el entorno ideal para constatar la persistencia de determinadas actitudes: "Recuerdo que me impactó el hecho de que alguna alumna no quería sentarse en el mismo pupitre que una chica de dieciséis años porque había tenido un hijo de soltera a los catorce años, trabajando en la casa de un cacique casado y muy mayor que la dejó embarazada", y tratar de introducir "el tema de los anticonceptivos, que en aquel tiempo era un tema tabú, además de estar prohibidos"[433]. Sobre el alcance y los límites de estos esfuerzos, resultan esclarecedoras las impresiones de la entonces estudiante de Filología Románica Pilar Ruiz-Va Palacios:

[…] los modelos de igualdad de hombres y mujeres, que eran una constante en mi discurso, es posible que calasen algo más en sus vidas. Pero no estoy muy segura de que lo hicieran tanto como para transformar la realidad de su situación personal, laboral o de sus relaciones conyugales[434].

El balance de la experiencia, en cualquier caso, no podía calificarse sino de positivo para el empoderamiento femenino —si bien, como la mayoría de los testimonios reconocen expresamente, de nuevo mucho más para las sutistas que para las propias trabajadoras—, por el conocimiento adquirido sobre la realidad del mundo laboral, la apertura de nuevos horizontes de expectativa y la progresiva

asunción de responsabilidades. El ejemplo paradigmático de todo este proceso lo proporciona la trayectoria de Teresa García Alba, designada, como mencionábamos anteriormente, directora nacional del SUT en la segunda mitad de los sesenta: “Este nombramiento fue para mí un verdadero reto por mi condición de mujer, por mi edad y mis ignotas capacidades gestoras y directivas, que puse a prueba. También me proporcionó la independencia familiar total. Recuerdo ese tiempo como uno de los más significativos de mi vida”[435].

Del mismo modo, una vez más, el paso por el SUT trajo mayoritariamente consigo una sensación colectiva de conjurarse para transformar la realidad, de “sentir la obligación de un compromiso social”, “concienciarme con lo que quería hacer con mi vida”, lo que se expresó en la cercanía o —en menor medida— la militancia en movimientos feministas, así como a través de la práctica profesional gracias al “refuerzo en mi decisión de orientar mi vida profesional hacia el ámbito social […] personalmente luchaba contra el franquismo a través de la responsabilidad laboral y social”[436].

“CONOCER EN DIRECTO CÓMO SE LAS GASTABAN LAS FUERZAS REPRESORAS”. LA INDIGNACIÓN ANTE LA REACCIÓN DE LAS AUTORIDADES FRANQUISTAS

Ante la creciente evidencia de que en el seno del SUT estaban incubándose diversos factores de heterodoxia[437], surge inevitablemente la pregunta acerca de cuál fue la respuesta no ya de la cadena de mando falangista —expuesta en el capítulo inicial— sino del propio conjunto del aparato represivo de la dictadura, así como, tras haberla constatado como testigos directos o incluso sufrido en primera persona, la reacción experimentada a su vez por los numerosos sutistas implicados en actos de disenso.

En este sentido, y tal y como ocurriera en otros ámbitos en los que, a diferencia del tratamiento recibido por los partidos y sindicatos ilegalizados y abiertamente antifranquistas, no resultaba tan sencillo hablar de mera subversión y recurrir inmediatamente a la represión pura y dura —por la extracción social de los estudiantes, por su pertenencia a familias con conexiones y apellidos significados, por el propio componente católico y falangista del SUT —, el régimen fue modulando su respuesta al compás de los acontecimientos[438]. Así, a medida que las autoridades percibieron la amplitud del fenómeno, el paternalismo inicial, cuando no directamente el desdén, con el que se trataron los primeros síntomas fue dando paso a las restricciones de baja intensidad, de carácter preventivo y aleccionador —cierre de campos, problemas para la realización en las milicias universitarias del servicio militar obligatorio, advertencias contra la confraternización y búsquedas de propaganda ilegal—, para posteriormente desembocar, en determinadas situaciones producidas a finales de los años sesenta, en la aplicación de la terrible lógica represiva de la dictadura en toda su crudeza.

Indudablemente, no en todos los distritos universitarios, campos y campañas se produjeron incidentes, antes al contrario, pero el simbolismo de los enfrentamientos más sonados constituía una clara muestra de que en el ambiente del Servicio prevalecía una visión crítica con la dictadura en relación con las condiciones sociales y laborales. Como resume con brillantez Álvaro González de Aguilar, uno de los componentes del equipo directivo de Teresa García Alba, a cargo de la coordinación general de los campos de trabajo:

[…] en la medida que los equipos del SUT "colaboraban" con el montaje de actividades y la captación de universitarios, las relaciones con los aparatos eran equilibradas y no se suscitaban tensiones, que por excepcionales eran manejables. Cuando por diversas circunstancias la posición universitaria era más activa y más crítica con las estructuras de poder —y esto sucedió en diversas etapas y en diferentes contextos—, la relación fue más tensa y, en algunos casos, conflictiva con los diferentes estamentos […] SEU, gobernadores de provincias, alcaldes, ministerios sociales […]. Dada la situación de la universidad en el año 1968, el pronunciamiento de gran mayoría de los universitarios SUT fue de crítica o ruptura con las jerarquías SEU. No obstante, hay que decir que también hubo sectores SUT, más azules, como Valencia y Zaragoza, que marcaron distancias respecto a la posición mayoritaria[439].

Dentro de un panorama, por lo tanto, diverso y complejo, entre los testimonios recopilados se destacan interesantes ejemplos de la dinámica que llevaba a las autoridades franquistas desde la indiferencia al recelo, caso de lo sucedido en lugares muy emblemáticos del obrerismo femenino, como las industrias conserveras y chacineras[440].

De esta forma, en el campo de trabajo desarrollado en 1968 en la fábrica de conservas ALBO de la ciudad de Santoña, las sutistas pronto pudieron comprobar que, a la dureza derivada del propio proceso productivo —"descargaba de los camiones atunes y bonitos enormes, bastante pesados para mis fuerzas […] para trocearlos en

las máquinas cortadoras. Esa tarea comportaba acabar empapada de pies a cabeza de la sangre de los atunes […] aquel olor lo impregnaba todo; por la noche todavía hedía toda yo a atún cocido, incluidos los pies y el cabello"—, venían a sumarse, según aparece respaldado por varias veteranas, la precariedad de las instalaciones y las malas condiciones de seguridad e higiene para las obreras —"todo ello lo hacíamos sin guantes protectores y, a causa del frío, las manos perdían sensibilidad […] era fácil hacerse cortaduras […] el estado del suelo, a causa de la sangre, el agua y toda clase de residuos vertidos, causaba a veces patinazos y caídas"—.

Como quiera que la estructuración laboral de la dictadura y la tradicional debilidad de la posición negociadora de las trabajadoras —"en su mayoría, los maridos eran marineros y ellas eran las únicas garantes del sustento de los hijos con continuidad"— les abocaba a una cierta resignación, en dicha fábrica, tras intentar "crear un estado de opinión entre las obreras para hacer una petición de guantes de trabajo y de calzado seguro a la dirección", fueron las propias "estudiantes quienes hicimos la petición […] aprovechando una invitación de la fábrica a dar un paseo en barca y a comer un marmitako".

A pesar de tratarse de reclamaciones puramente técnicas y acotadas a una problemática muy concreta —en una situación muy reveladora del tipo de reivindicaciones en el que fue forjándose el nuevo sindicalismo que llevaría a la creación de Comisiones Obreras (CC. OO.)—[441], sin un expreso marchamo ideológico ni voluntad de transformación del modelo económico, la mera existencia de alguna forma de organización y demanda colectiva hacía saltar las alarmas entre los cuadros intermedios de la época[442]. Como nos relata Pilar Ruiz-Va Palacios, el episodio provocó que las sutistas fueran "percibidas por la dirección como infiltradas antirégimen revoltosas y acabó con la cordialidad paternalista de la situación […] el periodo de nuestra vinculación a la fábrica acabó con una tensión tal que nos hizo vivir con alivio la llegada del fin de nuestra laboral [sic] en ALBO". Otros testimonios matizan esta opinión, pero en todo caso el paternalismo de la empresa y la incomodidad con las reivindicaciones es indudable[443]. A este respecto, al margen de dar cumplido parte a las autoridades de la existencia de esta clase de situaciones, las propias empresas

tomaban buena nota de cara a tratar de impedir su reproducción en el futuro. Así, al año siguiente, como relata otro testimonio, "el encargado de la fábrica de Vigo (conservas ALBO) nos puso a trabajar solas para que no influyéramos con nuestros comentarios […] nos puso a limpiar latas a las universitarias para que no hablásemos demasiado con las trabajadoras"[444].

Lejos de tratarse de un caso aislado, en el extremo contrario del país, "al lado de Jabugo", la sucesión de situaciones y acontecimientos producida unos años antes, en una campaña de alfabetización de 1963, parecía realmente calcada. Así, tal y como nos relata Graciela Miguel Ramos, al ser un día invitadas las sutistas "a ver y recorrer sus fábricas de chacinería" por parte de los jóvenes pudientes de la localidad, como muestra de cordialidad, y probablemente llevados por el deseo de impresionar a las universitarias al mostrarles "todo el proceso de fabricación y de la cura de los jamones", ocurrió que "charlando de forma campechana y sin ninguna intención con las mujeres de los obradores […] nos enteramos que cobraban la mitad que los hombres", lo que significaba un salario por debajo del mínimo establecido por la legislación.

Tras convocar una serie de reuniones semiclandestinas en la iglesia del pueblo, merced a un cura progresista que "nos animó a seguir adelante y denunciar la injusticia con las mujeres" y en las que "él mismo vigilaría la puerta", las universitarias pudieron constatar que, en contraste con la tan cacareada protección de los productores de la que alardeaban los falangistas, "de las más de treinta fábricas, una, solo una pagaba el sueldo base que marcaba la ley. Y no solo era el sueldo, también el horario, trabajar el sábado sin cobrar, incluso el domingo". Puesta la situación en conocimiento de "nuestros jefes del SUT", se decidió consultar a un abogado para interponer un requerimiento colectivo, cuando sorpresivamente "recibimos un telegrama de nuestros queridos jefes: 'suspender urgentemente actividades sociales' […] nos dicen que nos han denunciado por comunistas, tenemos que abandonar todo porque si no, nos iban a detener […] fueron tajantes, la orden no era cosa de ellos, sino de las autoridades de Huelva […] había que abandonar todo, y como ya finalizaba la campaña, volver con los demás para Madrid. No había nada que discutir"[445].

De manera progresiva, ante el goteo de cierres abruptos de campos de trabajo y siempre en función de las actitudes de la autoridad local y de los correspondientes mandos del SUT, la presencia de la Guardia Civil comenzó a hacerse recurrente —"el sargento del puesto nos asustó y nos amenazó duramente", "recuerdo durante la campaña de Teruel en 1965 a un tal Antonio Moreno, fascista declarado […] que era el responsable de la campaña, que nos "fichó" a los "rojos" y en algún caso, como en el mío, nos envió a la Guardia Civil para echarnos del pueblo al que nos habían destinado […] frustrado por el alcalde que me apoyó"—[446]. Sin duda, una señal inequívoca de que la intensidad represiva iba subiendo enteros. Antonio Moreno Bravo, siempre ligado al Movimiento, fue luego subdirector del SUT con Teresa García Alba.

Todo estalló, como es bien conocido y ya se ha señalado en distintos momentos del trabajo, en los campos de trabajo realizados entre 1966 y 1968 en las comarcas mineras del norte de España, sobre todo en las provincias de Asturias y de León. No en vano, los símbolos lo son por una razón, y si las campañas de Las Hurdes habían sido decisivas a la hora de corroborar la persistente miseria de la España rural[447], constatar las condiciones de vida y de trabajo de barrenistas, picadores y posteadores provocó un impacto profundo y duradero entre los estudiantes que se decidieron a bajar a la mina.

Los campos de trabajo en la minería del carbón asturiana tuvieron un peso muy significativo en las actividades del SUT, no solo por su elevado número, el mayor de todos los sectores industriales y por su continuidad —se desarrollaron entre 1953 y 1968— sino por ser la zona en que se establecieron relaciones más estrechas entre los estudiantes y los militantes de CC. OO. y del PCE. En particular a partir de las míticas huelgas del 62 que tanto eco y seguimiento tuvieron en la universidad española, los estudiantes más sensibilizados demostraron un gran interés por conocer de cerca el movimiento obrero asturiano que se asociaba también a la revolución del 34 y su mítico comportamiento durante la Guerra Civil. Una vez superadas las reservas derivadas de la clandestinidad y del respeto personal, los estudiantes contactaron con las comisiones de los diferentes pozos donde se estaba consolidando CC. OO. y tuvieron la oportunidad de conocer a los dirigentes del

sindicato y en particular al malogrado Juan Muñiz Zapico, "Juanín". Para muchos estudiantes, como demuestra el alto número de testimonios recibidos relativos a dichas campañas, ya no habría vuelta atrás.

Difícilmente podía ser de otra manera dado que los sutistas quedaban inmersos en un entorno en el que, como describe con tanta fascinación como precisión Emilio Criado:

Todo giraba en torno a la actividad, y esa historia colectiva, generación tras generación […] una cultura propia, mezcla de orgullo, de resistencia, dentro de un destino que parecía inevitable […]. No todos los mineros eran políticamente de izquierdas, algunos poseían tierras y algunos ganados y podían considerarse pequeños propietarios con tendencias más conservadoras, otros muy minoritarios eran religiosos, e incluso podían encontrarse falangistas. Pero incluso estos grupos compartían la cultura común minera[448].

Con los ecos de la "huelgona" de la primavera de 1962 todavía resonando[449] y en vista de una dinámica en la que convivían en constante tensión prácticas represivas —compañeros trabajadores a los que "pegaban con regularidad" y detenían preventivamente cada 1.º de Mayo— y actividades clandestinas —"escuchar la Pirenaica" o difundir "prensa clandestina", como relataba Juan Sotres, sorprendido cuando "en el acto de despedida del grupo […] que observaba la Guardia Civil desde la barra, al ir al servicio […] un minero se sacó de la bragueta un Mundo Obrero, que me pasó"—, los universitarios no tardaban en percibir que había un "malestar difuso de fondo" que podía convertirse en cualquier momento en un nuevo conflicto.

La chispa se produjo, finalmente y de forma dramática, con el accidente que tuvo lugar el 14 de agosto de 1967 en el grupo de minas Santo Tomás, enclavado en Turón, en el concejo de Mieres, donde el SUT tenía un campo de trabajo cercano en la recién conformada empresa pública Hunosa. Para Joaquín Bosque, la

experiencia fue tan determinante como en el caso de sus compañeros Emilio Criado y Juan Sotres:

[…] en Turón trabaje como "guaje" en el interior de la mina, comprobando la dureza y peligrosidad de ese trabajo […] lo más importante fue el terrible accidente ocurrido en una mina cercana, murieron 12 obreros, se produjeron manifestaciones y algunas detenciones, el grupo del SUT estuvimos por allí y nos llamaron y nos ficharon en el cuartelillo de la Guardia Civil. Todo eso supuso un gran shock para mí y me aumentó la conciencia de izquierda y antifranquista y, en alguna medida, contribuyó a mi posterior adhesión al PCE[450].

Efectivamente, para varios estudiantes que participaron en los funerales de los mineros, así como en los momentos de tensión que se produjeron con la Guardia Civil tras las detenciones de algunos significados trabajadores, militantes del PCE y de CC. OO., la experiencia dejó una huella indeleble —"al conocer en directo como se las gastaban las fuerzas represoras me profundizó en esa actitud antifranquista"—, como debió dejarla en las autoridades, que sin duda tomaron buena nota de cara al año siguiente. De esta forma, cuando para el verano de 1968 se decidió organizar una campaña de Educación Popular en la zona minera leonesa, con toda una serie de representaciones teatrales a cargo de grupos móviles de teatro de distintos distritos universitarios —entre ellos, el de Zaragoza, dirigido por el prestigioso activista teatral Juan Antonio Hormigón —, no tardó en llegar "el estallido final", en el ya mencionado municipio de Matarrosa del Sil, donde:

[…] en aquellos días de mediados de agosto, coincidió un conflicto sindical en una empresa de extracción de carbón […] con la representación del grupo aragonés de Juan Antonio Hormigón. Dado que los universitarios de aquella comarca participaron con los mineros en el conflicto, se quiso impedir por el Gobierno Civil la representación de la obra de teatro. Se le dio orden al capitán de la

Guardia Civil de suspenderla […] la representación se llevó a cabo, pero al día siguiente, el gobernador civil [Luis Ameijide Aguiar] suspendió la campaña y nos expulsó a todos. Ese fue el fin del SUT[451].

EMPATÍA, IMPLICACIÓN Y RESPONSABILIDAD

Nacida como una iniciativa de enorme verticalidad, como mandaban los cánones falangistas y católicos de su tiempo, para poner en relación el mundo universitario y el mundo del trabajo, el SUT terminó por encarnar, de manera obviamente más cualitativa que cuantitativa, a los sectores más avanzados de las nuevas clases medias españolas que se consolidaron durante los años sesenta. A través de la trayectoria de sus participantes, resulta posible asomarse a las etapas y los hitos principales de su proceso de concienciación política, así como a la renovada mirada que dirigieron a la sociedad tras sus experiencias, una mirada mucho más horizontal, mucho más crítica hacia las instituciones franquistas y en la que se destacaban ya determinados elementos necesarios para el surgimiento de una cultura política realmente democrática.

En primer lugar, la empatía hacia las clases trabajadoras. Al contacto directo con la dura realidad de las fábricas y el mundo agrario, se aprendía una visión del otro, de los obreros, muy diferente a los apriorismos transmitidos por los instrumentos de socialización del franquismo, que hacían recaer en exclusiva sobre ellos sus pobres condiciones de vida material —"los picadores de la mina, muy jóvenes la mayoría […] gastaban alegremente el dinero los fines de semana en la capital comarcal […] quemaban rápidamente una juventud que en muchos casos acababa pronto en la jubilación anticipada por la silicosis"—, y que prestaba mucha más atención —influenciada igualmente por el auge de los estudios de sociología, urbanismo y antropología— a la carencia de infraestructuras, los condicionamientos socioeconómicos y los déficits culturales estructurales. También los trabajadores aprendieron que algo estaba moviéndose en el entorno estudiantil, pero, al menos para los veteranos del SUT, no caben dudas acerca de quién salió ganando con el intercambio: "El mayor beneficio de aquellas actividades era para nosotros, los sutistas".

En segundo lugar, la voluntad de implicarse activamente, más allá de la mera teoría. Al facilitar este conocimiento y comunicación mutuos entre clases, que condujeron en algunas ocasiones a largas vinculaciones personales —los "contactos con algunos de los habitantes del pueblo en el que residí se prolongaron a lo largo de más de tres décadas"— y que resultaban muy difíciles de alcanzar por otros medios —incluso en el ámbito de la izquierda, pues "el PCE cuidaba muy bien de tener debidamente compartimentados ambos mundos de obreros y estudiantes"—[452], se tomaba conciencia del —en palabras de un sutista— "duro contraste entre mi marxismo 'de salón' y el 'marxismo vital'" de obreros y campesinos. Al interiorizar esta condición de "privilegiados" —una consideración presente en la práctica totalidad de los testimonios—, numerosos estudiantes impulsaron entonces, de forma probablemente algo ingenua, distintas iniciativas para mejorar las condiciones de los trabajadores, cosechando en la práctica totalidad de las ocasiones un sonoro fracaso. A modo de ejemplo, y a propósito de los casos de protesta mencionados anteriormente, los propios sutistas comprendían que "no les hicimos un gran favor, porque cuando las estudiantes desaparecimos de la fábrica para no volver y retornamos a nuestra vida universitaria, cayó sobre ellas [las obreras de Santoña], de manera más férrea y vigilante si cabe, el entramado de capataces al servicio de la empresa y, al final, no obtuvieron ni una sola de las concesiones que nosotras tuvimos la fantasía de creer conseguidas".

En tercer lugar, la firme decisión de asumir responsabilidades. En buena medida como consecuencia de los dos elementos anteriores, que permitieron comprobar la realidad del contexto político y la correlación de fuerzas —"yo sentía que había mucho miedo", "¡Bastantes sufrimientos ha tenido la clase obrera en nuestro país!" —[453], se impuso "la obligación de un compromiso social […] de contribuir a transformar la realidad de nuestra sociedad"[454]. Dichas responsabilidades se canalizaron de diversas maneras. Así, destacados sutistas se contaron entre las filas del PCE, el Felipe y otras organizaciones de izquierda, pero el compromiso no pasó únicamente por el ingreso en los partidos y plataformas del antifranquismo. De hecho, en muchos participantes puede observarse igualmente una cierta reticencia a la militancia partidista, resultado indirecto de la promoción de la

desmovilización durante el segundo franquismo, aunque también como expresión del propio cambio sociológico ligado a la expansión mesocrática. En este sentido, en línea con el creciente individualismo y la tendencia hacia nuevas formas de implicación política, menos marcadas por los alineamientos tradicionales y más transversales —característicos de las sociedades occidentales de la segunda mitad del siglo veinte—, se puede constatar una notable implicación desde el punto de vista del desempeño profesional. Las palabras de la última directora nacional del SUT, Teresa García Alba, resumen perfectamente esta circunstancia:

Mi condición de directora nacional me obligó a conocer muchos campos de trabajo, que era donde se desarrollaban los trabajos más duros. En el ámbito personal lo que más me impresionó fue la bajada al Pozo de María Luisa en las minas de Langreo con Álvaro González de Aguilar. Fue como jugarse la vida. Conocer las condiciones de vida de los mineros fue lo peor que experimenté y me reafirmó en mi proyecto profesional […] ya había tomado la decisión de dedicarme al derecho laboral[455].

En un país que se enfrentaba a la incertidumbre de los cambios que traería la muerte del dictador, que toda una serie de cuadros profesionales y políticos, llamados a desempeñar un importante papel como rangos intermedios de la Administración, las corporaciones liberales y el mundo universitario estuvieran tan comprometidos socialmente suponía una notable inyección de capital democrático para el conjunto de la sociedad[456]. Quizá no fuera suficiente para colmar sus expectativas, pues “los sueños no se han cumplido”, pero tampoco sería justo olvidar que “los logros han sido grandes”[457].

ANEXOS

ANEXO 1. CUESTIONARIO REMITIDO A LOS ANTIGUOS SUTISTAS. EL SERVICIO UNIVERSITARIO DEL TRABAJO EN PERSPECTIVA POLÍTICA Y SOCIAL (1950-1969)

Esta investigación forma parte del PROYECTO DE INVESTIGACIÓN HAR2012- 36528 amparado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Investigador principal: Miguel Ángel Ruiz Carnicer, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.

La finalidad del presente cuestionario es recoger información y testimonio del impacto de las actividades del Servicio Universitario del Trabajo con vistas a elaborar un trabajo histórico sobre sus características e impacto en la evolución de la juventud universitaria que participó en sus actividades.

El cuestionario está dividido en dos partes. La primera se ciñe a la experiencia del SUT y el contexto personal y familiar de quien lo cumplimenta y la segunda hace referencia a la experiencia social y política en general de la persona.

La confidencialidad del documento generado por cada persona es total y para cualquier cita textual sería solicitada autorización previa del autor.

CUESTIONARIO

Bloque 1

Nombre, fecha de nacimiento, localidad de origen.

Situación familiar durante la Guerra Civil y repercusión directa del conflicto (fallecimientos, cambios en la situación económica, desplazamientos o migraciones). Forma en que esta situación se le transmitió a usted y le afectó.

Clima familiar respecto al régimen y su evolución.

Universidad donde estudió: estudios cursados y años académicos, proyección profesional posterior.

Grado de relación y colaboración con el SEU de su centro y las actividades de este en la universidad en el periodo de estudios universitarios y posterior si los hubiera. Posible militancia en otras ramas del Movimiento.

Momento de conocimiento de la existencia de las actividades del SUT y razones para su inclusión en estas. Sería bueno conocer los nombres de los responsables del SUT en el distrito universitario y en los campos de trabajo con vistas a reconstruir redes de personas (amigos, compañeros, grupos religiosos o movimientos políticos).

Exponga los datos de años y fechas de su estancia en centros laborales dentro de la campaña correspondiente del SUT o la participación en actividades específicas o continuadas (tipo Trabajo Dominical, Campañas de Alfabetización, etc.).

Exponga con el mayor detalle posible dicha experiencia laboral y personal dentro del SUT.

Participación en actividades de difusión y organización dentro del SUT en ese año o años y en los siguientes.

Detalles, incidencias y anécdotas más significativas durante su estancia o relación con el SUT en los ámbitos personal, político, cultural, etc.

Valoración actual de la impresión que dicha estancia le causó en ese momento y el grado de transformación que en su evolución personal y de sus compañeros tuvo la experiencia.

Actitudes y cambios de su percepción social y política del régimen tras la experiencia del SUT. Relación posterior con el SEU y otros ámbitos del Movimiento como la Organización Sindical, cuadros de empresa, etc.

Grado de relación con los compañeros con los que se compartió la experiencia tras esta y expresar si se crearon lazos políticos o de inquietudes sociales con ellos que antes no hubieran existido.

Posible relación personal o epistolar posterior con obreros a los que se conoció en el campo de trabajo correspondiente.

Bloque 2

Militancia o compromiso político (clandestino o no) de algún tipo tras la experiencia o ulteriormente y qué grado de relevancia tuvieron las vivencias del SUT en ello.

Posicionamiento político personal (público o no) que recuerde tras el periodo universitario respecto a la dictadura.

Explique de manera concisa cuál es su valoración actual del periodo del régimen franquista.

Explique de manera concisa su valoración de lo que supuso la transición a la democracia tras la muerte de Franco así como del régimen constitucional de 1978.

Evolución profesional posterior tras la etapa universitaria. Posible repercusión de la experiencia del SUT en ese devenir profesional.

Valoración final sobre la relevancia de la experiencia del SUT en su evolución vital, social y política. Añada cualquier otra cuestión que crea relevante.

ANEXO 2

A. RELACIÓN DE JEFES DEL SUT

Los nombramientos legales de los responsables del SUT se producen con fechas a veces diferentes a las del momento en que el interesado accedió realmente a esa responsabilidad, por lo que puede haber discrepancias entre testimonios y fechas legales.

Marzo 1952-enero 1954: Eduardo Zorita Tomillo

Febrero 1954-julio 1955: Rogelio de la Torre

Julio 1955- marzo 1956: José Antonio Massip

Abril 1956-septiembre 1956: José Ignacio Urenda

Octubre 1956-junio 1957: José Morales

Julio 1957- enero 1960: Antonio del Olmo Aires

Enero 1960- noviembre 1960: Carlos Ballesteros

Octubre 1960- abril 1961: Ángel Sánchez Gijón

Mayo 1961-abril 1962: Alfredo Muñoz Giner

Abril 1962-septiembre 1964: Enrique Calonge Revuelto

Noviembre 1964-octubre 1966: Raimundo Balet Daniel

Noviembre 1966-octubre 1968: Teresa García Alba

Diciembre 1968-septiembre 1969: José Antonio Donat

B. RELACIÓN PARCIAL DE PARTICIPANTES EN ACTIVIDADES DEL SUT

Aguilar de Ben, Rosabel

Albacete González, Carmen

Alberdi, Fernando

Alia González, María Ángeles

Almeida, Cristina

Almendros, M.a José

Alonso de los Ríos, César

Álvarez, María Ángeles

Álvarez Fraile, Amalia

Amestoy, Ignacio

Anadón, Nuria

André Laborda, Serafín

Anllo Vázquez, Juan

Aranda, José

Arbesu Castañón, Agustín

Arribas, José Manuel

Arzalluz, Xabier

Avilés, Luis

Avilés de Torres, Lola

Azqueta Oyarzun, Diego

De Azúa, Félix

Bacardit, Mauricio

Balbín, José Luis

Barrionuevo Peña, José

Bartomeu, Francisco

Bello Hidalgo, Francisco

Bermejo Bartolomé, Luis Fernando

Bernabé Alfonso, Francisco

Berzosa, Carlos

Beunza, José

Biescas, José Ramón

Biosca, Enrique

Bisquerra Mur, Jaime

De Blas Armada, Carlos

Boada, Carmen

Borbón Parma, Carlos Hugo

Borja, Jordi

Bosque Sendra, Joaquín

Bragado, María Jesús

Brotons, Paloma

Buñuel, Miguel

Burns Marañón, Tomás

Cabello Martínez, José Antonio

Calviño, Manuel

Camacho García, Enrique

Camarero, Arturo

Candel, Francisco

Del Canto Fresno, Consuelo

Carbajo Caballero, Miguel Ángel

Cardos Pastor, José Antonio

Caro, Antonio

Casado, Fernando

Casanova González, José Antonio

Casanueva Freijo, Felipe

Castells, Manuel

Castro, Emma

Catedra Tomás, María

Cerrillos, Ángela

Cerrolaza, Javier

Chacón, José Luis

Chirbes, Rafael

Civera, José

Clavero Arévalo, Ignacio

Cohen, Emma

Colino Villareal, Juan

Coloma, J. Carlos

Comín, Alfonso Carlos

Criado Herrero, Ángel

Criado Herrero, Emilio

Criado Herrero, Luis

De La Cuesta La Hoz, Alvarina

Díaz Sánchez, Lorenzo

Díaz, Luciano

Díaz Apraiz, Julio

Eguiagaray, Francisco

Elena, Fernando

Elola, José Antonio

Escudero Hernández, María Elena

Espada, Arcadi

Espejo Saavedra, Carlos

Espinosa Fernández, Luis

Esteva, Mireia

Estévez Morera, Hilario

Fabra Ucelay, Jorge

Fernández Marugán, Adolfo

Fernández Marugán, Francisco

Fernández Calle, María Pilar

Fernández Ordoñez, Miguel Ángel

Figuerol, José Ramón

Fiol, Bartolomé

Fonfría Díaz, José

De Francisco, Rafael

Gabaldón, José Antonio

García, Juan Manuel

García Pérez, Alicia

García Meseguer, Álvaro

García Mira, Francisca

García Nieto, Juan Antonio

García Ferrando, Manuel

García López, Nieves

García Moliner, Rafael

García Bernal, Ana

Gas, Mario

Gómez Meana, Antonio

Gómez Muñoz, Ricardo

Gómez Navarro, Alicia

Gómez Prado, Juan

Gómez Tovar, Juan

González, Eduardo

González Casanova, José Antonio

González García, Manuel

González Guzmán, Pilar

González Luna, Dolores

González Vicente, Francisca

González de Aguilar Castañeda, Álvaro

Hernández Pina, Fuensanta

Hernández Crespo, Rosa María

Hormigón, Juan Antonio

Hormigón, Mariano

Hierro, Liborio

Isorna, Eloy

Iturrate, J. Manuel

Izard, Miquel

Izquierdo, Luis

Jecristo Sánchez, María

Jiménez Pericas, Antonio

Jiménez Duque, Baldomero

Jiménez de Parga, Carlos

Jofre, Salvador

Juaristi, Jon

Junquera Palomares, Germán

Lacomba Aragón, Enrique

Larrea, Begoña

Lastra Gomez, Federico

Leal Maldonado, José Luis

Leira, Eduardo

De León Latre, Mario

Llobet Collado, José

Llorca de la Torre, Matilde

Lobo Aleu, María Teresa

López Pin, Fernando

López García, Gerardo

López Pacheco, Jesús

Lores, Jaume

Lovera Simosa, Óscar

Ludevid, Manel

Maite Magdaleno, Antimo

Manoleyes, María

Maragall, Angels

Maragall, Pascual

Marañón Bertrán de Lis, Gregorio

Maravall Herrero, José María

Maravall Herrero, Agustín

Maravall, Fernando

Marín Fernández, Gonzalo

Marín Fernández, Juan Ignacio

Mariño Campos, Pedro

Marqués, José Luis

Martín Rubi, Jose Carlos

Martín Parra, Manuel

Martínez Pellús, Antonio

Martínez Helps, Carlos

Martínez Soler, José Antonio

Martínez Silva, Maravillas

Mateo, José A.

Mateo, María Jesús

Mayayo, Gregorio

Mayoral Elizagarte, J. Ignacio

Melero de Pablo, Ester

Méndez, Ezequiel

De Miguel Ramos, Graciela

Miralles, Juan

Miralles, Maite

Molas, Isidre

Molina Vera, Pilar

Molto, Ernesto

Moneo Francia, Mercedes

Montalvo Mingo, Francisco

Montes, Carlos

Monreal López, Mariano

Montoya Treviño, Enrique

Montserrat Garrocho, Jorge

Montserrat, Antonio

Mora, Víctor

Morales Montero, José

Moreno Bravo, Antonio

Moreno Villajos, Norberto

Morillo, Alfonso

Morillas Abad, Heriberto

Navarro, Vicenç

Novais, José Antonio

Obiang Bengomo, Severino

Ortega López, Margarita

Ortigosa Perochena, J. Carlos

Palacios, Fernando

Palacios González, Francisco

Palomino de Lucas, Constantino

Palomo Pinto, Maria Luisa

París, Carlos Hugo

Parra, José Manuel

Pedreira Mingotti, Eduardo

Pena López, Carmen

Peñafiel, Jaime

Pérez Accino, Ramón

Pérez Díaz, Víctor

Pérez Vidaurrazaga, Agustín

Pérez Yarza, Cristina

Pérez Yarza, Marta

Pérez de Sagredo, Magdalena

Pesqueira Roca, Herman

Pestaña, Ángel

Piñeiro, Hilario

Polo Peris, Alfonso

Pombo Ortiz de Artiñano, Concepción

Pons Guillén, Milagros

Poveda, José

Pradera, Javier

De Prado Bengoa, José Ignacio

Prats, África

Prats Gimeno, María

Prieto, Fermín

Renau, Dolors

Requena Valmaseda, Dolores

Ribas, Antonio

Rincón de la Rosa, José María

Del Río Borman, Hugo

Ríos, Alicia

Rivas Cembellín, María Ángeles

Rivera Román, Francisco

Rodríguez Sanz, Enrique

Rodríguez Olivares, Félix

Rodríguez Méndez, José María

Romero Hernández, Ángel

Romero Pérez, Fernando

Roquero García, Ricardo

De la Rosa Álvarez, José María

Ruiz Ligero, Apolonio

Ruiz Sechi, Alberto

Ruiz Va, Antonio

Ruiz-Va, Pilar

Saavedra Ruiz, Paloma

San Emeterio Peña, José Luis

Sánchez Martín, J. Andrés

Sánchez García, María Pilar

Sangil Noya, José Antonio

Sanroma Aldea, José

Santomé, Francisco

Santomé, Guillermo

Santomeu, Francisco

Santos Fontela, César

Sanz Miguel, Eutiquio

Sartorius, Nicolás

Satrústegui, Georgina

Sebastián Gascón, María Victoria

Sisi, Antonio

Sobrino Igualador, Francisco

Sola, María Rosa

Solbes, Rafael

Soriano, Alberto

Sotres, Juan

Suárez Jordana, Federico

Tamames, Ramón

Tejerina Lobo, José Antonio

Titos Martínez, Manuel

Torreblanca, José

Torre-Cervigón, José María

Torres Hidalgo, Ana María

Ubierna, José Antonio

Uceda Martínez, Juan

Uceda Martínez, Ramón

Ullán, José Miguel

Urenda, José Ignacio

Varela Ortega, Consuelo

Vázquez Montalbán, Manuel

Vecino Herrero, María Jesús

Velasco Murviedro, Carlos

De Vicente, Ciriaco

Vico, Juan de Dios

Villena, Abilio

Visedo, Ricardo

Wulf Alonso, Juan

Zayas, Carlos

Zorita Tomillo, Eduardo

Zurriarain, Itziar

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Archivo de la Asociación de Amigos del SUT (sut.org.es). Acceso digital.

Archivo General de la Administración Civil del Estado (AGA). Alcalá de Henares (Madrid).

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE).

Archivo Histórico del PCE (AHPCE); Archivo del padre Llanos (Colegio de Jesuitas de Alcalá de Henares, Madrid.

Archivos personales de los autores.

Biblioteca Nacional, Madrid.

Participantes mediante realización de cuestionarios, contribución con testimonios, realización de entrevistas y aporte de documentación. Nuestro más profundo agradecimiento a:

José Luis Álvarez Del Busto

Nuria Anadón

Juan Anllo

Dolores Avilés De Torres

Carlos Ballesteros

Carlos Berzosa

José Ramón Biescas.

Jordi Borja

Joaquín Bosque Sendra

Mª Jesús Bragado Herrero

Enrique Calonge

Manuela Carmena

María Cátedra

Javier Cerrolaza

Emilio Criado

Ángel Criado Herrero

Luis Criado Herrero

Lorenzo Díaz

Julio Díaz Apraiz

Fernando Elena

Francisco Fernández Marugán

Teresa García Alba

Ricardo Gómez Muñoz

Álvaro González De Aguilar

Eduardo González

Pilar González Guzmán

Juan Antonio Hormigón

Lluís Izquierdo Salvador

Pedro Miguel Lamet

José Luis Leal

Eduardo Leira

José María Maravall Herrero

Rodolfo Martín Villa

Antonio Martínez Pellús

José Antonio Martínez Soler

Ezequiel Méndez Vidal

Graciela De Miguel Ramos

Mercedes Moneo

Ricardo Muñoz

Alfredo Muñoz Giner

Vicenç Navarro

Miguel Ángel Nieto

Antonio Del Olmo

Jaime Peñafiel

Cristina Pérez Yarza

Herman Pesqueira

Alicia Ríos

Francisco Rivera

Fernando Romero

Antonio Ruiz Va

Nicolás Sartorius

Juan Sotres

María Rosa Sola

Ramón Tamames

Manuel Titos

Rogelio De La Torre

José Torreblanca

Eduardo Zorita

Itziar Zurriarain

REVISTAS Y PRENSA PERIÓDICAS CONSULTADAS

ABC

Acento Cultural

Alcalá

Alférez

Arriba

Boletines de Campamentos

La Gaceta del Estudiante

Haz

La Hora

Juventud

Nosotros

Noticia

El País

La Vanguardia Española

BIBLIOGRAFÍA

Alfonso Sánchez, J. M. (2005): Iglesia, política y educación en España (1940-1960). Documentos del archivo Pla y Deniel, Tomo I, La orientación católica de la enseñanza, Madrid, Fundación Universitaria Española.

Álvarez Cobelas, J. (2004): Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970), Madrid, Siglo XXI.

Del Arco Blanco, M. A. (2020): Los "años del hambre". Historia y memoria de la posguerra franquista, Madrid, Marcial Pons.

Ariño Villaroya, A. (2015): "La investigación sociológica sobre los estudiantes universitarios en España", Revista de Estudios de Juventud, 110, pp. 131-153.

Aron, P. (2019) : "La reconversion des écrivains catholiques après-guerre en Belgique francophone : le cas de l'hebdomadaire Vrai", Contextes, 23.

Asión Suñer, A. (2018): Cuando el cine español buscó una tercera vía (1970-1980), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Aub, M. (2009): La gallina ciega. Diario español, Madrid, Visor Libros.

Ayala, F. (2018): Transformaciones. Escritos sobre política y sociedad, 1961-1991, Granada, Fundación Francisco Ayala/ Universidad de Granada.

Baldó, M. (coord.) (1999): "Dossier Estudiants i moviment estudiantil a la Universitat de València durant el segle XX", Saitabi 49. (Artículos de M. Baldó, D. Comas, M.ª F. Mancebo, M. Á. Ruiz Carnicer y S. Rodríguez Tejada).

— (2003): "Movimiento estudiantil y oposición al franquismo en los años sesenta", en Chust, M. y Broseta, S. (eds.) La pluma y el yunque. El socialismo en la historia valenciana, Valencia, PUV, 127-152.

— (2011): “Represión franquista del profesorado universitario”, CIAN Revista de Historia de las Universidades, 14, 1, pp. 31-51.

Barrachina, M. A. (1998): Propagande et culture dans l´Espagne franquiste 1936-1945, Grenoble, ELLUG/Université Stendhal.

Blasco, I. (2000): “Las mujeres de la Sección Femenina de Falange: sumisión, poder y autonomía”, en Cerrada Jiménez, A. I. y Segura, C., Las mujeres y el poder: representaciones y prácticas de vida, Madrid, Al-Mudayna, pp. 253-268.

Bologna, S. (1999): Nazismo y clase obrera, Madrid, Akal.

Bonet, L. (1988): La revista Laye: estudio y antología, Barcelona, Edicions 62.

Borja Sebastiá, J. (2012): Mis universidades. Historia de un proceso de aprendizaje, Barcelona, Universitat de Barcelona.

Buck, J. M. (1949): Dios hablará esta noche, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid.

Bustelo, F. (1996): La izquierda imperfecta: memorias de un político frustrado, Barcelona, Planeta.

Cámara Villar, G. (1984): Nacionalcatolicismo y Escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951), Jaén, Hesperia.

Del Campo, S. (1960): La familia española en transición, Madrid, Cuadernos de Investigación.

Carmona, F. J. (1995): Cambios en la identidad católica: juventud de Alfonso Carlos Comín, Madrid, Libertarias-Prodhufi.

Carreras Ares, J. J. y Ruiz Carnicer, M. A. (eds.) (1991): La Universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975), Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

Carrillo Linares, A. (2015): “Universidades y transiciones políticas: el caso español en los años 60-70”, Espacio, Tiempo y Educación, 2, 2.

Castilla del Pino, C. (2003): Pretérito Imperfecto, Barcelona, Tusquets.

Cazorla Sánchez, A. (2016): Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975, Madrid, Alianza Editorial.

Cenarro, Á. (2006): La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra, Barcelona, Crítica.

— (2006): La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra, Barcelona, Crítica, 2006.

Cesbron, G. (1952): Los santos van al infierno, publicada originalmente en francés en 1952 y publicada en español por Ediciones Destino, Barcelona.

Chueca, R. L. (1987): "Las juventudes falangistas", Studia Storica, 4.

Claret Miranda, J. (2006): El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945, Barcelona, Crítica.

Colomer I Calsina, J. M. (1978): Els estudiants de Barcelona sota el franquisme, Barcelona, Curial, 2 vols.

Comín, A. C. (1986): Fe en la tierra (1975), en Obras, vol. II (1974-1977), Barcelona, Fundación Alfons Comín.

Conway, M. (2002): "Democracy in Postwar Western Europe: The Triumph of a Political Model", European History Quarterly, 32, pp. 59-84.

Cruz Orozco, J. I. (2001): El Yunque azul. Frente de Juventudes y sistema educativo. Razones de un fracaso, Madrid, Alianza Editorial.

Dahrendorf, R. (1959): Class and Class Conflict in Industrial Society, Stanford, Stanford University Press.

Delgado de la Rosa, J. A. (2016): El profetismo del padre Llanos (1906-1992). Entre la perplejidad y la frontera, Madrid, Endymion.

Díaz, E. (1994): Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón, Madrid, Alianza Editorial.

Díaz, O. y Meer, F. de (2008): Rafael Calvo Serer: La búsqueda de la libertad (1954-1988), Valencia, Prensa Universitarias de Valencia.

Dogliani, P. (2017): El fascismo de los italianos. Una historia social, Valencia, Universitat de Valencia.

Domanski, H. (2006): "The Middle Class in Transition from Communist to Capitalist Society", en Eliaeson, S. (eds.): Building Democracy and Civil Society East of the Elbe. Essays in honour of Edmund Mokrzycki, Nueva York, Routledge.

Echevarría, J. (1999): La movilidad social en España (1940-1991), Istmo, Madrid.

Fernández Buey, F. (2006): "Memoria personal de la fundación del SDEUB (1965-66)", Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea, 6.

— (2009): Por una Universidad democrática, Vilassar de Dalt, Ediciones de intervención Cultural/El Viejo Topo.

Fernández Cáceres, M. F. (2011): "Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico", Daimon Revista Internacional de Filosofía, 53, pp. 29-45.

Fernández de Castro, I. (1959): Teoría sobre la revolución, Madrid, Taurus.

Fernández Sebastián, J. y Fuentes,J. F. (2008): Diccionario político y social del siglo XX español, Madrid, Alianza Editorial.

Ferrary, A. (1993): El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956. Pamplona, EUNSA.

Fraser, R. (1993): "La Historia Oral como historia desde abajo", Ayer, 12, pp. 79-92.

Fusi, J. P. (2017): Espacios de libertad. La cultura española bajo el franquismo y la reinvención de la democracia (1960-1990),

Barcelona, Galaxia Gutemberg.

Gallego, F. (2001): De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945, Barcelona, Plaza&Janés.

— (2008): El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977), Barcelona, Crítica.

García Alcalá, J. A. (2001): Historia del Felipe (FLP, FOC, ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

García de Santos, E. (2003): "La formación de élites en la España de Franco y el colegio mayor César Carlos", El Rastro de la Historia, n.º 13.

García Lorenzo, L. (ed.) (1999): Aproximación al Teatro Español Universitario (TEU), Madrid, CSIC.

Garrigues, J. M. (2016): "Jacques Maritain frente a un catolicismo de cruzada: España 1934-1937", en Revista de Fomento Social 71/3-4, p. 511 y ss.

Germani, G. (1975): Autoritarismo, fascismo e classi sociali, Bolonia, Il Mulino.

Giner de Grado, C. (2000): El proceso de secularización de la prensa católica en España (1955-1976): la revista Mundo Social, Madrid, Publicaciones de la UCM.

González Balado, J. L. (1991): Padre Llanos. Un jesuita en el suburbio, Madrid, Temas de Hoy.

González Calleja, E. (2009): Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008, Madrid, Alianza Editorial.

González Calleja, E. y Souto Krustín, S. (2005): "Juventud y política en España. Orientación bibliográfica", Ayer, 59, pp. 283-298.

González Gómez, S. (2015): "Historia de la Universidad en España durante el franquismo: análisis bibliográfico", Educació i Historia.

Revista d' historia de l'Educació, 26, julio-diciembre, pp. 187-212.

— (2015): Dossier "Historia de las Universidades", Historia de la Educación: Revista Interuniversitaria, 34.

— (2015): Dossier "Universidad y transiciones a la democracia en la Europa mediterránea e Iberoamérica (1970-1980)", Espacio, Tiempo y Educación, 2, 2.

Gracia, J. (1994): Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960) (Antología), Barcelona, PPU.

— (2004): La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España, Barcelona, Anagrama.

— (2006): Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962, Barcelona, Anagrama [publicado originalmente en Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996].

— (2019): Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Barcelona, Anagrama.

— (1993): "Un episodio menor de la política de hispanidad: la revista Alférez (1947-1949), en Mélanges de la Casa de Velázquez, XXIX (3).

Gracia, J. y Ruiz Carnicer, M. A. (2001): La España de Franco, Cultura y Vida cotidiana, Madrid, Síntesis.

Grazia, V. (2005): The Irresistible Empire. America's Advance through 20th Century Europe, Cambridge, Harvard University Press.

Griffin, R. (2010): Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Hitler y Mussolini, Madrid, Akal.

Gurriarán, R. (2010): Inmunda Escoria. A Universidade franquista e as mobilizacións estudantís en Compostela, 1939-1968, Vigo, Xerais de Galicia.

Hernández Burgos, C. (2013): Franquismo a ras de suelo. Zonas

grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976), Granada, Editorial Universidad de Granada.

Hernández Sandoica, E., Ruiz Carnicer, M. Á. y Baldó Lacomba, M. (2007): Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil, Madrid, La Esfera de los Libros.

Ibáñez, J. (1990): "Sociología crítica de la cotidianidad urbana. Por una sociología desde los márgenes", Anthropos, Suplementos 22.

Judt, T. (2005): Postwar. A History of Europe since 1945, Nueva York, The Penguin Press.

Juliá, S. (2004): Camarada Javier Pradera, Barcelona, Galaxia Gutemberg.

— (2004): Historias de las dos Españas, Madrid, Taurus.

— (2014): Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013), Barcelona, Galaxia Guttenberg-Círculo de lectores, pp. 404-407.

Jünger, E. (1990): El trabajador. Dominio y figura, Barcelona, Tusquets (edición original 1932).

Kater, M. H. (2016): Las juventudes hitlerianas, Madrid, Kailas.

Kung, H. (2018): Siete papas. Experiencia personal y balance de la época, Trotta, Madrid.

Laín Entralgo, P. (1976): Descargo de conciencia (1930-1960), Barcelona, Barral.

Lamet, P. M. (2013): Azul y Rojo. José María de Llanos, La Esfera de los Libros, Madrid.

Lazo, A. (2015): Historias falangistas del Sur de España. Una teoría sobre vasos comunicantes, Sevilla, Renacimiento.

Lizcano, P. (1981): La generación del 56. La Universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo.

De Llanos, J. M.ª (2055): Confidencias y contingencias, Bilbao, Sal Terrae, p. 97.

López García, B. (1995): Aproximación a la historia de la HOAC, 1946-1981, Madrid, Ediciones HOAC.

— (2005): Obreros cristianos en Europa. Relaciones internacionales de la HOAC, 1946-1975, Murcia, Universidad de Murcia.

López Pego, C. (1999): La Congregación de los "Luises" de Madrid. Apuntes para la historia de una congregación mariana universitaria, Bilbao, Desclée de Brouwer.

López Pina, A. (ed.) (2010): La generación del 56, Madrid, Marcial Pons Historia.

Lowe, K. (2012): Continente salvaje. Europa después de la segunda guerra mundial, Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, Barcelona.

Mancebo Alonso, M.ª F. (1999): "La consolidación del movimiento estudiantil (l920-1947)", Saitabi. 49, pp. 93-123.

— (1994): La Universidad de Valencia. De la monarquía a la República (1919-1939), Valencia, Instituto de Cultura Juan Gil Albert.

Mangini, M. (1987): Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo, Barcelona, Anthropos.

Maravall, J. M.ª (1978): Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo, Madrid, Alfaguara.

Marsal, J. F. (1979): Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta, Barcelona, Península.

Martínez Neira, M., Puyol Montero, J. M. y Rodríguez López, C. (2004): La Universidad española 1889-1939. Repertorio de legislación, Madrid, Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad.

Martínez-Álvarez, J. (2006): "Tal como éramos… El cine de la

transición política española", Historia Social, 54, p. 10.

Mason, T. (1995): Nazism, Fascism and the working class, Cambridge, Cambridge University Press.

Mateo, J. A. (1956): Almas en los tajos, Madrid, Euramérica.

Mesa Garrido, R. (ed.) (1982): Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense.

Molinero, C. (2006): La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista, Madrid, Cátedra.

Molinero, C. e Ysàs, P. (1998): Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI.

— (2018): La transición. Historia y relatos, Madrid, Siglo XXI de España Editores.

Montero, F. (2000): La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años sesenta, Madrid, UNED.

— (2009): La Iglesia: De la colaboración a la disidencia (1956-1975), Madrid, Encuentro.

Montero, F. y Louzao, J. (eds.) (2016): Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Comares.

Montero, M. (2001): Cultura y comunicación al servicio de un régimen. Historia de la ACN de P entre 1945 y 1959, Pamplona, EUNSA.

Montoro Romero, R. (1981): La Universidad en la España de Franco (1939-1970). Un análisis sociológico, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Morán, G. (1998): El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la

cultura del franquismo, Barcelona, Tusquets.

Morán, M. L. (2019): “The sociologists and the Analysis of Social (And Political) Change in Spain between 1962 and 1982”, en Ruiz Carnicer, M. A. (ed.), From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982, Eastbourne, Sussex Academic Press.

Moreno Seco, M. (2017): “Cruce de identidades: masculinidad, feminidad, religión, clase y juventud en la JOC de los años sesenta”, Historia y Política, 37, pp. 147-176.

Morente, F. (2005): “La Universidad fascista y la universidad franquista en perspectiva comparada”, CIAN, Revista de Historia de las Universidades, 8.

— (2006): Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo, Madrid, Síntesis.

Muñoz Soro, J. (2016): “La política educativa y cultural de Joaquín Ruiz-Giménez (1951-1956)” en Feliciano Montero, F. y Louzao, J. (eds.), Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Comares.

— (2009): “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, Jerónimo Zurita, 84, pp. 113-134.

— (2016): “La política educativa y cultural de Joaquín Ruiz-Giménez (1951-1956)”, en Montero, F. y Louzao, J. (eds.), Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. autocríticas y convergencias, Granada, Comares.

— (2017): “The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dicatatorship”, en Francisco Morente, F. y Gallego, F., The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1931-1975), Eastbourne, Sussex Academic Press, pp. 156-180.

Muñoz Soro, J. y García, H. (2010): “Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio

Machado durante el franquismo y la transición", Hispania: Revista española de historia, 70/234, pp. 137-162.

Murillo Ferrol, F. (1959): Las clases medias españolas, Granada, Escuela Social de Granada.

Nash, M. (2010): Trabajadoras. Un siglo de trabajo femenino en Cataluña (1900-2000), Barcelona, Generalitat de Catalunya.

— (2015): "Vencidas, represaliadas y resistentes: las mujeres bajo el orden patriarcal franquista", en Casanova, J. (ed.), Cuarenta años con Franco, Barcelona, Crítica.

Nicolás, E. y Alted, A. (1999): Disidencias en el franquismo (1939-1949), Murcia, Diego Marín.

Nieto, F. (2014): La aventura comunista de Jorge Semprún, Exilio, clandestinidad y ruptura, Barcelona, Tusquets.

Nieto Ferrando, J. y Company, J. M. (coords.) (2006): Por un cine de lo real: Cincuenta años después de Salamanca, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana.

Ortega López, T. M.ª y Cobo Romero, F. (2004): "Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975", Hispania. Revista española de historia, 218, pp. 1079-1112.

Otero Carvajal, L. E. (dir.) (2006): La destrucción de la ciencia en España: depuración universitaria en el franquismo, Madrid, Editorial Complutense.

— (2014): La Universidad nacional-católica. La reacción antimoderna, Madrid, Universidad Carlos III/Dykinson.

Parés, L. E. (2011): Notes sur l'émigration. Espagne 1960. Apuntes para una película invisible, Sala d'Art Jove, Barcelona.

Paris, C. (2006): Memorias sobre medio siglo. De la Contrarreforma a Internet, Península, Barcelona.

Paserini, L. (1984): Torino operaia e fascismo. Una storia orale,

Roma-Bari, Laterza.

Perales Birlanga, G. (2009): El estudiante liberal. Sociología y vida de la comunidad universitaria en Valencia 1875-1939, Madrid. Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad.

Pérez Díaz, V. (1987): El retorno de la sociedad civil, Madrid, Taurus.

Peset, M. (2008): "Las Universidades durante el siglo XX. Fuentes y bibliografía", en Rodríguez-San Pedro Bezares, L. y Polo, J. L., La Universidad contemporánea, Madrid, Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Phillips, S. T. y Hamilton, Sh. (2014): The Kitchen Debate and Cold War Consumer Politics: A Brief History with Documents, Boston-Nueva York, Bedford Books.

Picó, J. (2003): Los años dorados de la sociología (1945-1975), Alianza Editorial, Madrid.

Piketty, Th. (2015): El capital en el siglo XXI, Barcelona, RBA.

Pinilla de las Heras, E. (1996): La memoria inquieta. Autobiografía sociológica de los años difíciles, 1935-1959, Madrid, CIS.

Piñar, B. (2000): Escrito para la historia, FN Editorial, Madrid, p. 75.

Prades, S. (2016): "Rafael Calvo Serer. Un intelectual católico conservador", en Bulletin d'Histoire Contemporaine de l´Espagne, 50.

Radcliff, P. (2019): La construcción de la ciudadanía democrática en España. La sociedad civil y los orígenes populares de la Transición, 1960-1978, Valencia, Universitat de València.

Rebollo Mesas, P. (2001): "El Servicio Social de la mujer de Sección Femenina de Falange. Su implantación en el medio rural", en Ruiz Carnicer, M. A. y Frías Corredor, C., Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: actas del II Congreso de Historia local de Aragón, Huesca, Instituto de Estudios

Altoaragoneses, pp. 297-316.

— (2003): El Servicio Social de la Mujer en la provincia de Huesca (1937-1978), Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca.

Revuelta González, M. (2006): Once calas en la Historia de la Compañía de Jesús, Madrid, Universidad de Comillas, p. 231.

Rico, E. G. (1998): Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE, Barcelona, Flor del Viento.

Riquer, B. (2010): La dictadura de Franco. Vol. 9 de Josep Fontana y Ramón Villares (dir.), Historia de España, Crítica/Marcial Pons.

Roca, J. M. (ed.) (1994): El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992), Madrid, Los Libros de la Catarata.

Rodríguez López, C. (2002): La Universidad de Madrid en el primer franquismo: ruptura y continuidad (1939-1951), Madrid, Dykinson.

— (ed.) (2016): "La Universidad europea bajo las dictaduras", Dossier en Ayer, 101, 1.

Rodríguez López, C., Hernández Sandoica, E., Casali, L., Reis Torgal, L. y Rosmaninho, N. (2002): "Las universidades en Europa en periodos de dictadura", (Monográfico) Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad, 5.

Rodríguez Tejada, S. (2008): "Los estudiantes y el cambio sociocultural de los 60", en Sánchez Recio, G., (Coord.): Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976), Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 169-187.

— (2009): Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia, Vol. I (1939-1965) y II (1965-1975), Valencia, Universitat de València.

— (2013): "Los últimos fascistas: juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta", en Ruiz Carnicer, M. A., Falange. Las culturas políticas del régimen de Franco, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, vol. 2, pp. 542-563.

— (2015) “The anti-Franco student movement’s contribution to the return of democracy in Spain”, Espacio, Tiempo y Educación, 2, 2.

Roseman, M. (ed.) (1995): Generations in Conflict: Youth Revolt and Generation Formation in Germany, 1770-1968, Cambridge University Press.

Rossanda, R. (1984): Un viaje inútil, Barcelona, Laia.

Rüeeg, W. (ed.) (2011): A history of the University in Europe. Volume IV. Universities since 1945, Cambridge, Cambridge University Press.

— (ed.) (2011): A History of the University in Europe. Volume IV. Universities since 1945, Cambridge, Cambridge University Press.

Ruiz Carnicer, M. Á. (1989): Los estudiantes de Zaragoza en la posguerra. Aproximación a la historia de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

— (1996): El Sindicato español universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo, Madrid, Siglo XXI.

— (ed.) (1998): From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982, Sussex Academic press, Brighton.

— (2005): “Spanish Universities under Franco”, en Connelly, John y Grüttner, Michael (eds.), Universities under dictatorship, Pennsylvania, The Pennsylvania University State University Press.

— (2016): “La crisis de 1956 en la trayectoria del régimen franquista. Ruptura generacional, política de reconciliación y legado político. Una revisión sesenta años después”, en Montero, F. y Louzao, J. (eds.), Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Comares.

— (2019): “Late Spanish Fascists in a Changing World: Latin American Communists and East European Reformism (1956–1975)”, en Contemporary European History, volumen 28, n.º 3.

Ruiz González, D. (1998): Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI.

Sáez Marín, J. (1988): El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la posguerra (1937-1960), Madrid, Siglo XXI.

Sánchez Jiménez, J. (1986): El cardenal Herrera Oria. Pensamiento y acción social. Madrid, Encuentro.

Sánchez Marroyo, F. (2003): La España del siglo XX. Economía, Demografía y Sociedad, Istmo, Madrid.

Sanz Díaz, B. (2002): Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia, 1939-1975, Valencia, CC. OO.-PV.

Sartorius, N. y Alfaya, J. (1999): La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco, Madrid, Espasa.

Scott, J. C. (1990): Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts, Yale University Press.

Sesma, N. (2014): "Un alineamiento para el Movimiento. Rodrigo Fernández-Carvajal y la redefinición del sistema político franquista", Rúbrica contemporánea, 5, pp. 89-108.

Sternhelll, Z. y Asheeri, M. (1994): El nacimiento de la ideología fascista, Madrid, Siglo XXI.

Teodori, M. A. (1963): Spagna in ginocchio, Milán, Edizioni di Comunità.

Townson, N. (ed.) (2007): España en cambio. El segundo franquismo (1959-1975), Madrid, Siglo XXI.

Treglia, E. (2012): Fuera de las catacumbas: La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida.

Tyras, G. (2003): Geometrías de la memoria. Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán, Granada, Zoela Ediciones.

Valdevira, G. (2006): La oposición estudiantil al franquismo,

Madrid, Síntesis.

Vega García, R. (coord.) (2002): Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Ediciones Trea.

Vélez, L. (2017): La Olivetti, la espía y el loro, Madrid, Sílex.

Weber, M. (2002): Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva, México, Fondo de Cultura Económica, p. 243.

Ysas, P. (2004): Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975, Barcelona, Crítica, p. 70.

Zangrandi, R. (1964): Il lungo viaggio atraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione, Feltrinelli, Milán.

Sobre los autores

Emilio Criado Herrero (Los Molinos, Madrid, 1947). Investigador Científico del CSIC (1970-2014), área Ciencia de Materiales. Secretario Gral. y editor de la Revista de la Sociedad Española de Cerámica y Vidrio (1994 2013). Participó en campos de trabajo del SUT entre 1966 y 1968, en la cuenca minera de Turón (Asturias). Dirigente del SEUM y encarcelado por el TOP. Fundador de CC. OO. en el CSIC. Representante institucional del sindicato en temas de política científica y universitaria. Actualmente es vocal del Consejo Nacional Asesor de Ciencia y Tecnología y del Consejo Social de la UAM. Miembro de la Junta Directiva de la Asociación. Amigos del SUT.

Álvaro González de Aguilar (1946). Estudió Ciencias Económicas en la Universidad Complutense de Madrid. En 1966 participó en el campo de trabajo ENSIDESA del SUT. Fue inspector y director de campos de trabajo del SUT en 1967 y 1968. En 1969 inició su carrera profesional de economista, siempre en el sector financiero. Fue adquiriendo funciones ascendentes en el área de mercados financieros, ocupando puestos desde analista a director general. Ha sido miembro de los consejos de administración de Argentaria SVB y Mercado de Renta Fija (AIAF) y de la junta directiva de Médicos sin Fronteras, donde ejerció las funciones de tesorero. Es secretario y miembro de la junta directiva de la Asociación de Amigos del SUT.

Javier Muñoz Soro. Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Sus estudios se han centrado en la historia cultural de España durante la dictadura franquista y la transición a la democracia, en particular sobre los medios de comunicación, el discurso político y los

intelectuales. Autor de Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo (2006) y coautor de libros como Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX (2005), Patria, Pan, Amore e Fantasia. La España franquista y sus relaciones con Italia, 1945-1975 (2017) y España en democracia, 1975-2011 (2017).

Miguel Ángel Ruiz Carnicer (Zaragoza, 1961). Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza. Sus líneas de investigación se concentran en la historia de las universidades, los estudiantes y la Falange durante el franquismo. Algunas de sus publicaciones son La España de Franco (1939-1975) Cultura y vida cotidiana (con Jordi Gracia); Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil (con Elena Hernández Sandoica y Marc Baldó) y, como editor, Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975) y From Franco to Freedom. The Roots of the Transition to Democracy in Spain (1962-1982).

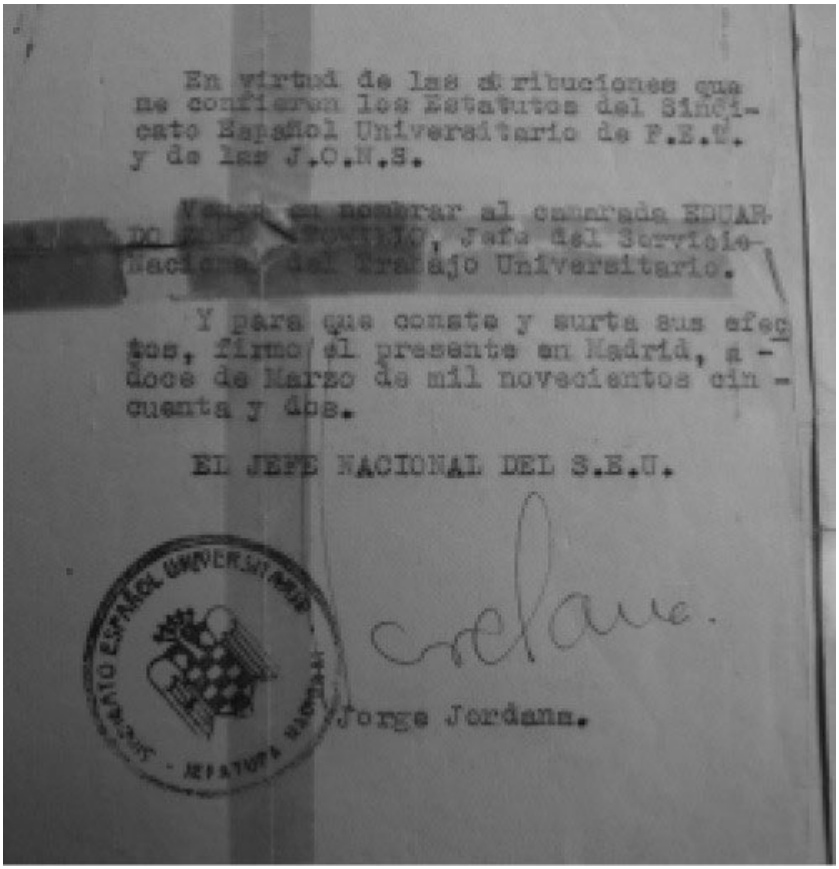
Antonio Ruiz Va (Madrid, mayo 1942). Es licenciado en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales por la Universidad Complutense de Madrid. Participó en la Campaña de Alfabetización del SUT de 1964, en Muiños, Bande (Orense) y también fue jefe del campo de trabajo de ASTANO en septiembre del mismo año. Fue director del SUT de Madrid de 1965 a octubre de 1968. Ha sido directivo de varias empresas multinacionales: Seat, Grupo Zeta, INH, Repsol, Agbar, Adeslas, Ernst & Young y Gas Natural Fenosa. Creador y director académico del International Center for Leadership Development (Fundación CEDE), en la actualidad también es vicepresidente de la Asociación de Amigos del SUT.

Nicolás Sesma Landrin. Es maître de conférences de Civilización Española en la Universidad Grenoble Alpes y miembro científico de la École des hautes études hispaniques et ibériques (Casa de Velázquez). Licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza y

doctor por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, con una tesis sobre el Instituto de Estudios Políticos (Premio Miguel Artola). Fue becario de la Residencia de Estudiantes e investigador de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Ilustraciones

Foto de grupo de los primeros sutistas. Eduardo Zorita, primero por la izquierda, el padre Llanos, tercero, con sotana (1953).



En virtud de las atribuciones que me confieren los Estatutos del Sindicato Español Universitario de F.E.T. y de las J.O.N.S.

Vengo en nombrar al camarada EDUARDO [illegible], Jefe del Servicio Nacional del Trabajo Universitario.

Y para que conste y surta sus efectos, firmo el presente en Madrid, a doce de Marzo de mil novecientos cincuenta y dos.

EL JEFE NACIONAL DEL S.E.U.

Jorge Jordana.

Nombramiento de Eduardo Zorita como primer jefe del SUT, marzo de 1952.

Audiencia de Franco a las jerarquías falangistas que dan cuenta de las actividades del SUT. Empezando por la izquierda y en torno a Franco: Eduardo Zorita, jefe del SUT; Ignacio García López, secretario general del SEU; Jorge Jordana Fuentes, jefe nacional del SEU; José Antonio Elola-Olaso, delegado nacional del Frente de Juventudes y Raimundo Fernández-Cuesta, ministro secretario general del Movimiento (1953).

El padre Llanos en el Pozo del Tío Raimundo (1956).

El jefe del SUT Antonio del Olmo saluda a Franco en la

audiencia anual para conocer las actividades del Servicio (1958).

Conferencia del padre Llanos (hablando, con sotana) en el ciclo de conferencias del SUT en la Facultad de Derecho en 1958.

A la derecha, José Aumente y el jefe del SUT Antonio del Olmo.

Conferencia de Julián Marías (izquierda) en el ciclo de conferencias del SUT en la Facultad de Derecho en 1958.

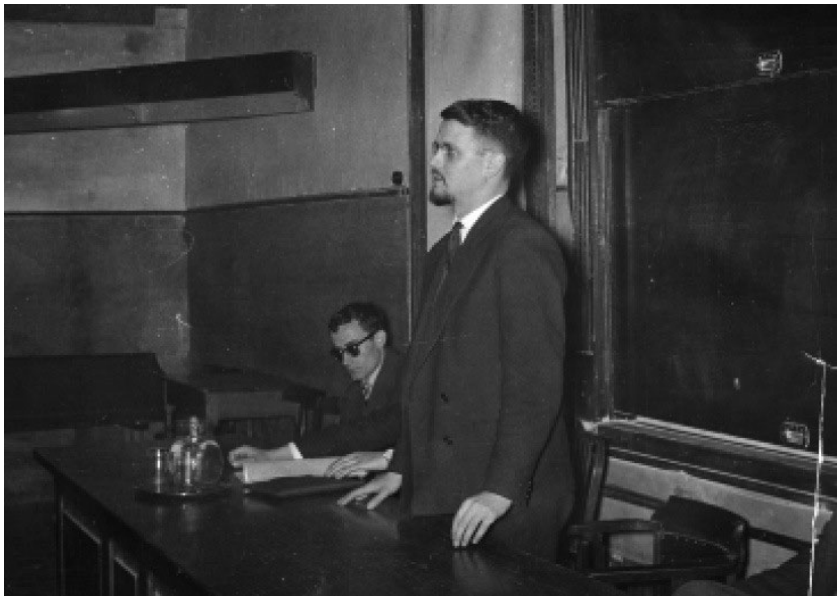
A la derecha de la foto, el jefe del SUT Antonio del Olmo.

Curso para mandos del SUT en Matapozuelos, Valladolid (1960). En el centro, con corbata y carpeta, César Alonso de los Ríos.

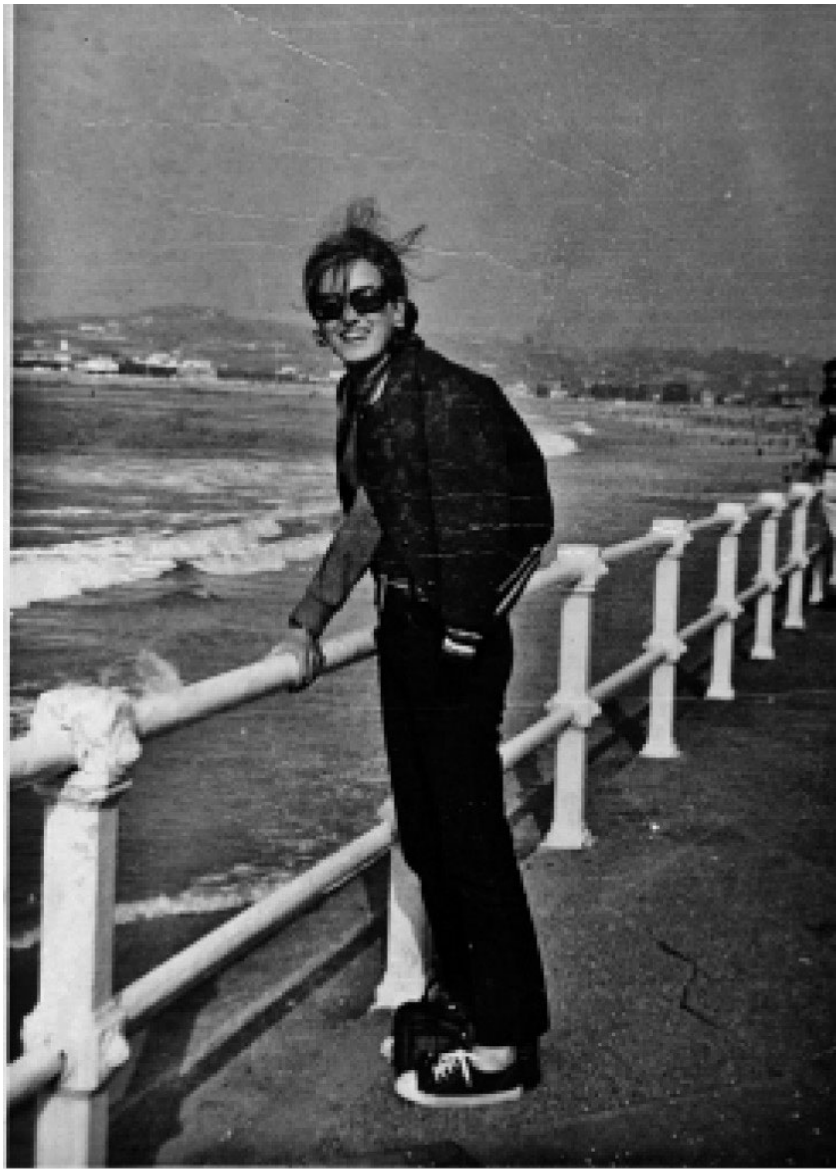
Carteles sobre la campaña de León en las oficinas del SUT y del SEU de la calle de Quevedo 8, Madrid (1968).

Carlos Hugo de Borbón-Parma en el SUT. En la foto, en compañía de Enrique Calonge y otros sutistas (1960).

Curso para mandos del SUT en el albergue de Pueyo de Jaca, Huesca (1964). Raimundo Balet, jefe del SUT, en primera fila con chaqueta de punto.



Ángel Sánchez Gijón, jefe del SUT en 1961. A su derecha, Juan Anllo.



Teresa García Alba, directora nacional del SUT en 1968, en Ribadesella (Oviedo).

S.U.T. gaceta

Edita: DEPARTAMENTO DEL S.U.T. DEL D.U.

MADRID 11 DE DICIEMBRE DE 1961 NUM. 1

EDITORIAL

Portada de la Gaceta del SUT nº 1 (11 de diciembre de 1961).

Servicio
Universitario
del Trabajo

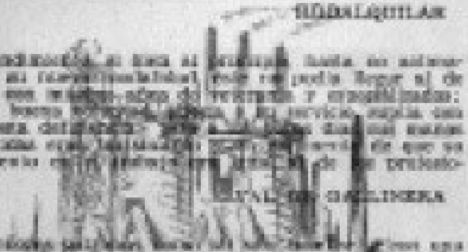
Hablan

capataces y patronos

Es de destacar el interés demostrado por estos universitarios en conocer los más rudos trabajos de la mina, como son el arranque del mineral y transporte del mismo en vagonetas, por lo que todos rivalizaban por trabajar en el «[illegible]».

En cuanto a su comportamiento con los mineros, bástenos decir que no cabe más franca camaradería, tanto durante la jornada, como durante las horas de esparcimiento, [illegible] en sus tareas cotidianas, con su estilo llano y alegre en el trabajo y en el sacrificio.

[illegible]

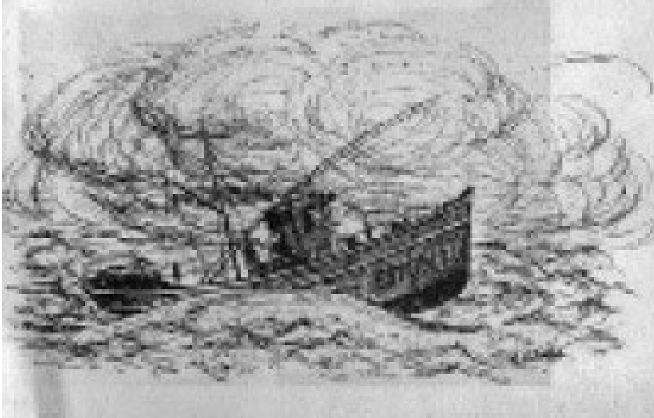


Su reincorporación se hace al principio, hasta no [illegible] a su [illegible] pudo llegar al de obrero con muchos años de [illegible] y especialidades; pero su buena voluntad [illegible] servicio, suplía con creces esta deficiencia [illegible] de que se [illegible] trabajo [illegible].

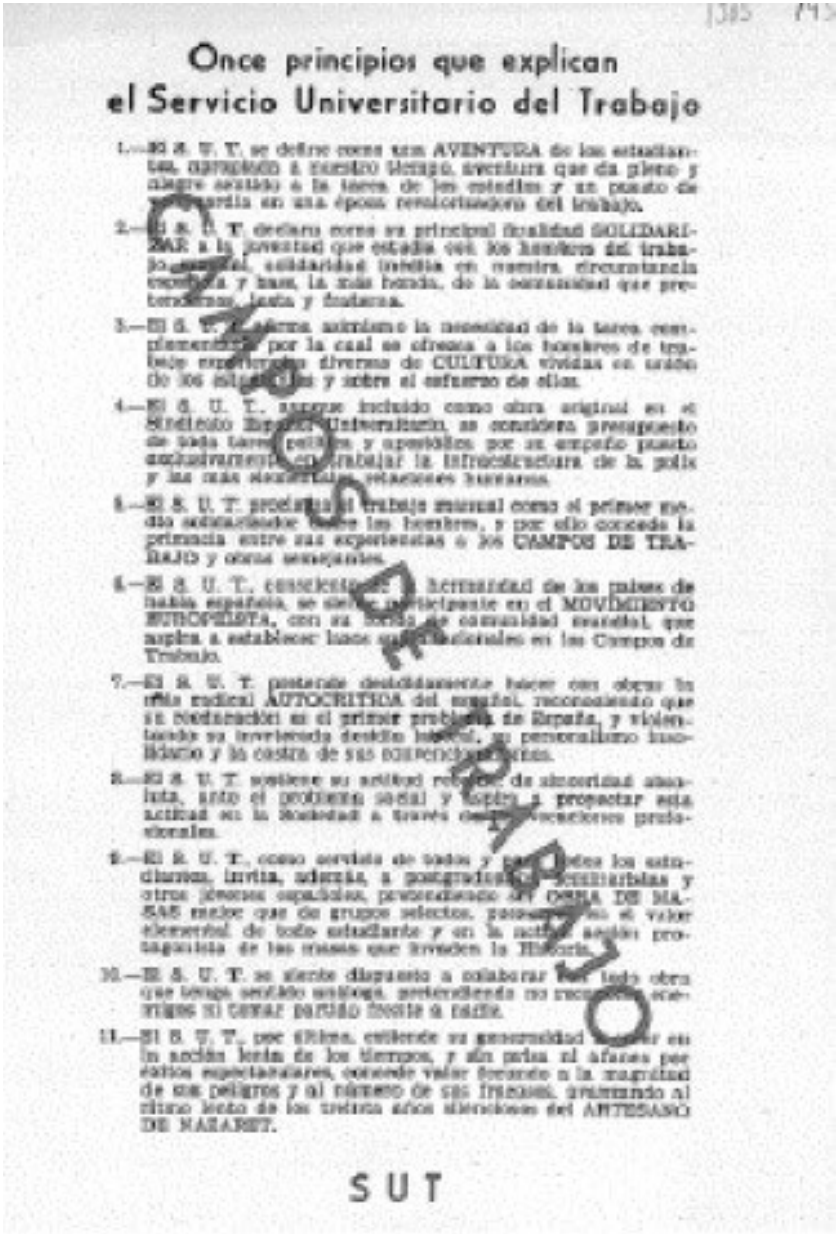
[illegible]

Los señores [illegible] Creo que cada uno, [illegible] universitarios que [illegible] trabajar en los [illegible] en todo momento una [illegible] hasta las faenas de la pesca, que [illegible] quedado [illegible] de la facilidad y comprensión con que estos señores se [illegible] al duro trabajo de los marineros, llegando a confundirse con uno de los que hubieran nacido entre las redes; asimismo hacen constar el gran compañerismo con toda la gente de los barcos, pues tanto es así, que todos han dejado en cada [illegible] grandes amigos e incondicionales compañeros.

[illegible]



Primer folleto de los campos de trabajo del SUT en 1952.



Once principios que explican el Servicio Universitario del Trabajo

1.—El S. U. T. se define como una AVENTURA de los estudiantes, apropiada a nuestro tiempo, aventura que da pleno y alegre sentido a la tarea de los estudios y un puesto de vanguardia en una época revolucionaria del trabajo.

2.—El S. U. T. declara como su principal finalidad SOLIDARIZAR a la juventud que estudia con los hombres del trabajo manual, solidaridad inédita en nuestra circunstancia española y base, la más honda, de la comunidad que pretendemos, justa y fraterna.

3.—El S. U. T. afirma asimismo la necesidad de la tarea complementaria por la cual se ofrezca a los hombres de trabajo experiencias diversas de CULTURA vividas en unión de los estudiantes y sobre el esfuerzo de ellos.

4.—El S. U. T., aunque incluido como obra original en el Sindicato Español Universitario, se considera presupuesto de toda tarea política y apostólica por su empeño puesto exclusivamente en trabajar la infraestructura de la polis y las más elementales relaciones humanas.

5.—El S. U. T. proclama el trabajo manual como el primer medio solidarizador entre los hombres, y por ello concede la primacía entre sus experiencias a los CAMPOS DE TRABAJO y obras semejantes.

6.—El S. U. T., consciente de la hermandad de los países de habla española, se siente participante en el MOVIMIENTO EUROPEISTA, con su fondo de comunidad mundial, que aspira a establecer lazos supranacionales en los Campos de Trabajo.

7.—El S. U. T. pretende decididamente hacer con obras la más radical AUTOCRITICA del español, reconociendo que su condenación es el primer problema de España, y violentando su inveterada desidia laboral, su personalismo insolidario y la costra de sus convencionalismos.

8.—El S. U. T. sostiene su actitud rebelde de sinceridad absoluta, ante el problema social y aspira a proyectar esta actitud en la Sociedad a través de las vocaciones profesionales.

9.—El S. U. T., como servicio de todos y para todos los estudiantes, invita, además, a postgraduados, seminaristas y otros jóvenes españoles, pretendiendo ser OBRA DE MASAS mejor que de grupos selectos, pues [illegible] el valor elemental de todo estudiante y en la actual acción protagonista de las masas que invaden la Historia.

10.—El S. U. T. se siente dispuesto a colaborar con toda obra que tenga sentido análogo, pretendiendo no recuperar enemigos ni tomar partido frente a nadie.

11.—El S. U. T., por último, entiende su generosidad [illegible] en la acción lenta de los tiempos, y sin prisa ni afanes por éxitos espectaculares, concede valor fecundo a la magnitud de sus peligros y al número de sus fracasos, avanzando al ritmo lento de los treinta años silenciosos del ARTESANO DE NAZARET.

SUT

Los once principios del SUT (1958).

Cartel con los campos de trabajo ofertados por el SUT en 1957.

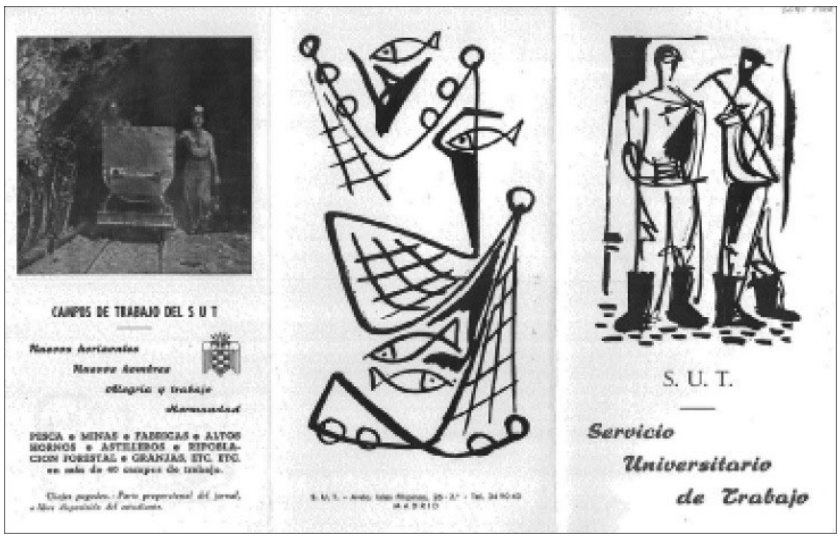
Campo de trabajo de Rodalquilar, Almería (1953). En la fila inferior, tercero por la derecha, Rogelio de la Torre.

Sutistas en un campo de trabajo en Gerona. En el centro, en la fila inferior, Enrique Calonge (1954).

Sutistas en el campo de trabajo de la Empresa Nacional Bazán (1955).

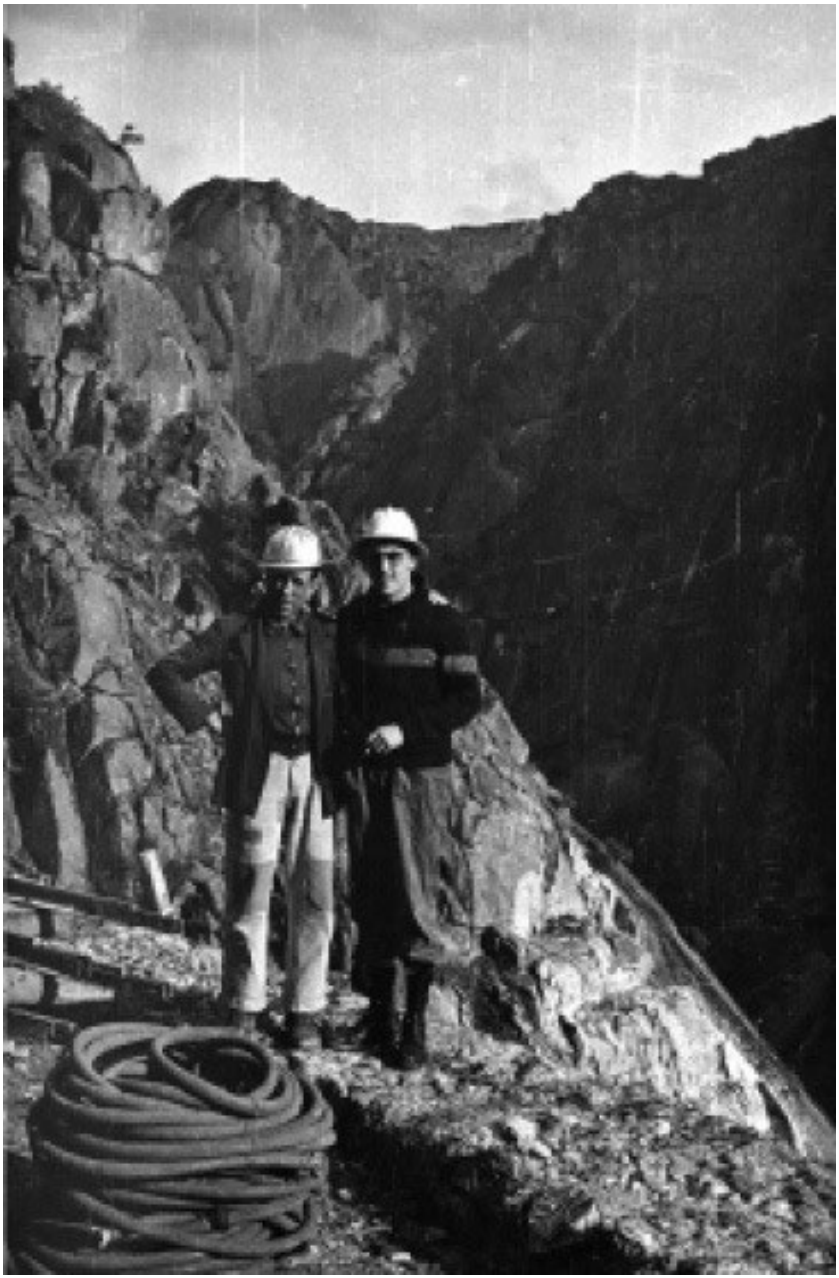
La estudiante María Jesús Mateo en un campo de trabajo en Conservas Albo, Ribadesella, Oviedo (1968).

Estudiantes en un campo de trabajo de Conservas Albo, Santoña, Santander (1959).



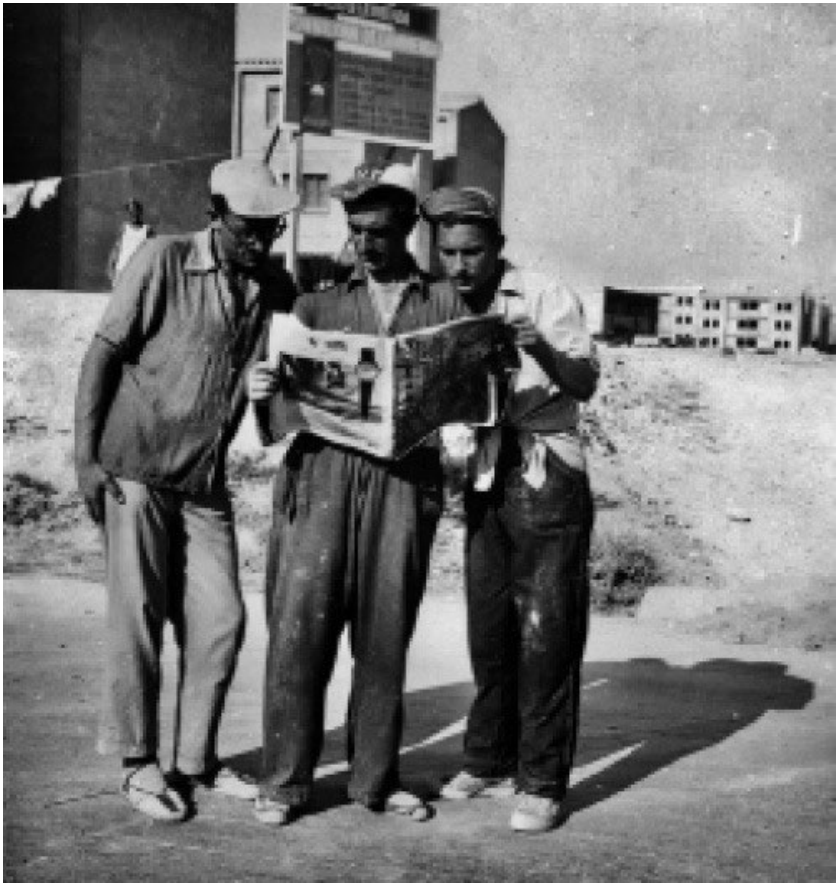
Tríptico informativo de los campos de trabajo del SUT (1960).

Campo de trabajo en el Pozo San José de Linares, Jaén (1960).
De pie, segundo por la derecha, Juan Anllo.



Antonio del Olmo en el campo de trabajo de Aldeadávila

con el capataz, Salamanca (1957).



Campo de trabajo de construcción de viviendas en Alicante con sutistas ojeando el diario Arriba. El primero por la izquierda, Juan Anllo (1957).

Folleto informativo del SUT.

Verano de 1960.

INFORMACION

— **Para asistir** a los Campos de Trabajo es preciso rellenar la ficha de la contraportada, enviándola directamente al Departamento Nacional del SUT.

— **La inscripción** se cerrará el 10 de julio para los Campos que comiencen antes del 2 de julio, y el 18 de julio para los restantes Campos. El SUT comunicará inmediatamente, indicando el Campo adjudicado.

— **La aceptación** definitiva por parte del universitario, acompañada de 2$ pesetas en concepto de reserva de plaza, deberá estar en la Jefatura del SUT diez días antes de comenzar el Campo.

— **Los viajes** de ida, en tercera clase, serán abonados desde el lugar donde se entabla hasta el lugar del trabajo, al siguiente día de permanencia en el Campo, previa presentación de la tarjeta de admisión. Las mismas normas regirán los viajes de vuelta, que serán abonados el último día.

— **El SUT** no paga dietas para las comidas de los días de viaje hasta el Campo y regreso.

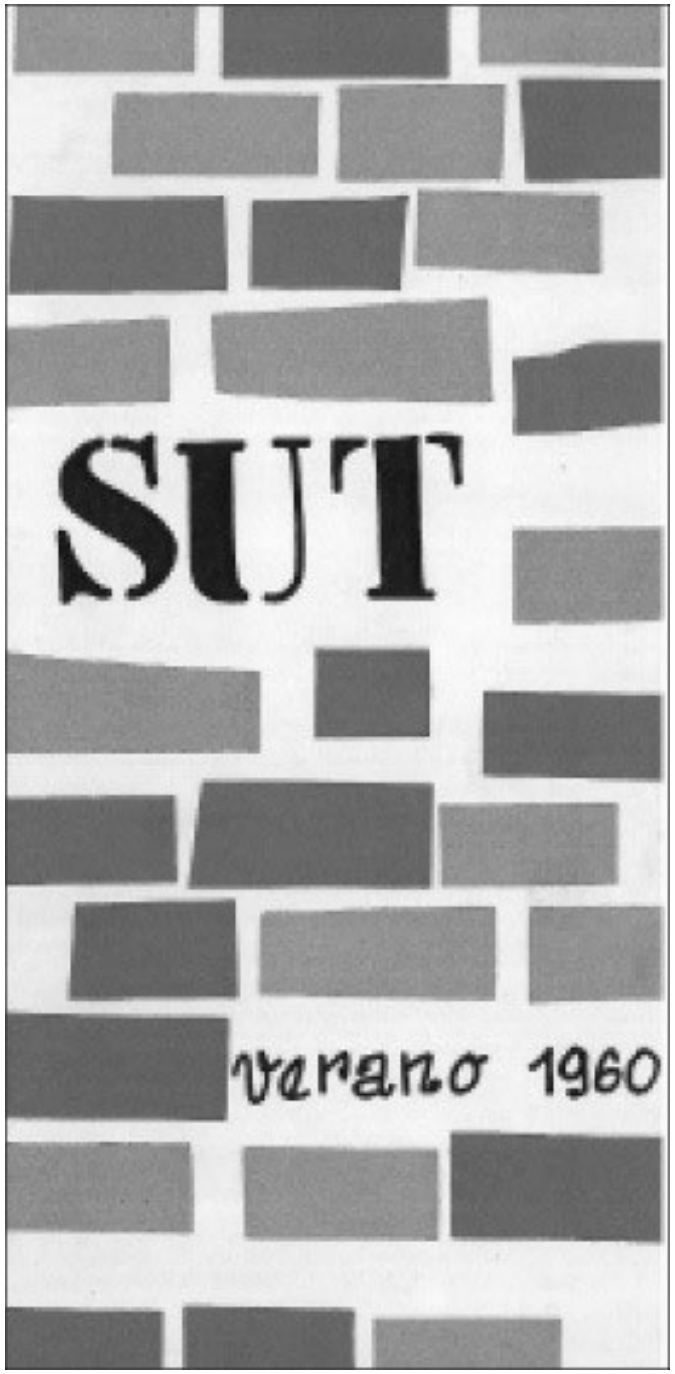
— **El 50 por 100** del total devengado (jornales, horas, gratificaciones, primas, pagas extraordinarias, etc.) lo percibe el SUT para compensar gastos de manutención, viajes y alojamiento de los universitarios. El 50 por 100 restante lo percibe el universitario al final de su permanencia en el Campo.

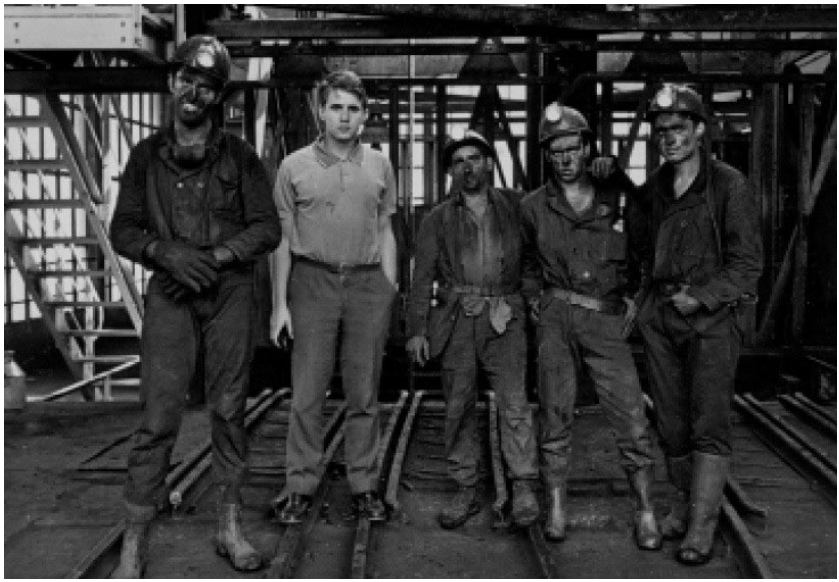
— **El equipo** imprescindible para cualquier Campo es el siguiente: manta o saco de dormir, mono o ropa de trabajo, calzado fuerte, útiles de aseo personal, tartera, cubierto. Se recomienda traje ordinario e instrumentos de música.

— **La duración** normal de los Campos es de cuatro semanas. El Jefe Nacional del SUT señalará el día de terminación del Campo.

— **La asistencia** a un Campo de Trabajo supone la tácita aceptación de todas las normas dictadas.

Campo de trabajo de la construcción en Bañolas, Gerona (1961).


SUT
verano 1960



Campo de trabajo minero de Turón (Concejo de Mieres, Oviedo). De izquierda a derecha, Juan Sotres, Álvaro González de Aguilar, un minero,

Emilio Criado y Joaquín Bosque Sendra (1967).

Campo de trabajo minero de Turón

(Concejo de Mieres, Oviedo). Emilio Criado

y, debajo, Fernando Casado (1967).

Jesús López Pacheco en el campo de trabajo de Cudillero (1958).

Campo de trabajo de pesca en la provincia de Huelva (1963).

Sutistas “de descanso” durante su estancia en el campo de trabajo en la Sierra de Caurel (Lugo).

En el centro, fumando, Alfredo Muñoz Giner, jefe del SUT y Carlos García de Blas (1959).

Vendimia en el campo de trabajo de Cariñena, Zaragoza (1968). En la foto, Carlos Espejo Saavedra.

Banderín de la campaña de alfabetización del SUT en Granada (1962).

S.U.T. VERANO 62
CAMPAÑA
DE
ALFABETIZACION
EN
GRANADA
S.E.U.

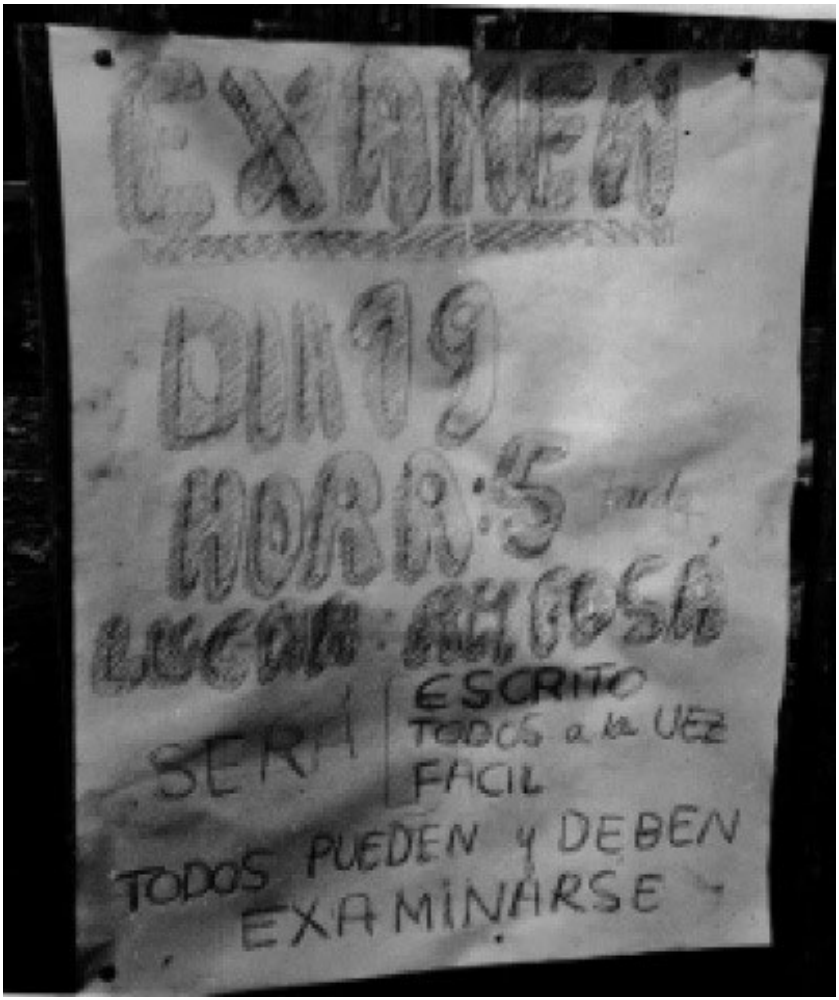
Escena de la campaña de alfabetización en Granada. Clase para mujeres adultas (1962).

Campaña de educación fundamental en Granada. Colocación de carteles (1963).

Campaña de educación fundamental en Granada. Agustín Maravall es el primero por la derecha y Alberto Ruiz Secchi, el tercero (1963).

La siega. Campaña de educación fundamental en Granada. Sentada, Ángela Cerrillos (1963).

Campaña de educación en Orense. Aparece Gabriela Miguel en la montura de la izquierda (1964).



Cartel convocando a un examen en la campaña de educación en Lugo (1966).

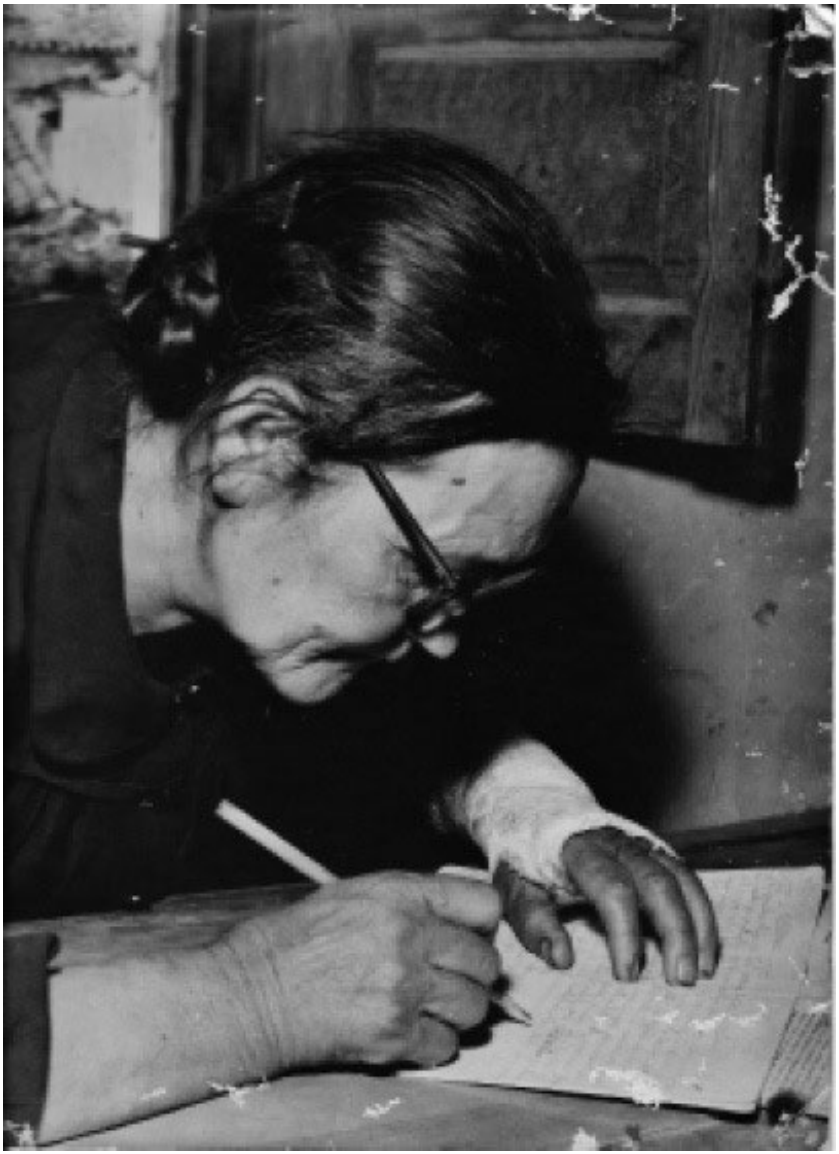
Reunión de sutistas en la campaña de educación de Lugo (1966).

Foto frontal del autobús que anuncia la excursión de los vecinos y universitarios de San Martín de Corbelle (Pastoriza, Lugo) a ver el mar. Campaña de educación de Lugo (1966).

UNIVERSITARIOS Y VECINOS
SAN MARTIN CORRIENTES
LU-14779 SP

Transporte de los estudiantes durante la campaña de educación en Lugo (1966).

Alicia Ríos, en el centro, y detrás Francisco Rivera, de pie.



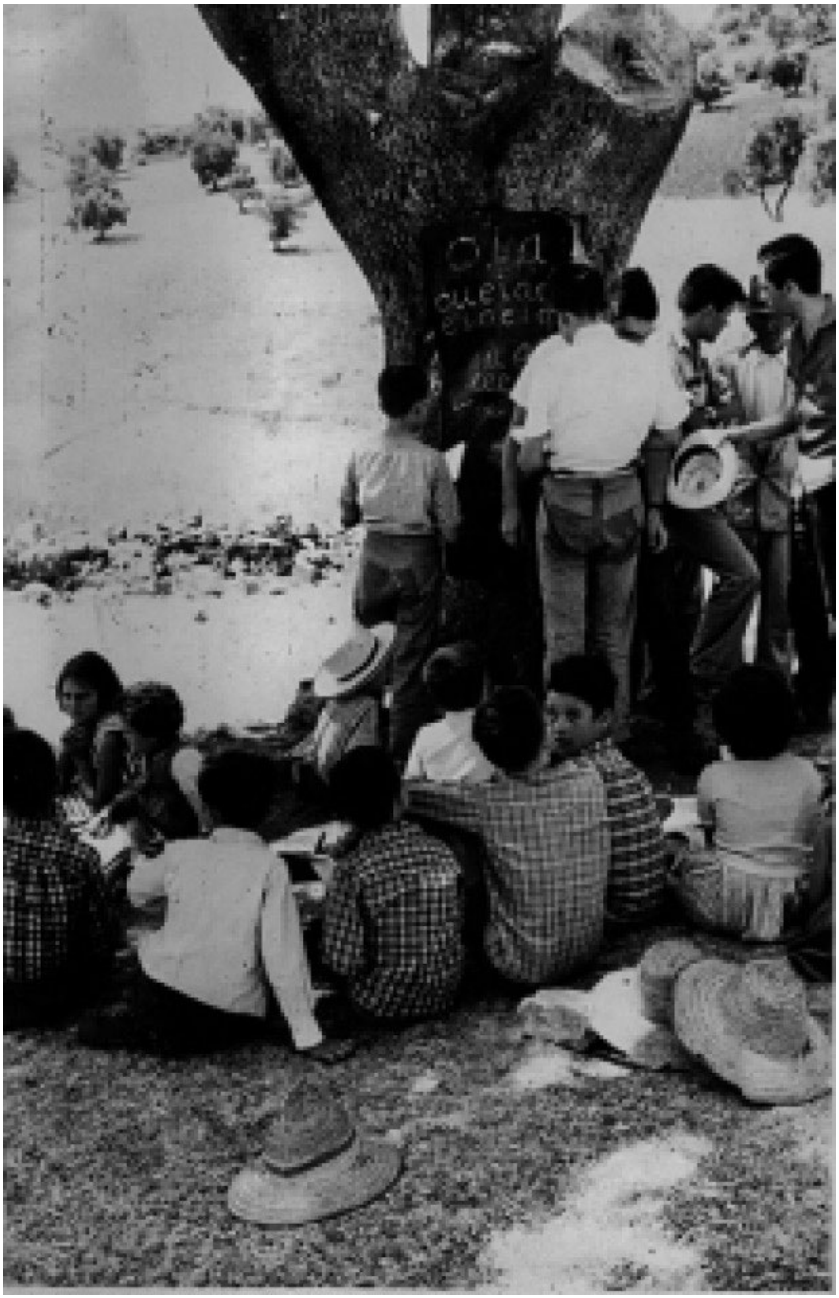
Una mujer aprende a escribir durante la campaña de educación en Almería (1967).

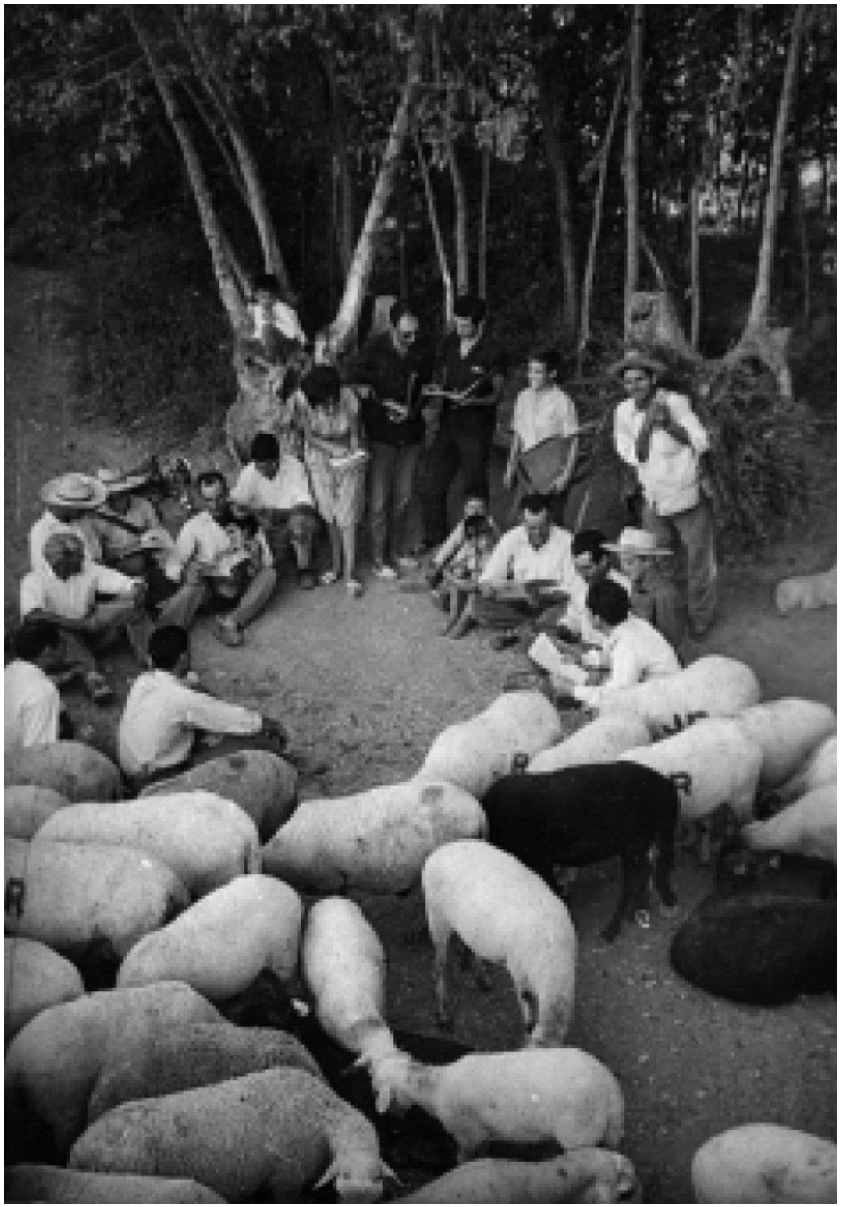
José Antonio Martínez Soler (primero por la izquierda) y otros sutistas junto a un vehículo

del Servicio de Extensión Agraria en la campaña de Jaén (1966).

La Guardia Civil vigila de cerca la representación del Teatro de Cámara de Zaragoza en la campaña de educación de León (1968).

Clase al aire libre en la campaña de educación en Matarrosa del Sil, León (1968).





Clase para adultos en pleno campo en la campaña de educación

en Las Alpujarras, Granada (1963).

Lugareños observan el cartel de la campaña de educación popular del SUT en Almería (1967).

Representación de la comedia Bilora de Ruzante por el Teatro de Cámara de Zaragoza

en la campaña de educación de León (1968) y cartel de una representación de la misma campaña.

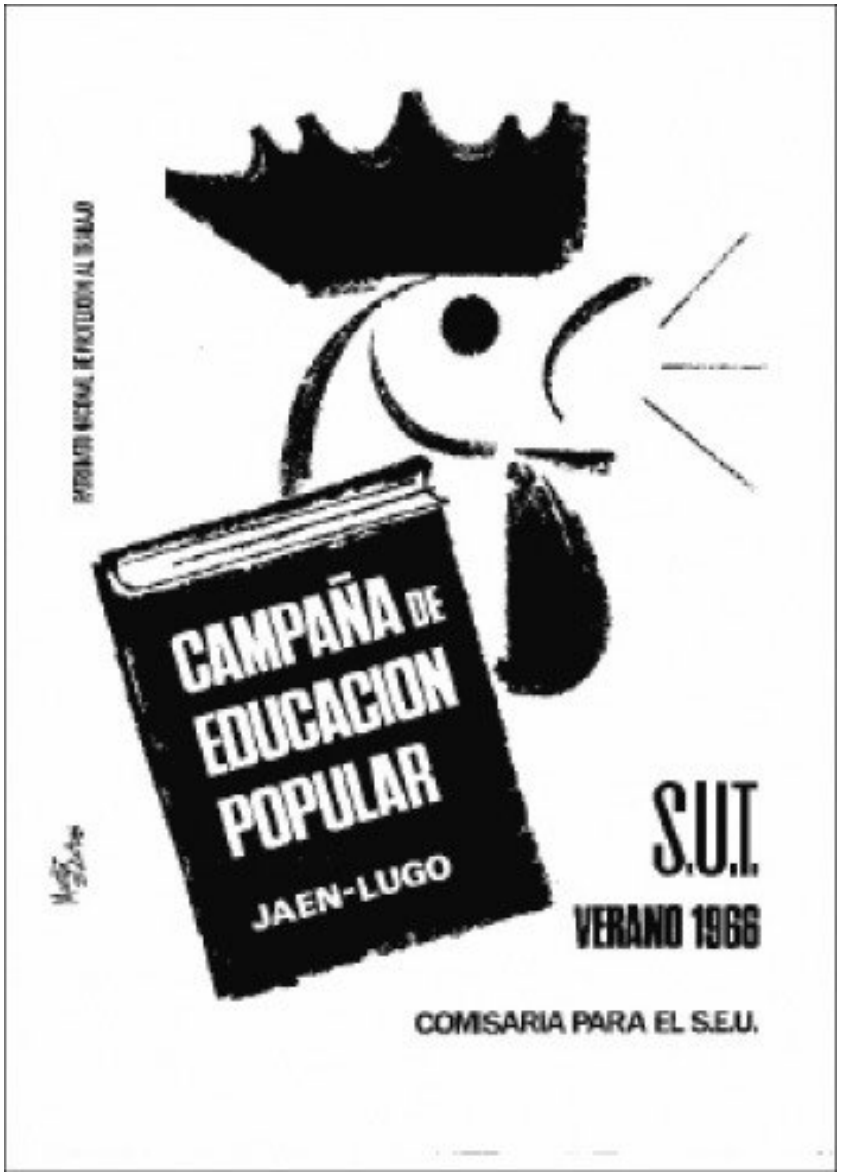
Cartel de la campaña de educación popular de Jaén-Lugo (1966) y portada de un folleto informativo del Trabajo Dominical (1953).

En la foto, Fernando Elena.

SUT

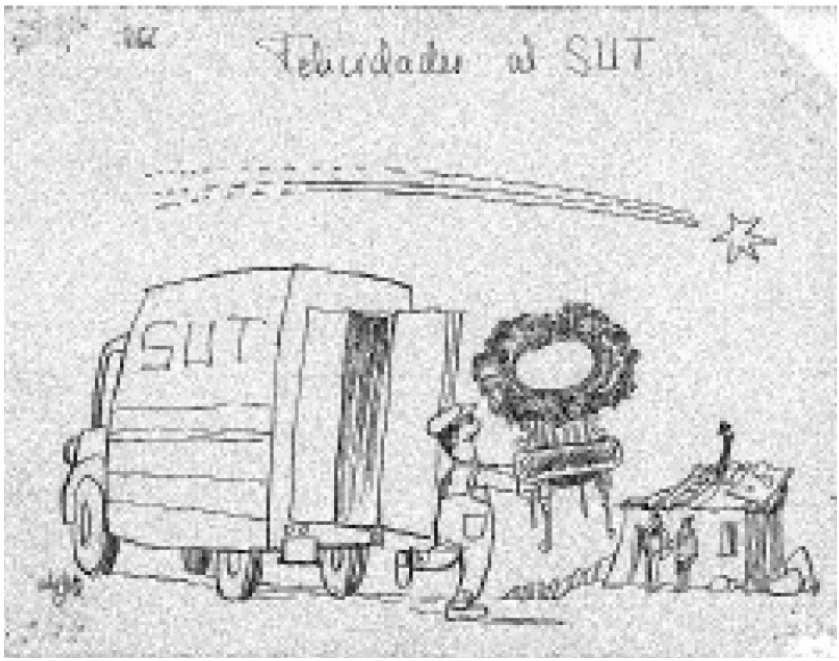
TRABAJO DOMINICAL

Sutistas en el Pozo del Tío Raimundo (Madrid) en actividades del Trabajo Dominical. Juan Anllo sentado a la derecha (1957).


SINDICATO NACIONAL DE ENSEÑANZA
CAMPAÑA DE EDUCACION POPULAR
JAEN-LUGO
S.U.T.
VERANO 1966
COMISARIA PARA EL S.E.U.

Trabajo Dominical en Orcasitas, Madrid (1959).

Trabajo Dominical en Pueblo Nuevo, Madrid (1957).



Tarjeta de felicitación de Navidad del SUT. Dibujo de Antonio Mingote (1968).

El delegado-comisario para el SEU, Ignacio García López se dirige a Franco acompañado de su segundo, Luis Buceta, en la recepción anual de Franco al SUT. Raimundo Balet, jefe del SUT, quinto por la izquierda (c. 1965).

La sutista Ángela Cerrillos junto al cartel de la campaña de invierno de educación fundamental en Madrid (1964),

que no llegó a realizarse al ser finalmente prohibida.

Reunión del SUT en el Albergue de Pueyo de Jaca (Huesca). Aparecen de izquierda a derecha: Francisco Fernández Marugán, Álvaro González de Aguilar, Antonio Ruiz Va y Luis Espinosa (1967).

Símbolo del SUT creado en la segunda mitad de los años sesenta.

Las sutistas Carmina Díez (izq.) y Mercedes Moneo en la oficina del SUT en la calle Quevedo nº 8 (Madrid)

con un cartel del Trabajo Dominical en El Pozo del Tío Raimundo (1960).

NOTAS

1 . Elías Díaz, Los viejos maestros: la reconstrucción de la razón. Alianza Editorial, Madrid,1994.

2 . Baste mencionar el trabajo de Ferrán Gallego, El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977), Crítica, Barcelona, 2008. El mejor resumen sobre los varios relatos sobre la transición y sus reelaboraciones posteriores en Carme Molinero y Pere Ysàs, La transición. Historia y relatos, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2018. Sobre el proceso de cambio social, nuestro grupo de investigación publicó recientemente Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982, Sussex Academic press, Brighton, 2019.

3 . Raphael Samuel (ed.), History Workshop: A Collecteana, 1967–1991, Documents, Memoirs, Critique and cumulative index to History Workshop Journal, Oxford, Ruskin College, 1991, p. IV.

4 . Es en el presupuesto de 1963 cuando nos encontramos un aumento en la dotación estatal para becas según el Plan de Inversiones de ese año del Patronato del Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades. Los datos en AGA, Sección Cultura. Instituto de la Juventud, paquete n.º39. En abril de 1955 se había creado la Comisaría de Protección Escolar, al que le habían seguido años más tarde el Fondo Nacional de Ayuda al Estudio (FONAE) y el Patronato de Igualdad de Oportunidades (PIO), pero con escasa capacidad de incidir en la promoción real de sectores de la población significativos.

5 . Ruggero Zangrandi, Il lungo viaggio atraverso il fascismo. Contributo alla storia di una generazione, Feltrinelli, Milano, 1962 (edición original en Einaudi en 1948); Juan Francisco Marsal, Pensar en el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta, Península, Barcelona, 1979; Alfonso Lazo, Historias falangistas del sur de España. Una teoría sobre vasos comunicantes, Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2015.

6 . Sobre Zangrandi y la compleja acogida de su obra vale la pena ver Luca la Rovere, L'eredità del fascismo. Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo 1943-1948, Bollati Boringhieri, Turín, 2008, p. 335 y ss.

7 . Citaré solo dos obras, las más significativas en este terreno de este autor: Jordi Gracia, Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962, Anagrama, Barcelona, 2006 y personificando el proceso en un personaje que supera con mucho este punto de partida, Jordi Gracia, Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Anagrama, Barcelona, 2019.

8 . Claudio Hernández Burgos, Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976), Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013; Miguel Ángel del Arco Blanco (ed.), Los "años del hambre": Historia y memoria de la posguerra franquista, Marcial Pons, Madrid, 2020; Carlos Fuertes Muñoz, Viviendo en dictadura. La evolución de las actitudes sociales hacia el franquismo, Comares, Granada, 2017. Antonio Cazorla Sánchez, Miedo y progreso. Los españoles de a pie bajo el franquismo, 1939-1975, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

9 . El libro y su temática le debe también mucha inspiración al recientemente desaparecido maestro Santos Juliá, a libros como su Historias de las dos Españas (Madrid, Taurus, 2004) y a su aguda visión de todo el proceso de evolución del franquismo y sobre las bases de la transición a la democracia.

10 . Un fruto inicial de esta investigación fue su publicación Javier Muñoz Soro, "The University Work Service (SUT): Falangism and Catholicism in a Post-Fascist Dicatatorship", en Francisco Morente, F. y Ferrán Gallego, The Last Survivor. Cultural and Social Projects in Spanish Fascism (1939-1975), Brighton, Sussex Academic Press, 2017, pp. 156-180.

11 . "Llanos reconoce que en aquel tiempo tenía una foto grande del General Franco pegada en la pared de su cuarto", Pedro Miguel Lamet, Azul y Rojo. José María de Llanos, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013, Edición Kindle pos. 2206. Llanos dirá que "[…] había estallado la guerra, con cierto y no disimulado júbilo por nuestra parte. Los jesuitas, casi todos, éramos gilroblistas y estábamos del lado de los militares", Ibidem pos. 1491, nota 122.

12 . Sobre la figura del Padre Llanos, la biografía más solvente es la citada de Pedro Miguel Lamet, Azul y Rojo. Hay que destacar también la completa biografía Juan Antonio Delgado de la Rosa, El profetismo del padre Llanos (1906-1992). Entre la perplejidad y la frontera, Madrid, Endymion, 2016 que atiende mucho a la faceta religiosa y profética del sacerdote y la de José Luis González Balado, Padre Llanos. Un jesuita en el suburbio, Madrid, Temas de Hoy, 1991.

13 . La documentación del padre Llanos se encuentra depositada en el Colegio de Jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), en un archivo que se ha ido ordenando progresivamente y ha ganado en

accesibilidad respecto a sus comienzos, aunque la documentación es desigual y presenta graves huecos cronológicos. En dicho fondo encontramos un buen número de cartas, guiones de sermones y conferencias, fotografías y demás documentos.

14 . Algunos ejemplos en Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Jordi Gracia, La España de Franco, Cultura y Vida cotidiana, Madrid, Síntesis, 1999, pp. 204 y ss.

15 . Jordi Gracia, “Un episodio menor de la política de hispanidad: la revista Alférez (1947-1949)”, en Mélanges de la Casa de Velázquez, 1993, XXIX (3).

16 . Sobre la penosa situación de posguerra, Keith Lowe, Continente salvaje. Europa después de la segunda guerra mundial, Galaxia Gutemberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2012. Sobre la extrema sensibilidad de pesimismo y de necesidad de repensar la sociedad se pueden citar las obras de Julien Benda y el clima de los Rencontres Internationaux de Genéve celebrados en 1946.

17 . Sobre la influencia en España de Maritain, vid. Jean-Miguel Garrigues, “Jacques Maritain frente a un catolicismo de cruzada: España 1934-1937”, en Revista de Fomento Social 71/3-4, (2016), p. 511 y ss.

18 . Quizá una de las más autorizadas miradas sobre el papel de los papas en la evolución de la Iglesia católica y su mensaje en el siglo XX en Hans Kung, Siete papas. Experiencia personal y balance de la época, Trotta, Madrid, 2018.

19 . Sobre el SEU, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo, Madrid, Siglo XXI, 1996.

20 . Ruiz Carnicer, El Sindicato Español… p. 128 y ss.

21 . Ferrán Gallego, De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945, Barcelona, Plaza&Janés, 2001, p. 106 y ss. Del mismo autor, “El partido nazi en los años centrales de la República de Weimar (1925-1930). Un comentario crítico”, Investigaciones Históricas 16 (1996); algunas obras clásicas sobre el tema son Sergio Bologna, Nazismo y clase obrera, Madrid, Akal, 1999 y Tim Mason, Nazism, Fascism and the working class, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

22 . Zeev Sternhelll, El nacimiento de la ideología fascista, Madrid, Siglo XXI, 1994 y también Patrizia Dogliani, El fascismo de los italianos. Una historia social, Valencia, Universitat de Valencia, 2017.

23 . Esta centralidad se muestra con claridad en una obra que representa como pocas la mentalidad de la época, Ernst Jünger, El trabajador. Dominio y figura, Barcelona, Tusquets, 1990 (edición original 1932). Esta centralidad no es exclusiva de los fascismos y la podemos encontrar de forma evidente en el comunismo de matriz soviética que hace del análisis de Marx de la clase obrera como agente de transformación social la columna vertebral de su designio político. La atmósfera de la época de entreguerras con su afán totalizador explica esta convergencia de percepciones entre movimientos de raíz opuesta.

24 . Entrevista a José María de Llanos, Madrid, 18-2-1987.

25 . Delgado de la Rosa, El profetismo…, p. 59 y p. 231.

26 . Así lo pone de manifiesto Pedro Miguel Lamet en su Azul y Rojo… Pero hay también numerosos testimonios como el de Blas Piñar cuando era el director del CMU Antonio Rivera: Blas Piñar, Escrito para la historia, FN Editorial, Madrid, 2000, p. 75.

27 . Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario, p. 120 y ss.

28 . La afirmación de esta procedencia acomodada en Javier Echevarría, La movilidad social en España (1940-1991), Istmo, Madrid, 1999, p. 362 y ss. En todo caso esta es una tendencia general en toda Europa que solo empieza a cambiar con los años sesenta y el inicio del acceso de sectores sociales más humildes que se obtiene con el establecimiento del estado del bienestar y el modelo keynesiano de desarrollo el acceso a los estudios universitarios y que también se produce en España, a pesar de su atraso económico y político. Vid. Walter Ruegg (ed.), A History of the University in Europe. Volume IV. Universities since 1945, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, p. 207 y ss.

29 . Sigue siendo un referente para entender este proceso de maduración el libro de Roberto Mesa Garrido, Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982 en el que se incluyen algunos de estos informes académicos y sociológicos.

30 . Alfredo Muñoz Giner, testimonio oral, Madrid, 11/4/2013.

31 . Así lo detallan las revistas del SEU y del Movimiento a lo largo del tiempo. Un ejemplo en Arriba, 5/11/53, pp. 1 y 2. Eduardo Zorita en su testimonio refiere cómo el general Franco le llevó a un aparte y le preguntó detalles sobre la convivencia de universitarios y obreros, mientras le daba explicaciones sobre las limitaciones económicas que aún se vivían que impedían un mejor nivel de vida. Testimonio oral de Eduardo Zorita, León, 11/12/2013.

32 . Testimonio de María Cátedra para la elaboración del documental La transición silenciada, Diagrama producciones, Madrid, 2017. Cortesía de Miguel Ángel Nieto.

33 . Así se puede ver en el libro de Marsal, Pensar bajo el franquismo. El volumen es un espléndido muestrario de este proceso de maduración mental de la juventud.

34 . En uno de los documentos producto de una reunión nacional del SUT se dice: “Reiteramos que el SUT es prepolítico, porque entendiendo por político al arte o ciencia de gobernar un pueblo, toda tarea anterior a tal fin que se proponga hacer el pueblo, integrar las masas de hombres y trabajar en este plano de forma social, es decir, labor prepolítica, anterior a la política y preparatoria de la política. La primera condición de ella”. Conclusiones Reunión Nacional de Aldeadávila, punto IX. Diciembre de 1957. Archivo AASUT N.º 1162.

35 . Carme Molinero, La captación de las masas: Política social y propaganda en el régimen franquista, Madrid, Cátedra, 2006. Aquí se aborda el discurso social del régimen, su realidad y sus limitaciones con especial atención a figuras como la del ministro de Trabajo José Antonio Girón.

36 . Esa es la expresión que utiliza José Antonio García Escudero en “La generación de los hermanos menores”, Alférez, 8 (septiembre de 1947); de los júniors de posguerra hablará Laín, según cita Marsal, p. 43.

37 . Este lema fue lanzado por el ejército franquista durante la Guerra Civil y luego perpetuado en los carteles y pinturas de los locales del Auxilio Social y en las actividades del Frente de Juventudes. Vid, Ángela Cenarro, La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra, Barcelona, Crítica, 2006 y José Ignacio Cruz Orozco, El Yunque azul. Frente de Juventudes y sistema educativo. Razones de un fracaso, Madrid, Alianza Editorial, 2001.

38 . Jean Marie de Buck, Dios hablará esta noche, Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 1949. El impacto de este libro será grande entre los jóvenes. A la altura de 1967, la obra de este sacerdote francés había alcanzado su décima edición. Otra obra de referencia es Gilbert Cesbron, Los santos van al infierno publicada originalmente en francés en 1952 y publicada en español por Ediciones del Pacífico y por Destino en ese mismo año, estando ya al año siguiente, 1953, por su 4.ª edición. En esta obra el autor habla del tema de los curas obreros, una de las cuestiones que apasionaban más el debate en el mundo católico de Francia y Bélgica y que en España suponía la aportación de una clara sensibilidad social a un catolicismo ajeno a ese mundo hasta ese momento, salvo casos personales como el del propio padre Llanos.

39 . Fernández Cuesta, titular de la cartera de Justicia entre 1945 y 1951, la simultaneó desde noviembre de 1948 con la Secretaría General del Movimiento, que había perdido la categoría de ministerio al final de la Segunda Guerra Mundial; en julio de 1951 pasó a desempeñar exclusivamente esta, ya repuesta su categoría

ministerial, hasta su cese en febrero de 1956.

40 . Ruiz Carnicer, El Sindicato… p. 263 y ss.

41 . Sobre Calvo Serer y el tema de la Tercera Fuerza, Onésimo Díaz y Fernando de Meer, Rafael Calvo Serer: La búsqueda de la libertad (1954-1988), Valencia, Prensa Universitarias de Valencia, 2008 y Sara Prades, “Rafael Calvo Serer. Un intelectual católico conservador”, en Bulletin dHistoire Contemporaine de l´Espagne, 50 (2016).

42 . Testimonio oral de Eduardo Zorita, León, 11/12/2013.

43 . Ibidem y Elías García de Santos, “La formación de élites en la España de Franco y el Colegio Mayor ‘César Carlos’”, en El Rastro de la Historia n.º 13, 2003, www.rumbos.net/rastroria/rastroria13/cesarcarlos/htm. Consultado el 22/7/2015.

44 . Zorita narra lo decepcionante de las dos conversaciones personales tenidas con el general Franco cuando este recibió al SUT al final de la temporada veraniega, en septiembre de 1952 y 1953. En esas reuniones, Zorita comprobó en primera persona la falta de visión de Franco de los problemas de España y el servilismo de quienes le rodeaban. Desde entonces pensó que debía salir del país y hacer una carrera profesional fuera. No fue la única anécdota: en la sede de la Secretaría General del Movimiento, donde radicaba la sede del SUT, Zorita se encontró con Alfonso Pérez Viñeta, secretario del Frente de Juventudes y luego Capitán General de Cataluña que le recomendó que “dado que los obreros no distinguen un estudiante de otro, en los campos deberían hacer doblar su jornada; con ello los trabajadores reconocerían la mayor capacidad de su clase y no volverían a intentar rebelarse”. Testimonio oral

Eduardo Zorita. León, 11/12/2013.

45 . Sobre el proceso de control de las cátedras por los sectores nacionalcatólicos, vid. la información detallada que proporciona Luis Enrique Otero (dir.), La Universidad nacionalcatólica. La reacción antimoderna, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, 2014. Nos proporciona muchas anécdotas sobre este tema Carlos Castilla del Pino en Pretérito Imperfecto, Barcelona, Tusquets, 2003.

46 . Testimonio de Eduardo Zorita, León, 11/12/2013.

47 . Un resumen de este episodio en Ruiz Carnicer, El Sindicato, p. 287 y ss. y Pablo Lizcano, La generación del 56. La Universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo, 1981 p. 93 y ss.

48 . Ver anexo 2, A, con la lista de jefes y secretarios del SUT.

49 . Santos Juliá, Camarada Javier Pradera, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2012; también Felipe Nieto, La aventura comunista de Jorge Semprún, Exilio, clandestinidad y ruptura, Barcelona, Tusquets, 2014. Recientemente, Jordi Gracia, Javier Pradera o el poder de la izquierda. Medio siglo de cultura democrática, Barcelona, Anagrama, 2019.

50 . Sobre el tema vid. Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario… p. 464 y ss. y Luciano García Lorenzo (ed.), Aproximación al Teatro Español Universitario (TEU), Madrid, CSIC, 1999.

51 . Vid. Jordi Gracia, Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo, 1940-1962, Barcelona, Anagrama, 2006.

52 . “Informe de Don Pedro Laín Entralgo, Rector de la Universidad de Madrid, sobre la situación espiritual de la juventud española (diciembre de 1955)”, en Mesa Garrido, p. 45 y ss.

53 . Sobre los sucesos de febrero y el ambiente previo a ello, ver Javier Muñoz Soro, “La política educativa y cultural de Joaquín Ruiz-Giménez (1951-1956)” y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, “La crisis de 1956 en la trayectoria del régimen franquista. Ruptura generacional, política de reconciliación y legado político. Una revisión sesenta años después.”, ambos en Feliciano Montero y Joseba Louzao, (eds.), Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Comares, 2016. Sobre la disidencia estudiantil y el ambiente del momento, vid. Sergio Rodríguez Tejada, “Los últimos fascistas: juventud, política y dictadura franquista en los años cincuenta”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Falange. Las culturas políticas del régimen de Franco, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2013, vol. 2, pp. 542-563.

54 . Notas de José Ignacio Urenda. Archivo AASUT, doc. 2183.

55 . Antoni Puigverd, “Necrológica: José Ignacio Urenda o la dignidad”, El País, 17 de diciembre de 2003, recuperado en elpais.es, 4 de diciembre de 2017.

56 . Manuel Vázquez Montalbán, “Un partido sin historia pero con memoria”, El País, 17 de septiembre de 1984, recuperado en elpais.es el 13 de febrero de 2013. También Juan Anllo en su

testimonio, apunta a la militancia política de Urenda y su interacción con el puesto desempañado durante unos meses. Testimonio de Juan Anllo. Transcripción entrevista para el documental La transición silenciada, Diagrama producciones, Madrid, 2017. Cortesía de Miguel Ángel Nieto.

57 . Sobre el proceso evolutivo estudiantil, vid. Eduardo González Calleja, Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea 1865-2008, Madrid, Alianza Editorial, 2009; Gregorio Valdevira, La oposición estudiantil al franquismo, Madrid, Síntesis, 2006 y Elena Hernández Sandoica, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Marc Baldó, Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

58 . Existen unas cuantas conferencias o textos del padre Llanos en estos momentos en los que denuncia a los estudiantes que ven al SUT como una mera distracción vacacional, haciéndoles contrastar con los que lo ven como una ocasión de compromiso y de cercanía con los humildes y los sencillos, como parte de una batalla sustancial de transformación personal y social. Vid. “Invitación a infelices” (1958), Archivo AASUT n.º 1209. A la altura de 1960, en pleno bajón del número de estudiantes en los campos, se propugna que haya campos más duros, reducir los jornales y acabar con la “blandura” de algunos campos: “El SUT no puede perder ni tiempo y menos dinero en arreglar de una forma u otra el verano particular de desaprensivos”. “Historia del SUT y exigencia de los sutistas”, Archivo AASUT n.º 1335 (1960). Todo esto podía redundar en un alejamiento de una parte de los universitarios por el carácter más exigente de la labor en los campos.

59 . De ello son conscientes los propios dirigentes del SUT en el informe elaborado a los diez años de existencia del SUT. Archivo AASUT, documento n.º 1367.

60 . El Patronato se crea por la Orden General del SEU n.º183, de 15 de febrero de 1955.

61 . Boletín de Aldeadávila (diciembre de 1957). Archivo AASUT n.º 1178.

62 . “Se acuerda que el objetivo principal de la extensión cultural del SUT es la alfabetización a través de todos los campos de trabajo que se celebren y de la Ayuda Dominical”. Conclusiones de la reunión de los jefes del SUT de distrito en El Pueyo de Jaca, agosto de 1960. Archivo AASUT Documento n.º1341. Ya antes, en 1959 se incorpora como una actividad normal que en algunos campos se impartan clases de alfabetización. Archivo AASUT. Documento n.º 1296.

63 . Programa del círculo de conferencias, Madrid, SUT, 1958. Archivo AASUT documentos n.º 1200 y 1201. Programa y notas.

64 . SUT, n.º 19 (19 de enero de 1961).

65 . SUT, n.º 17 (1 de diciembre de 1960) y 19 (19 de enero de 1961).

66 . Archivo AASUT documento n.º 1202. Texto mecanografiado de la conferencia del padre Llanos, 1958.

67 . Estas iniciativas aparecen todas en los documentos de conclusiones de la reunión del Pueyo de Jaca. Archivo AASUT, documentos n.º 1335 y 1341, y el balance general de diez años del SUT, documento n.º 1367.

68 . Análisis del SUT en sus diez años de existencia. 1960. Archivo AASUT. Documento n.º 1367.

69 . Un ejemplo de estas gacetas, la Gaceta del SUT de Barcelona. Archivo AASUT. Documento n.º 1376.

70 . Ya apunta algo en esta línea el temprano análisis de Marsal, Pensar bajo… p. 45 y ss. cuando contrasta a las minorías críticas de Madrid con las de Barcelona.

71 . Archivo AASUT. Documento n.º 1367.

72 . Carta de Carlos Ballesteros de 8 de octubre de 1960. Archivo AASUT. Documento n.º 1343.

73 . Carta de Carlos Ballesteros. Archivo AASUT documento 1505 (1960).

74 . Carlos Ballesteros. Entrevista. Octubre de 2018.

75 . Este caso es una muestra de la evolución de falangistas con sensibilidad social y que se identificaban con la revolución cubana y

el peculiar medio ideológico político del SUT y del SEU de estos años. Testimonio de Ricardo Gómez Muñoz y de Juan Anllo. Transcripción de La transición silenciada, Diagrama producciones, Madrid, 2017. Cortesía de Miguel Ángel Nieto.

76 . Miguel Ángel Ruiz Carnicer, “Late Spanish Fascists in a Changing World: Latin American Communists and East European Reformism (1956–1975)”, in Contemporary European History, Volumen 28, n.º 3, agosto de 2019.

77 . Informe SUT. Verano 1964, p. 42. Archivo AASUT. Documento n.º 1421.

78 . La idea, como intentó Ballesteros en el pasado, era separar al SUT del SEU apoyándose en los sectores más progresistas del SUT. Algunos de los jóvenes que estuvieron con Muñoz Giner intentaron captar como nuevo dirigente nacional del SUT a su jefe en Cataluña Carlos Montes, pero la opción no cuajó. Entrevista a Alfredo Muñoz Giner. Madrid, mayo de 2020.

79 . Informe SUT, verano 1963 e Informe SUT, verano 1964. Archivo AASUT documentos n.º 1401 y 1421 respectivamente.

80 . SUT Madrid, marzo 1962. Archivo AASUT. Documento n.º 1392.

81 . Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario…, p. 352 y ss. En este IV Consejo se intentaba superar el nuevo marco legal de 1961, democratizando más los organismos representativos, algo que fue desechado una vez más por Carrero Blanco y los hombres del

Movimiento, lo que hizo irrefrenable el descrédito del Sindicato.

82 . Informe SUT Verano 63. Archivo AASUT. Documento n.º 1401; Informe SUT Verano 64. Archivo AASUT, documento n.º 1421.

83 . Por ejemplo, en el verano de 1963 los campos de trabajo se concentran en Andalucía (Jaén, Córdoba, Huelva) además de uno experimental en Canarias. Informe SUT Verano 63. Archivo AASUT, documento n.º 1401, p. 42.

84 . Hernández Sandoica, Ruiz Carnicer y Baldó, Estudiantes contra Franco, p. 217 y ss.

85 . La Vanguardia Española, 5 junio 1965, p. 6.

86 . Proyecto de actividades del SUT para el curso 1967-1968. Archivo AASUT. Documento n.º 1501, p. 1.

87 . Carta de José Antonio Donat. Archivo AASUT. Documento n.º 1579.

88 . Folleto de la OIT sobre derechos humanos y recortes de periódico sobre el tema en Archivo AASUT. Documentos n.º 1601 a 1604.

89 . Una panorámica del impulso de la sociología en esos años en Josep Picó, Los años dorados de la sociología (1945-1975), Alianza

Editorial, Madrid, 2003.

90 . Centro de Enseñanza e Investigación, Sociedad Anónima. Sobre el tema, vid. María Luz Morán, “The sociologists and the Analysis of Social (And Political) Change in Spain between 1962 and 1982”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), From Franco to Freedom. The roots of the Transition to Democracy in Spain, 1962-1982, Sussex Academic Press, Brighton, 2019, p. 23

91 . Morán, “The sociologists…”, p. 25.

92 . Memoria SUT 1967-68. Archivo AASUT. Documento n.º 1561.

93 . Informe sociológico sobre un suburbio madrileño. SUT D.U. Madrid. Invierno 67. Archivo AASUT, documento n.º 1535.

94 . Testimonio de Pepe Beúnza. Archivo AASUT. Documento n.º 2036.

95 . Un buen retrato de esta época es la novela de Ana Puértolas, El grupo. 1964-1974, Anagrama, Barcelona, 2016.

96 . Carta a los universitarios del Distrito de Madrid de Ruiz Va, 31 mayo de 1968. Archivo AASUT, Documento n.º 1536.

97 . Estatutos SUT. Archivo AASUT. Documento n.º 1533.

98 . Cuestionario de Antonio Ruiz Va. 12 abril 2016.

99 . Entrevista a Manuel Titos, 17 diciembre 2017. La transición silenciada, Diagrama producciones, Madrid, 2017. Cortesía de Miguel Ángel Nieto. Manuel Titos era el secretario responsable de la campaña en León, en ausencia de Alberto Ruiz Secchi, responsable principal de la campaña.

100 . Nota réplica Delegación-Comisaría para el SEU, Archivo AASUT, documento n.º 2450.

101 . Carta de A. Ruiz Va a Ignacio García López, diciembre de 1968. Archivo AASUT. Documento n º 1609.

102 . "Notas sobre la futura estructura del Movimiento en relación con el mundo estudiantil universitario" (1968). Archivo AASUT. Documento n.º 1580.

103 . Proyecto funcional del SUT. Diciembre 1969. Archivo AASUT. Documento n.º 1652.

104 . "Veintidós universitarios trabajan en los saltos de Moncabril. Conviviendo con los trabajadores forjan su vocación social", Imperio 12/7/1953, p. 6.

105 . SUT. Memoria del curso 1957-1958, Madrid, p. 184. Sobre el

papel jugado por la revista Noticia, Jordi Gracia, p. 87.

106 . Entrevista a Eduardo Zorita. León, 11 de diciembre de 2013. Archivo AASUT n.º 2003.

107 . Testimonio Personal Ángel Romero. Archivo AASUT, documento n.º 2040. Se calcula en un 10 % la presencia de religiosos en las Campañas de Educación Popular. Francisco López Hernández en Diario de Ávila 8/372013. Archivo AASUT documento n.º 7206.

108 . Entrevista a Eduardo Zorita. León, 11 de diciembre de 2013. Archivo AASUT n.º2003

109 . “Relación de campos universitarios de Trabajo para el año 1953”, Secretaría General de FET y de las JONS. Secretaría Política, sección técnica, Madrid, 3/6/1953. Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, signatura (09) 17.2. 51/19040.

110 . Carta de A. del Olmo a H. Pesqueira, Archivo AASUT documento n.º 2492.

111 . Según los testimonios de Ricardo Gómez Muñoz, y María Torreblanca, Archivo AASUT, documentos n.º 2033 y 2167, respectivamente.

112 . Informe sobre normas de los campos (1960); Carlos

Ballesteros, Archivo AASUT, documento n.º 2271.

113 . “Peligros del CT. Pueyo de Jaca”. Archivo AASUT. Documento n.º1321 (1960).

114 . Testimonio de Emilio Criado, Archivo AASUT, documento n.º 2224.

115 . Testimonio de J. José Pardo, Archivo AASUT, documento n.º 2273.

116 . Carta de A. del Olmo a H. Pesqueira, Archivo AASUT, documento n.º 2492.

117 . Mateo, J. A., Almas en los tajos, Madrid, Euramérica, 1956.

118 . Testimonio de Guillermo Santomé, Archivo AASUT, documentos n.º 2233 y 2521.

119 . Testimonio Guillermo Santomé, Archivo AASUT, documentos n.º 5325 y 2521.

120 . Ibid.

121 . Ibid.

122 . Testimonio de Guilermo Santomé, Archivo AASUT, documentos n.º 5325 y 2521.

123 . Testimonio Carlos Ballesteros, Archivo AASUT, documentos n.º 2269, 2261 y 2271.

124 . Testimonio Carlos Ballesteros, Archivo AASUT, documentos n.º 2261 y 2271.

125 . Testimonio Carlos Ballesteros, Archivo AASUT, documentos n.º 2270.

126 . La Tolva 14/7/1954, Archivo AASUT, documento n.º 2261.

127 . Testimonio Carlos Ballesteros, Archivo AASUT, documento n.º 5262.

128 . Khaled M. Abbas, “La Muralla de Joaquín Calvo Sotelo: aproximación a una obra de teatro reformista”, Espiral. Cuadernos del Profesorado, 2/4 (2009), pp. 4-25, consultada en www.cepcuevasolula.es/espiral el 31 de marzo de 2020.

129 . Testimonio Joaquín Gómez Pardo, Archivo AASUT, documento n.º 2273.

130 . Entrevista a Eduardo Zorita, León 11 diciembre 2013. Archivo AASUT, documento n.º 2003.

131 . Testimonio Joaquín Gómez Pardo, Archivo AASUT, documento n.º 2273.

132 . Presencia, 2 (1962).

133 . Conversación con Carlos Elordi, citada por Santos Juliá, Camarada Javier Pradera, p. 197.

134 . “Pantano de Mequinenza. Informe general”, Gaceta SUT n.º 1/3/1962. pp. 6-7. Archivo AASUT, documento n.º 3163.

135 . Ibid.

136 . Testimonio de Emilio Criado, Archivo AASUT, documento n.º 2224.

137 . Archivo AASUT documentos n.º 5066, 5067 y 5068.

138 . Campo Los Arcos, Archivo AASUT, documento n.º 1315.

139 . Copiamos del informe de un campo femenino del SUT, Gaceta SUT n.º 22 (16/3/61).

140 . Ibid.

141 . Testimonio de Juan José Poveda, Archivo AASUT, documento n.º 2547.

142 . Ricardo Gurriarán, Inmunda Escoria. A Universidade franquista e as mobilizacións estudantís en Compostela, 1939-1968, Vigo, Xerais de Galicia, 2010.

143 . Testimonio de Juan José Poveda, Archivo AASUT, documento n.º 2548.

144 . Guillermo Santomé, O. P. Impresión de un Campo de Trabajo, Folletos Perseida, junio 1958. Archivo AASUT, documento n.º 1250.

145 . Testimonio de Guillermo Santomé, Archivo AASUT, documentos n.º 5325 y 2521.

146 . Testimonio de Guilermo Santomé, Archivo AASUT, documentos n.º 5325 y 2521.

147 . Testimonio Herman Pesqueira, Archivo AASUT, documento n.º 2521.

148 . Ibid.

149 . Ibid.

150 . Testimonio de Rafael García Moliner, Archivo AASUT, documento n.º 5159.

151 . Testimonio Ángel Romero, Archivo AASUT, documento nº 2040.

152 . Testimonio de José Torreblanca, Archivo AASUT, documento n.º 2167.

153 . Testimonio de Ricardo Gómez Muñoz, Archivo AASUT, documento n.º 2032.

154 . Informe SUT (verano 1963). Archivo AASUT, documento n.º 4025.

155 . La Vanguardia Española (13/06/1962). Archivo AASUT, documento n.º 4003.

156 . Informe preliminar CE Granada (1962). Archivo AASUT, n.º 4011.

157 . Folleto SUT (1963). Archivo AASUT, documento n.º 4493.

158 . Cuestionario de Teresa García Alba. Archivo AASUT, documento n.º 2378.

159. Informe preliminar CE Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4011.

160. Informe SUT (verano 1963). Archivo AASUT, n.º 4025.

161 . M. Titos, “La Campaña de Educación Popular en Jaén”, Jaén (1966). Archivo AASUT, documento n.º 4170.

162 . Informe SUT (verano 1963). Archivo AASUT, documento n.º 4025.

163 . Memorias de participantes (C. Granada 1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

164 . Memorias de participantes (C. Granada 1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

165 . Memorias de participantes (C. Granada 1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

166 . Cuestionario de Francisco Fernández Marugán. Archivo AASUT, documento n.º 2148.

167 . Informe preliminar CE Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4011.

168 . Informe SUT (verano 1963). Archivo AASUT, documento n.º 4025.

169 . Informe SUT (verano 1964). Archivo AASUT, documento n.º 4115.

170 . Presentación de la Campaña de Jaén (1966). Archivo AASUT, documento n.º 4169.

171 . CE Ponencia 1 (Pueyo de Jaca, 1967). Archivo AASUT, documento n.º 4257.

172 . Ibid.

173 . CE León Boletín 2 (1968). Archivo AASUT, documento n.º 4309.

174 . CE León Boletín 4 (1968). Archivo AASUT, documento n.º 4310.

175 . Carta de Teresa García Alba, CE León (1968). Archivo AASUT, documento nº 4339.

176 . Informe de D. Azqueta, Campaña Teruel (1969). Archivo AASUT, documento n.º 4491.

177 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

178 . Ibid.

179 . Cuestionario José Llobet Collado. Archivo AASUT, documento n.º 2154.

180 . Memoria de Liborio Hierro, CE Orense (Vilar de Randín). Archivo SUT, documento n.º 4114.

181 . Cuestionario de Alicia Ríos. Archivo AASUT, documento n.º 2154.

182 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

183 . Cuestionario de Graciela de Miguel. Archivo AASUT, documento n.º 2146.

184 . Cuestionario de Pilar González Guzmán. Archivo AASUT, documento n.º 2014.

185 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

186 . Cuestionario de Graciela de Miguel. Archivo AASUT, documento n.º 2146.

187 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

188 . Informe de Agustín Maravall. CE Granada (Castril). Archivo AASUT, documento n.º 4012.

189 . Cuestionario de José Enrique Rodríguez Ibáñez (Cebanico). Archivo AASUT, documento n.º 4394.

190 . Cuestionario de Ezequiel Méndez. Archivo AASUT, documento n.º 4109.

191 . I. Amestoy, Teatro en Las Hurdes, CE Cáceres. Archivo AASUT, documento n.º 4239.

192 . Cuestionario de María Cátedra Tomás (Lleida, 4 de marzo de 1947).

193 . Cuestionario de F. Fernández Marugán. Archivo AASUT,

documento n.º 2148.

194 . Testimonio de Eduardo González, Zaragoza, junio de 2014.

195 . Cuestionario de Francisco Fernández Marugán. Archivo AASUT, documento n.º 2148.

196 . Informe preliminar CE Granada (1962); Informe SUT (verano 1964) y Presentación Campaña Jaén (1966). Archivo AASUT, documentos n.º 4011, 4115 y 4169.

197 . "España comienza una acción contra los caciques del sur", The New York Times (13/11/1962). Archivo AASUT, documento n.º 4040. Las referencias a Arriba aparecen en el diario neoyorquino.

198 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

199 . Boletín 4, Campaña Cáceres (1967). Archivo AASUT, documento n.º 4243.

200 . Memorias de participantes C. Granada (1962). Archivo AASUT, documento n.º 4009.

201 . Cuestionario de José Enrique Rodríguez Ibáñez. Archivo AASUT, documento n.º 4394.

202 . Cuestionario de Graciela de Miguel. Archivo AASUT, documento n.º 2146.

203 . Informe de la Dirección General de Seguridad. Jefatura Superior de Policía. Gobierno Civil de Granada (1963). Archivo AASUT, documento n.º 4042.

204 . Cuestionario de Graciela de Miguel. Archivo AASUT, documento n.º 2146.

205 . Memoria de Liborio Hierro, CE Orense. Archivo AASUT, documento n.º 4114.

206 . Cuestionario de Ezequiel Méndez. Archivo AASUT, documento n.º 4109.

207 . Ignacio Amestoy, Teatro en Las Hurdes, CE Cáceres (1967). Archivo AASUT, documento n.º 4239.

208 . Informe de la directora del SUT, CE León (1968). Archivo AASUT, documento n.º 4301.

209 . Cuestionario de Pilar González Guzmán. Archivo AASUT, documento n.º 2014.

210 . Cuestionario de Miguel Ángel Carbajo. Archivo AASUT, documento n.º 2583.

211 . Entrevista a Manuel Titos (Granada, 15 de enero de 2020).

212 . Entrevista a Manuel Titos (Granada, 15 de enero de 2020).

213 . Borja de Riquer, La dictadura de Franco. Vol. 9 de Josep Fontana y Ramón Villares (dir.), Historia de España, Crítica/Marcial Pons, 2010, p. 624 y ss., 820 y 824. Vid. Fernando Sánchez Marroyo, La España del siglo XX. Economía, Demografía y Sociedad, Istmo, Madrid, 2003, p. 370. Sobre este proceso global de cambio social, vid. Javier Echeverría Zabalza, La movilidad social en España (1940-1991), Istmo, Madrid, 1999, especialmente p. 501 y ss.

214 . Luis Goytisolo, Las afueras, Seix Barral, Barcelona, 1958.

215 . “Vida de Barcelona. Crónica de la jornada. El Servicio Universitario del Trabajo”, La Vanguardia Española, 14 de mayo de 1953, p. 14.

216 . Ismael Medina, “Del aula al tajo”, Haz 1 de febrero de 1953, p. 1. Medina describe los trabajos de un grupo de estudiantes, liderados por Fernando Elena, que trabajan en la cooperativa Ntra. Sra. De Belén en Pueblo Nuevo. Archivo AASUT, documento n.º 2413.

217 . Uno de los núcleos de referencia durante muchos años. A esa zona se dedican muchos reportajes sobre la acción del SUT en Madrid. Un ejemplo en Juan Anllo, “SUT: Ayuda Dominical en el Cerro del Tío Pío”, Noticia, (1959), Archivo AASUT, documento n.º 7012; Manuel Román, “Mil familias en la Colonia de los desheredados”. Arriba, febrero de 1953. Archivo AASUT, documento n.º 2465.

218 . “Diez años de actividad del departamento nacional de Trabajo Universitario” Borrador preparatorio del documento (1959), Archivo AASUT, documento n.º 1296, p. 43.

219 . “Informe sobre el proyecto de actuación del SUT, 1965-66”. Delegación-Comisaría para el SEU, Archivo AASUT, documento n.º 1446, p. 2.

220 . Ibid.

221 . Informaciones extraídas de La Vanguardia Española, 6/3/53, 22/3/53, 28/5/53, 15/10/53 entre otros. Noticias sobre las actividades de las actividades del SUT y del Trabajo Dominical se encuentran habitualmente en la sección “Vida de Barcelona, Crónica de la Jornada”, recogidos en Archivo AASUT, documentos n.º 7003 a 7011.

222 . “Centros oficiales. Jefatura Provincial del Movimiento. El Trabajo Universitario”, en La Vanguardia Española, 11 noviembre 1953, p. 11.

223 . “Ayuda Dominical. 1960”. Archivo AASUT, documento n.º

1358.

224 . Carlos París, Memorias sobre medio siglo. De la Contrarreforma a Internet, Península, Barcelona, 2006, p. 77.

225 . Notas de José Ignacio Urenda. Archivo AASUT, documento n.º 2360.

226 . Memoria de actividades del SUT 1957-1958. Archivo AASUT, documentos n.º 1225 y 1227.

227 . "SOS. Objetivo: el estudiante", Noticia (2.ª ep.), n.º 26, 6/2/59, p. 5

228 . "El SUT se reunió en Madrid", Noticia (2.ª ep.), n.º 25, 30/1/59, p. 1.

229 . Conclusiones de la reunión nacional del SUT en Aldeadávila. Diciembre de 1957. Archivo AASUT, documento n.º 1162.

230 . Boletín de Aldeadávila, diciembre de 1957, p. 4. Archivo AASUT, documento n.º 1178, p. 4.

231 . Conclusiones de las Jornadas del Pueyo de Jaca (20 a 30 de agosto de 1960), Archivo AASUT, documento n.º 1341, p. 1.

232 . “SUT. D. U. de Madrid. Informe sociológico sobre un suburbio madrileño. Invierno de 1967” Archivo AASUT, documento n.º 1535.

233 . Carlos Paris, Memorias… p. 75.

234 . Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario (SEU)…

235 . Jordi Gracia, Estado y cultura. Laureano Bonet, La revista Laye: estudio y antología, Barcelona, Edicions 62, 1988.

236 . Javier Muguerza, “Los jóvenes destemplados”, Aldebarán, 1 (marzo 1955), pp. 9-10.

237 . Marsal, Pensar bajo el franquismo...; Carlos Robles Piquer, “Milicia Universitaria”, Alférez, 23 y 24 (enero de 1949), pp. 2-3.

238 . José María García Escudero, “La generación de los hermanos menores”, Alférez, 8 (septiembre de 1947), p. 3; José María de Llanos, “Balance de una generación”, Alférez, 2 (marzo 1947), pp. 1-2.

239 . Juan Triguero (seudónimo de José María Moreno Galván), “La generación de Fraga y su destino”, Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1, París (junio-julio 1965), pp. 5-16.

240 . Julián Marías, El método histórico de las generaciones, Madrid, Revista de Occidente, 1954.

241 . Manuel Fraga y Joaquín Tena, “Una encuesta a los universitarios de Madrid”, Revista Internacional de Sociología, 28 (1949), 29 (1950a) y 30 (1950b), citado en Antonio Ariño Villarroya, “La investigación sociológica sobre los estudiantes universitarios en España”, Revista de Estudios de Juventud, 110 (diciembre 2015), pp. 131-153.

242 . Michael H. Kater, Las juventudes hitlerianas, Madrid, Kailas, 2016; Mark Roseman (ed.), Generations in Conflict: Youth Revolt and Generation Formation in Germany, 1770-1968, Cambridge University Press, 1995.

243 . Gino Germani, Autoritarismo, fascismo e classi sociali, Bolonia, Il Mulino, 1975, p. 47. Para el caso español, ver Ricardo Chueca, “Las juventudes falangistas”, Studia Storica, 4 (1987).

244 . Roberto Mesa, Jaraneros y alborotadores, pp. 45-50.

245 . José Luis Pinillos, “Estudio sobre las actitudes sociales en la universidad” (1955), en Roberto Mesa, Jaraneros y alborotadores, cit., pp. 59-64.

246 . Salustiano del Campo, La familia española en transición, Madrid, Cuadernos de Investigación, 1960.

247 . José María García Escudero, “La generación de los hermanos menores”, Alférez, 8 (septiembre de 1947), p. 3.

248 . Con José Antonio se referían al fundador de Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE y de las JONS), José Antonio Primo de Rivera; Rodrigo Fernández Carvajal, “Avisos a los universitarios fieles”, Alférez, 16 (mayo de 1948), pp. 6-7. Sobre Fernández Carvajal, Nicolás Sesma, “Un alineamiento para el Movimiento. Rodrigo Fernández-Carvajal y la redefinición del sistema político franquista”, Rúbrica contemporánea, 5 (2014), pp. 89-108.

249 . Roger Griffin, Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Hitler y Mussolini, Madrid, Akal, 2010.

250 . En referencia a los pensadores tradicionalistas católicos Donoso Cortés y Marcelino Menéndez Pelayo, en “Las tentaciones de la vida intelectual”, La Hora (mayo de 1949).

251 . “Notas a España sin problema”, Arriba, 8 de enero de 1950, en Rodrigo Fernández-Carvajal, Los diálogos perdidos, Madrid, Alférez, 1952, pp. 235-245.

252 . Andrenio es el nombre del buen salvaje, inocente y virginal, que el náufrago Critilo se encontró en una isla desierta, en la narración moralizante El Criticón (1651-1657), de Baltasar Gracián.

253 . Rafael Calvo Serer, España, sin problema, Madrid, Arbor, 1949.

254 . “Aviso a los universitarios fieles”, Alférez, 16 (mayo de 1947);

“Inteligencia y fidelidad”, Alférez, 3 (abril de 1947).

255 . Pedro Laín Entralgo, Reflexiones sobre la vida espiritual de España (1953), en Id., Descargo de conciencia (1930-1960), Barcelona, Barral, 1976, pp. 409-410.

256 . Dionisio Ridruejo, “Excluyentes y comprensivos”, Revista, 17 de abril de 1952; Id., “La culpa, a los intelectuales”, Revista (1953), reproducida en Alcalá. Francisco Morente, Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo, Madrid, Síntesis, 2006.

257 . Laín Entralgo, Descargo de conciencia, p. 413.

258 . Mercedes Montero, Cultura y comunicación al servicio de un régimen. Historia de la ACN de P entre 1945 y 1959, Pamplona, EUNSA, 2001, p. 175.

259 . Carta de Fernando María Castiella a Pla y Deniel, 27 de junio de 1957, en José Manuel Alfonso Sánchez, Iglesia, política y educación en España (1940-1960). Documentos del archivo Pla y Deniel, Tomo I, La orientación católica de la enseñanza, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, p. 253.

260 . Archivo Histórico del PCE (AHPCE), Fuerzas de la Cultura, caja 123, carpeta 2/2.4. Francisco Bustelo, La izquierda imperfecta: memorias de un político frustrado, Barcelona, Planeta, 1996, pp. 22-23.

261 . Antonio López Pina (ed.), La generación del 56, Madrid, Marcial Pons. 2010; Pablo Lizcano, La generación del 56. La universidad contra Franco, Barcelona, Grijalbo, 1981.

262 . Molinero, La captación de las masas…

263 . Basilisa López García, Aproximación a la historia de la HOAC, 1946-1981, Madrid, Ediciones HOAC, 1995; Id., Obreros cristianos en Europa. Relaciones internacionales de la HOAC, 1946-1975, Murcia, Universidad de Murcia, 2005. Feliciano Montero, La Iglesia: De la colaboración a la disidencia (1956-1975), Madrid, Encuentro, 2009; José Sánchez Jiménez, El cardenal Herrera Oria. Pensamiento y acción social. Madrid, Encuentro, 1986.

264 . Manuel Sacristán, "Comentario a un gesto intrascendente", Laye, 4 (junio 1950), p. 12, consultable en http://ddd.uab.cat/pub/laye/laye_a1950m6n4@unav.pdf.

265 . Carlos López Pego, La Congregación de los "Luises" de Madrid. Apuntes para la historia de una congregación mariana universitaria, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999; Fermín Marín Barriguete, "Los jesuitas y el culto Mariano: la Congregación de la Natividad en la Casa Profesa de Madrid", Tiempos Modernos, 9 (2003), pp. 1-20.

266 . José María de Llanos, Confidencias y contingencias, Bilbao, Sal Terrae, 2005, p. 97.

267 . José María de Llanos, Conferencia en la Facultad de Derecho, Madrid (1958).

268 . José María de Llanos, “Carta a un editorialista de Pueblo”, Noticia (28 febrero 1957), en Jordi Gracia, Estado y Cultura, cit., pp. 168-169.

269 . Shirley Mangini, Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo, Barcelona, Anthropos, 1987.

270 . SUT, Sección Técnica de la Secretaría Política, Secretaría General de FET y de las JONS (1953).

271 . Natalia Nuñez, “Le XXXVe Congrès eucharistique international de Barcelone (1952): Un grand cri de paix ?”, Chrétiens et sociétés, 26 (2019), http://journals.openedition.org/chretienssocietes/5440 ; DOI : https://doi.org/10.4000/chretienssocietes.5440 (Consultado el 9 de noviembre de 2020).

272 . Pablo López-Chaves, Los intelectuales católicos en el franquismo: Las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián (1947-1959), Granada, Universidad de Granada, 2016.

273 . Feliciano Montero y Joseba Louzao (eds.), Catolicismo y franquismo en la España de los años cincuenta. Autocríticas y convergencias, Granada, Comares, 2016.

274 . Manuel Revuelta González, Once calas en la Historia de la Compañía de Jesús, Madrid, Universidad de Comillas, 2006, p. 231.

275 . Informe SUT verano 1963, p.9 Archivo AASUT, documento n.º 1401.

276 . Ibid. p. 19.

277 . “Conferencia José M.ª Díez Alegría 1958”, p. 2, Archivo AASUT, documentos n.º 1200 y 1201.

278 . Jesús Ibáñez, Sociología crítica de la cotidianidad urbana. Por una sociología desde los márgenes, Anthropos, Suplementos 22 (1990), pp.13-14.

279 . José Sanchís, “Linares, visto en dos días”, Juventud Obrera, 36, diciembre de 1959; SUT, 2 (2/4/1960); 4 (7/5/1960); SUT, 5 (21/5/1960); “Nivel de vida en el mundo”, SUT, 9 (9/7/1960); Carlos Giner de Grado, El proceso de secularización de la prensa católica en España (1955-1976): la revista Mundo Social, Madrid, Publicaciones de la UCM, 2000.

280 . Marsal, Pensar bajo el franquismo, pp. 10 y 11.

281 . Formaban parte del grupo católico progresista “El grano de mostaza”. Ver El Ciervo, 780 (marzo-abril 2020). También Albert Marzà, Alfonso Comín, una voz vigente. 20 aniversario, Fundación Alfons Comín, en http://www.fdacomin.org/esp/04taules.php?PHPSESSID=3t77ebsin8ic4nbdrdh7usll40.

282 . Francisco Javier Carmona, Cambios en la identidad católica:

juventud de Alfonso Carlos Comín, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1995; Maria Lluïsa Oliveras, Vivir de utopías, en http://www.foroellacuria.org/otra_mirada/testimonio.htm.

283 . SUT, n.º 4, (7 de mayo de 1960), tomado de Joaquín Ruiz Giménez, “La política, derecho y deber del hombre”, Revista de Estudios Políticos, 94 (1957).

284 . Gaceta SUT, n.º 10 (16 de julio de 1960) y SUT, n.º 8 (2 de julio de 1960).

285 . Programa del círculo de conferencias, SUT, Facultad de Derecho, Madrid, 1958.

286 . Gaceta del SUT, n.º 11 (1960); Feliciano Montero, La Acción Católica y el franquismo. Auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años sesenta, Madrid, UNED, 2000, p. 30; Alfonso Carlos Comín. Fe en la tierra (1975), en Obras, vol. II (1974-1977), Barcelona, Fundación Alfons Comín, 1986, pp. 319-322.

287 . Ignacio Fernández de Castro, Teoría sobre la revolución, Madrid, Taurus, 1959, pp. 14-15, 174, 177-178.

288 . Ignacio Fernández de Castro, ¿Unidad política de los cristianos?, Madrid, Taurus, 1959; SUT, n.º 2 (2 de abril de 1960) y n.º 14 (agosto 1960).

289 . SUT, n.º 1 (19 de marzo de 1960) y n.º 2 (2 de abril de 1960).

290 . Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares. Secretaría General de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Secretaría Política, sección técnica. Asunto: Servicio Universitario del Trabajo. (09) 17 de febrero de 1951.

291 . Memoria del curso 1957-1958, en Gracia, Estado y cultura, cit., p. 87.

292 . José Ramón Ferrer, "El SUT. como diálogo", Alcalá, 68 (25 de marzo de 1955); también Esteve Sabater, "Una experiencia en el SUT.", Alcalá, 66 (25/2/1955).

293 . Javier Muñoz Soro y Hugo García, "Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el franquismo y la transición", Hispania: Revista española de historia, 70/234 (2010), pp. 137-162.

294 . SUT, n.º1 (19 de marzo de 1960), n.º 4 (7 de mayo de 1960) y n.º18 (13 de diciembre de 1960).

295 . "Capitalismo del intelecto", SUT, n.º 2 (2 de abril de 1960) y n.º 16 (4 de noviembre de 1960).

296 . Sí, citaba a Marx un artículo sobre la proletarización a partir de textos de José Antonio Primo de Rivera, quizás redactado por Manuel Sacristán, "El hombre no es una mercancía", SUT, n.º 1 (19

de marzo de 1960).

297 . SUT n.º 15 (26 de octubre de 1960) y n.º 16 (4 de noviembre de 1960).

298 . SUT, n.º 2 (2 de abril de 1960), 5 (21 de mayo de 1960), 6 (4 de junio de 1960) y 14 (agosto 1960). María Francisca Fernández Cáceres, “Manuel Sacristán: génesis de un intelectual polifónico”, Daimon Revista Internacional de Filosofía, 53 (2011), pp. 29-45.

299 . SUT n.º 16 (4 de noviembre de 1960), n.º 17 (1 de diciembre de 1960) y n.º 21 (18 de febrero de 1961).

300 . SUT n.º 16 (4 de noviembre de 1960) y n.º 21 (18 de febrero de 1961).

301 . SUT, Nueva Época, n.º 1 (febrero 1958); José Aumente “Breve crítica de la ‘libertad’ burguesa”, SUT, n.º 1 (19 de marzo de 1960); “Aspectos de actitud reaccionaria”, SUT, n.º 16 (4 de noviembre de 1960); “El hombre y las estructuras”, SUT, n.º 19 (19 de enero de 1961); “Testimonio y compromiso”, SUT, n.º 2 (febrero 1961).

302 . Enrique Ruiz García, “Imperialismo yanqui”, SUT, n.º 6 (4 de junio de 1960); “Iberoamérica y los barbudos”, Gaceta SUT, n.º 10 (16 de julio de 1960); “Iberoamérica, imperialismo económico”, SUT, n.º 21 (18 de febrero de 1961). Temas que analizaría por extenso en su libro Iberoamérica, entre el bisonte y el toro (1959).

303 . Manuel Vázquez Montalbán, “Las posturas insuficientes”, SUT, nº6 (4 de junio de 1960).

304 . SUT, n.º 7 (18 de junio de 1960) y n.º 8 (2 de julio de 1960). Juan Anllo, suplemento “La agricultura española, sus problemas económico-sociales” (1960).

305 . “Así lucha la burguesía”, SUT, n.º 19 (19 de enero de 1961).

306 . Javier Muñoz Soro, “La reconciliación como política: memoria de la violencia y la guerra en el antifranquismo”, Jerónimo Zurita, 84 (2009), pp. 113-134.

307 . Gaceta SUT, n.º 9 (9 de julio de 1960).

308 . SUT, n.º 4 (7 de mayo de 1960); n.º 16 (4 de noviembre de 1960) y n.º 4 (7 de mayo de 1960).

309 . En Mesa, Jaraneros y alborotadores, cit., p. 232.

310 . José Antonio Martínez Soler, “El SUT como embrión de la transición”, en 20 minutos (22 de julio de 2012); Jorge Juan Nieto Ferrando, “Literatura e historia: de la ‘función social’ de la literatura a su futuro como ‘documento histórico’ a partir de Juan Goytisolo”, Ayer, 59 (2005/3), pp. 233-257.

311 . Sobre las Conversaciones de Salamanca, vid. Jorge Nieto

Ferrando y Juan Miguel Company (coords.), Por un cine de lo real: Cincuenta años después de Salamanca, Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana, 2006.

312 . Carta de José M.ª Doussinague a Fernando M. Castiella, Roma, 22/2/1961; Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), R. 29.801. Luis E. Parés, Notes sur l'émigration. Espagne 1960. Apuntes para una película invisible, Sala d'Art Jove, Barcelona, 2011.

313 . SUT, n.º 20 (2 de febrero de 1961).

314 . Alfonso Sastre y José María de Quinto, "Manifiesto del TAS", La Hora (10/10/1950), en http://www.sastre-forest.com/sastre/pdf/TAS_1950.pdf.

315 . Juliá, Camarada Javier Pradera…, p. 24.

316 . Rossana Rossanda, Un viaje inútil, Barcelona, Laia, 1984, p. 56.

317 . Maria Adele Teodori, Spagna in ginocchio, Milán, Edizioni di Comunità, 1963, p. 185 y 12.

318 . Cuestionario de Jordi Borja Sebastià (Barcelona, junio de 1941). Jordi Borja Sebastiá, Mis universidades. Historia de un proceso de aprendizaje, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2012, p. 22. Archivo AASUT, documento n.º 2359.

319 . Emanuele Treglia, Fuera de las catacumbas: La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012.

320 . Dirección General de Seguridad (DGS), septiembre de 1965, consultado (23/03/2020) en https://justiciaydictadura.wordpress.com/2017/04/18/relacion-provisional-de-los-boletines-informativos-de-la-brigada-politico-social-bps-que-actualmente-estan-en-el-archivo-privado-de-juan-jose-del-aguila/.

321 . Dirección General de Seguridad (DGS), Jefatura Superior de Policía, Gobierno Civil de Granada, 7/09/1963, consultado (23/03/2020) en justiciaydictadura.wordpress.com/2017/04/18/relacion-provisional-de-los-boletines-informativos-de-la-brigada-politico-social-bps-que-actualmente-estan-en-el-archivo-privado-de-juan-jose-del-aguila.

322 . Boletín Extraordinario-Confidencial, “Estado de Excepción servicios realizados”, Madrid, 20/05/1969, consultado (23/03/2020) en justiciaydictadura.wordpress.com/2017/04/18/relacion-provisional-de-los-boletines-informativos-de-la-brigada-politico-social-bps-que-actualmente-estan-en-el-archivo-privado-de-juan-jose-del-aguila.

323 . Ana Asión Suñer, Cuando el cine español buscó una tercera vía (1970-1980), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018, pp. 23-24.

324 . Josefina Martínez-Álvarez, “Tal como éramos… El cine de la transición política española”, Historia Social, 54 (2006), p. 10.

325 . José Manuel González Sinde, “Hemos ido a las fuentes del sainete”, El País, 18 de marzo de 1980.

326 . “Quince procesados en el Tribunal de Orden Público”, La Vanguardia española, 17 de enero de 1967; “La ciencia, el arte y la cultura. Votan comunista”, Diario 16, 10 de junio de 1977.

327 . Sobre la historia de la noción de clase media en España, véase Juan Francisco Fuentes, “Clase media”, en Javier Fernández Sebastián, y Juan Francisco Fuentes, Diccionario político y social del siglo XX español, Madrid, Alianza Editorial, pp. 240-249.

328 . Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, pp. 205-206 y 275-277.

329 . José Antonio primo de Rivera, “La muerte es un acto de servicio”, FE, 1 de febrero de 1934.

330 . Max Aub, La gallina ciega. Diario español, Madrid, Visor Libros, 2009, p. 399.

331 . Pere Ysas, Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975, Barcelona, Crítica, 2004, p. 70.

332 . Sara T. Phillips, y Shane Hamilton, The Kitchen Debate and

Cold War Consumer Politics: A Brief History with Documents, Boston-Nueva York, Bedford Books, 2014.

333 . Francisco Veiga, Enric Ucelay-Da Cal, y Ángel Duarte, La paz simulada. Una historia de la guerra fría (1941-1991), Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 237-240.

334 . Vittoria de Grazia, Irresistible Empire. America's Advance through 20th-Century Europe, Cambridge, Harvard University Press, 2005, pp. 344-345. Hay edición española: El imperio irresistible. Un minucioso análisis sobre el triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea, Belacqua, Barcelona, 2006.

335 . Thomas Piketty, El capital en el siglo XXI, Barcelona, RBA, 2015, pp. 344-347.

336 . Tony Judt, Postwar. A History of Europe since 1945, New York, The Penguin Press, 2005, "with the calamities of the recent past still fresh in public memory, most Europeans turned away with relief from the politics of mass mobilization", p. 256. Hay edición española: Posguerra. Una historia de Europa desde 1945, Taurus, Madrid, 2006.

337 . Henryk Domanski, "The Middle Class in Transition from Communist to Capitalist Society", en Sven Eliaeson, (eds.): Building Democracy and Civil Society East of the Elbe. Essays in honour of Edmund Mokrzycki, Nueva York, Routledge, 2006, p. 95.

338 . Martin Conway, "Democracy in Postwar Western Europe: The

Triumph of a Political Model", European History Quarterly, 32 (2002), pp. 59-84.

339 . Tom Buchanan, "¿Hasta qué punto era 'diferente' España? El segundo franquismo en el contexto internacional", en Nigel Townson, N. (Ed.): España en cambio. El segundo franquismo (1959-1975), Madrid, Siglo XXI, 2007, pp. 71-86.

340 . Max Weber, Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 243; Ralf Dahrendorf, Class and Class Conflict in Industrial Society, Stanford, Stanford University Press, 1959.

341 . Los entrecomillados extraídos de los cuestionarios y entrevistas a las veteranas y los veteranos sutistas aparecen citados a pie de página, con indicación de su nombre y apellidos, así como, a continuación y entre paréntesis, el lugar y la fecha de nacimiento. Por razones de espacio, en determinados pasajes el autor de varias declaraciones extractadas de manera consecutiva aparece citado únicamente en la última de ellas. Salvo indicación contraria, la mayoría de las respuestas a los cuestionarios fueron recibidas, por vía postal o por correo electrónico, entre los meses de septiembre de 2015 y mayo de 2016.

342 . Ronald Fraser, "La Historia Oral como historia desde abajo", Ayer, 12 (1993), pp. 79-92.

343 . Carlo Ginzburg, Il formagio e i vermi, Torino, Einaudi, 1976, p. 15. Hay edición española: El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI, Península, Barcelona, 2001.

344 . Luisa Passerini, Torino operaia e fascismo. Una storia orale, Roma-Bari, Laterza, 1984, p. 26.

345 . Cuestionario de Juan Sostres Menéndez (El Berrón, 15 de abril de 1946).

346 . Cuestionario de Julio Díaz Apráiz (San Sebastián, 28 de noviembre de 1947); cuestionario de Ángel Criado Herrero (Madrid, 22 de marzo de 1944).

347 . Entrevista personal de Emilio Criado, Álvaro González de Aguilar, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Nicolás Sesma, el 11 de diciembre de 2013 con Eduardo Zorita (Valladolid, 11 de agosto de 1928). Sobre el rápido crecimiento del SUT, “Entrevista de Francisco Puch a Eduardo Zorita”, Pueblo, 13 de junio de 1953.

348 . Cuestionario de Graciela Miguel Ramos (El Real de San Vicente, 1941).

349 . Según los datos del Instituto Nacional de Estadística. Sergio Rodríguez Tejada, “Los estudiantes y el cambio sociocultural de los 60”, en Glicerio Sánchez Recio, (Coord.): Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976), Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 169-187.

350 . Cuestionario de Jordi Borja Sebastià (Barcelona, junio de 1941). Jordi Borja Sebastiá, p. 21.

351 . Jordi Gracia, Estado y cultura, p. 91.

352 . José Álvarez Cobelas, Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970), Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 55.

353 . Juliá, Camarada Javier Pradera…, p. 21.

354 . Esteban Pinilla de las Heras, “Testimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil”, El Socialista (Toulouse), 22 de agosto de 1957, reproducido en Santos Juliá, Nosotros, los abajo firmantes. Una historia de España a través de manifiestos y protestas (1896-2013), Barcelona, Galaxia Guttenberg / Círculo de lectores, 2014, pp. 404-407. Esteban Pinilla de las Heras, La memoria inquieta. Autobiografía sociológica de los años difíciles, 1935-1959, Madrid, CIS, 1996.

355 . Alfonso Carlos Comín, “Fe en la tierra”, en Obras, vol. II (1974-1977), Barcelona, Fundació Alfons Comín, 1986, pp. 319-322.

356 . Entrevista personal de Miguel Ángel Ruiz Carnicer, el 8 de abril de 1987, con Javier Pradera (San Sebastián, 28 de abril de 1934).

357 . Testimonio de Carlos París, en Marsal, Pensar bajo el franquismo…, p. 205.

358 . Cuestionario de Álvaro González de Aguilar Castañeda (Albacete, 3 de enero de 1946).

359 . Cuestionario de Consuelo del Canto Fresno (Madrid, 5 de abril de 1949). Una influyente representación generacional de este descubrimiento del mundo de los vencidos, en este caso tras el contacto con los círculos del exilio, en la ya citada Nueve cartas a Berta (1966), opera prima de Basilio Martín Patino.

360 . Cuestionario de Jordi Borja Sebastià (Barcelona, 18 de junio de 1941).

361 . "Autobiografía (los años de aprendizaje de Jesús Ibáñez)", Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura, 113 (1990), p. 13.

362 . Testimonio de Manuel Vázquez Montalbán en Epílogo, programa de Canal+ España, emitido el 18 de octubre de 2003. En esta misma línea, véase Bartolomé Fiol, "Carta de Fiol para los viejos", Llamada. Circular de los Campos de Trabajo, 10 (1955), p. 2, citado por Daniel Canales, "'Ya vemos su cara' El Servicio Universitario del Trabajo, un encuentro con la verdadera España", X Congreso de Investigadores del Franquismo, Valencia, 2019.

363 . Hernández Sandoica, Ruiz Carnicer y Baldó Lacomba, Estudiantes contra Franco…, p. 160.

364 . Cuestionario de José Torreblanca Prieto (San Pablo de los Montes, 9 de marzo de 1938).

365 . Cuestionario de Julio Díaz Apraiz (Donostia San Sebastián, 1947).

366 . Cuestionario de Consuelo del Canto Fresno (Madrid, 5 de abril de 1949).

367 . Cuestionario de Teresa García Alba (Barcelona, 8 de julio de 1944).

368 . Francisco Murillo Ferrol, Las clases medias españolas, Granada, Escuela Social de Granada, 1959, p. 83.

369 . Juan Anllo Vázquez, “Del aula a la mina: el nacimiento del antifranquismo en la Universidad”, www.huffingtonpost.es, 16 de noviembre de 2016; “Sentido actual de diez años de SUT”, Gaceta del SUT, 1, 12 de marzo de 1960, p. 1.

370 . Cuestionario de José Antonio Martínez Soler (Almería, 8 de enero de 1947). Cuestionario de Francisco Fernández Marugán (Cáceres, 6 de octubre de 1946).

371 . “¿Qué es el SUT?”, Gaceta del SUT, 3, 16 de abril de 1960, p. 1.

372 . Sobre la influencia de Vázquez Montalbán en la elección de dichos autores, véase Georges Tyras, Geometrías de la memoria.

Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán, Granada, Zoela Ediciones, 2003, “creo que éramos los únicos que habíamos leído a Mounier, que conocíamos lo que era el personalismo […] sus raíces se hallan en Péguy y en el fenómeno de la cultura francesa católica progresista”, p. 25.

373 . “Relación de asistentes al cursillo de Valladolid. Semana Santa 1.960”, Archivo del SUT, documento número 1347.

374 . “Cursillo para jefes de campo en Matapozuelos (Valladolid). Semana Santa 1.960. Visitas”, Gaceta del SUT, 3, 16 de abril de 1960, p. 8.

375 . “Carta abierta a los universitarios que este verano se unirán a los afanes del SUT”, Gaceta del SUT, 6, 4 de junio de 1960, p. 16.

376 . Manuel Vázquez Montalbán, “Por las manos, hermanos. Universidad y obrerismo”, Archivo del SUT, documento número MVM 1960-2; Manuel Vázquez (Montalbán), “Las posturas insuficientes”, Gaceta del SUT, 6, 4 de junio de 1960, p. 21.

377 . Como se ha indicado en el capítulo anterior, una figura simbólica de esta particular mezcla de posiciones fue Enrique Ruiz García: veterano de la División Azul, cronista de exteriores del diario Pueblo y, finalmente, asesor de la presidencia del Gobierno de México.

378 . Cuestionario de Graciela Miguel Ramos (El Real de San Vicente, 1941).

379 . Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz (Valladolid, 1946).

380 . Cuestionario de Jordi Borja Sebastià (Barcelona, 18 de junio de 1941).

381 . Cuestionario de Amalia Álvarez Fraile (Madrid, 24 de enero de 1947). Como ya se ha indicado anteriormente, la documentación conservada en el archivo privado de Juan José del Águila, en especial los Boletines Informativos de la Brigada Político Social (BIBPS), vienen a confirmar estas afirmaciones. Así, el SUT fue objeto de atención de la Brigada desde, al menos, principios de los años sesenta, cuando comenzó a señalarse que varios dirigentes del Frente de Liberación Popular estaban "infiltrados casi todos ellos en el Servicio Universitario del Trabajo (SUT), se han aprovechado de esta circunstancia para organizar conferencias y seminarios de estudio, en los que se trataban los temas que más convenían a sus propósitos", DGS. Comisaría general de investigación social. Secretaría General y técnica, "El 'Frente de Liberación Popular'", R. S. número 3509/IX, 6 de abril de 1962, p. 6. https://justiciaydictadura.wordpress.com/2017/04/18/relacion-provisional-de-los-boletines-informativos-de-la-brigada-politico-social-bps-que-actualmente-estan-en-el-archivo-privado-de-juan-jose-del-aguila/ (consultado el 24/03/2020).

382 . Cuestionario de Francisco Fernández Marugán (Cáceres, 6 de octubre de 1946).

383 . Ruiz Carnicer, El Sindicato Español Universitario…, p. 387.

384 . Cuestionario de Ángel Criado Herrero (Madrid, 22 de marzo

de 1944). De nuevo, dichas afirmaciones se ven corroboradas por las valoraciones realizadas desde la Brigada Político Social, que en septiembre de 1965 se lamentaba de que “mientras los afiliados a las Falanges Universitarias van disminuyendo sensiblemente, se registra el fenómeno de la Agrupación en el Servicio Universitario del Trabajo de los socialistas y filocomunistas que operaban en la Universidad, DGS”, Comisaría General de Investigación Social. Secretaría General y técnica, “Informe sobre las Reuniones de funcionarios del Cuerpo general de Policía, afectos a los servicios de información y de investigación social, de Plantillas correspondientes a distritos universitarios y con derivaciones de ellos, celebrada durante los días 7 y 8 de septiembre de 1965, sobre problemas estudiantiles ante el Curso 1965-1966”, septiembre de 1965, p. 17. https://justiciaydictadura.wordpress.com/2017/04/18/relacion-provisional-de-los-boletines-informativos-de-la-brigada-politico-social-bps-que-actualmente-estan-en-el-archivo-privado-de-juan-jose-del-aguila/ (consultado el 24/03/2020).

385 . A este respecto, Jordi Borja Sebastià (Barcelona, 18 de junio de 1941) recordaba también el caso de los hermanos Maragall: “Me propusieron que fuera a los trabajos dominicales del SUT […]. Angels Maragall (hermana de Pasqual) y Dolors Renau (futura dirigente socialista)”.

386 . Cuestionario de Luis Carlos Criado Herrero (Madrid, 2 de enero de 1949).

387 . Cuestionario de José de Llobet Collado (Santoña, 1 de noviembre de 1944).

388 . Cuestionario de Amalia Álvarez Fraile (Madrid, 24 de enero de 1947).

389 . Cuestionario de María Cristina Pérez-Yarza (Bilbao, 26 de enero de 1946).

390 . Cuestionario de Graciela Miguel Ramos (El Real de San Vicente, 1941).

391 . Cuestionario de Teresa García Alba (Barcelona, 8 de julio de 1944).

392 . Para una descripción detallada, Teresa M.ª Ortega López, y Francisco Cobo Romero, “Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975”, Hispania. Revista española de historia, 218 (2004), pp. 1079-1112. Una visión del conjunto del país en Miguel Ángel del Arco Blanco, Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista, Madrid, Marcial Pons, 2020.

393 . Cuestionario de José de Llobet Collado (Santoña, 1 de noviembre de 1944).

394 . En afortunada expresión de Elías Díaz, Revisión de Unamuno, Madrid, Tecnos, 1977, p. 61.

395 . En opinión de José Antonio Martínez Soler, Geografía del hambre del médico brasileño Josué de Castro y Los hijos de Sánchez “eran libros de cabecera de los sutistas”. Cuestionario de José Antonio Martínez Soler (Almería, 8 de enero de 1947).

396 . Cuestionario de Consuelo del Canto Fresno (Madrid, 5 de abril de 1949).

397 . Cuestionario de José de Llobet Collado (Santoña, 1 de noviembre de 1944).

398 . Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz (Valladolid, 13 de diciembre de 1946).

399 . Cuestionario de Joaquín Bosque Sendra (Zaragoza, 21 de agosto de 1949).

400 . Cuestionario de José Antonio Martínez Soler (Almería, 8 de enero de 1947).

401 . Cuestionario de Teresa Lobo Aleu (San Sebastián, 12 de febrero de 1945).

402 . Cuestionario de Juan Sotres Menéndez (El Berrón, 15 de abril de 1946).

403 . Cuestionario de María Cátedra Tomás (Lleida, 4 de marzo de 1947).

404 . Entrevista personal de Emilio Criado, Álvaro González de

Aguilar, Miguel Ángel Ruiz Carnicer y Nicolás Sesma el 11 de diciembre de 2013 con Eduardo Zorita (Valladolid, 11 de agosto de 1928). Sobre la importancia de Jean Marie de Buck, representante de la tradición obrerista del catolicismo social belga, véase Paul Aron, “ La reconversion des écrivains catholiques après-guerre en Belgique francophone : le cas de l’hebdomadaire Vrai ”, Contextes, 23 (2019), http://journals.openedition.org/contextes/7542 ; DOI : https://doi.org/10.4000/contextes.7542.

405 . Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz (Valladolid, 13 de diciembre de 1946).

406 . Cuestionario de Agustín Arbesu Castañón (Santa Cruz de Mieres, 23 de diciembre de 1943).

407 . Cuestionario de José Torreblanca Prieto (San Pablo de los Montes, 9 de marzo de 1938).

408 . Víctor Pérez Díaz, El retorno de la sociedad civil, Madrid, Taurus, 1987, pp. 448-449.

409 . Feliciano Montero García, La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975), Madrid, Encuentro, 2009.

410 . Mónica Moreno Seco, “Cruce de identidades: masculinidad, feminidad, religión, clase y juventud en la JOC de los años sesenta”, Historia y Política, 37 (2017), pp. 147-176.

411 . Cuestionario de Agustín Arbesu Castañón (Santa Cruz de Mieres, 23 de diciembre de 1943).

412 . Cuestionario de José Torreblanca Prieto (San Pablo de los Montes, 9 de marzo de 1938).

413 . Cuestionario de Ángel Criado Herrero (Madrid, 22 de marzo de 1944).

414 . Cuestionario de María Cristina Pérez-Yarza (Bilbao, 26 de enero de 1946).

415 . Cuestionario de María Cristina Pérez-Yarza (San Sebastián, 26 de enero de 1946).

416 . Cuestionario de Teresa García Alba (Barcelona, 8 de julio de 1944).

417 . Cuestionario de Joaquín Bosque Sendra, (Zaragoza, 21 de agosto de 1949).

418 . Daniel Francisco Álvarez espinosa, “Cristianismo y marxismo: ¿un diálogo de otro tiempo?”, HAOL, 18 (2009), pp. 161-177.

419 . Una ajustada síntesis en Mary Nash, “Vencidas, represaliadas y resistentes: las mujeres bajo el orden patriarcal franquista”, en Julián Casanova (ed.): Cuarenta años con Franco, Barcelona,

Crítica, 2015, p. 220.

420 . Una de las “paradojas de la ortodoxia”, en acertada expresión de Inmaculada Blasco, “Las mujeres de la Sección Femenina de Falange: sumisión, poder y autonomía”, en Ana Isabel Cerrada Jiménez y Cristina Segura, Las mujeres y el poder: representaciones y prácticas de vida, Madrid, Al-Mudayna, 2000, pp. 253-268.

421 . Como es bien conocido, un debate, hasta cierto punto similar, sobre el carácter exclusivo de la Sección Femenina en la gestión de los servicios con presencia de mujeres se había producido ya en la posguerra a propósito de las actividades de Auxilio Social, con un fuerte componente de rivalidad personal entre Mercedes Sanz Bachiller y Pilar Primo de Rivera. Para todo ello, véase Ángela Cenarro, La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra, Barcelona, Crítica, 2006.

422 . “Respuesta a una consulta”, Gaceta del SUT, n.º 2 (1960), p. 1.

423 . “Reunión de colaboradores del SUT. Navacerrada, 1959”. Las dos responsables de la ponencia sobre el SUT femenino fueron María del Carmen Pumar, procedente de las residencias universitarias del área de Santiago de Compostela, y María Luisa Rodejas, de la regiduría del SEU del mismo distrito universitario. Archivo AASUT, documento n.º 1295.

424 . Mary Nash, Trabajadoras. Un siglo de trabajo femenino en Cataluña (1900-2000), Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2010.

425 . M. [Vázquez Montalbán], “SUT femenino”, Gaceta del SUT, n.º 2 (1960), p. 6. La atribución de este artículo al escritor barcelonés ofrece pocas dudas, tanto por su aspecto estilístico y la utilización de metáforas presentes en otros de sus escritos, como por un contenido inequívocamente izquierdista (con utilización de las teorías de Frantz Fanon) y antifranquista, enmascarado con las correspondientes fórmulas de calculada ambigüedad respecto a la noción de justicia social.

426 . Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz (Valladolid, 13 de diciembre de 1946).

427 . Sobre el Servicio Social de la mujer, instaurado en 1937, véase Pilar Rebollo Mesas, El Servicio Social de la Mujer en la provincia de Huesca (1937-1978), Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2003 y Pilar Rebollo Mesas “El Servicio Social de la mujer de Sección Femenina de Falange. Su implantación en el medio rural”, en Miguel Ángel Ruiz Carnicer, y Carmen Frías Corredor, Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España: actas del II Congreso de Historia local de Aragón, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 297-316.

428 . Menciones a esta “huida” del Servicio Social en, entre otros, los testimonios de Amalia Álvarez Fraile (Madrid, 24 de enero de 1947) y Consuelo del Canto Fresno (Madrid, 5 de abril de 1949).

429 . Cuestionario de María Cátedra Tomás (Lleida, 4 de marzo de 1947).

430 . Cuestionario de Graciela Miguel Ramos (El Real de San Vicente, 1941).

431 . Cuestionario de Nuria Anadón Álvarez (Vigo, 15 de junio de 1947).

432 . Sobre esta diferenciación entre discurso público y discurso privado, y sobre la importancia de la ruptura de dicha frontera, James C. Scott, Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts, New Haven and London, Yale University Press, 1990, pp. 202-203.

433 . Cuestionario de María Cátedra Tomás (Lleida, 4 de marzo de 1947).

434 . Cuestionario de Pilar Ruiz-Va Palacios (Madrid, 27 de junio de 1948).

435 . Cuestionario de Teresa García Alba (Barcelona, 8 de julio de 1944).

436 . Cuestionario de Teresa Lobo Albeu (San Sebastián, 12 de febrero de 1945).

437 . A comienzos de los 60, el SUT se encontraba ya en el radar de las autoridades, como demuestra que en el consejo de guerra seguido contra Manuel Vázquez Montalbán en 1962 se incluyera en el pliego de cargos un informe del fiscal militar que le reprochaba haber tomado parte en las actividades del Servicio. Archivo histórico del Partido Comunista de España (PCE). Documento 11-1962 (89-93). Agradecemos al profesor Francesc Salgado

(Universidad de Barcelona) que nos diera a conocer la existencia de dicho documento.

438 . Pere Ysas, Disidencia y subversión… El autor señala las contraindicaciones, sobre todo a nivel internacional, que suponía recurrir a la represión del disenso, aunque a la postre constituía “el único recurso del régimen, un recurso que, a su vez, alimentaba el crecimiento de la crítica y de la oposición”, p. 74.

439 . Cuestionario de Álvaro González de Aguilar (3 de enero de 1946).

440 . Santoñismo: Sobadoras de anchoa. Historias de mujeres de Santoña, Libros.com, 2016.

441 . David Ruiz González, Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI, 1998.

442 . Carme Molinero y Pere Ysàs, Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI, 1998.

443 . Cuestionario de Pilar Ruiz-Va Palacios (Madrid, 26 de junio de 1948); Cuestionario de María Jesús Bragado (Los Molinos, 7 de marzo de 1949); Cuestionario de Nuria Anadón Álvarez (Vigo, 15 de junio de 1947); Cuestionario de Itziar Zuriarrain Azagra (Donostia-San Sebastián, 22 de marzo de 1949).

444 . Cuestionario de María Jesús Mateo Sanz (Valladolid, 13 de diciembre de 1946).

445 . Cuestionario de Graciela Miguel Ramos (El Real de San Vicente, 1941).

446 . Cuestionarios de Joaquín Bosque Sendra (Zaragoza, 21 de agosto de 1949) y de Ángel Criado Herrero (22 de marzo de 1944).

447 . A modo de anécdota, sirva el testimonio de José Antonio Martínez Soler (Almería, 8 de enero de 1947), que relataba cómo "De viaje de novios nos fuimos a Las Hurdes…, muy influidos por las experiencias previas del SUT".

448 . Cuestionario de Emilio Criado Herrero (Madrid, 1 de octubre de 1947).

449 . Rubén Vega García, (coord.): Hay una luz en Asturias… Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Fundación Juan Muñiz Zapico / Ediciones Trea, 2002.

450 . Cuestionario de Joaquín Bosque Sendra (Zaragoza, 21 de agosto de 1949); "Turón: once mineros muertos a causa de una inflamación de grisú. Otro trabajador resultó gravemente herido", La nueva España, 15 de agosto de 1967; "Una explosión de grisú en el grupo Santo Tomás provoca la muerte de once mineros en esta localidad", La Voz de Asturias, 15 de agosto de 1967. Apenas un mes antes, cuatro mineros habían muerto sepultados en el pozo Santa Bárbara del mismo Valle del Turón, donde otra explosión de grisú había provocado cinco muertos en 1963. Junto a esta

reiteración, el modelo de explotación del grupo Santo Tomás, activado en función del equilibrio de producción, aumentaba considerablemente los riesgos de este tipo de accidente y se encontraba sin duda entre los desencadenantes de las protestas aludidas en varios testimonios.

451 . Cuestionario de Francisco Fernández Marugán (Cáceres, 6 de octubre de 1946).

452 . Cuestionario de Ángel Criado Herrero (Madrid, 22 de marzo de 1944).

453 . Cuestionarios de Itziar Zuriarrain Azagra (Donostia-San Sebastián, 22 de marzo de 1949) y de Jordi Borja Sebastià (Barcelona, 18 de junio de 1941).

454 . Cuestionario de Teresa Lobo Aleu (San Sebastián, 12 de febrero de 1945).

455 . Cuestionario de Teresa García Alba (Barcelona, 8 de julio de 1944).

456 . Radcliff, P.: La construcción de la ciudadanía democrática en España. La sociedad civil y los orígenes populares de la Transición, 1960-1978, Valencia, Universitat de València, 2019, pp. 25-29.

457 . Cuestionario de María Jesús Bragado (Los Molinos, 7 de marzo de 1949).

Índice

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN. PONER ROSTRO AL CAMBIO SOCIAL

CAPÍTULO 1. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL SUT

Unos jóvenes a la búsqueda del otro

Inquietud social, religiosidad y acción: el SUT dentro del SEU

Rojos, azules y gente del aparato: el SUT dentro del movimiento

Las etapas del SUT

CAPÍTULO 2. LOS CAMPOS DE TRABAJO DEL SUT

Los primeros campos y la integración en el SEU

Tipología de los campos: una inmersión en la realidad obrera y campesina de la España de Franco

Politización, evolución y crisis de los campos de trabajo

CAPÍTULO 3. LAS CAMPAÑAS DE EDUCACIÓN DEL SUT (1962-1969)

Un cambio de estrategia en SUT: la lucha contra el analfabetismo

Las campañas de educación, una alternativa a los campos de trabajo

La evolución de las campañas: de Granada 1962 a León 1968 y Teruel 1969

Las campañas de educación: una experiencia de vida

Teatro y actividades culturarles en las campañas

La naturaleza política de las campañas de educación

CAPÍTULO 4. EL TRABAJO DOMINICAL. LA REALIDAD DE LA MISERIA SUBURBANA

El trabajo dominical echa a andar

Auge, compromiso y crisis

CAPÍTULO 5. SOCIALIZACIÓN POLÍTICA Y CULTURAL DE LAS GENERACIONES UNIVERSITARIAS DE POSGUERRA

La generación de los hermanos menores

La realidad como problema y la justicia social

Las fuentes ideológicas: del falangismo orteguiano al catolicismo social

El corto viaje hacia el marxismo y el compromiso político secularizao

Del compromisoa la militancia clantestina: SUT y antifranquismo

CAPÍTULO 6.UN GOLPE DE REALIDAD PARA LA NUEVA CLASE MEDIA. UNA MIRADA SOCIOLÓGICA AL SUT

Del descubrimiento del otro al aprendizaje de la política

"Enseñamos poco (...) aprendimos mucho". El encuentro con el mundo rural

"No hay más hostias". El desencanto con la iglesi oficial

"Salir del cerco familiar". El empoderamiento femenino

"Conocer en directo cómo se las gastaban las fuerzas represoras", La indignación ante la reacción de las autoridades franquistas

Empatía, implicación y responsabilidad

ANEXOS

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

SOBRE LOS AUTORES

ILUSTRACIONES

NOTAS